

L Y N N   B R I T T N E Y



NATHAN  
**FOX**

de

*Tiempos Peligrosos*

Espía, actor, acróbata... ¡y al servicio de **Lectulandia**

Nathan trabaja como actor en la misma compañía que Will Shakespeare. Afamado acróbata con muchas otras habilidades, llama la atención del jefe de los servicios del Espionaje inglés. Una vez que es reclutado como agente, y con el osado espía John Pearce como pareja, Nathan asiste a la Escuela de Defensa, donde recibe entrenamiento en las artes que lo mantendrán con vida. Su primera misión lleva a Nathan Fox a Venecia, en el centro de una explosiva situación en la que está implicado el formidable general Otelo...

**Lectulandia**

Lynn Brittney

# **Tiempos peligrosos**

**Nathan Fox - 1**

ePub r1.0

Titivillus 06.09.18

Título original: *Dangerous Times*  
Lynn Brittney, 2007  
Traducción: María del Pilar Díez Martínez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para todos esos amigos que fueron los primeros en entrar en el mundo de Nathan Fox, incluso antes de que se publicara. Gracias por vuestro apoyo y entusiasmo.*

# Introducción

*Inglaterra, marzo de 1587*

Inglaterra está al borde de la guerra.

La reina Isabel I ha renunciado a casarse y engendrar un heredero, y su país se encuentra acosado por enemigos desde todos los flancos. Desde que llegó a ser reina, ha convertido Inglaterra en un país mayoritariamente protestante, y el papa ha hecho saber que aquel que la asesine hará méritos a los ojos de Dios. Felipe II de España, cabeza del poderoso Imperio español, se ha arrogado la responsabilidad de restaurar la fe católica en cada país que conquista y tiene la mirada continuamente puesta en Inglaterra.

En febrero de 1587, María, la reina de Escocia, fue decapitada por orden de Isabel. María, católica acérrima y aspirante al trono inglés, llevaba años prisionera de Isabel y había sido encontrada culpable de conspirar para asesinar a la reina inglesa y ocupar su trono. Aún peor, María también se había confabulado con Felipe II de España para traspasar la corona inglesa al Imperio español cuando ella muriera.

Sir Francis Walsingham, el jefe de los servicios del espionaje inglés, había inventado en parte la conspiración de María para así poder probar delante de Isabel que la reina de Escocia siempre sería una amenaza importante si no era ejecutada. Así que, no del todo convencida, Isabel firmó la sentencia de muerte de María, sabiendo al mismo tiempo que ahora el Imperio español redoblaría sus esfuerzos para conquistar Inglaterra. Y no le faltaba razón.

La gran red de espionaje de Walsingham, extendida por toda Europa, acaba de informarle de que Felipe está reuniendo sus tropas y naves para invadir Inglaterra. Es solo una cuestión de tiempo. ¿Podrán los espías de Walsingham salvar a Inglaterra del desastre?

# Prólogo

## Escogen al chico

El chico se encontraba suspendido sobre el escenario por una cuerda y el hombre alto y moreno lo miraba, divertido, mientras veía como se retorció y daba vueltas con gran agilidad. El chico agarraba la cuerda fuertemente con una mano a la vez que con la otra esparcía pétalos de rosa de color rojo sobre los pies de los actores.

El hombre pensó que era fuerte e hizo un signo de aprobación con la cabeza. Pudo oír el eco del hilo de sus pensamientos en el susurro del joven que estaba de pie junto a él entre las sombras.

—Es el mejor actor joven que he visto nunca, señor. Lo he oído imitar muchos acentos extranjeros, e interpretar personajes de su edad y mayores, hombres y mujeres. Lo he visto hacer de espíritu y de jorobado, de hada y de monstruo. Es una maravilla.

El hombre alto y moreno se giró ligeramente y se permitió una sonrisa maliciosa.

—Creo que pasáis demasiado tiempo en los teatros, maese Pearce, cuando tendríais que estar trabajando para mí —murmuró.

John Pearce miró a su jefe y le devolvió la sonrisa.

—¿Acaso puedo evitar, *sir* Francis, anhelar ocasionalmente regresar a mi antigua profesión?

—¿Qué edad tiene? —preguntó *sir* Francis.

—Solo trece, señor.

*Sir* Francis Walsingham volvió a observar al actor, que ahora trepaba por la cuerda hacia la abertura que había en el tejado sobre el escenario. Con la facilidad y agilidad de un acróbata experimentado, balanceó las piernas sobre su cabeza hasta posarlas en la plataforma de madera y desapareció en la oscuridad. La obra había terminado y la audiencia estalló en un clamor de aprobación acompañado por pataleos y silbidos. Mientras el ruido se convertía en ensordecedor y amenazaba con hacer saltar por los aires el tejado de paja del teatro, *sir* Francis se volvió y levantó la voz hasta casi gritar.

—Venid, John, hablaremos con ese chico. Pero no aquí, en su casa.

Los dos hombres se dirigieron hacia la parte trasera del teatro, evitando los empujones enfebrecidos de los actores según se apresuraban a salir al escenario para recoger las merecidas alabanzas de la audiencia. *Sir* Francis y su acompañante se pegaron a la pared para esperar a que pasara la marea humana. De repente, con la destreza de una ardilla, el chico saltó desde una escalera de cuerda que colgaba de un agujero en el tejado y se unió a los demás. Estaba sofocado y feliz, con los oscuros

rizos pegados al sudoroso rostro. Apenas echó una mirada a los dos hombres según los empujaba para pasar a su lado, pero fue suficiente para que Walsingham se fijara en el llamativo azul claro de los ojos del chico.

—Es mucho más alto de lo que parecía cuando estaba subido en la cuerda —murmuró Walsingham—. No creo que siga mucho más tiempo haciendo el papel de una jovencita, amigo. —John Pearce asintió sonriendo, pero *sir* Francis ya había salido de la oscuridad del teatro a la brillante luz del sol del callejón trasero.

A la luz del día, Walsingham parecía viejo y ansioso, pero todavía mostraba un porte de calmada autoridad y fuerza. Sus ojos, casi negros y que parecían verlo todo, hacían que cualquiera que se acercara a él con un secreto en el corazón se pusiera a temblar. Después de todo, era el Jefe de los servicios del espionaje de Inglaterra. No había conspiración, complot o astucia que se le escapara. Nadie podía entrar en Inglaterra ni salir de ella sin el permiso de su oficina. Sus formidables redes de espionaje habían sido establecidas a lo largo de los años. Mucha gente servía a Inglaterra trabajando para él: actores, poetas, piratas, místicos y nobles. Nadie era de cuna demasiado baja o demasiado alta. Utilizaba su propio dinero para mantener estas redes, y la reina desconocía mucho de lo que hacía, pero todo lo hacía por ella. Para Walsingham, Isabel era la mejor y más sabia monarca que hubiera gobernado Inglaterra y creía que, sin ella, todo se convertiría en un caos.

Los dos hombres continuaron andando en silencio. Constituían una extraña pareja: el viejo alto y sombrío y el apuesto y enérgico joven a su lado. Walsingham era consciente de que su acompañante sujetaba firmemente la empuñadura de la espada y se mantenía todo el tiempo alerta ante cualquier amenaza que pudiera surgir. *Sir* Francis pensaba que, de todos sus agentes, Pearce era el más leal e inteligente.

Fue la inteligencia de John Pearce lo que hizo que Walsingham se fijara en él en un primer momento. Pearce, el hijo de una familia aristocrática pero pobre, había llegado a la corte, donde había causado una buena impresión. En el pasado había sido actor para una compañía, la de los Niños de la Capilla Real, así que sabía cómo actuar delante de una audiencia. Cuando su madre viuda lo envió a la corte de Isabel para que sacara adelante a la familia, tenía dieciocho años.

Llamó la atención de Walsingham una noche después de la cena. La reina se aburría y daba vueltas por la sala buscando algo con lo que distraerse. Trataba de coquetear con los jóvenes, como de costumbre. Ese tipo de atenciones constituían una prueba y la mayoría de los recién llegados a la corte se sentían aterrorizados al pensar que sus ojos pudieran detenerse en ellos. Cuando su majestad escogió hablar con John Pearce, este se defendió bien. Ella le hizo preguntas en latín y sonrió al ver que era capaz de responder sin dificultad. Luego le preguntó en inglés si sabía hablar griego.

—Majestad —contestó en inglés—, sí que he estudiado griego, pero aunque Homero me enseñó mucho sobre heroísmo, me enseñó poco sobre cómo conversar con una mujer hermosa.

La reina se mostró encantada y elevó el tono de su voz.

—He aquí un hombre inteligente que conoce sus limitaciones. Llegará lejos.

Todo el mundo aplaudió. Lo que de verdad quiso decir, tal y como pensó Walsingham al recordar el incidente, fue que estaba encantada de que la hubieran llamado hermosa. La vanidad era su mayor vicio.

Ese año, más tarde, John Pearce había buscado a Walsingham en privado para informarle sobre una conversación que había oído en una taberna por casualidad y que pensaba que podía suponer un peligro para la reina. Walsingham se mostró impresionado. La conjura se investigó y se deshicieron de los culpables. Desde ese momento Pearce se convirtió en uno de los agentes de Walsingham. El joven tenía muchos talentos: sabía hablar diferentes lenguas, tenía la facilidad de los actores para disfrazarse y cambiar de voz y era un espadachín excelente. Después de que lo entrenaran, Pearce desarrolló habilidades en otras muchas artes desconocidas para el común de los mortales. Para cuando cumplió veintidós años, era el agente más brillante de la red de espionaje y Walsingham lo había seleccionado para importantes tareas durante el siguiente año.

Los dos hombres se detuvieron al lado de una puerta en un callejón no lejos del teatro.

—¿Es aquí donde vive? —preguntó Walsingham.

—Sí, señor.

—¿Y decís que se aloja con su hermana? —La sonrisa de Pearce le decía a Walsingham que la hermana era, con toda probabilidad, una belleza.

—Aquí viven otros cuatro actores y la casa pertenece a una tal señora Fast.

—Entonces entremos y esperemos al chico —dijo Walsingham. Los dos hombres penetraron en la penumbra del zaguán para esperar la llegada de Nathan Fox, el cual pronto sería informado de que el jefe de los servicios del espionaje deseaba reclutarlo para trabajar por su reina y por su país.

## El reclutamiento

Los actores salieron del teatro dando tumbos para encontrarse con el sol de primavera, mientras reían y se gastaban bromas entre ellos.

—¿No he estado soberbio? —gritó Richard Burbage.

—Como siempre, has sido el gran héroe —respondió Will Shakespeare—. Es una pena que no hayas sido un poco menos héroe. —Esta sutil referencia a la creciente cintura de Burbage hizo que los otros estallaran en carcajadas y que Will recibiera un cachete tras la oreja por parte del objeto de su ingenio.

—¡Ya es suficiente, Will *Charlatánpeare*! Llevas trabajando de actor en esta compañía no más de cinco minutos, mientras que yo...

—¡Llevo el teatro en le sangre! —corearon los otros tres actores, muy acostumbrados ya a su discurso.

—¡Es mi padre el que os paga! —rugió Burbage con simulada ira, pero mientras una sonrisa jugueteaba en sus labios. Hoy el público lo había jaleado ruidosamente y durante largo tiempo, y nada iba hacer que desapareciera su buen humor.

En ese momento, Nathan Fox se incorporó al grupo corriendo después de doblar una esquina a la velocidad del rayo. Burbage perdió el equilibrio y se cayó en el camino, a la vez que lanzaba a su alrededor una gran nube de polvo.

—¡Por la sangre de Cristo! —rugió—. ¡En el nombre de todos los santos! ¿Qué es lo que ha hecho que te portaras así, chico?

Nathan se sonrojó y se afanó en ayudar al pesado actor a levantarse.

—Lo siento, señor. Me estaba dando prisa para alcanzaros a todos —dijo, mientras sacudía el polvo de la calle de los elegantes ropajes de Burbage.

—Y, ¿por qué tenías tanta prisa, Nathan? —preguntó William Kempe, el cual siempre parecía estar deprimido y preocupado a pesar de ser el actor cómico de la compañía.

—He... he encontrado la libreta de Will en el suelo. Quería devolvérsela. —Nathan les mostró una manoseada libreta encuadernada en piel.

—¡Gracias a Dios, Nathan! —chilló Shakespeare al tiempo que tomaba la libreta y pasaba las hojas febrilmente, como para comprobar que todo continuaba en el mismo lugar.

—Oh, el famoso libro —dijo Burbage con desdén—. Y, ¿cuándo vamos a obtener algún beneficio de todos esos garabatos?

—Cuando yo esté preparado, Richard —replicó Shakespeare en un tono que dejaba zanjado cualquier intento de discusión.

El grupo continuó andando en dirección a la taberna más próxima. Según se giraban para entrar, Shakespeare se detuvo.

—Os dejo, caballeros.

Los otros se volvieron hacia él con sorpresa.

—¡Vaya! ¿Esta noche no hay ni comida ni bebida, Will? —preguntó Samuel Crosse, el último miembro del pequeño grupo.

—No, comeré en mi habitación. Tengo trabajo. —Shakespeare giró sobre sus talones y se dirigió a su alojamiento.

—¡Voy contigo! —gritó Nathan, mientras corría tras su amigo.

Los actores permanecieron en pie junto a la puerta de la taberna y vieron como la pareja doblaba la esquina.

—Ojalá pudiera concentrarse solo en ser actor —murmuró Burbage.

—¡Ay! Pero hay algo más profundo en todo esto, ¿sabes? —reflexionó Will Kempe—. Quizá un día agradezcamos su trabajo. Es difícil encontrar buenas obras de teatro.

Burbage gruñó con desprecio de solo pensar que un gran actor pudiera mostrarse agradecido ante un mero dramaturgo y entró en la taberna en busca de comida para su hambriento estómago.

Nathan trotaba tras su amigo, esforzándose por seguir su paso.

—¿Cuándo vas a escribir tu primera obra de teatro, Will? —preguntó.

Shakespeare se detuvo de golpe y miró fijamente al chico.

—Cuando tenga suficientes historias buenas. Una buena historia es lo más importante. Y ahora, dime... la obra de hoy... ¿Qué piensas de ella?

Comenzaron a andar de nuevo y Nathan se lo pensó bien antes de contestar.

—Al público le ha gustado mucho —comenzó—, pero...

—Ah, sí... hay un «pero» —interrumpió Will—. ¿Cuál era la historia? Ninguna. Había unos amantes predestinados por los hados, pero ¿por qué tenían problemas? Eso no se explica. Había una escena cómica para que nuestro amigo Kempe pueda hacer el payaso y así el público se riera, pero ¿por qué? Había algunos efectos, tus famosas acrobacias, Nathan —dijo, mientras revolvía los rizos del niño cariñosamente— ¡pero ninguna de ellas engarzadas con la historia! No había ninguna progresión desde A a B o desde B a C. Solo ha sido una colección de escenas predeterminadas para garantizar la reacción de la audiencia. Eso no es una obra de teatro, Nathan. No mi tipo de obra.

—Entonces, ¿cuál es tu tipo, Will?

Shakespeare mostró durante un momento una expresión de frustración, como si estuviera luchando con algo que no pudiera entender del todo. Respiró profundamente.

—Quiero... quiero contar una historia que cautive a la audiencia de tal manera que se olviden de que están en el teatro. Quiero que estén totalmente en silencio...

Nathan resopló al recordar al público de hoy y su constante parloteo, así como los

comentarios e insultos que lanzaban a veces a los actores sobre el escenario.

Will insistió aún más.

—¡Sí, en silencio! Como si espieran cómo se desarrolla la vida de alguien a través de una ventana y no se atrevieran a respirar por si acaso los descubren. Quiero que la audiencia se preocupe por cada uno de los personajes, que se preocupen por si viven o mueren. No quiero que se preocupen solo por los actores, que aplaudan a sus favoritos y que se pasen todo el tiempo hablando mientras actúan esos que no les gustan tanto.

—Richard Burbage montaría en cólera si no recibiera su habitual aclamación por parte del público —dijo Nathan, sonriendo de forma abierta.

Shakespeare rio sarcásticamente.

—Richard no lo entiende. Es un gran actor, pero le preocupa demasiado convertirse en un actor famoso como para darse cuenta de que es capaz de hacer más. Pero yo lo curaré de todo eso con el tiempo.

Nathan miró a su amigo con expresión divertida.

—Pareces estar muy seguro de ti mismo, Will.

Shakespeare negó con la cabeza con pesar.

—No. ¿Qué escritor se encuentra seguro de sí mismo? Excepto... —Se volvió y una luz brilló en su mirada mientras hablaba— cuando sabe que la historia que está escribiendo es tan buena que no puede equivocarse. Créeme, Nathan: lo que importa es la historia.

La pareja había llegado a su pensión y se sorprendieron al ver a la señora Fast, la casera, esperándolos en el escalón de entrada. Parecía preocupada.

—¡Gracias a Dios que habéis venido! —exclamó—. ¡Estaba a punto de mandar a alguien a buscaros!

Shakespeare se mostró alarmado.

—¿Por qué, señora? ¿Se trata de los agentes de la ley? —Nathan miró de reojo a su amigo. Había oído rumores de que Will había llegado a Londres para escapar de algún problema con los magistrados locales.

—No, no, maese Shakespeare. El joven Nathan tiene dos visitantes importantes. Marie está hablando con ellos. No tenía que haberla dejado sola con ellos. No me gusta el aspecto del más viejo. Me da escalofríos...

Nathan y Will no esperaron a saber más y echaron a un lado a la señora Fast mientras subían las escaleras de dos en dos. Entraron de sopetón en la habitación, pero se encontraron con una escena bastante tranquila. Marie, la hermana de Nathan, servía cerveza al hombre mayor, el cual estaba sentado a una mesa. Un atractivo joven se hallaba sentado junto a la ventana y la observaba. Marie levantó la vista para mirar con consternación a su hermano y al amigo de este.

—¡Nathan! ¿A qué viene ese escándalo?

Nathan balbuceó una disculpa y según se giraba para cerrar la puerta, vio una expresión extraña en el rostro de Will Shakespeare.

Comenzó a hablar el hombre mayor.

—Maese Nathan Fox. Y alguien al que creo conozco bien: maese Shakespeare. Shakespeare hizo una reverencia.

—Buen día tengáis, *sir Francis*.

—¿*Sir Francis*? —Nathan abrió los ojos como platos.

—Nathan, este es *sir Francis Walsingham* —dijo Marie con una sonrisa—. El secretario de Estado de su majestad.

Nathan se dio prisa en hacer una reverencia mientras su hermana continuaba hablando.

—Y, Nathan, *sir Francis* ha venido expresamente para verte.

—¿Verme? —farfulló—. ¿Por qué?

—Me temo que lo vamos a saber enseguida —murmuró Shakespeare con pesimismo.

Nathan miró a *sir Francis Walsingham*. Tenía la piel cetrina y el pelo que se podía ver alrededor de su oscuro cráneo era grisáceo. Iba completamente vestido de negro, a no ser por la clara gorguera de luminoso blanco alrededor de su cuello. Su rostro era severo y sus ojos, casi negros, penetraban con la mirada. Pero, a pesar de todo, Nathan no lo temía. El hombre tenía algo que lo fascinaba.

Walsingham se puso en pie apoyándose en un bastón. Nathan pensó que parecía cansado, que quizá estuviera enfermo. *Sir Francis* le indicó con un gesto que se sentara.

—Maese Fox, permitidme que os presente a John Pearce. Trabaja para mí. —Pearce inclinó la cabeza y Walsingham continuó hablando—. Por supuesto, ya conocéis a maese Shakespeare, pero lo que no sabéis es que también trabaja para mí. —Nathan se quedó mirando a su amigo con la boca abierta. Este no parecía encontrarse precisamente a gusto.

—¿Que Will trabaja para vos? —Marie se mostró sorprendida por la noticia—. Entonces, señor, ¡yo también! —añadió desafiante al tiempo que mostraba un pañuelo bordado que había sacado del bolsillo de su delantal.

Walsingham sonrió y se volvió a mirar a Shakespeare.

—¿Así que esta es la dama que realiza los elegantes trabajos de artesanía que nos permiten mandar nuestros mensajes secretos? —Shakespeare asintió y los cuatro adultos intercambiaron una mirada de complicidad.

Nathan frunció el ceño con irritación al sentirse apartado de la conspiración. Carraspeó.

—Disculpad, señor, pero ¿qué es lo que queréis de mí exactamente?

—No, tú eres el que debe disculparme —dijo Walsingham—. Pero antes de que te lo cuente todo, nuestro amigo John hará guardia en la puerta, ya que nadie puede escuchar lo que estoy a punto de decir. —Una vez oído esto, Pearce, con la mano sujetando firmemente la espada, dejó la habitación.

*Sir Francis* comenzó a pasear despacio por la sala.

—Maese Fox, yo soy muchas cosas para su majestad la reina. Soy el secretario de Estado, soy miembro de su Gabinete, me congratulo de ser su confidente, pero, sobre todo, soy el jefe de los servicios de espionaje de su majestad. Manejo una red de muchos agentes que son mis ojos y mis oídos, y a veces hasta mi espada, tanto en Inglaterra como en el extranjero. Protegemos a la reina Isabel de la mejor manera posible. Estamos viviendo tiempos peligrosos, Nathan. ¿Sabías que, hace muchos años, el papa excomulgó a nuestra reina e hizo un llamamiento para que el resto del mundo la derrocaria de cualquier modo, incluso asesinándola?

Nathan asintió. Marie y Shakespeare mostraban una expresión grave.

—¿Y sabes que el mes pasado la reina de Escocia fue decapitada por tomar parte en un complot para matar a nuestra reina? —dijo Walsingham elevando la voz con pasión—. Es cierto que el rey de España ahora utilizará la fuerza para hacer de Inglaterra parte del poderoso Imperio español. Mis espías me dicen que está construyendo y equipando una flota de barcos de proporciones fabulosas, una «armada», tal y como la llaman los españoles, para venir aquí y aplastarnos a todos. En Inglaterra hay muchos hombres valientes, y sin duda podríamos alistar a más, pero nunca seremos capaces de derrotar a los españoles en una batalla. Tenemos que hacerlo saboteando sus planes en secreto. Para eso es para lo que se entrenan mis agentes. —Walsingham se detuvo y miró a Nathan—. Sé algo de tu vida, sé que tu hermana y tú sois huérfanos. Y que vuestros padres eran gitanos de algún país europeo. ¿Es cierto?

Los hermanos se miraron. Marie elevó la barbilla de forma desafiante. Sabía muy bien los impedimentos que representaba tener sangre gitana. Los gitanos no eran bien recibidos en ningún lugar. Hasta la reina Isabel, famosa por su tolerancia, había aprobado un decreto en su juventud que aplicaba la pena capital a cualquier gitano que hubiera sido cogido cometiendo un robo o practicando brujería.

Walsingham sonrió y dio a Nathan unas pequeñas palmadas tranquilizadoras en el hombro.

—Estoy seguro de que es tu sangre gitana la que te ha proporcionado esas habilidades acrobáticas. Te he visto en el teatro. Eres fuerte y ágil. Pero —continuó Walsingham de manera más siniestra—, acuérdate de lo que te digo. Si España nos conquista, tus habilidades y tu valentía no te librarán de las torturas de la Inquisición. En este mismo momento hay judíos, moros, gitanos y protestantes a los que están quemando en las ciudades españolas.

—Esa intolerancia no es algo propio solo de ellos —musitó Shakespeare para sí.

Walsingham le lanzó una mirada furibunda.

—Vivís en un mundo irreal, maese Shakespeare, donde el bien y el mal se distinguen perfectamente y donde todas las historias acaban bien. Yo estoy obligado a vivir en el mundo real. Sí, he ejecutado a sacerdotes católicos y también a reinas, pero no por ser católicos, sino porque eran asesinos.

Se volvió entonces hacia Nathan.

—Hago este trabajo, Nathan, porque he viajado por todo el mundo y no hay lugar como Inglaterra. Es una piedra preciosa en un mar de plata, una fortaleza edificada por la propia naturaleza contra las infecciones y el brazo de la guerra. Es una isla revestida de poder real. Esto es lo que debemos proteger.

Por el rabillo del ojo, Nathan podía ver cómo Shakespeare garabateaba furiosamente en su libreta.

Walsingham se volvió hacia Will con expresión divertida.

—¿Os han impresionado mis palabras, maese escribano?

—Profundamente, *sir* Francis —murmuró Shakespeare.

—Entonces esperemos que también hayan impresionado a maese Fox. —Walsingham respiró profundamente—. ¿Trabajarás para mí, Nathan? ¿Serás el más joven y quizá el más útil espía al servicio de la reina Isabel?

Nathan estaba atónito, lleno de una confusa mezcla de miedo, orgullo y excitación.

—¿Yo, señor? ¡Yo solo soy un simple actor!

Walsingham se echó a reír.

—Entonces ya tienes parte del mejor entrenamiento posible, ya que el espionaje tiene que ver con el engaño y el disfraz. ¿Y qué mejor que el teatro para aprender todo eso? Pero no voy a engañarte. Es un trabajo peligroso. A muchos de mis agentes los han matado o los han hecho prisioneros. Pero si llegas a trabajar conmigo tendrás de compañero a John Pearce y esa es la mejor protección que podrías tener. Él fue el que te encontró y el que piensa que puedes serle de utilidad. Juntos formaríais un formidable equipo. ¿Qué dices?

Nathan miró a su hermana, cuya falta de entusiasmo era obvia.

—No me gusta la idea, señor —dijo Marie rotundamente—. Nathan está seguro en el teatro. Juré a mi padre que cuidaría de él. No es más que un niño. No debería estar expuesto a semejantes peligros.

Walsingham asintió.

—Comprendo vuestra preocupación. Pero recibiría instrucción y aprendería a cuidar de sí mismo. Yo me encargaría de eso. Y tendría como pareja a mi mejor agente. John ha sobrevivido mucho más tiempo que muchos otros de mis hombres en las condiciones más peligrosas. Quizá él mismo pueda tranquilizaros. —Walsingham se dirigió a la puerta a grandes zancadas y la abrió, al tiempo que hacía un gesto a Pearce para que se acercara. Luego se dirigió a Shakespeare—. Will, haced guardia un momento. Os llamaré cuando hayamos terminado. —Con una reverencia, Will intercambió su lugar por el de Pearce.

Walsingham le rodeó los hombros a Pearce.

—John, la hermana de Nathan cree que el trabajo podría ser demasiado peligroso para él y yo le he dicho que vos podríais tranquilizarla.

Pearce le dijo a Marie que protegería a Nathan con su propia vida y le habló de cómo instruirían a Nathan en el arte de la supervivencia. El rostro de Marie se

suavizó solo un poco. Parecía obvio que Pearce estaba siendo sincero.

Pero, antes de que pudiera responder, Nathan se aclaró la garganta y echó una mirada furibunda a su hermana.

—Yo decidiré si escojo realizar este servicio o no —dijo convencido. No estaba dispuesto a permitir que su hermana sellara su destino.

—Pero no tienes edad para...

—¡He ganado dinero para mantenernos a los dos desde que tenía ocho años! —respondió Nathan vengativo.

—¡En el teatro! ¡Ahí estás seguro! —contraatacó Marie.

—Si no salvamos a Inglaterra de la guerra, nadie estará seguro —afirmó Pearce con naturalidad—. Nathan puede ser de mayor utilidad estando conmigo, especialmente en mi próxima misión.

—¿Y cuál es? —demandó Marie.

Pearce miró a Walsingham pidiendo permiso para hablar y su jefe inclinó la cabeza mostrando así su conformidad.

—Debo ir a Venecia a sellar una alianza.

Nathan sintió que se mareaba de la emoción. ¡A Venecia! ¡El exótico escenario donde tenían lugar muchas de las obras que había representado en el teatro!

—¡Siempre he querido ir al extranjero! —exclamó.

Marie se mantenía en sus trece.

—¿Y en qué puede ser de utilidad un chico joven?

—Simularía ser mi sirviente y así podría averiguar cosas en las habitaciones de los criados, donde yo no podría. Podría enterarse de los chismes y escuchar con disimulo las conversaciones. Un joven sirviente es invisible para los adultos a su alrededor. Tú sabes hablar varias lenguas, ¿no? —dijo dirigiéndose a Nathan.

Nathan asintió con entusiasmo.

—Sí, señor. Marie me enseñó italiano y yo aprendí francés de unos actores ambulantes. En la escuela me enseñaron latín y griego. Aprendo muy rápido las lenguas.

Walsingham emitió un murmullo de aprobación.

Marie parecía derrotada.

—¿Quieres hacerlo, Nathan?

Nathan sintió calor en el rostro y una opresión en el pecho. ¿Quién podría rechazar la promesa de semejante aventura?

—Sí, más que cualquier otra cosa.

—Entonces te daré permiso —dijo Marie en voz baja, casi con tristeza. Se volvió a mirar a Walsingham con una expresión dura en sus ojos—. Pero si le llegara a ocurrir algo malo, os encontrareis con vuestra peor enemiga, señor. Os echaré una maldición gitana para la eternidad.

—Dios no quiera que le ocurra nada malo al chico, pero si así fuera, veréis que estáis al final de una larga fila, porque hay tantos que me odian que me es imposible

contarlos. Venid, John, nos vamos ya. Señorita Fox, por favor, haced el equipaje de Nathan esta misma noche, ya que John vendrá mañana y se lo llevará para su instrucción. Debe estar listo para salir a navegar con *sir* Francis Drake antes de que acabe el mes.

Nathan abrió los ojos como platos.

—¡*Sir* Francis Drake!

Walsingham parecía divertido.

—Te gustan los piratas, ¿eh, chico? A mí también. Tienen mala reputación, pero hacen un buen trabajo.

Y diciendo eso, el jefe de los servicios de espionaje inglés y su principal espía se despidieron y se marcharon. Will Shakespeare regresó a la habitación.

—Así que el maestro de marionetas ha alistado otra marioneta en su equipo —dijo cínicamente.

—Una marioneta, justo igual que tú, Will —recordó Nathan al dramaturgo con descaro—. Así que, ¿qué es exactamente lo que haces para *sir* Francis?

—Muéstraselo, Marie —dijo Shakespeare con una sonrisa.

Marie rebuscó en el bolsillo de su delantal y mostró el pañuelo bordado junto con un trozo de pergamino.

—Léelo —dijo entregando el pergamino a Nathan.

Echó un vistazo rápido a los versos de la página y los reconoció como pertenecientes a Will.

Mi corazón suspira, como el común de los mortales,  
sin calor al que saludar, sin suaves murmullos  
de tus crueles labios, dulce Isabel.  
A menudo te digo, bella ninfa de la tierra,  
nuestras almas nunca deben compartir ese feliz estadio  
en el que los amores de salón yacen domados por la más grave  
[de las bellezas  
y donde las vistas no son sino retazos de nubes.  
Quizá vuestros malvados pensamientos sobre mí  
surjan de murmullos que asaltan vuestro oído.  
¡Ojalá pudiera retirar las injurias del indigno rencor  
y al hacerlo estuviéramos los dos unidos en un abrazo, sin más [engaños!  
Y ahora suplico que olvides todas las dudas  
para poder hablar de esperanza y no mancillar mi nombre.  
Sé que me mantenéis a distancia con vuestro frío rostro.  
Deshechos mis sueños, ahorraos vuestras doloridas notas.  
Debemos separarnos y romper nuestro compromiso,  
unidos en el dulce recuerdo,  
Dios juzgará mi corazón, incluso aunque yo con vos ya no esté,  
seguimos juntos, atados por penas parejas.

—¿Y? —preguntó Nathan.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre decir? ¿Y? ¿No te admira la belleza del poema? —preguntó Shakespeare, exasperado.

Ignorando la frustración de Will, Marie dio instrucciones a Nathan para que

depositara el pergamino sobre la mesa y extendiera sobre él el pañuelo. Diminutas fresas, flores y hojas aparecían bordadas al azar sobre el lino. Cada flor tenía un pequeño agujero en el centro. Nathan situó el pañuelo sobre el cuadrado de pergamino. El tamaño cuadraba exactamente y se sorprendió al ver que ciertas letras se hacían visibles a través de los agujeros de cada una de las diminutas flores. Despacio, leyó el mensaje en alta voz.

salud os  
de Isabel

nuestr o s estad

os e s  
ta n  
en

p e l i g r o  
t e n e m  
os  
que  
hablar

que  
D i o s  
os  
a m  
pare

Nathan levantó la cabeza y miró a su hermana. Sonrió. Marie llevaba muchos meses bordando pañuelos por los que la pagaban muy bien. Nathan no le había concedido ninguna importancia, ya que lo consideraba un trabajo de mujeres, y además no era asunto suyo. Ahora miraba a su hermana con nuevo respeto. Will Shakespeare y Marie: parte de la red de inteligencia tejida por el astuto *sir* Francis Walsingham. Y ahora también Nathan había sido atraído hacia dicha red.

## A los pies del maestro

Nathan se levantó cuando la primera luz del alba se filtraba por las cortinas. Reptó sigilosamente de la cama y se vistió sin hacer ruido, con cuidado de no despertar a Marie. Su hermana había dormido mal esa noche. Él había intentado que se sintiera más tranquila diciéndole que estaría bien, que tendría cuidado, que ya era casi un hombre, pero no había hecho más que empeorar las cosas. Siempre habían estado los dos juntos desde que su padre, Samuel Fox, los había dejado al cuidado de la señora Fast antes de desaparecer. Nathan solo tenía cinco años y apenas se acordaba de su padre. Marie nunca hablaba de él, excepto para decir que le había jurado que protegería a su hermano.

A pesar de la insistencia de John Pearce al convencerla de que Nathan solo estaría fuera unos pocos meses antes de volver a Shoreditch, ambos hermanos sabían que una vez que Nathan hubiera probado la aventura, no volvería a su antigua vida. El entusiasmo apenas contenido de Nathan ante la perspectiva del futuro que tenía por delante había llenado la atmósfera de la habitación la pasada noche mientras su apagada hermana preparaba su equipaje.

Nathan había resuelto echar un último vistazo a Shoreditch y al teatro antes de marchar. No había nadie. Anduvo a grandes zancadas por mitad del camino para evitar que algún madrugador lo empapara al vaciar el orinal por la ventana y se dirigió al teatro a través de las desiertas calles. El aire era frío y húmedo, y Nathan se estremeció al arrebujarse en la capa. Tenía algo más que miedo, pero también se sentía entusiasmado. Abrió la puerta trasera del teatro y buscó el camino a tientas en la penumbra hasta que se encontró en el escenario de madera, iluminado a medias por la luz del amanecer. Anduvo de un lado al otro del escenario mientras recordaba los diversos papeles de las diferentes obras en las que había actuado desde que tenía ocho años. Se dio cuenta con dolor de que echaría de menos la vida del teatro más de lo que se había podido imaginar. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Y bien, maese Fox, no os sienta nada bien darle vueltas a la cabeza. —Will Shakespeare apareció desde la oscuridad y Nathan pegó un salto, sorprendido.

—¡Will! ¡Me has asustado!

—Vas a tener que ser un poco más valiente que eso para afrontar la vida en la que estás a punto de embarcarte —dijo Will gravemente—. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Sé lo persuasivo que puede llegar a ser *sir* Francis.

Nathan asintió con decisión.

—Estoy seguro, Will. Sé que puedo hacerlo, y la tarea es importante.

Will parecía triste.

—¿Entiendes que los agentes de Walsingham viven en el mundo de las sombras? Quizá nunca te lo agradezcan o se te recompense por los riesgos que corras.

—Lo entiendo, y aun así quiero hacerlo.

Shakespeare dio a Nathan unos golpecitos amistosos en la espalda.

—Bien. Entonces, no hablaremos más de dudas.

Nathan miró a su amigo con gratitud.

—Will... hay algo que sí que podrías hacer por mí.

—Tú dirás.

—Cuida de Marie mientras yo no esté. Ahora se encontrará sola y me temo que se pondrá enferma de preocupación.

Shakespeare sonrió.

—No la perderé de vista en ningún momento.

A Nathan se le ocurrió algo más de repente.

—¡Maese Burbage! Voy a dejar este empleo sin previo aviso. ¡Se pondrá furioso!

Will se echó a reír.

—Ciertamente, tendrá un ataque de cólera ante este nuevo giro de los acontecimientos, pero ¿no soy yo un gran contador de historias? Urdiré una historia tal para nuestro amigo Burbage que se sentirá orgulloso de que una vez trabajaras para él. —Entonces Will miró fijamente a Nathan—. Y ahora, maese Fox, hay algo que podéis hacer por mí.

—Por supuesto.

Un brillo familiar alumbró los ojos de Shakespeare.

—Recuerda todas tus aventuras, Nathan, cada detalle. Quiero conocer a los personajes con los que te encuentres, la crueldad, la política y el ingenio. Mantén los ojos y los oídos abiertos para mí y, cuando regreses, búscame cuando todo siga aún fresco en tu mente. ¡Tu vida podría convertirse en el espejo del alma de otros hombres! ¿Harás eso por mí?

—Con mucho gusto, Will. Estaré encantado de tener un amigo en el que poder confiar.

La pareja se dirigió a casa a través de las calles, que iban despertando, mientras recordaban sus momentos sobre el escenario. Se reían tanto que a Nathan comenzó a dolerle el costado, pero cuando llegaron a su destino se les agotó la risa según se dieron cuenta de que una llorosa Marie andaba preocupada de un lado a otro de la habitación.

—¡Nathan! —dijo, sollozando y lanzándose en sus brazos—. ¡Pensaba que te habías ido sin despedirte! —Lo abrazó tan fuerte que él casi no podía ni hablar.

—Cálmate, Marie —dijo Will suavemente—. Solo estaba despidiéndose del teatro, nada más.

Nathan se sentía dividido. No quería disgustar a Marie, pero estaba ansioso por comenzar sus aventuras. Le resultó un alivio cuando, instantes después, John Pearce

entró después de llamar a la puerta con los nudillos.

—¿Estáis listo, jovencito? —preguntó Pearce, sonriendo abiertamente. Nathan asintió y recogió su equipaje mientras Marie sorbía ruidosamente y le alisaba el chaleco. Nathan se revolvió, incómodo y musitó una despedida. Marie logró esbozar una sonrisa al tiempo que movía la cabeza en señal de ánimo y le soltó la mano.

—Lo protegeré con mi propia vida, mi dulce dama —dijo Pearce. Luego condujo a Nathan hacia la salida de la habitación y se marcharon.

Afuera de la casa esperaban dos caballos, con las cabezas gachas para evitar que la fina lluvia se deslizara por sus ojos. Pearce los desenganchó del poste.

—Supongo que sabes montar, Nathan. No se me había ocurrido preguntarte.

Nathan soltó un bufido.

—Ya veo que nunca habéis estado en una feria de caballos gitana. Los gitanos montan mejor que andan —dijo, al tiempo que saltaba sobre la silla.

Impresionado, Pearce subió a la silla del otro caballo.

—No me equivoqué al escogerte para este trabajo.

Nathan sonrió, y los nuevos compañeros se encaminaron sin pausa en dirección a Londres.

Shoreditch estaba a algo más de una hora a medio galope de los límites de la ciudad. Las autoridades habían decretado que los teatros tenían que construirse lejos del centro de la ciudad para evitar los riesgos del contagio de la peste asociados a las concentraciones de gente. Mientras sus caballos entraban en la ciudad propiamente dicha, Nathan pensaba, sin embargo, que no existía mayor riesgo que la simple y llana masa de humanidad que los rodeaba en ese momento.

El día estaba en su apogeo. Había vendedores ambulantes que negociaban con la mercancía que llevaban a la espalda: lazos, bisutería y todo tipo de bagatelas. Los carros competían por el espacio en la calle llena de barro con la gente, los perros y los caballos. Nathan se vio forzado a quedarse atrás mientras trataban de abrirse paso entre el gentío. La gente chillaba: unos trataban de vender frutas y verduras, otros simplemente se insultaban a gritos.

*¡Cuánto ruido! ¡Y vaya peste la de los cuerpos sin lavarse!*, pensó Nathan.

Pearce dirigió su caballo hacia el sur y Nathan lo siguió. Pronto vieron la extensión del río Támesis ante ellos y, a la izquierda, Nathan divisó la amenazadora fortaleza de la torre de Londres. Le recorrió un escalofrío al percibir las difusas siluetas de unas cabezas que se pudrían en sus picas. Pearce siguió el curso de su mirada y, por toda explicación, le dijo que eran traidores.

—Ya casi hemos llegado —gritó John, al tiempo que los caballos trataban de avanzar a través del estrecho paso del puente de Londres.

—¿Adónde vamos? —preguntó Nathan en cuanto los dos caballos pudieron volver a caminar a la par.

—A la Escuela de Defensa del maestro Robey. No hay otra mejor. —Aminoró la marcha hasta detener el caballo en el exterior de una gran mansión a la sombra de la

iglesia de St. Saviour. Según desmontaban, apareció un hombre que cogió las riendas de los caballos. Había dejado la pesada puerta de roble de la casa abierta y Pearce condujo a Nathan a través de la entrada hacia el recibidor para llegar luego a una amplia habitación.

Nathan se quedó con la boca abierta al ver lo que tenía ante sus ojos. El techo era abovedado, como el de una iglesia, y las ventanas estaban situadas tan altas que permitían que los haces de luz se derramaran sobre el suelo. La pared de la derecha mostraba alineadas todo tipo de armas imaginables: espadas, dagas, escudos, garrotes, picas y otras que él nunca antes había visto. La pared de la izquierda estaba cubierta con un curioso despliegue de barras de madera, arietes y anillas de hierro.

—¿Qué lugar es este? —susurró. Su voz parecía resonar en el vasto espacio. De repente, se escuchó una voz de hombre que llegaba desde arriba.

—¡Maese Fox!

Nathan elevó la mirada y vio una figura vestida completamente de cuero negro, de pie, en una galería en un extremo de la habitación.

—Aquí es, jovencito, donde aprenderéis a defenderos de maneras que nunca pensasteis que fueran siquiera posibles.

El hombre pegó un salto por encima de la balaustrada, desde una altura de más de cinco metros, hasta el suelo. Cuando Nathan recuperó de nuevo el aliento, se dio cuenta de que, de hecho, el hombre se había deslizado por una cuerda a una velocidad tal que parecía que había saltado.

El hombre se acercó a ellos. Nathan pensó con admiración que andaba tan silencioso como un gato.

—Soy Robey —dijo el hombre, al tiempo que extendía su mano. Nathan extendió la suya tímidamente y Robey se la tomó. Nathan era consciente de que Robey estaba comprobando la fuerza de su mano aplicando sobre ella una presión firme e indolora a un tiempo. Él respondió. Después de examinar la otra mano de Nathan, Robey le ordenó que se quitara las botas. Nathan hizo lo que se le pedía y se mantuvo de pie en calcetines mientras también le examinaban los pies. Contuvo la respiración mientras Robey extraía una daga, pero simplemente deslizó la hoja bajo el puente de ambos pies.

—Bien, puentes elevados, bien —murmuró. Entonces colocó la daga en el suelo—. Chico, junta las manos a la espalda y coge esa daga con el pie. —Por un momento, Nathan pareció sorprendido, pero luego sonrió. Sacó la punta del pie hacia afuera como un bailarín y con el dedo golpeó suavemente la empuñadura hacia él. Era un estilete italiano, de empuñadura delgada y recta. Pudo curvar los dedos fácilmente a su alrededor y levantarlo del suelo. Pero la hoja era larga y necesitó elevar la rodilla casi hasta la altura de la cintura para poder alzarlo por completo. Y eso es lo que hizo, sin perder el equilibrio y sin dejar caer el puñal. Se mantuvo inmóvil durante quince segundos completos antes de que Robey le ordenara bruscamente que lo soltara. Aliviado, Nathan lo dejó caer.

Robey mostró una amplia sonrisa y palmeó al chico en la espalda.

—¡Excelente! ¡Excelente! —exclamó, encantado con su nuevo alumno. Nathan se sintió honrado por haber pasado su primera prueba y buscó a Pearce con la mirada para sentirse tranquilo.

Él también parecía satisfecho.

—Entonces puedo dejaros para que continuéis con vuestro trabajo, Maestro Robey... —dijo al tiempo que se retiraba.

—¡Oh, no! —dijo Robey con firmeza—. *Sir Francis* dice que solo tengo lo que queda de este mes antes de que el chico entre en servicio. Por tanto, John Pearce, deberéis ocupar mi lugar con mis otros alumnos para que yo pueda concentrarme en el asunto que tengo entre manos.

—Pero yo tenía mis propios planes, maestro —se quejó Pearce—. Hay una joven que espera mi compañía... —Su voz se hizo cada vez más débil solo con ver que Robey mostraba su desaprobación enarcando una ceja.

—Órdenes de *sir Francis* —dijo Robey con firmeza, mientras Pearce se encogía de hombros, resignado.

Robey se desplazó hasta la esquina de la sala a grandes zancadas y abrió una puerta de par en par.

—¡Pasad! —rugió, ante lo cual dos jóvenes entraron dando saltos como ansiosos cachorrillos.

—¡Los hermanos Silver! —gimió Pearce.

—¡John Pearce! —gritaron los dos hermanos a un tiempo mostrando su entusiasmo. Luego se apartaron de un salto en direcciones opuestas, a la vez que cada uno tomaba una espada y un puñal de la pared con las armas.

—Hoy me apetece utilizar el estoque y la daga —dijo George Silver con ligereza.

—Entonces la espada corta y la otra daga para mí —dijo Toby, igualmente lleno de energía. Los hermanos se mantuvieron de pie, a la espera, con las armas en la mano.

—Entonces yo lucharé con dos espadas —dijo Pearce resignado, a la vez que se acercaba sin ganas hasta la pared para seleccionar las armas.

—Caballeros —dijo Robey—, si no os importa desplazaros a la sala pequeña, yo daré la clase aquí. —Condujo a los tres jóvenes hasta la puerta y la cerró, pero no antes de que Nathan oyera los alborozados gritos de los dos hermanos.

—¡Pero no antes de que yo esté preparado, estúpidos! —oyó que exclamaba John Pearce irritado.

A Nathan se le borró de golpe la sonrisa de la cara cuando Robey se volvió hacia él y comenzó a hablarle tranquilamente.

—Aquí es donde aprendes a matar o a que te maten. —Nathan se quedó helado mientras Robey lo rodeaba lentamente—. Yo no enseño a los agentes de *sir Francis* a que luchen con la espada como si fueran actores en el teatro, tal y como hacen los jóvenes en la corte para diversión de las damas. Les enseño a luchar como se lucha en

la calle, al estilo italiano, ya que ellos han perfeccionado la forma más sucia de pelearse de toda la cristiandad. Has de ser consciente, chico, de que aquí no existen las reglas. Te enseño a sobrevivir, y eso es lo que tú harás de cualquier manera: con la espada, la daga, con tus puños o con un trozo de cristal roto. ¿Entiendes?

Nathan asintió. No podía hablar, parecía que la lengua se le había pegado al paladar.

Robey se le acercó y le habló en voz muy baja.

—Este trabajo es un asunto muy sucio, y si en algo aprecias tu vida, saldrás de aquí ahora mismo y no volverás nunca más. Nadie pensará mal de ti por ello.

Nathan miró fijamente a Robey y se fijó en la profunda cicatriz que le cruzaba la ceja y el pómulo, una línea que le llegaba casi hasta la oreja.

—Tengo miedo, señor, pero no soy un cobarde —añadió desafiante.

Robey le mantuvo la mirada.

—El miedo es bueno. Agudiza los sentidos y conforma la voluntad. Te prometo, chico, que cuando haya acabado contigo serás casi tan habilidoso como John Pearce. —Robey se dio la vuelta y se dirigió hacia la pared de las armas—. Ahora tenemos trabajo. Pero antes deja que te diga algo —dijo Robey, mientras se detenía de camino a buscar una espada—. Tu arma más importante son tus pies.

—¿Mis pies, señor? —replicó Nathan riéndose.

—Sí. —La seriedad de Robey hizo que a Nathan la risa se le ahogara en la garganta—. La mejor forma y la más segura de salvar la vida es correr y hacerlo rápido. Nunca te metas en una pelea si puedes evitarlo.

Nathan mostró su desdén.

—Huir es de cobardes, señor.

—No. Permanecerías vivo para hacer tu trabajo, quizá para salvar a otras personas. No existen cobardes entre los hombres listos. No existe ninguna valentía en luchar o en morir sin necesidad.

Nathan no respondió. Entendía el sentido de lo que Robey le decía, pero su orgullo no podía permitirle admitir que quizás habría situaciones en las que escapar fuera la mejor opción.

Robey seleccionó un estoque y regresó a donde se encontraba su pupilo.

—Este arma sirve a muchos propósitos —dijo mientras la sostenía a un costado para poder demostrárselo—. Tiene dos filos muy punzantes, o por lo menos, así debería de ser. Muchos hombres no cuidan sus espadas. Estas hojas tendrían que estar afiladas como cuchillas, porque su trabajo es herir a tu oponente de un tajo e inutilizarlo. Si seccionas el músculo del brazo con el que sostiene la espada, ya no puede seguir luchando. —Vio que Nathan se estremecía—. ¿Tienes el estómago que hay que tener para este trabajo? —preguntó con semblante serio—. No puedes permitirte el lujo de dudar si lo que está en peligro es tu vida, o la vida de otra persona.

—Tengo el estómago lo suficientemente fuerte, señor —dijo asintiendo con la

cabeza. Mentía, pero tenía la seguridad de que podría superar su aprensión.

Robey anduvo hasta la puerta de la sala pequeña y la abrió de par en par.

—¡Deteneos! —rugió. El sonido de las espadas al chocar cesó—. ¡Necesito ayuda aquí! Entraron los hermanos Silver y John Pearce, sofocados por el esfuerzo, con las espadas y las dagas en la mano.

—Maese George, dad un paso adelante —dijo Robey. El joven obedeció—. Nathan, observa y escucha. Este —dijo mientras apoyaba el lateral del estoque en el brazo derecho de George Silver— es el primer punto de inutilización. Inserta la hoja profundamente en este músculo y tu oponente no será capaz de elevar la espada para contraatacar. Este —dijo poniendo el estoque en el muslo derecho de Silver— es el segundo punto de inutilización. Secciona el músculo de la pierna que utiliza para mantener el equilibrio, que está en el mismo lado que el brazo con el que sostiene la espada. Este —añadió apoyando el arma en el muslo izquierdo de Silver— es el tercer punto de inutilización. Pégale un corte en esta pierna y no podrá retirarse de tu ataque con la espada. Y este —afirmó mientras señalaba el brazo izquierdo de George con el estoque— es el cuarto punto de inutilización. Pégale un tajo aquí y el brazo izquierdo no le sirve para nada. Obviamente, si te enfrentas a un espadachín zurdo, estos puntos de inutilización van a la inversa. Primero vas a por el brazo izquierdo, luego el muslo izquierdo, luego el derecho y por último el brazo derecho. ¿Lo has cogido?

—Sí, maestro Robey. —Nathan esperaba que su voz sonara más segura que lo que en realidad se sentía él.

George Silver sonrió abiertamente cuando Robey le levantó los brazos hasta ponerlos en cruz y le sacudió los muslos para hacer que separara las piernas.

—Ahora te enseñaré los puntos de ataque para una muerte no inmediata. —Primero tocó la base del cuello de Silver con un costado del estoque y luego con el otro—. Por aquí y por aquí —continuó— es por donde la sangre fluye más rápidamente por las venas de los hombres. Pincha cualquiera de los lados del cuello y tu oponente derramará sangre con tanta velocidad que se caerá inconsciente al suelo en solo unos pocos segundos. Pínchale aquí —dijo señalando las axilas de Silver— y la sangre fluirá igualmente veloz, y ningún médico será capaz de reducir el flujo. Si le pinchas aquí —añadió señalando la ingle de Silver— también perderá sangre rápidamente y no podrá mover las piernas. Gracias, maese George. Podéis volver a vuestra posición normal. —George Silver se puso en posición de firmes y guiñó un ojo a Nathan mientras Robey continuaba hablando—. Los puntos para una muerte inmediata son este —dijo, mientras señalaba el corazón de Silver con el estoque— y este. —Indicó el abdomen de Silver, debajo de las costillas—. Pero no tienes que preocuparte por eso.

—¿Por qué no, señor? —preguntó Nathan sorprendido.

Robey señaló la esquina de la sala con la cabeza.

—John, trae al rey Felipe II de España. —Pearce arrastró un objeto de gran

tamaño con forma de hombre hasta el lugar donde se encontraba Nathan. Colgaba de una estructura de madera, como un hombre que colgara del patíbulo—. Este —dijo Robey agitando el estoque en su dirección— es tu enemigo. Está cubierto de fino cuero, cuya consistencia es parecida a la de la piel humana, y está relleno de trapos, que son como la carne y los cartílagos bajo la piel. Ahora quiero que cojas este estoque y lo hundas con todas tus fuerzas en el pecho de Felipe.

Nathan cogió la espada con cautela, tomó aire y se lanzó contra el hombre de trapo con un chillido ensordecedor. Su primera estocada rebotó en el cuero y resbaló hacia un lateral, de forma que chocó con el rostro y el cuerpo contra el maniquí, al tiempo que dejaba caer la espada. Sintió el rubor en el rostro al notar cómo los dos hermanos Silver se reían por lo bajo.

—Vuelve a intentarlo —dijo Robey con calma.

Nathan recogió la espada del suelo, se echó varios pasos hacia atrás y volvió a lanzarse con todas sus fuerzas. Esta vez el estoque penetró, pero por mucho que lo intentó, no pudo extraerlo. Se esforzó por sacarlo agarrándolo de la empuñadura y cuando estaba a punto de acercarse más y agarrar la hoja con la otra mano, Robey tiró de él con fuerza.

—¡Piensa, maese Nathan! Esa hoja está afilada como una cuchilla. Te cortarás las manos en tiras.

Nathan se sentía como un tonto, pero Robey le dio unas palmaditas en la espalda.

—Lo has hecho bien, chico. Nadie de tu edad lo habría hecho mejor. Los que nos ganamos la vida luchando sabemos que atravesar a un hombre con la punta del estoque es un error. Hace falta mucha fuerza para extraer una hoja del cuerpo de un hombre y no puede hacerse a la distancia del brazo. Ese lance solo se utiliza si tu oponente yace en el suelo y puedes rematarlo con la punta y poner el pie sobre su pecho para sacar la hoja. ¿Entiendes?

Nathan asintió.

—Ahora —dijo Robey dirigiéndose a sus pupilos de más edad—, maese Nathan se dedicará a ejercitar las muñecas mientras los dos hermanos realizáis ejercicios de agilidad bajo la tutela de maese Pearce. —Los hermanos emitieron un gemido y comenzaron a desprenderse de sus cinturones, chalecos de piel, guantes de malla y botas. Mientras tanto, Robey devolvió el estoque a su sitio y escogió una espada más larga y pesada. Entonces sacó un trozo de tiza y un cordón de cuero de un saquito que llevaba colgado del cinturón. Procedió a atar la tiza al extremo de la espada, al mismo nivel que la hoja—. Ven conmigo —ordenó mientras conducía a Nathan hacia la pared bajo la galería—. Esto es lo que vas a hacer. —Levantó delante de él la espada con la tiza en el extremo y, extendiendo el brazo hasta el límite, dibujó un número ocho perfecto en la pared—. Esto es lo que vas a hacer ahora: sin mover el brazo, solo la muñeca, y cuando lo hayas hecho perfectamente y yo esté satisfecho, harás lo mismo con la otra mano.

—¡Pero yo soy diestro! —protestó Nathan.

Robey sonrió.

—Ya no —respondió—. Chico, cuando luchas con alguien más te vale poder hacerlo con ambas manos, o tu vida se apagará antes que una vela a la hora de ir a la cama. —Y diciendo esto se volvió hacia los hermanos Silver, que se encontraban escalando las curiosas protuberancias de madera a lo largo de la pared más grande. Nathan levantó la pesada espada y comenzó su tarea.

Al cabo de cinco minutos, Nathan sentía los músculos del brazo y el hombro tan doloridos que apenas podía mantener en alto la espada, por no hablar de dibujar la figura perfecta de un ocho en la pared. La voz de Robey junto a su oído lo sobresaltó.

—Chico, cambia ya al otro brazo antes de que los músculos se te agarroten por completo.

Agradecido, Nathan hizo lo que se le decía, simplemente para darse cuenta de que la muñeca izquierda se negaba a obedecerlo. Sin embargo, Robey parecía estar complacido.

—Bueno —dijo Robey agarrando a Nathan por los hombros mientras intentaba aliviarle los dolores con un vigoroso masaje—, he oído que eres un acróbata estupendo. Así que ahora te pido que enseñes a este par de inútiles de qué pasta estás hecho.

Nathan sintió que se le alegraba el espíritu y gustosamente se desprendió de las botas, el cinturón y el chaleco. Los hermanos Silver se encontraban ahora en el suelo. Toby se había caído desde una altura de aproximadamente un tercio de la pared y estaba ocupado frotándose el trasero. Pearce sonrió con suficiencia al ver su desazón para luego mostrar una indudable alegría cuando Robey les informó de que Nathan iba a realizar prácticas de agilidad.

—Mirad y aprended —dijo Pearce al tiempo que daba un cariñoso cachete a Toby Silver en la cabeza.

Los cuatro hombres contemplaron en respetuoso silencio a Nathan trepar por la pared con la velocidad y la facilidad de una araña.

—¡Este chico se agarra como la hiedra! —dijo George sorprendido cuando vio que Nathan alcanzaba la parte superior de la pared.

—¡Ahora alcanza una de las cuerdas! —gritó Robey señalando las sogas atadas a lo largo de una viga del techo a una distancia de algo más de un metro de la pared. Nathan se lanzó como si fuera un gato hacia la cuerda más cercana y se aferró a la viga a la espera de instrucciones—. Trepa a la viga y recórrela andando. —Nathan se dio impulso, pasando las piernas por encima de la cabeza, y subió a la viga. Entonces se elevó, sin ningún esfuerzo, y se mantuvo erguido. Anduvo con destreza en perfecto equilibrio a lo largo de la viga y se detuvo a mirarlos.

—Así que no tiene miedo a las alturas —murmuró Toby con envidia.

—¡Y ahora regresa a la soga! —ordenó Robey. Nathan obedeció—. ¡Ponte boca abajo y cuélgate solo de los pies! —Agarrando la cuerda entre los muslos, Nathan arqueó la espalda y se dejó caer como una piedra, con los brazos extendidos para

demostrar que era cierto que solo se sostenía con los pies. Hacía tan solo una semana había realizado un número similar en el teatro.

—¡Por todos los santos! —exclamó Toby.

—Baja ya, chico —dijo Robey—. Nos has dejado a todos en ridículo.

Cuando Nathan llegó al suelo, Toby y Pearce lo rodearon y expresaron su admiración. Estaba orgulloso, sofocado y feliz al ver que Robey le dirigía gestos de aprobación.

Esa noche, después de muchos ejercicios extenuantes, metieron a Nathan en un baño caliente preparado por los sirvientes de Robey y lo restregaron y frotaron a conciencia con un linimento maloliente. Mientras estaba comiéndose un plato de guiso, se quejó a Robey del penetrante olor del linimento.

—Nos darás las gracias por la mañana —dijo Robey con una sonrisa al ver lo incómodo que se encontraba Nathan—. No te vayas nunca a la cama con los músculos doloridos, porque al día siguiente estarás inválido. Busca siempre agua caliente en la que remojar los huesos y luego frótate bien. Te irán bien la grasa de ganso o la manteca de cerdo.

Agradecido, Nathan se hundió en la que creyó era la cama más blanda del mundo y enseguida comenzó a dormir. Pearce lo despertó de una sacudida con unas palmaditas en el hombro.

—Estaré fuera durante unos cuantos días —dijo en voz baja—. Tengo que ofrecer mis disculpas ante una dama que me habrá estado esperando en vano esta noche. — Pearce guiñó un ojo y se marchó, llevándose a un tiempo la luz de la vela.

En la oscuridad, Nathan sonrió satisfecho. Hoy había entrado en un mundo en el que los hombres luchaban duro y sobrevivían gracias a su ingenio. Le resultaba muy apropiado. Mientras se sumía en un profundo sueño fruto del extremo cansancio, Nathan pensó que, cuando fuera mayor, quería ser como John Pearce.

## Lo que aprendas puede salvarte la vida

Nathan se despertó en la habitación de la buhardilla, dolorido pero sin rigidez en los músculos. Se puso la ropa, pero no pudo encontrar las botas ni los calcetines por ningún sitio, así que bajó las escaleras sin hacer ruido con los pies descalzos y siguió la dirección del olor a comida. Allí mismo, alrededor de una mesa enorme en la cocina, estaban sentados en silencio Robey y otros tres hombres que comían con ganas. Cuando Nathan entró, uno de ellos se levantó y llenó un plato con el contenido del puchero suspendido sobre el fuego. Lo colocó, lleno a rebosar de jamón, huevos y pan recién hecho, sobre la mesa e hizo un gesto a Nathan para que se sentara a comer. El jamón asado olía deliciosamente y la grasa resbaló por sus dedos al coger un trozo. Uno de los hombres le deslizó una cuchara desde el otro lado de la mesa para que comiera los huevos. La gloriosa mezcla se desplazó por su garganta y le golpeó el estómago con un ramalazo de calor. Nathan se dio cuenta entonces que con toda la excitación del día anterior había comido muy poco.

—Bebe un poco de agua, chico —dijo Robey acercándole una jarra y una taza de peltre—. ¡Aquí no se bebe cerveza! —añadió—. Nubla el entendimiento y los que nos dedicamos a este asunto necesitamos de todo nuestro ingenio. Recuérdalo.

Nathan asintió y bebió el agua fresca. Ahora que tenía la boca libre de comida, pudo hablar.

—No encuentro mis calcetines y mis botas, maestro.

Robey hizo un gesto afirmativo.

—Desde hoy, calzarás tus pies de forma diferente. Te lo enseñaremos cuando hayas terminado de desayunar.

Nathan sentía curiosidad, pero continuó comiendo a la vez que observaba a los hombres alrededor de la mesa. Todos eran fuertes y tenían cicatrices en los brazos que delataban viejas heridas. Uno incluso llevaba un parche. Nathan pensaba que si se los llega a haber encontrado en un callejón de Shoreditch, habría echado a correr como alma que lleva el diablo.

Robey se dio cuenta de que los ojos azul pálido de Nathan se movían con rapidez de un hombre a otro.

—Perdona mis malos modales por no haberte presentado a mis hombres. Somos luchadores profesionales y tendemos a olvidarnos de las convenciones sociales. Este es Bardolph... —dijo señalando al hombre del parche, el cual a modo de saludo asintió con la cara sucia de huevo—. Este es Pistol... —Ahora señaló a un hombre con unos antebrazos descomunales y musculados que emitió un gruñido para saludar

—. Y este es Nym... —El tercer hombre sonrió a Nathan y al hacerlo mostró los huecos de los muchos dientes que le faltaban—. Nosotros cuatro seremos tus tutores durante el tiempo que estés aquí. Encontrarás que somos rigurosos pero justos. Te enseñaremos todo lo que podamos antes de dejarte emprender tu camino. Pero, al igual que John Pearce, volverás para pulir tu técnica de vez en cuando. Y ahora, Nathan, empecemos a trabajar.

Robey señaló con la mano un cubo que había en una esquina.

—Primero tienes que lavarte las manos para quitarte la grasa. Necesitas poder agarrar las espadas y los cuchillos con seguridad si es que no llevas guantes. Esta mañana Bardolph será tu tutor.

En ese momento Robey tomó unas tiras de tela y un par de botas nuevas de un armario cercano e hizo que Nathan se sentara en una silla.

—Ahora voy a vendarte los tobillos y los pies. Fíjate bien porque tendrás que hacerlo todos los días. Verás claro el porqué de esto cuando te pongas estas botas.

Comenzó a vendar los arcos de los pies situando los trozos de tela en forma de ocho para pasar luego a los tobillos. El tejido estaba cortado de tal forma que cedía, pero cuando Robey acabó con un pie y remeti6 el último trozo de tela, Nathan tenía los tobillos firmemente sujetos, aunque podía mover los pies hacia arriba y hacia abajo. Robey hizo que se pusiera en pie y que anduviera con uno de los pies vendados.

—Tiene que estar lo suficientemente fuerte como para sujetarte, pero no tanto que no deje fluir la sangre por los pies —explicó. A Nathan le pareció inc6modo, pero sabía que tendr6a que acostumbrarse a ello.

Robey sostuvo una de las botas en alto.

—En el interior de ambas botas hay un compartimento especial, del tama6o justo para ocultar una daga peque6a de hoja plana junto a cada tobillo. Tienes que llevar siempre estas botas. Solo sacarás las dagas cuando necesites trepar. Si no, las deberás llevar siempre para tu propia protecci6n.

—¡Pero si yo sé luchar con espada! —protestó Nathan.

—Eres un chaval, y seguramente harás de sirviente. No llevarás espada —dijo Robey con firmeza—. Bardolph te enseñará todo lo que necesites saber para utilizar un pu6al. John Pearce te defenderá con su espada. Tú le defenderás a él con tu daga.

Nathan tuvo que tragarse la desilusi6n porque no se le permitiera utilizar espada, pero dejó que Robey le vendara el otro pie. Luego se puso las botas. Le resultaba difícil andar con su habitual ligereza y agilidad. Le resultaba extraño sentir el acero en cada tobillo, pero a lo largo de la ma6ana se acostumbró a esta restricci6n. Pronto se dio cuenta del porqué del vendaje: evitar que las r6gidas botas le hicieran rozaduras en la piel.

La clase con Bardolph tuvo lugar en la sala grande. Primero tuvo que aprender a desenfundar rápidamente las dagas del interior de las botas. Durante casi una hora intentó torpemente realizar esta tarea, lastimándose la piel de ambas piernas varias

veces. Eran armas difíciles de agarrar, ya que estaban diseñadas para encajar perfectamente en los laterales de las botas y pasar desapercibidas. Eran muy planas, hasta la empuñadura lo era, pero tenían una muesca en los costados de dicha empuñadura, aproximadamente hacia la mitad. Al final a Nathan se le ocurrió la forma de enganchar las muescas con dos dedos de cada mano y desenfundar las dagas rápidamente y con destreza. Bardolph emitió un gruñido de aprobación.

Una vez dominada la extracción rápida de los puñales, la segunda lección consistió en lanzarlos contra el blanco con la mayor exactitud posible. Esto implicaba desenfundarlos rápidamente, lanzarlos ligeramente al aire y cogerlos por la hoja, listos para lanzar. Ya que estaban diseñados para ser utilizados de esta manera, las hojas eran romas. Solo estaban afiladas las puntas, para poder atravesar el objetivo. Si fallaba a la hora de recoger las dagas en el aire según las volteaba, no correría el riesgo de cortarse las manos de mala manera. Nathan dio gracias a Dios por ser un habilidoso malabarista y cuando Bardolph le examinó las manos al final de la mañana solo tenía un pequeño rasguño entre el índice y el pulgar.

El blanco era un trozo de madera con forma de hombre que colgaba de una cuerda. En la parte delantera había un círculo de color rojo sobre el corazón y otro sobre el abdomen. Para hacer una demostración, Bardolph lanzó dos dagas, que chocaron a un tiempo en el corazón del blanco. Nathan intentó hacer lo mismo, pero utilizó demasiada fuerza y su daga dio vueltas en el aire de forma errática, dio en el blanco con la empuñadura y rebotó en dirección a Bardolph, el cual la esquivó con destreza mientras murmuraba una maldición. Bardolph le enseñó a Nathan cómo tenía que darse impulso hacia atrás y utilizar la muñeca para conseguir un mayor efecto.

—Tira el arma con un golpe de muñeca, no la lances al aire con todas tus fuerzas —dijo bruscamente, y Nathan obedeció. Pronto podía enviar las dagas directas al blanco. La práctica haría que su puntería mejorara, pero ya dominaba la técnica.

Cuando parecía que Nathan lo estaba haciendo bastante bien, Bardolph hizo que el blanco se balanceara.

—No esperarás que un hombre se quede quieto mientras le tiras un cuchillo, ¿verdad? —dijo sonriendo y guiñando su ojo sano a su pupilo. Al principio, el blanco se balanceaba despacio, pero aun así Nathan falló más veces de las que acertó. Bardolph le enseñó a utilizar la vista para juzgar dónde estaría el objetivo cuando se había balanceado en un sentido y regresaba en el otro. A pesar de ello, a Nathan le seguía pareciendo difícil—. No es algo fácil de enseñar, es más bien algo instintivo —admitió Bardolph a regañadientes. Nathan se mordió el labio con frustración y, de repente, se le ocurrió una idea. Dejaría de pensar en la daga como una daga y pensaría en ella como en su juguete favorito, el diábolo. Sabía lanzar el diábolo al aire, hacerlo girar y recogerlo en la cuerda con facilidad, porque su instinto le decía cuánto tardaría en subir y en caer. Una vez que dejó de pensar en el cuchillo que tenía en las manos como en un arma, comenzó a concentrarse en los tiempos del ejercicio.

Pronto acertaba en el blanco que se movía con cada tirada, aunque no siempre en las zonas rojas.

Cuando Bardolph pasó a lanzar al aire pelotas de cuero como blancos móviles, Nathan pensó en las mazas que usaba para los malabares. Cuando Will Kempe y él hacían malabares juntos sobre el escenario, había aprendido a calcular el tiempo que tardaría una maza en salir de su mano y llegar a la de Will. De modo que cuando la pelota de cuero dejó la mano de Bardolph, Nathan lanzó la daga y pronto se encontró con que podía abatir todas las pelotas. Impresionado por la creciente habilidad de su alumno, el profesor dejó de mostrarse tan brusco según avanzaba la mañana.

Al mediodía efectuaron un descanso para volver a darse un festín alrededor de la mesa de la cocina. Primero le vendaron a Nathan la pequeña herida aplicándole antes aceite de lavanda. Le escocía como si tuviera fuego, pero Nathan, que estaba determinado a no mostrar ningún tipo de debilidad, apretó los dientes y no dijo nada.

Se sentaron a la mesa y comieron un guiso espeso y caliente acompañado de pan y queso, y los hombres se mostraron más habladores que anteriormente. Cuando estaban recogiendo la mesa Robey se puso serio.

—Tu próxima clase será fuera —declaró. Los otros hombres se rieron guiñándose el ojo. Nathan tenía la desagradable sensación de que ahora sería puesto a prueba de verdad.

Bardolph lo llevó al patio trasero y le mostró un profundo agujero artificial cubierto con una pesada reja.

—Esto es una mazmorra —dijo dándole una palmada en la espalda—. La inventaron esos apestosos normandos. —Al decir esto, escupió en el suelo mostrando así el asco que le producían—. La mayoría de los castillos las tienen. Tiran ahí abajo a los honrados ingleses y dejan que se pudran. Se olvidan de ellos. Es una muerte terrible, te mueres de hambre. —Nathan miró a Bardolph y sintió que se le helaba la sangre. Sabía lo que vendría ahora.

—Ahora, chico, vas a bajar ahí abajo, a ese agujero infernal. Y luego te las vas a ingeniar para salir —dijo Bardolph con una profunda carcajada—. No te apures, jovencito. El viejo Bardolph no dejará que te pudras. Volveré dentro de una hora y veré que tal vas, ¿vale? —Y diciendo esto, levantó la reja de hierro y señaló una pesada sogas que se adentraba en la oscuridad colgada de una anilla de hierro situada en el suelo del patio—. Allá vas.

Con aprensión, Nathan agarró la cuerda y se dejó caer por el borde del agujero. Tocó con los pies las paredes de ladrillo de la mazmorra y se deslizó. Los muros estaban húmedos y cubiertos de musgo, así que engancho la cuerda con los pies y avanzó lentamente hasta el fondo. Olía a demonios. Nathan miró hacia arriba y vio el rostro sonriente de Bardolph.

—No te preocupes, chico. Ahí abajo no hay ratas. Ya lo he comprobado esta mañana antes de que te levantas —dijo mientras tiraba de la cuerda y ponía la reja de nuevo en su sitio con un sonido metálico.

Nathan oyó que se alejaban los pasos de Bardolph. Quiso respirar profundamente para imprimirse valor, pero olía tan mal que apenas podía forzarse a inhalar aire. ¿Cuántos pobres diablos habrían encontrado la muerte en agujeros como este? Muy a su pesar, tocó las paredes que tenía alrededor. Los ladrillos estaban húmedos y suaves, y la argamasa que los unía se desprendía con facilidad debido a la permanente humedad. Nathan se exprimió el cerebro en busca de una solución para este aprieto. *Saben que hay una forma de escapar. Si no, no me habrían dejado aquí.* Tocó los muros para hacerse una idea del tamaño de la construcción. ¿Habría un pasadizo secreto o huellas ocultas en las paredes? No, eso sería demasiado fácil. Recorrió las paredes con los dedos, como una rata enjaulada, mientras le daba vueltas y más vueltas a la cabeza. De repente sonrió cuando pensó en una posible solución. *¡Por supuesto! Las botas. ¡Puedo usar las dagas!*

Con mucho cuidado, Nathan se secó las manos húmedas con su propia ropa y sacó las dos dagas de las botas. Al palpar con los dedos, encontró una junta de argamasa entre dos ladrillos justo a la altura de la rodilla y empujó con fuerza una de las dagas hasta la empuñadura para formar un escalón. Colocó el pie sobre dicha empuñadura e hizo palanca sobre ella. Soportaba el peso. Sonriendo, Nathan cogió la otra daga, encontró otra junta de argamasa justo un poco más arriba a la izquierda y empujó la daga hacia adentro. Con el pie izquierdo traspasó el peso del cuerpo a la daga que estaba más arriba. Ahora tenía que recuperar de la pared la daga situada debajo. Los muros resbalaban y no tenía nada a lo que sujetarse con las manos, así que se cayó cuando trató de echar mano de la daga inferior, lo cual no fue demasiado doloroso desde una distancia tan pequeña del suelo de la mazmorra, pero podía ser mortal si ocurría en la parte más alta.

Frustrado, se dejó caer al suelo y extrajo las dagas. Según lo hacía, sintió que con la hoja salía también un pedazo de argamasa. Tuvo una súbita inspiración. *¡Qué estúpido! ¡Lo que necesito es utilizar las dagas para hacer agujeros!* Comenzó a hacer saltar la argamasa de las juntas entre algunos ladrillos de forma que cupiera la punta de la bota. Hizo tres agujeros de ese tipo hasta la altura de su cabeza y se mantuvo en equilibrio sobre el primero empujando una daga hacia dentro de la argamasa cada vez que ascendía y utilizando la otra para hacer nuevos apoyos para los pies por encima de él. Despacio y con mucha dificultad, trepó por los muros de la mazmorra con la respiración entrecortada según iba ascendiendo meticulosamente de apoyo en apoyo.

A medio camino se encontraba al borde de las lágrimas. Le dolía tanto el brazo izquierdo que creía que se iba a caer. *¡Idiota! ¡Cambia de mano, por el amor de Dios!* Empujó la daga que tenía en la mano derecha hacia el interior de la pared y puso en ella todo el peso de su cuerpo mientras el brazo izquierdo colgaba sin fuerza. Entonces retomó la lenta ascensión.

El círculo de luz sobre su cabeza se hacía cada vez más grande, centímetro a centímetro, hasta que pudo oler el aire agradable y fresco y rozó la reja de hierro con

su cabello rizado. Justo cuando se estaba preguntando de dónde sacaría fuerzas para retirar la cubierta, escuchó la voz de Bardolph.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. ¡Pero si ya ha llegado arriba! ¡Rápido, Pistol, ayúdame a cogerlo!

Levantaron la reja y dos fuertes brazos sujetaron a Nathan por las axilas y lo levantaron hasta un lugar seguro. Aunque se avergonzaba de sí mismo, el cansancio y el miedo hicieron que llorara lágrimas de alivio según lo arrastraban al suelo. Unas manos duras y callosas le quitaron suavemente las botas y le frotaron los doloridos brazos. Todo el tiempo los hombres le decían susurrando que era un chico muy valiente, un chico muy fuerte, un chico muy listo. Nathan no podía verlos a través de las lágrimas que le surcaban el rostro. Bardolph le pasó un trapo caliente por las sudorosas mejillas.

—Ya está, chico, ya pasó todo. Has sido un milagro, de verdad. Mejor que la mayoría de los hombres que han estudiado en esta escuela. Nunca pensamos que lo conseguirías. Nunca pensamos que tendrías el valor y el ingenio para conseguir subir así por la pared.

Nathan sonrió a pesar de las lágrimas y del agotamiento.

—¿Tendré que volver a hacerlo, Bardolph?

—Nunca, chico. No, a no ser que esos españoles te cojan prisionero. Pero nosotros no te haremos pasar de nuevo por lo mismo.

Esa noche, en la cama, un solemne Robey visitó a Nathan.

—Lo que has hecho hoy ha sido una gran hazaña en la que has demostrado tu fuerza.

Nathan asintió.

—Estaba muy asustado, señor —dijo en voz baja.

—Solo los estúpidos no tienen miedo frente al peligro —replicó Robey. Dejó de hablar un momento y lo miró fijamente—. Vuelvo a decirte que puedes decidir abandonar todo esto y volver a ser actor. Podías haber muerto hoy porque te hemos subestimado. Pensábamos que volveríamos y nos encontraríamos con que estarías enfurruñado en el fondo del agujero. Bardolph estaba esperando el momento de enseñarte cómo utilizar las dagas para trepar por la pared, pero tú le has negado ese gusto. No pretendo ser cruel, pero tenemos que enseñarte a sobrevivir. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor. —Nathan se revolvió un poco en la cama para aliviar sus doloridos miembros—. Sigo queriendo trabajar para *sir* Francis. —Después del triunfo en la mazmorra, estaba listo para cualquier cosa.

Robey asintió y se dirigió a la puerta.

—Bien, ahora a dormir. Mañana entrenaremos el cerebro, para dar un descanso a tu cuerpo. —Robey se detuvo en seco en la puerta al oír la voz de Nathan.

—Señor, ¿también pusieron a John Pearce en la mazmorra?

—Por supuesto —replicó Robey.

—¿Y pudo salir?

Robey sonrió a la luz de la luna.

—Sí —contestó—, John Pearce pudo salir.

Nathan también sonrió y se durmió profundamente, solo que esta vez soñó. Soñó que estaba en un agujero negro y profundo, y que no había luz sobre su cabeza. El aire estaba viciado y no podía respirar. Se estaba ahogando y, a la vez, intentaba gritar pidiendo ayuda. Despertó sobresaltado y empapado de sudor, sin saber dónde estaba. La luna se reflejaba en su ventana como un pálido orbe. Entonces, el traqueteo de un carro en la calle lo tranquilizó y supo que se encontraba a salvo en su cama, en la Escuela de Defensa de Robey.

## El significado de los mensajes

Al día siguiente, durante el desayuno, Bardolph, Pistol y Nym charlaron con Nathan como si se tratara de un viejo amigo. Nathan se sentía a gusto al darse cuenta de que eso se trataba de una señal de aceptación por su parte. Lo habían puesto a prueba para ver si era uno de los suyos, para comprobar su valía, y se regocijaba en ello. Nathan comenzaba a saber más sobre el grupo de extraños tutores, con la excepción del maestro Robey, el cual guardaba silencio y seguía siendo un misterio.

Descubrió que Bardolph había servido de soldado por toda Europa para cualquier país que quisiera pagar por sus servicios. Había adquirido su habilidad con el cuchillo luchando como mercenario para algunos de los estados italianos.

—Los luchadores más sucios del mundo, esos italianos —dijo sonriendo con aprobación—. Lo que ellos no sepan sobre cómo rebanar el pescuezo de un hombre sin hacer ruido es que no hace falta saberlo. —Nathan sintió que se le aceleraba el pulso cuando Bardolph hablaba de Venecia—. El mejor lugar del mundo, chico —dijo guiñando el ojo sano—. Allí verás cosas con las que ni siquiera has soñado. Las mujeres son bellas y los hombres listos. Y tienen cabeza para los negocios, esos venecianos. Así es como mantienen a raya al viejo Felipe de España, ya sabes, ¡porque les debe tanto dinero que baila al son que ellos tocan! —Los hombres sentados a la mesa estallaron en carcajadas. Hasta el rostro inescrutable de Robey mostró una sonrisa.

Nym, nacido en Gales, era un experto arquero. Había llevado su arco a Flandes en numerosas ocasiones para luchar junto a los rebeldes contra España. Nathan sintió que se le helaba la sangre cuando Nym se quitó el guante de piel de la mano izquierda y dejó ver que le faltaban dos dedos.

—Ya ves, me cogieron —explicó con voz cantarina—, y lo primero que hacen con los arqueros que capturan es cortarles los dos dedos de la mano con la que tensan el arco para que no puedan hacerlo.

—Ya —dijo Pistol con un gruñido—, excepto que aquí el viejo Nym, que es un cabrón muy listo, los engaña y les hace creer que es zurdo, así que van y le cortan los dedos que no son, ¿verdad? —Todos soltaron una risita ahogada.

Nym guiñó un ojo.

—Cuando disparas de manera profesional, digamos, llevas una abrazadera de cuero sobre el antebrazo de la mano que sostiene el arco y una funda también de cuero en los dos primeros dedos de la mano que sostiene la cuerda. Lo único que hice fue cambiarlos de sitio a todo correr. Así que cuando ese capitán español nos agarra a

todos las manos, las pone en un taco lleno de sangre y corta los dos dedos con un hacha, lo único que hizo fue agarrar la mano con fundas en los dedos. —Por respeto a los dedos que Nym perdió, todos callaron durante unos instantes.

—¿Sabes lo que hacemos los arqueros antes de una batalla? —dijo Nym mientras esbozaba una sonrisa y rompía así el silencio—. Antes de que comience la batalla, todos los arqueros levantan los dos dedos que sujetan la cuerda del arco a modo de saludo a su enemigo. —Levantó la mano derecha y, con una mirada triunfante, hizo el insultante signo de la victoria con los dos dedos—. Eso les demuestra que estamos listos para actuar. —Hubo un lúgubre gesto de apreciación entre los que se encontraban alrededor de la mesa.

Nathan se volvió entonces a Pistol.

—¿Y vos, señor? ¿Qué aventuras habéis corrido? —inquirió.

Pistol parecía estar algo avergonzado.

—No tantas como estos hombres, muchacho —admitió—. Me formé como mosquetero, pero sobre todo fabrico armas de fuego: mosquetes de llave de chispa, de mecha y de pedernal.

—Y también las dispara —explicó Robey—. Aquí Pistol es todo un experto con la pistola corta, de ahí su mote. Será tu tutor sobre este tema en algún momento.

—¿Pasando el rato con esta banda de granujas? —dijo una voz a su espalda. Nathan giró la cabeza, encantado cuando vio a su amigo y compañero, John Pearce, que se había deslizado silenciosamente en la cocina.

—¡John! —gritó Nathan—. ¿Te quedarás hoy?

—Sí, muchacho —dijo John sonriendo—. Voy a ser tu tutor. Órdenes del maestro Robey. Me ha sacado a rastras de los brazos de una encantadora damita para venir y enseñarte los refinamientos de la criptografía.

—Y ya es la hora, John —ordenó Robey poniéndose de pie—. Para hacer eso, lleva a Nathan a mis aposentos —continuó—. Hoy tenemos un torneo de esgrima en la sala grande.

Nathan siguió a Pearce y subieron por las escaleras junto a la cocina. A mitad de camino se detuvo para mirar a la calle por la ventana y sonrió al ver a los hermanos Silver conduciendo a un rebaño de jóvenes, como si fueran pastores, al interior de la Escuela de Defensa. Todos llevaban espadas y parecían nerviosos.

—Jóvenes de buena familia —murmuró Pearce por detrás—. Enviados por sus padres para aprender el noble arte de la autodefensa de manos del mejor maestro de esgrima de Inglaterra.

—¿Les enseñarán lo que estoy aprendiendo yo, John? —preguntó Nathan.

—No, Nathan. Tú aprendes técnicas especiales. ¡Esos chicos solo aprenden cómo llevar la espada en la corte sin tropezarse con ella! —Nathan sonrió y siguió a John escaleras arriba. Se sentía bien siendo especial.

Los aposentos de Robey eran un templo sagrado del aprendizaje y Nathan se sintió sobrecogido. El pasillo que llevaba a la sala de estar tenía las paredes cubiertas

de libros y Nathan sintió que el olor a cuero y tinta se filtraba a través de su nariz. Las paredes de la sala de estar estaban decoradas con cuadros: grabados científicos, mapas del mundo conocido y diagramas de las estrellas del cielo y de los mares de la tierra. A un lado había una mesa cubierta con muchos instrumentos: balanza, pesas, tubos de cristal. En las estanterías sobre la mesa había botes de todos los tamaños y formas. Nathan observaba asombrado los turbios colores de los polvos y las pociones.

—Probablemente, el maestro Robey sea uno de los hombres más listos del país — explicó Pearce—, si no del mundo. Como puedes ver, tiene muchos intereses distintos. Adora la literatura, el arte y todas las manifestaciones de la ciencia. Sabe muchas cosas. Harías bien en aprender de él todo lo que puedas. Yo sigo aprendiendo y continuaré haciéndolo el resto de mi vida.

Pearce señaló una mesa vacía junto al mirador.

—Vamos a sentarnos aquí y haremos nuestro trabajo de hoy.

Nathan se sentó mientras Pearce llenaba la mesa de fajos de papel, tinteros, secantes y libros. Tenía el cuello y los hombros tan rígidos después de haber escalado los muros de la mazmorra que le dolía un poco la cabeza. Esperaba ser capaz de concentrarse en este «trabajo mental».

Pearce se sentó y lo miró.

—¿Te has recuperado de lo de ayer, Nathan? —preguntó suavemente—. De momento has superado incluso mis más altas expectativas sobre ti. Tienes un talento notable y eres valiente. No podría tener un compañero mejor.

—Gracias, John —dijo Nathan sonrojándose orgulloso.

—Ahora... ¡a trabajar! —dijo Pearce mientras abría un libro—. Ya sabes que trabajamos en secreto y, a menudo, en circunstancias peligrosas. Necesitas poder enviar mensajes a tus jefes y aliados, y recibirlos sin que el enemigo los intercepte. Así que tenemos que dominar el arte de la criptografía: la ciencia de los códigos y el lenguaje cifrado.

—Sé algo de eso —interrumpió Nathan ansioso al tiempo que le hablaba a Pearce de los pañuelos que su hermana bordaba para poner sobre los códigos cifrados escondidos en los versos de Shakespeare. Pearce escuchaba mientras afilaba dos plumas con un cuchillo y luego las depositaba en un tintero.

—Sí, eso es una parte de la criptografía. Pero esos mensajes que traman Will y Marie solo se pueden utilizar cuando sabes de antemano qué mensaje necesitas enviar, porque a Will le lleva tiempo escribir un poema y a Marie bordar un paño. Cuando nosotros necesitamos mandar un mensaje rápidamente para pedir ayuda o para transmitir información vital, tenemos que aprender códigos que podamos utilizar en cualquier momento. Deja que te ponga un ejemplo muy simple.

Le hizo llegar a través de la mesa un trozo de papel en el que estaba escrito:

A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T U V W X Y Z

—Y ahora quiero que escribas ahí debajo el alfabeto al revés, poniendo cada letra

directamente bajo la letra de arriba.

Nathan cogió su propia pluma y completó la tarea. Ahora ponía lo siguiente en el papel:

A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T U V W X Y Z  
Z Y X W V U T S R Q P O N M L K J I H G F E D C B A

—Voy a escribirte un mensaje para que lo descifres utilizando este código simple de sustitución. —Pearce garabateó un momento, presionó el secante sobre lo que había escrito y se lo pasó a Nathan. Decía así:

HR K F V W V H W V H X R U I Z I V H G V X L W R T L  
V M G L X V H O L S Z H S V X S L Y R V M

Nathan miró las letras revueltas y tomó su pluma. Sustituyendo las letras del alfabeto de la línea superior por las de debajo fue capaz de escribirle a John:

SI PUEDES DESCIFRAR ESTE CODIGO  
ENTONCES LO HAS HECHO BIEN

—¡Qué fácil! —dijo Nathan riéndose.

—Claro —se mostró Pearce de acuerdo—. Demasiado fácil. Por eso nunca utilizaríamos un código tan sencillo. Incluso un niño de trece años podría descifrarlo —dijo con un pícaro guiño—. No, solo te he enseñado esto para iniciarte en la compleja ciencia de la criptografía. Tenemos que ser más astutos en nuestros sistemas de correspondencia. Walsingham hace que los mejores cerebros del país codifiquen y decodifiquen mensajes durante todo el día. Algunos hasta han inventado lenguajes cifrados que nadie más conocerá nunca, excepto los que trabajan para *sir* Francis. Para la mayoría de nuestro trabajo utilizamos el cuadro de Vigenère. Es una invención francesa reciente y los españoles todavía no lo usan.

Pearce rebuscó en su chaleco de cuero y sacó un cuadrado de lino doblado. Sobre él, escrito con tinta, había un mar de letras.

Nathan abrió los ojos horrorizado. *¿Cómo voy a entender esto?*

—Sé que parece desalentador, Nathan, pero es solo un sistema que se puede aprender. Una vez que lo entiendas, verás que resulta fácil y siempre tendrás un cuadro de Vigenère que puedas llevar encima.

Despacio y con paciencia, Pearce le explicó cómo funcionaba el cuadro.

—La belleza del sistema consiste en que utiliza una línea diferente para cada letra, de forma que nadie, a no ser que estén en posesión de uno de estos cuadros, pueda descifrar tus mensajes. Aún en el caso de que tuvieran uno de estos cuadros, si no tienen tu contraseña personal siguen sin poder descifrar el mensaje. Mira cada una de estas filas de letras numeradas —explicó señalando el lado izquierdo del cuadro—. Utilizamos la primera letra de cada línea para decir a la persona que recibe el mensaje

qué líneas tiene que utilizar para descifrar el código. —Nathan aún se sentía confuso, pero Pearce continuó—. Imaginemos que tu contraseña es tu nombre: Nathan. Eso es fácil, ¿no? —Nathan asintió—. La persona con la que te comuniques conocerá tu contraseña y ambos la utilizaréis para codificar y decodificar el mensaje. Mira...

Pearce escribió en un trozo de papel:

NATHAN

Luego escribió debajo:

La línea 13 comienza con N  
La línea 26 comienza con A  
La línea 19 comienza con T  
La línea 7 comienza con H  
La línea 26 comienza con A  
La línea 13 comienza con N

—Mira el cuadro —dijo— y mira la línea superior, la que no tiene número. Esa es la fila que te va a servir para decodificar. Vamos a diseñar un mensaje en inglés simple y llano. Un mensaje sencillo...

Dicho esto, escribió en el papel:

LA REINA ES BUENA

—Ahora, utilizando tu contraseña, «Nathan», que utilizamos todo el rato para decir al receptor del mensaje dónde tiene que mirar, baja con el dedo desde la letra L en la línea del decodificador hasta que te encuentres con la fila 13, la que comienza con la letra N, la primera de tu contraseña. ¿La encuentras?

Nathan recorrió con el dedo desde la letra L de la fila superior hasta que se cruzaba con la fila 13 en la letra Y, y se detuvo.

—Es la Y —dijo levantando la mirada hacia John.

—Bien —dijo Pearce—. Así que eso quiere decir que la letra cifrada que utilizas para la letra L es la Y. Haz lo mismo ahora con la siguiente letra, con la A. Búscala en la fila superior, recorre la columna con el dedo hasta que llegues a la fila 26 que es la que comienza con la letra A, que es la segunda letra de tu contraseña...

Nathan hizo lo mismo y se encontró con otra letra A.

—Hazlo ahora con la R, hasta la fila 19, que comienza con la letra T, la tercera de tu contraseña...

Nathan hizo lo que se le ordenaba y se encontró con la letra K.

—Así que ya ves que si tanto tú como el receptor utilizáis tu contraseña una y otra vez... —dijo, al tiempo que escribía una muestra en el papel.

NATHANNATHANNATHANNATHAN

»... el mensaje «La reina es buena» se cifraría como:

YA KLIAN EL IURAA

Nathan se mostraba aún bastante inseguro, por lo que John Pearce le dio otra explicación por escrito utilizando de nuevo la contraseña NATHAN:

Contraseña: NATHANNATHANNATHANN  
Filas: 13 26 19 7 26 13 13 26 19 7 26 13 13 26 19 7 26 13 13  
Mensaje: Q I H Z S N Y V X P N T Y A M L R E N  
Inglés: D I O S S A L V E I N G L A T E R R A

Nathan estudió las líneas y comenzó a compararlas con las del cuadro de Vigenère. Y entonces, con la rapidez del rayo, lo entendió. Escribió esto a John Pearce:

EOULYRFAETARFTYO

Pearce miró el mensaje y luego el cuadro y se echó a reír.

—¡Sí que lo es, chico, sí que lo es! —exclamó al tiempo que le pasaba una hoja de papel con el mensaje decodificado.

ROBEY ES EL MAESTRO

Después, todo se convirtió en juego entre los dos. Cuando Nathan adquirió velocidad para cifrar y descifrar mensajes, John cambió la contraseña. Hizo esto mismo varias veces, y cuando Nathan adquirió soltura para adaptarse a los cambios, Pearce comenzó a escribir mensajes en italiano.

A Nathan le daba vueltas la cabeza con tanto número y letra. De repente, alguien llamó a la puerta y entró Pistol llevando una bandeja con comida y dos jarras de agua.

—¿Es ya mediodía? —preguntó Pearce sorprendido.

—Así es, maese Pearce —replicó Pistol—. El maestro os pide que perdonéis la falta de comida caliente, pero tenemos las manos ocupadas ahí abajo con un buen hatajo de cobardicas.

—Peor que lo normal, ¿no? —dijo Pearce riéndose.

Pistol hizo un gesto con la cabeza al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Nunca he visto semejante falta de estilo. Pero bueno —dijo por encima del hombro mientras se giraba para salir—, esto es lo que paga nuestros sueldos, ¿verdad?

—¿De qué habla? —preguntó Nathan frotándose el cuello y flexionando los dedos agarrotados.

—De esos caballeros de buena familia que están en el piso de abajo practicando esgrima —contestó Pearce. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a una cortina en una esquina de la habitación—. Ahí detrás hay una puerta, y si no te importa abrirla,

podremos comer y entretenernos mientras lo hacemos.

Nathan descorrió la pesada cortina, giró la llave de la cerradura y abrió la puerta. Le llegó el sonido de un impresionante barullo: gritos, las espadas que chocaban, alaridos.

Cruzó el umbral y se encontró en la galería desde la que el maestro Robey había realizado el espectacular descenso el primer día de su aprendizaje. Se extendía a lo ancho de toda la sala y ahí abajo los jóvenes caballeros hijos de las mejores familias de Inglaterra parecían auténticos monigotes en combate.

Había seis parejas de espadachines que se batían en duelo. Robey se paseaba por el salón, sin preocuparse lo más mínimo por los posibles peligros provenientes de las espadas erráticas e indisciplinadas, e insultaba y criticaba a gritos a los sofocados y sudorosos jóvenes.

—¡Por todos los santos! ¡Meted ese trasero, maese Throckmorton! —rugió—. ¡Parecéis un ganso de Michelmas! ¡Ya deberíais de estar muerto, joven Tylene! —gritó a otro—. ¡No habéis detenido un solo lance en toda la mañana!

Resonaban el perpetuo clamor del chocar del acero contra el acero, las maldiciones y los gruñidos. De vez en cuando un duelista se rendía y gritaba «¡Me rindo!». Entonces uno de los hombres de Robey lo apartaba a un lado y lo bañaba con agua fría para refrescarlo. Alrededor de la sala había cubos con agua fresca y cazos de madera para que los exhaustos alumnos pudieran calmar la sed. Cuando uno de los hombres que se retiraba a gran velocidad ante un oponente superior tropezó y cayó sentado con ímpetu sobre uno de esos cubos, Nathan pensó que iba a llorar de la risa.

Las risotadas de Pearce hicieron que Robey mirara hacia la galería con desaprobación, lo cual hizo que Nathan y John se escabulleran rápidamente de regreso a sus clases.

Todo estaba tranquilo cuando ya la luz se hizo más tenue y se aventuraron a acercarse a la cocina. Bardolph, Pistol y Nym se encontraban desplomados alrededor de la mesa y parecían agotados.

—El maestro se ha ido de visita —dijo Bardolph sonriendo débilmente.

—No le echas la culpa —añadió Pistol—. Que Dios nos proteja de la aristocracia y de sus hijos. —Se detuvo y se disculpó—. No hay papeo, chicos. Demasiado ocupados.

—Me parece que a todos nos vendría bien salir e ir a una taberna —dijo Pearce sonriendo.

A los hombres se les alegró la mirada.

—Creo que tienes razón, John —dijo Bardolph animándose.

De forma que salieron al aire de la noche, cinco insólitos compañeros, y tomaron el aire antes de dirigirse a la posada más cercana para pasar una noche cálida y alegre, rebosante de exageradas historias y bromas, de cerdo asado y de cerveza.

## Un arma deshonrosa

Durante su segunda semana en la escuela de Robey, Nathan se encontró con que tenía que dedicar un día al aprendizaje de la técnica de la arquería. Maldijo el hecho de que él, al igual que tantos actores, no había sido escrupuloso a la hora de asistir a las prácticas semanales en los campos de tiro preparados para ello, tal y como ordenaba la ley. La mayoría de los actores encontraban la manera de evitar la práctica del tiro con arco, a pesar de que desde los oscuros y lejanos tiempos de las guerras con Francia, los sucesivos gobernantes habían recalcado la habilidad inglesa con el arco. Esperaba que su capacidad innata para coordinar la vista con la mano pudiera salvarlo.

Nym llevó a Nathan a unos campos de tiro públicos en los pantanosos alrededores de Southwark, cerca de donde los curtidores ejercían su appestoso oficio de descarnar y curtir el cuero. Nathan apenas se atrevía a respirar al pasar por las curtidurías, con sus cubas de orina en las que sumergían las humeantes pieles de los animales. *No me extraña que la ley prohíba a los curtidores trabajar dentro de las murallas de la ciudad.* Eso pensaba mientras sentía que la bilis le subía por la garganta.

Nym había llevado seis arcos de tejo envueltos en un trapo engrasado, los destapó con cariño y los tensó con cuerdas de cáñamo que sacó de un bolsito que colgaba de su cinturón.

—Mantén siempre secas las cuerdas, chico —le aconsejó con paciencia—. Una cuerda húmeda no sirve de nada, ni para un hombre, ni para un animal.

Nathan se defendió bien con los tiros directos, pero luego Nym instaló un blanco sobre ruedas de madera que arrastraba de un lado al otro del campo. Nathan se encontró con que tenía que recuperar más flechas del suelo que del blanco de paja. Nym mostró una sonrisa desdentada.

—Y bien, jovencito, me dice Bardolph que has dominado el arte de tirar cuchillos a un blanco en movimiento. Con la flecha solo se trata de que te concentres con la mente de la misma manera, ¿sabes? Con una flecha es más fácil, porque la tienes en tu línea de visión desde el principio. —Elevó su propio arco hasta la altura del pómulo como para reforzar lo que quería decir—. Con una flecha puedes acertar mucho más fácilmente, incluso en las distancias largas. Un cuchillo se cae al suelo a partir de los seis metros. Una flecha solo comienza a descender a partir de quince.

Nathan se armó de valor y volvió a intentarlo. No estaba preparado para rendirse. Finalmente, consiguió calcular el tiempo que tardaba la flecha en dejar el arco hasta llegar al blanco, pero justo cuando ya dominaba la técnica y daba en el blanco, Nym

cambió el arco por otro más pesado y veloz y tuvo que empezar de nuevo.

—Tienes que estar preparado para utilizar cualquier tipo de arco —explicó Nym—. Puede que recojas el arco de otra persona en una lucha y tienes que ser capaz de compensar, por ejemplo, las diferentes velocidades y pesos.

Nathan suspiró y retomó la práctica y cada vez que se encontraba a gusto con un arco, Nym lo cambiaba por otro. Practicaron sin parar hasta que Nathan sintió que parecía que le habían arrancado los omóplatos de cuajo. Nym solo se había detenido para permitir que su pupilo tomara ocasionalmente un trago de agua y un pedazo de pan con queso. Pero según se iba la luz, le anunció que ya habían terminado y Nathan se desplomó agradecido sobre el fresco césped.

—Lo has hecho muy bien, chico. Y con la práctica mejorarás más. No me preocuparía si te tuviera a mi lado en una batalla, eso seguro.

Nathan sonrió, cansado pero contento. Entonces se dedicaron a recoger las valiosas flechas, limpiarlas una a una con cuidado, fijándose en si hacía falta reemplazar alguna de las plumas y si los puntos de ajuste y los extremos del arco estaban en buen estado.

—Revisa siempre el material antes de guardarlo, chico. Y si necesita ser reparado, hazlo en cuanto puedas. Que no se te olvide. Si no, cuando de verdad lo necesites, encontrarás que no da la talla y tu vida puede estar en peligro.

Durante el trayecto de vuelta a la escuela de Robey, Nathan se percató por primera vez, al verlo sentado y cogido a las riendas del caballo, de la enorme mole que constituían las espaldas del arquero.

—¿Tendré unas espaldas como las tuyas, Nym? —preguntó.

Nym se rio socarronamente.

—Para nada, chico. Me he pasado toda la vida disparando un arco de casi sesenta kilos. No sirvo para nada más. Tú tienes que estar ágil. Tienes que luchar con espada, trepar la muralla de un castillo. De hecho, tienes que ser un chico para todo. ¿No querrás una espalda como la de un buey, verdad?

Nathan se echó a reír al tiempo que tosía y resoplaba cuando sintió que el hedor de las curtidurías lo golpeaba de lleno en la cara.

Al día siguiente el cielo estaba despejado y hacía un aire frío y vigorizante; Nathan se sentía contento cuando se sentó a desayunar.

—¿Qué lección toca hoy? —preguntó. Pistol se removió un poco en la silla y le echó una mirada a Robey, el cual hizo un pequeño movimiento con la cabeza para empujarlo a hablar.

—Jovencito, vas a acompañarme a los almacenes de artillería de Woolwich —dijo Pistol.

Nathan abrió los ojos como platos, ilusionado.

—¿Pistolas? —preguntó con entusiasmo.

Pistol asintió.

—No solo pistolas —interrumpió Robey—. También otro tipo de armas. El año

pasado los consejeros de la reina ordenaron que se acondicionaran los almacenes junto al muelle de Woolwich de forma que se pudiera guardar allí el armamento, listo para la invasión española. —Se mostró pensativo durante un momento y luego hizo un gesto a los hombres para que abandonaran la sala. Bardolph, Pistol y Nym obedecieron con rapidez y en silencio.

—Nathan —dijo Robey con gravedad—, Pistol te va a llevar a un lugar donde se puede observar el horror de la guerra en toda su dimensión, por lo menos para aquellos que son capaces de observarlo de forma adecuada.

Nathan frunció el ceño.

—Perdón, señor, pero no os entiendo.

Durante un momento, Robey parecía estar distraído.

—No, claro que no. Ven conmigo. —Abandonó la cocina y se dirigió hacia sus aposentos privados. Una vez dentro de su habitación, Robey abrió un pequeño armario de madera y sacó una pistola de pedernal.

*¡Qué bonita!*, pensó Nathan.

—Nunca había visto una pistola —dijo casi sin respiración, mientras repasaba con el dedo la caja de hierro y el cañón del arma. La empuñadura estaba cubierta de plata taraceada dibujando un entramado de flores y hojas, con pequeñas incrustaciones de asta color crema. El mecanismo de disparo de la pistola relucía tentador a la luz de las primeras horas del día que se filtraba por la ventana.

Nathan levantó la vista para mirar a Robey con entusiasmo y sintió que ese entusiasmo se evaporaba cuando se encontró con la mirada del maestro.

—Es muy bella —dijo Robey en voz baja, al tiempo que se sentaba frente a Nathan con la pistola en las manos—. Pistol la construyó hace unos cinco años. Es un gran artesano y adora su trabajo, pero sabe que estas pistolas son las armas más peligrosas que jamás se hayan creado.

—¿No son todas las armas peligrosas, señor? —preguntó Nathan.

—Así es, hijo mío. Pero esta no necesita de ninguna habilidad especial. Cualquiera, hasta un niño, puede coger una pistola cargada y hacerla explotar en la cara de un hombre, y a ese hombre no le quedaría rostro alguno —explicó Robey sonriendo con pesar.

Nathan hizo una mueca de dolor.

—Todas estas armas de fuego podrían hacer volar la humanidad en mil pedazos sin ninguna dificultad. La muerte es indiscriminada. En la batalla, cuando luchas cuerpo a cuerpo, un hombre solo puede matar a otro cada vez. Y en ese tipo de combate existe cierto grado de habilidad: la voluntad de supervivencia junto con el conocimiento sobre el manejo de un arma. De forma que cuando un general grita «¡Alto!» se salvan muchas vidas. Todos aquellos que han luchado con valentía y han sobrevivido, continuarán con sus vidas. Pero, al disparar un cañón, pueden morir a un tiempo cincuenta hombres. Veinticinco de esos hombres podrían haber sido lo suficientemente habilidosos como para sobrevivir en una batalla desarrollada a la

manera tradicional. Cada cañón que se dispara sin necesidad se lleva vidas por delante. —Suspiró y pareció insatisfecho consigo mismo—. Ya sé que me estoy resistiendo al paso del tiempo. Sé que soy un cúmulo de contradicciones. He perdido la cuenta de cuántos hombres he matado con la espada, pero, de alguna manera, había algo de honor en ello. Yo me enfrentaba a un hombre y él a mí. Sabíamos por qué estábamos allí, que ambos teníamos que luchar para tener posibilidades de sobrevivir. Cuando luchas contra un hombre, cara a cara, respetas en gran manera su derecho a vivir, si es que lo logra. No hay honor alguno en estas pistolas. Puedes llevarte una vida por delante sin ni siquiera mirar al hombre a la cara. Además..., me dan miedo.

Nathan se asustó ante esta confesión de Robey, al cual consideraba invencible.

—Me da miedo que estas armas puedan salir del campo de batalla y llegar a las calles. Son fáciles de llevar. Al igual que el estilete, constituyen el arma de un asesino. Por eso, aparte de la que tienes delante de ti, que nunca está cargada, aquí no guardo ninguna pistola. ¿Puedes imaginarte semejante objeto en las manos de cualquier borracho por los caminos de Southwark? Yo sería capaz de desarmar a un hombre que lleve espada o daga, pero no a un hombre con pistola.

Robey se quedó mirando fijamente por la ventana durante un rato, sumido en sus pensamientos. Entonces se volvió hacia Nathan con un tono más positivo.

—De todas maneras, Pistol es un artista, y se merece que le hagamos los honores por ello. Hoy te llevará a los almacenes de artillería y te enseñará todo el armamento que se encuentra allí. Es un lugar secreto y no debes decir nada a nadie sobre lo que hay en Woolwich. Inglaterra está almacenando las armas en muchos lugares extraños. Dios no permita que los españoles las encuentren.

Nathan juró que se mantendría en silencio.

—Eres un buen chico, Nathan —dijo Robey—. Tienes que formar tu propia opinión sobre este tipo de armas, pero pensaba que tenía que hacerte partícipe de mis pensamientos.

Mientras Nathan se subía al carro junto a Pistol, no podía quitar de su mente la imagen del rostro de un hombre destruido por un disparo. Pistol lo miró de reojo.

—¿Te ha soltado el discurso?

Nathan asintió.

—Maese Robey es un gran hombre —dijo Pistol mientras el caballo salía del patio y se adentraba en la calle—, pero es demasiado filosófico. A un soldado no le viene bien pensar demasiado, chico. Digamos que los pone nerviosos. Lo que es yo, nunca pienso. Solo fabrico las pistolas. Puede que haga mal, pero yo soy así. Pero maese Robey está dividido entre lo viejo y lo nuevo. Le gustaría que todo fuera como antes, pero sabe que no se puede detener el cambio. Me ha contratado porque necesita a alguien que entienda de armas de fuego. No tiene elección.

Permanecieron sentados en el carro en silencio mientras el caballo caminaba lenta y pesadamente para abrirse camino a través del bullicio matutino de las calles. Nathan estaba sumido en sus propios pensamientos y Pistol guardaba silencio. Sabía

que Robey había influenciado al chico y no estaba seguro sobre qué decir o qué hacer para hacer desaparecer esa incómoda tensión repentina entre ellos. Finalmente, Nathan se animó y salió del ensueño para señalar en la distancia los mástiles apenas visibles de un gran navío.

—¡Mira, Pistol! —gritó—. ¡Mira ese barco! ¿Es el de la reina?

Pistol sonrió.

—Ahora sí que lo es. Su majestad se lo compró ayer a *sir* Walter Raleigh. Construir ese barco era una de las grandes ambiciones del hombre. Iba a llamarlo Ark Raleigh, pero a *sir* Walter se le acabó el dinero. Ahora la reina va a cambiarlo de nombre y se llamará Ark Royal y será el buque insignia de la Armada Real. ¿Te gustaría verlo de cerca, chico?

Nathan abrió los ojos como platos.

—¿De veras?

—Claro. Conozco a algunos de los que lo están construyendo. Echaremos un vistazo a ese barco que ha llevado a *sir* Walter a la bancarrota, ¿vale? —Nathan apenas podía ocultar su excitación al ver que el caballo giraba en dirección al río.

»Es un galeón —dijo Pistol—. Un nuevo tipo de buque de guerra, inventado por los portugueses. Y ese es mi amigo John. —Pistol señaló a un hombre que estaba de pie en el muelle.

—¡Eh! ¡John Bates! —Pistol detuvo el carro y se bajó de un salto. El hombre del muelle entornó los ojos para protegerse del sol y esbozó una amplia sonrisa.

—¡Pistol, viejo amigo! —estalló con júbilo. Pistol presentó al chico a su grande y ruidoso amigo.

—Vienes a ver el Ark, ¿verdad? —rugió Bates mirando a Nathan—. Ven entonces, pero pon todos los sentidos. Hay un gran lío en cubierta, así que estate atento.

Nathan subió a la plancha de madera detrás de los dos hombres y miró hacia abajo para observar el curioso muelle en el que se encontraba el barco. Se trataba de una hondonada que había sido excavada y que carecía de agua. El imponente navío parecía estar en equilibrio en el aire, aunque, en realidad, vio que se mantenía en pie gracias a una elaborada red de puntales de madera situados entre los costados del barco y los muros de la hondonada. Los laterales de dicho espacio estaban recubiertos de madera y piedra. Nathan estiró el cuello sobre el costado del barco para poder ver mejor.

El olor a madera quemada y a alquitrán impregnaba el aire. Había hombres que se descolgaban por los laterales del buque sujetos a cuerdas mientras enmasillaban, es decir, rellenaban las grietas entre los listones de madera con cáñamo y las sellaban con alquitrán hirviendo. Dos hombres se encontraban en lo alto del palo mayor sujetando las jarcias. Realmente, la sogas que se iba desenroscando lentamente de los rollos en todas las direcciones al tiempo que los hombres trabajaban con ella convertía la cubierta en un verdadero caos. Parecía estar viva, como serpientes en un

barril.

—Tiene más de treinta metros de quilla y alrededor de once de bao —gritaba Bates orgulloso—, y llevará un total de cuarenta y cuatro cañones. ¡Sí! Es un barco rápido y estable frente al viento, eso seguro. Baja, chico. Ven a ver las entrañas de la bestia.

Descendieron por un corto tramo de escaleras y Bates les mostró diferentes camarotes.

—¿Cuántos hombres navegarán en este barco? —preguntó Nathan.

—Unos ciento ochenta marineros, treinta artilleros y cincuenta soldados.

—¿Dónde duermen todos?

Bates rompió a reír.

—Los marineros duermen a turnos, chico, así que tres hombres pueden compartir una sola cama. Los artilleros duermen al lado de sus cañones y los soldados lo hacen o bien en la bodega en hamacas o en cubierta, listos para la batalla.

Nathan miró a su alrededor y trató de imaginarse el barco a rebosar con trescientas cincuenta almas y, durante un instante, sintió pánico cuando en su imaginación le vino a la cabeza la escena en el fragor de la batalla.

—¿Ha llegado ya algún cañón? —preguntó Pistol.

—Hasta ahora solo uno —respondió Bates—. Uno para balas de más de trece kilos que va sobre la cubierta principal. Vino de la fundición de Sussex hace dos días. Es una preciosidad, venid a verlo.

En la cubierta de los cañones estaba muy sombrío porque todas las portillas estaban cerradas, pero se podía distinguir la forma alargada de un cañón montado sobre un carrito de madera. Bates abrió dos de las portillas y dejó entrar la luz a raudales. Nathan pasó la mano sobre el cañón y miró los adornos: sobre el hierro habían forjado el emblema de la reina y varios animales heráldicos.

—Este es un cañón de retrocarga —le dijo Pistol a Nathan—, lo cual significa que el artillero carga la pólvora y la munición por atrás. No necesita echar hacia atrás el cañón y sacarlo de la portilla para recargarlo. Ahorra tiempo. No tiene el mismo alcance que los de avancarga, pero esta preciosidad es rápida y letal en las distancias cortas. ¿Serán todos de este tipo, John?

—No. Todos diferentes. La Armada no quiere jugárselo todo a una carta. Por lo que he oído, esos barcos españoles son más grandes y pesados que los nuestros. El almirante también querrá algunos cañones de avancarga de largo alcance.

Pistol se mostró complacido, pero ahora parecía ansioso por marchar. Les quedaban unas cuantas millas hasta llegar a Woolwich y este desvío no entraba en el programa. Nathan y Pistol se despidieron de John Bates y partieron de nuevo hacia el animado puerto de Greenwich y después hacia Woolwich. La conversación que mantuvieron por el camino fue muy amena. Nathan se sentía impresionado por el Ark Royal y Pistol se encontró asediado continuamente por sus preguntas.

La carretera hacia su destino final estaba solitaria. A su izquierda se encontraba el

río, tranquilo y de un gris acerado. Nathan podía ver la lejana orilla. Había algunos pequeños botes pesqueros balanceándose sobre el agua, pero no se percibía ningún movimiento en los bosques. Hacia ese lado, todo era pantanoso, extraño y salvaje. Los juncos crecían abundantes, una bandada de ánades volaban en círculo y, aquí y allí, se pavoneaban fochas negras. Era un lugar solitario, pero Nathan observó que el camino había sido utilizado y que recientemente se habían talado árboles. Según doblaron una curva vio los mástiles de dos barcos que sobresalían por encima de los árboles.

Pistol aminoró la marcha del caballo y el carro se detuvo delante de una alta empalizada con torretas a ambos lados de la enorme y sólida verja de madera. En cada torre montaba guardia un soldado armado con un mosquete y según vieron que se detenía el carro, uno de ellos les gritó.

—¿Quién va? ¿Eres Pistol, viejo sinvergüenza? ¿Amigo o enemigo?

Pistol sonrió.

—¡Para ti enemigo, muerto de hambre! ¡Que te zurzan! ¡Abre las puertas! ¡Tengo una sed terrible!

Las puertas se abrieron despacio, pero con estruendo y el carro consiguió pasar sin dificultad. A Nathan le sorprendió la actividad en el interior de la empalizada. Los hombres estaban descargando cañones de los dos barcos atracados en el muelle. En un edificio abierto por delante y con tejado de paja, cinco o seis herreros avivaban el fuego, calentaban el hierro y soldaban el metal.

—Hay mucho que ver —dijo Pistol y condujo a Nathan hacia uno de los grandes almacenes. Nathan no se encontraba en absoluto preparado para lo que se encontraron sus ojos cuando entró en el edificio. Estantes y estantes de reluciente metal emitían destellos a la luz que entraba por la puerta abierta.

—Las dagas y espadas que ya conoces —comenzó Pistol—. Hay estoques de la longitud habitual, espadines y espadas largas o montantes, puñales, dagas de las que se utilizan junto a los estoques, hachas de combate, bisarmas... —Cogió el largo palo con la hoja en el extremo y lo dio vueltas en las manos—. Yo solía luchar con una de estas —dijo, volviendo de repente a la vida como si estuviera dando machetazos y rebanando a una marea imaginaria de soldados de infantería. Nathan se echó a reír, histérico. Pistol volvió a poner la bisarma en su lugar y tomó una alabarda—. También solía luchar con una de estas —dijo empujando la lanza de metal hacia adelante al tiempo que la levantaba, como si luchara contra un imaginario soldado de caballería—. ¡Oh! ¡Se necesita mucha fuerza para pertenecer a la infantería! —resopló—. Desmontar a un jinete con armadura requiere mucho músculo. —Volvió a colocar la alabarda en su lugar y continuó a lo largo de los atestados estantes llenos de armas, nombrándolas según pasaba ante ellas—. Ahí están la media pica o lanza de armas, la guadaña militar, la partesana, el garrote largo, la pica morisca, la jabalina... —Y prosiguió acariciando todas las armas con aparente reverencia, pero Nathan percibió cierto desprecio en su gesto.

—¿Qué ocurre, Pistol? —preguntó.

Pistol sonrió con tristeza y negó con la cabeza.

—Mira esto —dijo cogiendo un garrote de un montón—. Un trozo de madera. A saber, un trozo de madera recia y una buena arma si no tienes a mano nada más. Pero, en la batalla, ¿de qué serviría este trozo de madera si me cae encima una lluvia de flechas o me cercena el acero de las espadas de la caballería? Un solo golpe de un espadín y este trozo de madera se parte en dos y yo me quedo sin posibilidad de defenderme. —Se encendió al hablar de su tema favorito y echó mano de una pica morisca—. Una pica puede defenderme tanto del caballo como del hombre, suponiendo que tenga espacio en el fragor de la batalla para utilizarla en toda su longitud. Pero un hombre que blande una espada o un hacha tendrá mejores posibilidades de sobrevivir.

Pistol acercó su rostro al de Nathan y le habló con pasión.

—Cualquiera que haya sido parte de la infantería en una batalla te dirá que para sobrevivir necesitas la mejor arma a tu disposición, la más fuerte y poderosa. Si no, no serás más que carroña para los buitres, chico, carroña para los buitres. Esto es lo que Robey no entiende. Es un gran espadachín, pero nunca ha participado de primera mano en una batalla. Robey es un buen jinete, y desprecia a los de mi tipo, a los que sudamos y morimos a los pies de la cabalgadura, con solo una pica o una alabarda entre nuestra persona y el olvido. Pero él nunca ha sentido el terror de ser derribado, de preguntarse si te matará un hombre o te pisotearán los cascos de un caballo. Si lo hubiera hecho, Robey entendería por qué el soldado de infantería necesita una pistola: para poder tener una oportunidad, Nathan.

Nathan se sentía aterrorizado, y también apenado. En los ojos de Pistol vio los años de miedo ante la batalla, y podía oír el sonido de la venganza cuando hablaba de las armas de fuego. Pistol sostuvo la mirada de Nathan durante un instante y entonces le dio unas palmadas en el hombro, tratando de tranquilizarlo.

—No me hagas ni caso, chico. A veces me paso. Ven, deja que te enseñe el almacén de las armas pesadas y luego el de la artillería.

El siguiente almacén estaba lleno de cañones que relucían en la penumbra, con las balas apiladas en montones junto a ellos.

Otro almacén estaba lleno de armas de fuego largas y cortas. Pistol levantó una de las armas largas.

—Estos sí que son bonitos —susurró—. Mira, el cañón está pavonado para que tenga ese color azul oscuro. Lo protege de la corrosión. Está reforzado por lo que llamamos acero damasquino. Todo el cañón va forrado con tiras de metal del tamaño de mi dedo. Luego se calientan, se sueldan, se ajustan con un martillo y se les da forma en la fragua. Los cañones de otras pistolas simplemente reventarían si tuvieran una cuarta parte de la pólvora que tiene este.

—Y ¿qué ocurre si revienta el cañón de una pistola? —preguntó Nathan, aunque se temía la respuesta.

—Puede que la cabeza te salte por los aires, pero lo que es seguro es que perderías las manos —dijo Pistol como si nada. Sostuvo el mosquete y continuó con las armas cortas.

—Mira: a un arma de resorte se le coloca un pedernal. Cuando se presiona el gatillo, la cubierta se desplaza sobre la cazoleta, el arma rebota hacia adelante y el pedernal golpea entonces una placa de metal que hay sobre la cazoleta. Esto produce unas chispas que encienden la pólvora. Por lo menos esa es la idea... —añadió—, pero no siempre funciona. Tienes que echar el arma hacia atrás, volver a colocar todo... y volver a intentarlo.

Nathan asintió dudoso.

Pistol sugirió que fueran al campo de tiro para probar una pistola y un mosquete. Comenzó a andar entusiasmado. A una cierta distancia de los almacenes se encontraba un campo de tiro con dianas. Había cuatro gruesos blancos de madera colocados a unos nueve metros de la línea de disparo. Un poco más lejos, se hallaban unos hombres colocando un cañón.

—Van a probarlo, a ver si funciona —dijo Pistol—. Vamos a esperar.

Nathan podía ver a lo lejos un sólido muro de madera, como la verja de un castillo o los flancos de una nave. Supuso que se trataba del blanco del cañón. Se les acercó uno de los artilleros.

—No os acerquéis más —les advirtió en voz alta, cubriéndose las orejas con las manos.

Nathan y Pistol hicieron lo propio. Los artilleros se mantuvieron a un lado del cañón y el artillero jefe acercó un trozo de carbón incandescente a la recámara. Se produjo un momento de silencio seguido de una impresionante explosión. El cañón retrocedió varios metros mientras expulsaba humo por la boca. Se escuchó un crujido y cuando el humo se hizo menos denso, Nathan observó que el cañón había partido en dos el muro de madera que había constituido el blanco. Los artilleros mostraron su aprobación y fueron a recuperar la bala.

—¿Eso es lo que hacen durante todo el día? —preguntó Nathan.

Pistol asintió.

—Por eso la mayoría están sordos.

Pistol pasó a explicar a Nathan cómo se carga y se dispara un mosquete.

—Necesitas una libra de pólvora de serpentín o dos de munición de plomo, y un buen mosquetero debería de ser capaz de disparar dos o incluso tres tiros por minuto —explicó—. A una distancia de algo menos de treinta metros, una bala de mosquete atravesará a un hombre, incluso si lleva coraza. Las balas de mosquete más potentes pueden penetrar y herir incluso a una distancia de unos noventa metros.

Entonces le explicó a Nathan los veintisiete pasos necesarios para cargar y disparar un mosquete, realizando al mismo tiempo los movimientos.

—Abre la cazoleta, límpiala, cébala, ciérrala, sacude el serpentín, ciérralo, sopla para que desaparezca la pólvora suelta, coge el mosquete, abre el cargador, carga la

pólvora, carga la bala, bloquéala introduciendo la baqueta, aprieta bien la carga, retira la baqueta, recupera el mosquete, echa hacia atrás la mecha, sóplala, móntala, pruébala, protege la cazoleta, sopla, abre la cazoleta, apunta, dispara...

Al decir esto, presionó el gatillo y con un estruendo impresionante y una nube de humo, la bala alcanzó de lleno la diana, en la que dejó un evidente agujero.

—Desmonta la mecha, vuelve a ponerla en su lugar —terminó Pistol.

—No es que sea precisamente un arma rápida, ¿verdad? —dijo Nathan con sequedad.

Pistol sonrió abiertamente.

—No. Lleva algún tiempo acostumbrarse. Pero ahora vamos con el de pedernal, digamos que es un arma rápida. No se necesita fuego porque tiene el pedernal. Puedes llevarlo en el cinturón y cebarla sobre la marcha.

Enumeró la lista más reducida de maniobras que había que realizar para disparar esa arma y el eco del disparo consiguió el mismo resultado que el del mosquete. Permitted a Nathan que probara el mosquete, pero este solo obtuvo un éxito limitado. Le resultó difícil apuntar: no era como un arco, con el cual podía alinear la flecha sobre el pómulo y mantenerla a la altura de su línea de visión. No era aconsejable acercarse un arma de fuego a la cara. Sin embargo, la emoción de probar el nuevo artefacto compensaba las dificultades y finalmente Nathan consiguió dar en el blanco.

—Nunca conseguiré acertar con exactitud con esto, no como con un puñal o una flecha —observó Nathan.

—No importa —dijo Pistol—. En la batalla no se necesita exactitud. El trabajo del mosquetero es causar bajas en el enemigo y hacer que disminuyan sus filas antes de que comience la lucha cuerpo a cuerpo. La mayoría de las veces se dispara a un muro de hombres, no a uno solo.

Sin embargo, en la mente de Nathan resonaban las palabras de Robey cuando dijo que las armas de fuego eran armas asesinas. Se preguntó si Robey podría ver el futuro con mayor claridad que Pistol.

Durante el camino de regreso desde Woolwich, Pistol se encontraba de buen humor después de haber pasado el día rodeado del calor de las forjas, la pólvora y la grasa. Habló largo y tendido sobre su antiguo regimiento, la Honorable Compañía de Artillería, fundada por el padre de la reina, el viejo rey Enrique. Sus historias estaban llenas de sangre y coraje, de humor y de tragedia. No pareció darse cuenta de que Nathan guardaba silencio y, si lo hizo, probablemente supuso que el chico estaba cansado después de semejante aventura.

## Una mente despierta es más importante que una espada afilada

Los dos días siguientes estuvieron plagados de actividad.

Para Nathan fue un placer batirse con John Pearce. Pearce se mostró generoso en sus movimientos y aunque hizo que fuera Nathan el que corriera de un lado a otro y lanzara los mandobles, no trató de humillarlo, a pesar de que Nathan sospechaba que, si hubiera querido, Pearce podría haberlo desarmado en cualquier momento con un ligero giro de muñeca.

Robey los observaba y, de vez en cuando, los interrumpía y asumía el papel de Nathan, oponiéndose así a Pearce al objeto de demostrar algo. Sin aliento, Nathan contemplaba la consumada habilidad con la que Robey superaba a Pearce. Nathan recordó que la primera impresión que tuvo de Pearce fue la de que se movía como un gato, ya que, en verdad, cuando tenía una espada entre las manos, desplegaba tal derroche de gracia y agilidad que parecía que fuera ligero como una pluma. Nathan también se batió con los dos hermanos Silver, y se encontró con que tenía que esforzarse mucho más de lo que lo había hecho con Robey o con Pearce. George Silver en particular no daba tregua durante la lucha y Nathan pronto comenzó a jadear al intentar rechazar cada agresión.

—¿No se cansan nunca? —dijo casi sin aliento durante un breve interludio.

Pearce sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Entre los dos no reúnen ni un gramo de inteligencia, pero no hay hombres mejores para cubrirme en un combate —comentó—. Pero todos los hombres tenemos diferentes talentos, Nathan. Tú puedes hacer cosas que los pobres George y Toby nunca conseguirán hacer.

Continuó practicando el cuchillo con Baldoph, el cual se lo ponía cada vez más difícil haciendo que Nathan lo lanzara no solo contra blancos móviles, sino también desde diferentes puntos de mira: subiendo por una cuerda o cabeza abajo con las piernas colgadas de una viga.

Hubo más clases con Pistol, y Nathan tuvo que recitar los veintisiete pasos para cebar y disparar un mosquete. Robey le permitió manejar su mosquete de pedernal para practicar, sin munición, cómo se apunta y se dispara con un arma de fuego.

—¿Por qué me enseñáis a hacer esto, maese Robey? John Pearce no lleva pistola, y yo tampoco lo haré.

—No, chico, pero vas a viajar en un barco en el que los marineros las llevan. Si hubiera una batalla en el mar, tienes que saber cómo utilizar una de estas armas para

el caso de que te encontraras en posesión de una. Además, los italianos adoran la artillería y he oído que las armas de fuego han empezado a abrirse camino en las calles de Venecia. Es mejor que sepas cómo comportarte ante cualquier situación.

Pearce condujo de nuevo a Nathan a los aposentos de Robey para seguir trabajando con la criptografía. Repasaron la utilización del cuadro de Vigenère, esta vez con mensajes más largos y complicados.

—Tienes que ser capaz de enviarle a *sir* Francis mensajes lo más detallados posibles —insistió Pearce—. Puede que yo no esté ahí para enviar el mensaje por ti.

Nathan sintió un escalofrío de terror. No había pensado en la posibilidad de que John Pearce pudiera separarse de él o incluso de que pudieran matarlo y lo dejara solo en tierra extranjera. Apartó el pensamiento de su cabeza, pero volvió a resurgir en su siguiente sesión con Robey.

Maese Robey había decidido poner a prueba la memoria de Nathan. Preparó una mesa en cuya superficie se encontraban cuarenta objetos. Eran objetos pequeños, tales como una cuchara, una taza de peltre, un estribo y ese tipo de cosas. Le concedieron a Nathan varios minutos para memorizarlas antes de darse la vuelta y de que retiraran algunos de esos objetos. Entonces tuvo que decir a Robey cuáles eran las cosas que faltaban. Nathan lo hizo bastante bien, pero no lo suficiente para el nivel requerido por Robey. Después de diversos intentos, le pidieron que memorizara el número de libros que había en una de las baldas así como los colores de sus tapas. Se dio la vuelta y retiraron algunos de los libros y su tarea consistió en recordar cuántos libros faltaban y de qué color eran.

Robey le explicó la importancia de esos juegos.

—Necesitas fijarte en todo. Cuando entres en una habitación, tienes que tomar nota de todo lo que contiene. Cuando mires a un hombre, observa lo que lleva puesto y dónde lleva o esconde sus armas. Cuando mires a un caballo, fíjate en sus riendas, en cómo está ensillado y en cómo está atado. Cualquier detalle puede ser importante.

Nathan comprendía la importancia de fijarse en los detalles. Will Shakespeare siempre había resaltado el hecho de que los actores de una obra tenían que recordar no solo las palabras, sino también dónde tenían que situarse sobre el escenario y lo que tenían que llevar encima.

—Lo más importante es tu supervivencia. Cuando vayas a un lugar desconocido, primero tienes que encontrar todas las puertas y las ventanas, todos los pasadizos y escondrijos, para que en caso de peligro conozcas la salida más rápida o el mejor lugar para esconderte —continuó diciendo Robey. Luego hizo que se sentara y le habló en voz baja pero firme—. Sobre todo, tienes que pensar solo en ti mismo. Aunque tienes a John Pearce de compañero, al primero al que debes cuidar es a Nathan Fox. Si eso quiere decir que tienes que abandonar a John a su suerte, eso es lo que tienes que hacer.

Nathan negó vigorosamente con la cabeza.

—Nunca abandonaría a John, maese Robey. Nunca.

—Chico, escúchame. John es un agente muy preparado. Ha sobrevivido en este trabajo durante mucho más tiempo que muchos otros. Sabe lo que hacer si tiene problemas, y no tendría que tener que preocuparse por ti. Esto es importante. Tienes que entenderlo.

—Sí, señor —accedió Nathan, pero en su fuero interno se juró que nunca abandonaría a Pearce si podía ayudarlo.

—Hay otro asunto, Nathan, y entonces habré terminado mi trabajo contigo.

Nathan lo miró expectante.

—Mis hombres y yo te hemos enseñado a defenderte, pero la mejor defensa no puede aprenderse de manos de un maestro de esgrima, de un maestro armero o de un arquero...

Nathan se encontraba perdido.

—¿De qué se trata, señor? ¿Cuál es la mejor defensa?

—Como ya te dije antes, correr. Lucha solo si no hay otra salida. Tu elemento más valioso es tu inteligencia, no tu habilidad con un arma. *Sir Francis* necesita agentes que puedan pensar, observar, negociar, planificar y abortar los planes de otros. Puede escoger a cualquier soldado de la calle para que luche para él. No puede encontrar tan fácilmente otro Nathan Fox o John Pearce. No te menosprecies, chico. Se consciente de tu valía y aléjate de cualquier bravuconada innecesaria. —Robey tomó aire y se puso en pie—. Ahora, maese Fox, vais a abandonar mi escuela y visitar a vuestro jefe. Que Dios os proteja.

Extendió la mano y Nathan se la estrechó con firmeza.

—Maese Robey, gracias por todo lo que me habéis enseñado.

—Deberéis volver antes de vuestra próxima misión. Habrá nuevas técnicas que aprender. Todos mis mejores pupilos regresan siempre que pueden. Son los mejores porque conocen la importancia del aprendizaje constante.

Nathan se despidió con tristeza de Bardolph, Pistol y Nym. Sabía que esos tres soldados le habían cogido cariño durante el poco tiempo que había pasado con ellos, pero trataban de tomarse su partida a la ligera.

—¡Ojalá fuera contigo a Venecia, hijo mío! —dijo Bardolph guiñándole el ojo—. Me valdría con echar un ojo a esas bellezas venecianas. Más te vale asegurarte de que aquí el viejo John se mantiene en el buen camino.

Nathan ya era consciente de la reputación de mujeriego de su compañero y se les unió en una picante carcajada.

En la calle los esperaban dos caballos y la bolsa de Nathan se encontraba ya amarrada a una de las sillas.

—¿Dónde vamos, John? —preguntó.

—A Westminster —replicó John—. Walsingham necesita hablar con nosotros antes de que salgamos hacia Plymouth.

—¿Es allí donde nos uniremos al barco de Drake? —preguntó Nathan mientras sus monturas se abrían paso entre la multitud que atravesaba el puente de Londres.

Pearce le lanzó a Nathan una mirada de advertencia y puso los dedos sobre sus labios.

—No hables de esas cosas así, abiertamente. Basta de preguntas por ahora.

Cabalgaron despacio y en silencio, abriéndose camino por las animadas calles. Nathan se preguntaba cuándo volvería a estar en Londres. Fue entonces cuando sintió nostalgia de su hermana, de Shoreditch y del teatro.

Cuando llegaron al palacio de Westminster, los mozos se llevaron sus caballos y Nathan siguió a Pearce a lo largo de pasillos al tiempo que se maravillaba de lo que veía, tan elaborados como eran los paneles que cubrían las paredes y su ornamentación, tan elegantes los tapices, tan impresionantes las pinturas. Varias veces, Pearce tuvo que volver a por él mientras se quedaba, transfigurado y con la boca abierta, admirando un retrato de la reina o de algún otro miembro de la realeza.

—Nunca nos reuniremos con *sir* Francis si te paras cada diez segundos —dijo Pearce, tirando impaciente de la manga del chico.

—¡Es que es tan maravilloso! —suspiró Nathan. Se había vuelto a parar, esta vez para mirar fijamente la figura de una reluciente mujer que avanzaba hacia ellos—. ¿Es esa la reina? —susurró conmovido.

—¡No! —dijo Pearce con desdén—. Es una de sus damas. ¡Buenos días tengáis, *lady* Anne! —Pearce inclinó la cabeza para hacer una reverencia.

La mujer que tenían frente a ellos hizo lo propio y se agachó, recogiendo el vestido.

—Vaya, maese Pearce, es un honor veros dos veces en una semana.

—El honor es mío, señora. —Pearce tomó su mano, la levantó y rozó con sus labios los largos y blancos dedos enjovados.

Según hablaban, apareció un hombre. A juzgar por su atuendo y sus modales, Nathan dedujo que sería un noble. Era de poca estatura y de complexión fuerte y en el rostro mostraba un permanente ceño. Nathan enseguida decidió que no le gustaba su aspecto.

—¿Y quién es esta criatura que se queda mirando a mi esposa con la boca abierta como si fuera un bacalao? —inquirió el noble inspeccionando divertido a Nathan.

—Mi sirviente, mi señor —replicó Pearce con presteza—. Es nuevo a mi servicio y se encuentra sobrecogido ante la belleza de *lady* Anne. ¿Dónde están tus buenos modales, chico? —Pearce le dio un rápido pescozón a Nathan al tiempo que lo fulminaba con la mirada. Nathan se dio cuenta de su error y rápidamente hizo una torpe reverencia. *Lady* Anne sonrió con aprobación mientras su esposo examinaba el rostro de Nathan con ojos entrecerrados.

—Solo una vez antes he visto unos ojos de ese color —dijo el hombre con sequedad mirando a Nathan fijamente—. ¿Cómo te llamas?

—Nathan Fox, mi señor —balbuceó Nathan.

—¡Ah! ¿Y se llama tu padre Samuel Fox?

La mirada de sorpresa de Nathan hizo que en los ojos del noble apareciera un

destello. El rostro de John Pearce se endureció ante la sospecha.

—Mi... mi padre lleva muerto muchos años, mi señor. Pero... sí, se llamaba Samuel. ¿Lo conocisteis?

El hombre asintió y agitó la mano como para quitarle hierro.

—No tiene importancia. Eres de Clerkenwell, ¿no? —dijo en un tono más suave.

—No, señor, de Shoreditch. —Nathan, al que habían pillado fuera de juego, había hablado antes de que la mano de John le alcanzara el brazo.

El hombre torció un poco la comisura de los labios.

—¡Ah, de Shoreditch! Debo de estar confundido. —Entonces, como si le aburriera esta banal conversación, se dirigió bruscamente a su mujer—. Venid, querida, tenemos obligaciones que atender. Buen día tengáis, maese Pearce.

—Lord Harcourt, *lady Anne* —murmuró Pearce al tiempo que realizaba una profunda reverencia. Nathan hizo lo propio, seguro de que había hecho alguna tontería.

Cuando el caballero y su dama desaparecieron de su vista, John se volvió hacia Nathan y le habló con suavidad pero firmemente.

—Demasiada información. Nunca debes contarle tanto a un extraño. —Parecía estar preocupado—. Debemos hablar de esto con *sir Francis*.

Nathan se sintió apabullado.

—¿Por qué tendría que conocer a mi padre un noble como él? ¿Por qué tendría que importarle dónde vivo?

John miró a Nathan a los ojos.

—Exactamente. Normalmente, Harcourt nunca establecería una conversación con un sirviente. A lo que hay que añadir que es uno de los hombres más peligrosos de la corte...

Pearce bajó el tono de su voz, dejó la frase sin acabar y giró sobre sus talones. Nathan salió disparado tras él a una distancia respetuosa hasta que llegaron a los aposentos de Walsingham.

Cuando entraron, Walsingham se encontraba dictando a su secretario y les hizo un gesto para que se sentaran mientras acababa. Cuando despachó al secretario, Walsingham dedicó toda su atención a sus dos agentes.

—Y bien, Nathan, espero que tu estancia con maese Robey no haya sido demasiado ardua.

—No, me ha encantado, señor —contestó Nathan sonriendo.

Walsingham se sentó tras su escritorio y les indicó que se sentaran.

Sin más dilación, Pearce relató a Walsingham el incidente del pasillo con lord Harcourt. El jefe del espionaje arrugó los labios con preocupación. Antes de que pudiera hablar, Nathan se disculpó tartamudeando, pero Walsingham, con un gesto de la mano, le dijo que no hacía falta.

—No tenías por qué conocer la reputación de este hombre. Hay ciertos cortesanos sospechosos de ser simpatizantes de los españoles y de pasar información al enemigo

de manera secreta. Es un individuo despiadado con un pasado poco agradable. ¿Has conocido a su esposa, a *lady Anne*?

Nathan asintió.

—Se trata de su segunda esposa, mucho más joven que él, como habrás podido observar. Su primera mujer murió en circunstancias misteriosas, al igual que otras personas que han estado relacionadas con él. Es alguien al que vigilamos muy de cerca. —Miró a Pearce antes de seguir hablando—. Comparto la preocupación de John sobre el hecho de que Harcourt parece haber conocido a tu padre. El porqué es un misterio, pero creo que enviaré a alguien para que vigile a tu hermana durante un tiempo, solo por asegurarnos.

Nathan no podía soportar la idea de que lo que quiera que hubiera ocurrido entre Harcourt y él pudiera poner en peligro la vida de Marie. Su ansiedad no le pasó desapercibida a Walsingham.

—No te apures, Nathan. Tu hermana estará protegida.

Rápidamente asumió un aire profesional.

—De manera que ahora os comunicaré vuestra misión. —Bajó la voz y comenzó a hablar confidencialmente—. Vais a dirigiros a Plymouth, donde os encontrareis con *sir Francis Drake*. Ha reunido una pequeña flota de corsarios también al servicio de su majestad. Uno de sus barcos os llevará a Venecia. John, vuestra identidad será la de Michael Cassio, un soldado de Florencia. Os presentareis ante el dux de Venecia y le entregareis esto. —De un cajón de la mesa Walsingham extrajo un fajo de papeles y un trozo de lino. Nathan enseguida lo reconoció como el paño que su hermana había bordado con fresas.

—Esta colección de poemas es un presente para él. El tercero, el que comienza «Ojalá pudiera retirar las injurias del indigno rencor» es el que contiene el código, el cual necesita del pañuelo para ser descifrado. El mensaje es de la reina y solicita una alianza entre Venecia e Inglaterra contra España. El dux os comunicará si constituirá una alianza con nosotros y el tipo de apoyo que nos dará en caso de guerra. Venecia tiene una flota naval considerable que podría mantener el Mediterráneo abierto para nosotros si los españoles decidieran atacarnos en el Canal de la Mancha. No hace falta decir que no deseáramos que los españoles se enteraran de estas negociaciones. Si así fuera, darían los pasos necesarios para interceptar la flota veneciana y eso la inutilizaría como aliada.

—El barco que os llevará a Venecia permanecerá allí para traerme vuestro mensaje, pero no estableceréis contacto directamente con el capitán. Cualquier mensaje se enviará a través de un hombre llamado Mordecai Luzzatto. Es un miembro prominente de la comunidad judía y lo encontraréis en el barrio judío de Venecia. Es un prestamista y lo visitareis con el pretexto de solicitar un préstamo. Si tenéis éxito en vuestro primer encuentro con el dux, entonces regresareis a Inglaterra en el barco. Si el dux necesita de mayores dosis de persuasión, entonces os quedareis y el barco volverá en vuestra busca tan pronto como sea posible. ¿Alguna pregunta?

Nathan carraspeó y miró a Pearce pidiéndole permiso para hablar.

—¿Sí? —dijo Pearce para animarlo a hablar.

—Y yo ¿cómo me llamaré, señor? —preguntó Nathan.

*Sir Francis* sonrió.

—Claro, por supuesto que necesitas un nombre. Puedes escoger uno tú mismo. ¿Cuál será?

Nathan hizo un recorrido mental rápido por todas las obras que había representado en Shoreditch.

—Marco —dijo recordando una obra en la que se hacía referencia a Marco Polo—. Marco... —continuó con dificultades para encontrar un apellido.

—¿Pignatti? —sugirió Pearce sacando un nombre de la nada.

—Sí, me gusta —dijo Nathan—. Marco Pignatti.

—Marco Pignatti, sirviente de Michael Cassio... Así sea entonces. —Antes de que Walsingham pudiera seguir hablando, la puerta se abrió de par en par y, para sorpresa de Nathan, allí estaba la magnífica reina Isabel, Gloriana en persona.

Walsingham y Pearce se levantaron de las sillas de un salto e hicieron una profunda reverencia. Nathan, solo una fracción de segundo tras ellos, inclinó tanto la cabeza que casi se toca las rodillas.

—¡Retiraos! —ordenó la reina a los cortesanos que la seguían—. ¡Retiraos! —Se escuchó un frufú de brocados y terciopelos que se batían en apresurada retirada por el pasillo. Solo se quedaron dos guardias armados que siempre estaban a su lado. La reina cerró la puerta tras ella y entró en la estancia. Se movía de forma bastante diferente a la dama con la que Nathan y John se habían encontrado antes. Esa mujer andaba como si se deslizara. La reina andaba a zancadas, como un hombre resuelto. Era alta, de una palidez cadavérica, con el rostro afilado y brillante cabello rojizo. Tenía los labios pintados de color carmesí y los pómulos lucían polvos rojos. Su vestido era blanco y plateado, y estaba cubierto de tantas piedras preciosas que Nathan se maravilló ante su resplandor. Cuando se movía, emitía miles de destellos. Nathan pensó que no era joven, pero que no sabría decir qué edad tendría.

La reina miró fijamente al trío con aire de insatisfacción.

—Así que estáis tramando volver a alejar a maese Pearce de nosotros, ¿no es así, *sir Francis*?

Por experiencia, Walsingham sabía que no tenía que intentar contestar. La mirada de la reina se detuvo ahora en Nathan, el cual sintió que se le aceleraba la respiración.

—¿Quién es este? —inquirió.

—Un joven actor, con muchos dones, que va a servir a las órdenes de maese Pearce, majestad —explicó *sir Francis* en tono deferente.

La mirada de la reina centelleaba.

—¡Por todos los santos, *sir Francis*! ¡Ahora enviamos a niños para que hagan el trabajo sucio! —No parecía estar complacida. De repente, Nathan temió que todo su aprendizaje no serviría para nada si la reina cancelaba la misión.

—Majestad... —Su voz sonaba aguda y debilitada y vio la ansiedad en la mirada de *sir Francis*, pero persistió—. Perdonadme... —Hizo una nueva reverencia y se enderezó. La reina permanecía a la espera de escuchar lo que tenía que decir y él se tranquilizó algo al verlo—. Si los españoles invaden Inglaterra, entonces serán los niños los que más sufran, los que verán cómo se les arrebatara su futuro y su libertad. Por lo tanto, ¿no es lo correcto que un niño ayude a salvar a otros niños? Suponiendo que pueda. —Estaba temblando y temía haber llegado demasiado lejos, pero la expresión de la reina se ablandó y extendió la mano imperiosamente para que se la besara.

—Palabra de niño —murmuró—. Eres un chico valiente y no hay duda de que también inteligente, o *sir Francis* no se habría fijado en ti. Y, si vais a estar a las órdenes de John Pearce, entonces me satisface saber que estaréis bajo el mejor de los cuidados. ¿Cómo te llamas?

—Nathan Fox, majestad.

—Entonces, Nathan Fox, servid a Inglaterra, pero tened cuidado. Espero poder verte crecer y convertirte en un hombre apuesto de mi corte antes de que pase mucho tiempo y entonces pasaréis los días adulando a vuestra vieja reina, lo mismo que hace ahora maese Pearce.

Nathan sonrió aliviado.

—Majestad —contestó—, mi intención es ser exactamente como John Pearce.

La reina se rio al pensarlo, pero luego se volvió hacia Walsingham y su rostro se endureció.

—Tened en cuenta lo que os digo, *sir Francis*, y vos también, John Pearce. Si algo malo le ocurriera a este niño, haré que os separen la cabeza del cuerpo, ¿entendido?

Ambos balbucearon una respuesta afirmativa y tras ello la reina abrió las puertas de par en par y salió de su vista dando largas zancadas. Los guardias cerraron las puertas y se apresuraron a seguirla, dejando tras ellos dos hombres visiblemente afectados y a Nathan en estado de éxtasis.

*¡Hoy he conocido a la reina! ¡He hablado con ella! ¡He besado su mano!*, pensaba Nathan. Le estaba cambiando la vida tan rápido que casi no podía adaptarse al ritmo.

Unos minutos más tarde, cuando Nathan y Pearce salían del palacio de Westminster a la grupa de sus caballos, la alegría por el encuentro con la reina todavía brillaba en la mente de Nathan. Pearce estaba demasiado entretenido observando al entusiasmado jovencito como para darse cuenta de que en la esquina más lejana del patio, lord Harcourt merodeaba entre las oscuras sombras. Tampoco se fijó en dos hombres que montaron sus caballos tras un breve interludio con Harcourt. Uno comenzó a seguir a John y a Nathan, y el otro, una vez traspasadas las verjas del palacio, viró a la derecha, en dirección a Shoreditch.

Pero arriba, desde la ventana de su despacho, *sir Francis Walsingham* tomaba buena nota de lo que estaba ocurriendo, y en cuanto Harcourt volvió a sus asuntos, el

jefe del espionaje hizo un gesto de asentimiento casi imperceptible con la cabeza, una señal que hizo que un hombre más montara su caballo y se dirigiera hacia Shoreditch a toda velocidad.

## Un héroe no siempre es lo que parece

El viaje hasta Plymouth resultó largo y duro.

—Tenemos que llegar allí a lo largo de esta semana —dijo John Pearce una de las noches en las que se alojaron en una posada junto al camino—. Drake quiere zarpar pronto. Tiene miedo de que su majestad cambie de opinión con respecto a su misión.

—¿Y cuál es su misión? —preguntó Nathan.

Pearce se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Lleva semanas reuniendo naves y hombres. Lo que quiera que sea, es algo importante y conociendo a Drake, será algo espectacular.

—Entonces, ¿Drake es amigo tuyo?

Pearce suspiró.

—No, no es mi amigo. Lo respeto, pero no me gusta. Es un gran navegante, quizá el mejor de toda Inglaterra. Pero es un hombre sin piedad y brutal. Los nuestros son tiempos difíciles y son hombres como Drake los que se colocarán entre nosotros y el Imperio español. Pero nunca olvides que Drake es un aventurero, un corsario. Solo quiere el dinero y el tesoro de las ciudades que saquea o los cargamentos que puede sacar de los barcos que hunde. Dice que lo hace por Inglaterra, pero ¿lo haría si no existiera la promesa de riquezas?

A Nathan le sorprendió la respuesta de Pearce. Siempre había considerado a Drake un héroe. Obviamente, Pearce no pensaba lo mismo, y quizá hubiera otros que tampoco lo hicieran.

Había sido un largo día a lomos de los caballos y tanto Nathan como Pearce tenían hambre. La posada estaba a rebosar de comerciantes que pasaban allí la noche para asistir al día siguiente a una cercana feria de ganado. Pearce se las arregló para encontrar sitio para los dos en un banco y Nathan se abrió paso a empujones entre la multitud para pedir dos tazones de guiso y pan. Mientras pedía a gritos al posadero lo que quería, vio que un hombre lo miraba desde el otro extremo de la taberna. El hombre desvió la vista rápidamente, pero no lo suficiente como para que Nathan no lo reconociera. Había visto al mismo hombre en la última posada en la que habían estado. Su instinto le decía que el hombre lo estaba vigilando. Sintió que lo embargaba la ansiedad mientras llegaba hasta John. Pero no podía vociferar sus miedos a Pearce así, sin más. Tendría que esperar hasta que estuvieran de vuelta en la habitación. Llegó el guiso y Nathan comió tan rápido como pudo, mirando todo el tiempo a la multitud en busca del extraño que se encontraba al acecho. El hombre había desaparecido.

Nathan le hizo señas a John para advertirle de que salía afuera. Se abrió camino entre la muchedumbre y salió al aire frío de la noche. Había unos pocos hombres haciendo sus necesidades entre los arbustos pero ninguno de ellos era el que buscaba. Se acercó en silencio hasta los establos, trepó sobre un barril y miró con atención a través de una grieta de la madera. Ahí estaba el hombre, holgando entre las sombras apoyado en un fardo de heno. Comía la comida que llevaba en las alforjas junto a él.

Nathan se dirigió de vuelta a la taberna y terminó su guiso. Más tarde, una vez que estuvieron seguros en su habitación, le habló a Pearce de sus sospechas. Su compañero acogió la noticia con calma, sin demostrar sorpresa alguna.

—Yo también he tenido mis sospechas durante las últimas treinta millas. Un jinete nos ha estado siguiendo y ha controlado cada uno de nuestros pasos. Cuando hemos reducido la marcha, él también lo ha hecho. Cuando hemos ido a todo galope, él también.

Nathan estaba atónito.

—¡Yo no he visto a nadie!

John sonrió al tiempo que movía la cabeza.

—No me extraña. Ese hombre hace bien su trabajo. Pero mañana lo despistaremos. Conozco su táctica. Deja temprano la taberna, antes de que nosotros nos levantemos, y nos espera escondido junto al camino. Entonces, cuando nosotros pasamos, él nos sigue. Excepto mañana, ya que acortaremos campo a través y tomaremos otra ruta. Eso alargará nuestro viaje en un día, pero esperemos que Drake no se marche sin nosotros. Y ahora duerme.

Según el sueño los vencía poco a poco, Nathan se preguntaba quién sería el que los perseguía. Incapaz de contenerse, hizo la pregunta en voz alta. En la oscuridad, Pearce contestó ahogando un bostezo.

—Aprenderás, Nathan, que el mundo de Walsingham está lleno de sombras. Siempre habrá alguien vigilando a sus agentes. Hagamos el movimiento que hagamos, los espías del rey Felipe los igualarán. Y ahora duerme un poco.

La siguiente mañana sucedió tal y como John había previsto. El hombre y su caballo ya no estaban. Una vez estuvieron a la grupa de sus cabalgaduras, Pearce hizo salir al caballo del camino y se internó en el denso bosque.

—Tenemos que abrirnos camino por este bosque hasta dar con la ruta de Salisbury. Entonces cabalgaremos como el rayo hacia el sur y llegaremos a Plymouth por el oeste. Esperemos que nuestra sombra nos espere durante largo tiempo antes de darse cuenta de que hemos tomado otro camino. No hay duda de que volveremos a verlo en Plymouth.

No fue posible ningún tipo de conversación durante muchas horas, ya que los dos agentes tenían que agachar las cabezas y sumergirse en el frondoso bosque, por el que los caballos de paso seguro avanzaban con paciencia. De vez en cuando, sorprendían a un ciervo, o los caballos se detenían a beber en un arroyo. Pearce siempre hacía un gesto de silencio mientras escuchaba atentamente los sonidos que denotaban si los

seguía otro jinete. Pero el viaje continuó pacíficamente hasta que salieron al camino principal que los conducía a su destino.

Plymouth era un puerto lleno de animación. El viento del mar golpeó a Nathan en el rostro cuando condujeron a los caballos hacia los muelles. Nunca había visto tantos barcos. Había treinta o cuarenta junto a los muelles, un gran bosque de mástiles hasta donde alcanzaba la vista, y más barcos anclados en la bocana. Los muelles eran un hormiguero de gente. Los fardos se balanceaban en el aire en los extremos de las sogas, los barriles se cargaban y descargaban rodando por planchas de madera. Una multitud de hombres que parecían ser soldados subían y bajaban de los barcos más grandes. A lo largo del muelle había almacenes con la parte delantera abierta y talleres. El sonido del martillo sobre el hierro y el de la madera aserrada se mezclaban con el estrépito de los gritos de la gente.

—Tenemos que encontrar establo para los caballos y cama para pasar la noche —gritó Pearce—. Gracias a Dios, el barco de Drake todavía está aquí —dijo señalando la mayor de las naves del muelle, el Elizabeth Bonaventure.

Pearce hizo que el caballo se dirigiera a las calles situadas detrás de la zona del puerto y Nathan lo siguió. Al cabo de unos minutos ya habían encontrado un establo perteneciente al Ejército que aceptaría a sus caballos durante un tiempo no especificado y a cambio de una considerable cantidad de dinero. Entonces se abrieron camino en los muelles a través de la muchedumbre.

Mientras se dirigían hacia el Elizabeth Bonaventure, Pearce se detuvo en seco y le dio un codazo a Nathan.

—¡Drake! —dijo, señalando a un hombre bajo y fornido ricamente vestido. Procedieron a subir por la pasarela de madera y escucharon las palabras de Drake.

—¡Tendremos que contratar a más hombres! —rugió. Entonces se puso a jurar de forma terrible y murmuró algo sobre «cabrones desertores». Al volverse, se le alegró la vista cuando vio a Pearce y, al igual que el sol brillante después de una tormenta, su cara se iluminó con una reluciente sonrisa—. ¡John Pearce! —gritó—. ¡Vaya! ¡Pero qué ven mis ojos! ¿Cómo estás, petimetre?

Después de mucho apretón de manos y muchas palmadas en la espalda, presentaron a Nathan al efusivo Drake.

—¡Ah! Un pajarito me ha hablado de ti... —dijo con un brillo de humor en la mirada—. He oído que eres un buen chico. Habilidoso y astuto, dicen. Tengo idea de robarte yo mismo, para que seas mi ayudante. ¿Qué te parecería eso, chico? —Nathan sonrió tímidamente y Drake demostró su aprobación con una ruidosa carcajada.

Pearce interrumpió para preguntar si zarparían con la marea de la mañana. El rostro de Drake se oscureció con la misma facilidad como antes se había iluminado y Nathan vio en él una ferocidad que le heló la sangre.

—Parte de la tripulación ha desertado. No aparecieron en Londres, así que los

barcos han zarpado sin ellos. Esto es cosa del trabajo de mis enemigos en la corte, de eso podéis estar seguro. —Levantó la cabeza desafiante y su barbilla cubierta por la barba sobresalió de la gorguera de encaje—. Bueno, ¡así los parta un rayo! —Escupió en la cubierta—. Reclutaré más hombres aquí en Plymouth. Buenos hombres del oeste de Inglaterra, como yo. No zarparé sin la tripulación completa.

Nathan tomaba buena nota de la actividad a su alrededor. Los hombres se habían reunido en la cubierta para la revista. Eran un hatajo aterrador. Descalzos, empapados de sudor, musculosos y tatuados, a Nathan se le presentaban como una turba perfecta de piratas sedientos de sangre. Se los quedó mirando fijamente, fascinado. Algunos eran tan oscuros y tenían la piel tan curtida que parecían nativos de otros países. Otros tenían aterradoras cicatrices en los brazos. Algunos estaban desnudos de la cintura para arriba y mostraban las blancas líneas de antiguos latigazos sobre sus espaldas. Un hombre tenía extraños tatuajes que le cubrían la cara. Varios llevaban las cabezas afeitadas. Todos miraban con respeto al almirante Drake, el cual pasaba revista en silencio.

Se dirigió a sus hombres.

—La escoria que desertó de los barcos será colgada, os lo prometo. Vosotros, vosotros que habéis cumplido vuestros contratos conmigo, tendréis una parte de las riquezas que nos proporcione este viaje. Aquellos que han navegado antes conmigo saben que soy justo. Pero os lo digo: no toleraré la desertión o la cobardía. Iré donde vayáis vosotros. Cuando luchemos, lucharé con vosotros. No espero de ningún hombre nada más de lo que espero de mí mismo. Pero si no hacéis lo que se os ordene, os mataré. Tenéis mi palabra. ¿Entendido?

—¡Sí, sí, señor! —gritaron los hombres al unísono.

Drake parecía satisfecho y elevó de nuevo la voz.

—Bien. Cuando tengamos todos los hombres que necesitamos, ¡nos iremos y meteremos un estoque por el culo al Rey de España! —Se elevó una ruidosa aclamación y entonces los hombres regresaron a su trabajo.

Drake condujo a Nathan y a Pearce a su camarote.

—Y ahora, hablemos de negocios —dijo, desprendiéndose de la almidonada gorguera—. Estoy autorizado por su majestad para saquear los puertos españoles y portugueses, y hacer el mayor daño posible a sus barcos de guerra. Vos tenéis que llegar hasta Venecia. No puedo conducir mis barcos hasta el Mediterráneo o me arriesgo a que los atrape la flota española. Tengo que permanecer en el Atlántico, desde donde puedo efectuar una retirada rápida si hiciera falta. Así que lo hemos dispuesto todo para que viajéis en un pequeño mercante que llegará mañana. Os llevará a Venecia y estará a vuestra disposición cuando deseéis regresar. ¿Os satisface?

—Perfecto —replicó Pearce.

Un grito desde la cubierta atrajo la atención de Drake.

—Debo irme —dijo—. Tengo un barco que atender. Sube a la cubierta, Nathan, y

verás un barco pertrechado para una tempestad. Un chico como tú necesita ver cómo trabajan los hombres de verdad: ¡no aprenderás nada de un presumido como John Pearce! —Dicho esto, abandonó el camarote riendo satisfecho.

—¿Te haces ahora una idea de cómo es este hombre, Nathan? —preguntó Pearce en voz baja.

Nathan sonrió.

—Creo que es un gran hombre que necesita estar al mando. Le gusta que le adulen, y no le gusta que le contradigan.

—Muy bien observado —dijo Pearce—. Y, desde mi punto de vista, creo que está bien que no zarpemos con él. Me resultaría difícil contenerme.

## El secreto

Pasaron el día siguiente holgazaneando por el puerto. A Nathan, Plymouth le resultaba más emocionante que Londres. Vio más cosas exóticas aquí que nunca antes en Shoreditch o en Southwark. Muchas de las personas eran extranjeras, de piel oscura, y vestían extraños ropajes. En el puerto había un barco cuya tripulación completa tenía los ojos rasgados y parloteaban en un idioma incomprensible y musical. El barco olía fuertemente a especias. Tan fuertemente que era casi imposible pasar a su lado sin ahogarse con el aroma acre y penetrante.

La gente de Plymouth sabía mucho sobre Drake, su héroe local, y contaban ante Nathan increíbles historias en la taberna donde se alojaba con Pearce.

—Es un mago este Drake. Un hombre poseído por las artes oscuras, que las utiliza cuando quiere —dijo un viejo intencionadamente. Al presionarle Nathan, le contó la historia de la bala del cañón de Drake—. Cuando Drake estaba navegando alrededor del mundo, le dijo a su esposa que lo esperara durante siete años y que, *si no había regresado*, podría volver a casarse. Así que la pobre esperó y, cuando se cumplió el plazo, accedió a convertirse en la esposa de otro hombre. Pero según se encontraba de pie ante el altar, una gran bala de cañón aterrizó entre ella y su futuro esposo, así que supo que Drake estaba vivo y canceló la boda.

Todos los de alrededor asintieron prudentemente. Nathan se encontraba cautivado, hasta que Pearce se lo llevó aparte.

—No te creas esa tontería. Drake tardó solo tres años en navegar alrededor del mundo. Esa leyenda local no es sino una muestra de la admiración y el temor que sienten por él, nada más.

En el muelle, el capitán jefe de Drake, William Burroughs, había montado una oficina para reclutar a más hombres. Se había extendido la noticia y habían acudido hombres de todo el oeste de Inglaterra, ansiosos por tomar parte en la última aventura de Drake. Nathan observaba mientras Burroughs inspeccionaba a los futuros marineros en busca de signos de debilidad o de enfermedad. Mientras Burroughs hacía que cada uno de los hombres abriera la boca para inspeccionar los dientes, Nathan pensó que los trataba como si fueran caballos.

—Busca síntomas de escorbuto —explicó Pearce—. Se nota en las encías hinchadas y sangrantes. Drake hace trabajar duro y sin descanso en sus barcos, así que los hombres tienen que ser fuertes como un roble.

Justo en ese momento Nathan oyó que las voces subían de tono. Se estaba produciendo una disputa entre los hombres. Al percibir el peligro, Burroughs dio un

paso hacia atrás y posó la mano sobre la espada, preparado. Pearce se puso tenso e hizo lo propio a la vez que empujaba a Nathan tras él.

—¿Para qué abriste la boca? —rugió un hombre descomunal que llevaba un gran sombrero de fieltro.

—¡No vas a quitarle el trabajo a un buen marino protestante, escoria! —respondió vengativo un hombre mucho más pequeño al que le faltaban varios dientes.

—¡A ti qué te importa!

—¡A Drake no le gustan los católicos en sus barcos! —gritó el hombre más pequeño enseñando la desdentada encía a la vez que lanzaba un puñetazo directo a la mandíbula del otro hombre.

La muchedumbre estalló en una pelea de todos contra todos que hizo caer de espaldas a varios de los hombres. Cuando Nathan sintió que lo empujaban contra el suelo, una mano extendida apareció desde algún lugar y tiró de él. Levantó la vista desde el suelo y se encontró mirando a la cara a un hombre vestido de forma curiosa. Llevaba una túnica larga y vaporosa, como si fuera médico o boticario, pero cubierta de extraños símbolos: estrellas, lunas y esferas. Una máscara negra cubría la parte superior de su rostro y el pelo oscuro, largo y rizado, con canas grises, colgaba en una masa informe alrededor del rostro y del cuello.

—Es mejor mantenerse en la retaguardia, señor —dijo. Tenía la voz suave y con un ligero acento. A Nathan le resultaba familiar, pero no podía situarlo. Sonrió agradecido y miró hacia donde estaba teniendo lugar la pelea, la cual había llegado a un grado de violencia tal que Pearce y Burroughs se vieron obligados a salir del centro de la muchedumbre a puñetazos.

—Menuda tontería —murmuró el hombre sonriendo a Nathan—. Y todo esto por la religión de un hombre. Tengo que detener esto —dijo sacando una botella de cristal de debajo de la manga de la túnica. Tenía forma redonda, con un corcho en la parte superior y Nathan vio que estaba llena de un líquido amarillo. Rápidamente, el hombre tiró la botella al centro de la pelea y esta se estrelló contra el suelo rompiéndose en mil pedazos. Un olor apestoso y un espeso humo emanaron del líquido derramado. Pronto los hombres se tambaleaban y daban tumbos, llorando a mares y murmurando maldiciones. Nathan se quedó mirándolo todo, atónito, pero el hombre le sonrió, con los chispeantes ojos azules enmarcados por la máscara negra.

Pearce regresó resoplando al lugar en el que se encontraba Nathan.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué ha sido eso? —resolló, incapaz de tomar aliento.

Nathan señaló al hombre que lo acompañaba.

—Lo tiró él... Lo siento, no sé vuestro nombre, señor.

El enmascarado sonrió de nuevo.

—Stefan —replicó haciendo una reverencia. Mientras se incorporaba sacó, de nuevo de bajo su manga, un pañuelo de lino húmedo que ofreció a Pearce—. Esto aliviará los efectos.

Pearce tomó agradecido el paño y se frotó con él los ojos y el rostro. Pestañeó

varias veces y movió la cabeza hacia los lados. Parecía que el trozo de tela había funcionado.

—Gracias, señor.

—¿Sois boticario? —preguntó Nathan.

—Entre otras cosas —fue la enigmática respuesta—. Por ahí está mi gente. —Nathan y Pearce siguieron con la mirada el dedo de Stefan y vieron a un grupo de acróbatas y malabaristas actuando frente a una multitud cada vez más numerosa—. Venid a ver.

Había seis hombres, todos vestidos a la moda italiana, con ajustados jubones y calzas de brillantes colores. Cuando Nathan se acercó, estaban formando una pirámide humana. El hombre más menudo y ligero ascendió hasta arriba, se balanceó durante un corto espacio de tiempo y luego se lanzó al aire, haciendo un salto mortal en mitad del trayecto para aterrizar de pie perfectamente. La multitud reunida aplaudía y animaba. La pirámide se disgregó y los actores se lanzaron al suelo a recoger varios objetos para realizar malabares, balancearlos y lanzarlos. Un hombre estaba utilizando un diábolo y Nathan aplaudió entusiasmado al ver su pasatiempo favorito.

—¿Te gustaría probarlo? —dijo Stefan amablemente. Nathan asintió con pasión y Stefan lo empujó hacia adelante—. Graco —dijo—, deja que el chico lo intente. —El artista hizo que el diábolo dejara de girar y se lo pasó a Nathan junto con dos palos unidos por una cuerda fina. Graco guiñó un ojo a Stefan, preparado para divertirse con los torpes intentos de un chico ilusionado. Sin embargo, Nathan dejó atónito al artista al moverse hacia su lugar y poner inmediatamente el diábolo furiosamente en movimiento. Luego pasó a realizar una serie de trucos, giros en el sentido del reloj, y al revés, trapecios y órbitas sobre los brazos. Lo hizo con una facilidad tal que Graco mostró su aprecio silbando con los dedos en la boca. Pero Nathan pudo percibir algo en los momentos en los que el ojo abandonaba el diábolo: el rostro de Stefan tenía una expresión extraña y triste. Cuando Nathan acabó, Pearce aplaudió con ganas y le palmeó orgulloso la espalda.

—¡Nunca dejas de sorprenderme!

Una expresión de dolor cruzó fugazmente el rostro de Stefan y heló la sonrisa orgullosa de Nathan.

*¿Qué le ocurre a este hombre?*, se preguntó.

—Señor —dijo aclarándose la garganta—, me resultáis conocido. ¿Nos hemos visto antes?

Stefan se encogió de hombros y sonrió.

—Es posible que nos hayamos visto en alguna feria en Londres, ¿no? —dijo.

Nathan frunció el ceño.

*¿Cómo puede saber que soy de Londres?*, se preguntó, a la vez que a cada momento se sentía más intranquilo.

—¿Viajáis por toda Inglaterra? —siguió indagando.

—Sí, siempre estamos de viaje.

Los artistas estaban pasando unos cuencos por entre la multitud, la cual los recompensaba con el satisfactorio tintineo de las monedas.

—Ven a conocer a mi gente —le urgió Stefan. Dio unas palmadas para llamarlos y los seis hombres se acercaron pegando saltos y aprovecharon para alabar a Nathan por su destreza.

—A Graco ya lo conoces; tiene muchos talentos —dijo Stefan comenzando con las presentaciones—. Este es Pepe, que es nuestro faquir; Manolo y su hermano Pedro son nuestros mejores malabaristas; Sansón lleva a cabo hazañas que requieren de una gran fuerza física, como su tocayo de la Biblia; y Waldemar, el más pequeño y ágil, cuya especialidad es andar sobre el alambre.

—¿Andar sobre el alambre? —preguntó Nathan. Waldemar mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—Demuéstraselo, amigo mío —dijo Stefan sonriendo.

Sin dudarle un momento, Waldemar subió rápidamente por la pasarela de madera del Elizabeth Bonaventure y entonces, como si fuera un mono, pegó un salto hasta lo alto del puntal de proa. Del puntal salía un cabo tensado al máximo que llevaba hasta el palo mayor pasando por el trinquete. La soga formaba un pronunciado ángulo, pero el ágil equilibrista se posó sobre ella de un salto y comenzó a recorrerla en toda su longitud. La gente gritaba y lo señalaba con el dedo mientras el ágil hombre curvaba los pies desnudos alrededor de la cuerda y ascendía despacio y con seguridad.

—¡Eh, tú! —gritó William Burroughs cuando se dio la vuelta para ver a qué se debía semejante jaleo—. ¡Baja de mi barco!

Waldemar miró a Burroughs, se tambaleó y pareció que se caía hacia atrás. En esa décima de segundo, Nathan se llevó la mano a la boca, pero Waldemar se burló de todos ellos agarrándose a la soga mientras caía y columpiándose a su alrededor como el diábolo de Nathan en su cuerda. La multitud dejó escapar un grito de alivio colectivo y Waldemar les hizo el honor de volver a balancearse alrededor de la cuerda, y esta vez, soltándose en mitad del vacío, dio una voltereta, se agarró de nuevo a la cuerda, y regresó por el otro lado. Burroughs parecía estar a punto de explotar.

—¡Baja de ahí o disparo! —Waldemar se dejó caer desde una altura considerable ante la multitud que contenía asombrada la respiración y aterrizó en cubierta perfectamente de pie.

Burroughs se acercó a Stefan a grandes zancadas.

—Hacedme el favor, señor, de llevaros a vuestra banda de gitanos e iros a actuar a cualquier otro lugar —dijo bruscamente. Stefan hizo una reverencia acompañada de una sonrisa sardónica y según se daba la vuelta para retirarse con sus hombres, Nathan le agarró la larga túnica.

—¿Sois gitanos? —preguntó con un ansioso susurro.

Stefan asintió.

—Yo también —dijo Nathan.

Stefan lo miró detenidamente durante un largo tiempo.

—Ya lo sé —dijo en voz baja—. Volveremos a hablar, Nathan Fox; puedes estar seguro de eso. —Y dicho esto se marchó.

Los pensamientos de Nathan volaban. *¿No recuerdo haberle dicho mi nombre! ¿Lo habrá dicho John?* No podía acordarse, y normalmente tenía una memoria muy buena. Pearce le había enseñado a desconfiar de los extraños, pero el misterioso Stefan tenía algo... El instinto le decía que ese hombre no era un extraño.

Ahora Pearce le estaba hablando, pero él no escuchaba.

—Nathan... ¡Nathan! —Finalmente, Pearce consiguió que le prestara atención—. Burroughs dice que ya ha llegado nuestro barco. Es un mercante holandés, el Flemish Queen. Tenemos que ir ahora a ver al capitán.

Nathan echó un vistazo a la multitud por última vez buscando a la *troupe* de gitanos, pero habían desaparecido. Se volvió hacia su amigo y trató de centrarse en el asunto que tenían entre manos en ese momento, pero mientras andaba con Pearce, seguía oyendo las palabras «Volveremos a hablar, Nathan Fox; puedes estar seguro de eso».

En el muelle se produjo una conmoción aún mayor. Drake, el cual había realizado una breve visita a su esposa, había regresado y estaba a punto de zarpar. Todo Plymouth parecía haber salido a las calles para despedirlo. El hombre no podía entrar en la ciudad sin generar una atmósfera de entusiasmo que se desbordaba en su presencia como las olas al romper contra la orilla.

Se dirigía a lomos de su caballo hacia el lugar donde se encontraban Nathan y Pearce, pero le era imposible avanzar debido al número de gente que se arremolinaba a su alrededor para estrechar su mano. Nathan miró a Drake, colorado y feliz, ganándose a la gente con sus bromas y su buen humor.

*Así es como uno se convierte en leyenda, pensó Nathan, comportándose como si uno estuviera sobre el escenario y le diera a la audiencia lo que pide.*

Poco a poco, el caballo de Drake consiguió abrirse paso entre la multitud. Desmontó y se dirigió directamente a Pearce.

—Y bien —dijo, ofreciéndole la mano que Pearce estrechó con firmeza—. La flota zarpa hoy y vuestro barco nos seguirá hasta que rebasemos el cabo Finisterre. Entonces vuestro capitán se ocupará de sus asuntos. Os deseo suerte en vuestros cometidos, a vos y al chico, de hecho. Pido a Dios que todos tengamos éxito y regresemos sanos y salvos para poder contar nuestras aventuras a la reina. —Se dirigió entonces a Nathan—. Que Dios te dé valor y te proteja, chico. Esta será una gran aventura, lo presiento. —Le dedicó una de sus resplandecientes sonrisas, estrechó su mano y se marchó.

Pearce y Nathan subieron por la pasarela del Flemish Queen y buscaron al capitán. Rombout era un holandés franco y jovial. Condujo a la pareja bajo la cubierta para enseñarles dónde dormirían.

—Ocupareis este camarote —le dijo a Pearce abriendo la puerta de un camarote que era poco más grande que una caja—. Vuestro criado dormirá más abajo con otros pasajeros. Zarparemos con la marea de la mañana. Por favor, presentaos al amanecer. —Y entonces, con otra amistosa sonrisa, volvió a conducirlos a cubierta y los dejó solos.

Pearce se puso tenso al inspeccionar el muelle.

—Por lo que veo, nuestro amigo de la taberna ha vuelto con nosotros.

Nathan siguió la dirección de su mirada y localizó al hombre que habían dejado atrás en la carretera de Plymouth. Sus ojos se encontraron.

—¡Nos ha visto! —murmuró Nathan alarmado.

—No importa —dijo John, sorprendentemente—. No puede seguirnos una vez que comencemos el viaje. Solo tenemos que preocuparnos por esta noche. Mientras sigamos en tierra firme, seguimos estando en peligro. Esta noche dormiremos con los cuchillos debajo de la almohada.

Nathan se sintió cada vez más intranquilo según avanzaba el día y se acercaba la noche. Durante la cena tenía poco apetito y se dio cuenta de que John también comía poco. Cuando se aposentaron en la habitación, John desenvainó la espada y la colocó debajo de la cama a su derecha. Nathan extrajo las dagas de las botas y las puso bajo la almohada.

Los sonidos de la ciudad comenzaban a apagarse y marineros borrachos se dirigían de regreso a los buques haciendo eses de un lado a otro o se derrumbaban roncando en el borde del camino.

—La vela no durará encendida mucho tiempo —dijo John en voz baja—. Nadie vendrá mientras haya luz en la ventana. Mejor que la apaguemos ahora y nos adelantemos a los acontecimientos mientras todavía estamos despiertos.

Nathan atrapó la llama entre dos dedos temblorosos y ambos permanecieron tumbados, con los sentidos alerta, en la penumbra de la luz de la luna.

Habría pasado aproximadamente una hora cuando Nathan sintió la pesadez de los músculos que sucumbían ante el sueño. Entonces, de repente oyó que alguien giraba la manilla de la puerta. Sintió que John alcanzaba en silencio la empuñadura de la espada debajo de la cama. Nathan sintió también el palpitar en sus sienes y cómo se le aceleraba la respiración. La puerta se abrió unas pulgadas, sin hacer un solo ruido, y Nathan distinguió una figura oscura de pie. La figura avanzó despacio y los ojos de Nathan, doloridos por el esfuerzo, solo alcanzaron a vislumbrar el brillo de un arma elevada a la altura de la cintura y preparada para el ataque. Entonces se dio cuenta, ahogando la respiración, ¡de que la figura avanzaba hacia él y no hacia Pearce! Se desplazó rodando mientras palpaba frenéticamente bajo la almohada en busca de las dagas. Entonces vio la hoja de la espada de John que se deslizaba en el aire. Se

produjo un chillido (no uno, sino dos), que Nathan pensó eran de un hombre y de una mujer, y la habitación se iluminó. Nathan se levantó de un salto y se encontró mirando de frente a su hermana, Marie, que llevaba un farol en la mano.

—¿Qué? —farfulló Nathan mirando a su alrededor. Pearce estaba medio incorporado sobre una de sus rodillas, con la espada en el aire esperando para golpear al asesino.

No fue él el que había propinado el golpe mortal que había salvado a Nathan. El gitano enmascarado, Stefan, salió de no se sabe dónde, se arrodilló y extrajo el cuchillo de la espalda de la figura que yacía en el suelo. Entonces dio la vuelta al cuerpo.

—El hombre de Harcourt —dijo con gesto adusto.

Se produjo un silencio. Pearce y Nathan se quedaron mudos de asombro, y no podían más que mirarse el uno al otro.

Marie fue la primera en tomar la palabra.

—Nathan, me gustaría presentarte a nuestro padre, Samuel Fox.

## Cuánto engaño

Se quedaron helados del asombro. Nathan miraba fijamente a Stefan como un idiota. En la mente se le mezclaban un revoltijo de palabras, todas inconexas y ninguna que pudiera utilizar para formar una frase coherente.

—¡Dios Santo! —murmuró Pearce incrédulo.

La confusión de Nathan se juntó de repente con dos emociones desbordantes: la ira y el miedo. Ira porque este hombre, que decía ser su padre, había regresado a su vida sin ningún tipo de amable presentación previa; ira porque su hermana había sabido que su padre seguía vivo y lo había mantenido en secreto; y miedo porque este hombre que tenía delante, su padre, era capaz de cometer un asesinato.

Pearce volvió a hablar.

—Señor, gracias por salvarnos la vida, pero creo que debéis explicaros antes de que me sienta lo suficientemente seguro como para retirar mi espada.

Stefan asintió y se dejó caer pesadamente en la silla más cercana. El muerto yacía en el suelo entre todos ellos y Stefan desvió la mirada. Nathan se dio cuenta entonces de que para su padre no había sido fácil apuñalar a ese hombre y parte de su temerosa ira se apagó.

Nathan miró detenidamente a Stefan. Ahora podía ver lo mucho que ambos se parecían. El mismo pelo negro, los mismos ojos de un azul acerado y la voz. La familiaridad de esa voz debía de ser algún lejano recuerdo de la niñez. Se sentía un idiota por no haberlo reconocido antes.

—¿Por qué te marchaste? —Nathan dejó escapar bruscamente la pregunta que llevaba toda la vida flotando en sus labios. Sintió que el corazón se le aceleraba mientras esperaba una respuesta.

Stefan tomó aire.

—Por este hombre —dijo señalando al muerto—. Bueno, más bien por el hombre para el que trabaja. —Marie se sentó junto a Nathan y le apretó la mano. Nathan le lanzó una mirada llena de resentimiento. Hasta que escuchara la historia completa no estaría seguro de poder perdonar el hecho de que ella guardara el secreto.

Stefan continuó hablando.

—Cuando vuestra madre murió y tú eras muy pequeño, yo me ganaba la vida como boticario. Vivíamos en el centro de Londres y conseguí prosperar. Había hecho muchos clientes ricos y de alta cuna, muchos caballeros y damas de la corte, que venían a verme en busca de alivio para sus achaques y humores malignos.

Nathan fijó la vista en el rostro de Stefan y escuchó con atención.

—Un día, vino a mí un caballero que era un gran favorito de la reina y me habló de su imposibilidad para dormir.

—Harcourt —se atrevió a decir Pearce.

—Dijo que pasaba malas noches y que necesitaba una poción. En ese momento, yo no era tan ducho en las cosas de la vida. Le di una poción para conciliar el sueño. Era un poderoso remedio de hierbas, peligroso tomado en grandes cantidades, pero le di instrucciones precisas: unas pocas gotas cada noche, no más. Entonces oí que la esposa del caballero había aparecido muerta y se rumoreó que él la había matado para poder casarse con una joven dama de la nobleza. Yo sabía que él había utilizado mi poción para cometer ese terrible acto, y fui tras él. Él lo negó todo, por supuesto, y al día siguiente, tres hombres armados con espadas me atacaron y me dejaron gravemente herido, dándome por muerto. Me encontró la señora Fast. Pasaba por allí con su hermano y me vio tirado en una cuneta. La buena mujer y su hermano me subieron a un carro y me llevaron a Shoreditch, donde sufrí de fiebres, y estuve al borde de la muerte durante muchos días. Pero la señora Fast me cuidó hasta que recobré la salud y cuando pude hablar, le hablé de mis miedos con respecto a mi familia. Ella y su hermano os rescataron a Marie y a ti de nuestra casa en la ciudad. La pobre Marie había estado ocupándose de ti. Tenía solo nueve años y yo había desaparecido sin dejar ni rastro. Ella había supuesto que yo estaría muerto y no sabía qué hacer, excepto manteneros vivos a los dos. Para entonces, los hombres de Harcourt, siguiendo las órdenes de su jefe de que le llevaran pruebas de mi muerte, habían regresado a la cuneta y no pudieron encontrar cuerpo alguno. Así que continuaron buscándome, igual que lo han hecho durante los últimos ocho años. Cuando estuve completamente recuperado decidí que tenía que marcharme. Os estaba poniendo a los dos en peligro. Yo sabía que él era culpable y Harcourt podría utilizar a mi familia para llegar hasta mí. Así que Samuel Fox el boticario tenía que morir y así nació Stefan el mago. La señora Fast, impulsada por su bondad, accedió a cuidar de vosotros dos, aunque Marie siempre se ha ocupado de ti. Yo he enviado dinero y me he mantenido en contacto con ella. Le dije que nunca te contara nada. Eras demasiado joven para entenderlo y era más seguro que no lo supieras. Pero ahora las cosas han cambiado...

Nathan miró a su padre y recordó las veces en las que lo habían conducido fuera de la habitación cuando habían recibido visitas de extraños, las veces en las que Marie escribía notas que mantenía ocultas. Se sintió un estúpido. ¿Cómo no había sospechado nunca nada?

—¿Por qué nunca me enviaste un mensaje? ¿Qué clase de padre no intentaría ver a su hijo? —preguntó Nathan enfadado.

Stefan sonrió.

—¡Sí que lo hice! He visto muchas de las obras en el teatro. He visto cómo crecías, Nathan, de la mejor manera que he podido, sin ponerte en peligro. Me he quedado maravillado ante tus habilidades y me he henchido de orgullo cada vez que

te he visto.

A Nathan se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Por qué no me has dicho quién eras cuando nos hemos visto hoy? —preguntó mientras trataba desesperadamente de luchar contra las ganas de llorar.

—Era demasiado peligroso —confesó Stefan, agachando la cabeza—. El día en el que saliste de Londres, uno de los hombres de Harcourt anduvo haciendo preguntas sobre la familia Fox en Shoreditch. Fue a la casa donde vivíais, pero Marie había salido. Cómo supo Harcourt dónde buscar, eso ya no lo sé.

Nathan se mordió el labio y bajó la cabeza sintiéndose culpable.

—Es culpa mía. Yo se lo dije.

—¡Tú! —dijo Marie con un grito ahogado.

—¡No sabía quién era! —Nathan alzó la voz indignado—. Lo conocí en la corte. Hizo un comentario sobre el color de mis ojos, me preguntó cómo me llamaba y quiso saber si mi padre se llamaba Samuel. Yo le dije que sí y me preguntó que dónde vivía antes de entrar al servicio de John. Yo pensé que solo pretendía ser amable. ¡Si me hubieras contado todo esto antes, no hubiera tenido tan poco cuidado a la hora de responder!

Stefan suspiró.

—Nathan tiene razón. No es culpa suya, Marie. Se lo teníamos que haber dicho.

Pearce metió baza en la discusión familiar. Señaló el cadáver.

—Este no puede ser el mismo hombre que ha estado tratando de encontrar a Marie en Shoreditch. Este nos lleva siguiendo desde Westminster. Así que, ¿qué ha ocurrido con el hombre que fue a vuestra casa?

Marie dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios, no lo sé. El agente de Walsingham llegó antes que él y estaba ya esperando en nuestras habitaciones.

—Claro —dijo Pearce con una astuta sonrisa—, tenía que haber supuesto que el viejo zorro iría un paso por delante de los demás.

—Cómo ha sabido Walsingham que yo seguía vivo, eso sí que no lo sé —dijo Stefan moviendo la cabeza con sorpresa.

—El jefe del espionaje inglés no contrataría a nadie sin antes averiguarlo todo sobre él y sobre su familia —dijo Pearce sin darle importancia—. Desde el momento en el que yo propuse a Nathan para este trabajo, seguro que Walsingham hizo que lo investigaran.

—¡Se me había olvidado! ¡Walsingham ha enviado esto para vos! —Marie rebuscó en su corpiño y sacó un pergamino que entregó a Pearce.

—Pasadme el farol. Necesito descifrar esto. —Pearce bajó de la cama de un salto y llevó el farol y el pergamino a la mesa, se sentó y sacó su cuadro de Vigenère del chaleco.

El padre, el hijo y la hija se miraron extrañados, sin saber qué decir. Stefan dio unos pasos hasta la ventana, la abrió y emitió un silbido. Pearce lo miró sin saber de

qué se trataba.

—Tenemos que librarnos de la evidencia —dijo Stefan en voz baja. Pearce asintió y siguió trabajando con el código.

Al cabo de un instante, los gitanos que Nathan había conocido ese día en el muelle llenaron la habitación silenciosamente. Stefan hizo un pequeño movimiento con la cabeza y los hombres recogieron el cadáver con rapidez.

—Ponedlo bajo tierra, bien profundo —dijo Stefan por toda indicación. Los hombres asintieron.

—Sus botas son muy buenas. ¿Puedo quedármelas? —dijo Graco como si se lo estuviera pensando mejor.

Stefan se rio.

—Marchaos, rufianes. Os veré en el lugar de costumbre. —Y tras esto salieron.

John había terminado de decodificar el mensaje y no parecía estar muy contento.

—Parece ser que Walsingham quiere que llevemos a Marie con nosotros a Venecia. Tomará parte en la misión.

Se produjo un revuelo colectivo por parte de todos los que se encontraban en la habitación. Nadie, excepto Marie, se mostraba a gusto con este cambio de planes. A Pearce le preocupaba tener otra persona de la que ocuparse, Nathan se sentía indignado porque Marie le estropeaba su aventura y a Stefan le producía desazón dejar a su hija con un hombre al que prácticamente no conocía. Cuando Pearce afirmó que Marie tendría que hacerse pasar por su amante, Stefan explotó.

—Si le tocas un solo pelo...

Una despectiva mirada de Pearce hizo acallar su ira. El joven señaló a su vez que tenía una importante misión ante él. Le ofendía el hecho de que Stefan pusiera en duda su profesionalidad. Marie ignoró la explosión exageradamente protectora de su padre. Estaba determinada a tomar parte en la misión.

—Puedo ser tus ojos y tus oídos, como Nathan —dijo—. Los chismes de las mujeres son tan valiosos como el parloteo de los sirvientes. Y, al igual que mi padre, tengo facilidad para preparar pociones curativas.

John Pearce se vio forzado a mostrarse de acuerdo. Se volvió hacia Nathan.

—Tu hermana ha demostrado ser discreta. Piensa en todos los años que se ha mantenido en contacto con tu padre y en cómo ha ayudado a Will Shakespeare a crear mensajes cifrados.

Nathan sabía que era cierto, pero no evitaba que se sintiera frustrado por el hecho de que Marie fuera a compartir su aventura.

*Si me trata como a un niño una sola vez...*, pensó a bote pronto, pero luego asintió reacio con la cabeza.

Stefan se llevó aparte a Pearce.

—Parece que la honra de mi hija y la vida de mi hijo van a estar en vuestras manos —dijo en voz baja—. Cuidad de que ambos regresen a Inglaterra sin daño alguno o sufriréis por ello.

Pearce ofreció su mano a Stefan.

—No tenéis necesidad de amenazarme, señor —replicó—. He jurado a la reina que protegeré a Nathan con mi vida. Os juro a vos que Marie recibirá la misma protección.

Stefan estrechó satisfecho la mano que le extendían.

Había planes que hacer. Walsingham lo había dejado suficientemente claro en el mensaje. Marie adoptaría el nombre de Bianca Dandolo, lo mismo que John Pearce se convertiría en Michael Cassio y Nathan en Marco Pignatti. Pearce comprobó el italiano de Marie con una rápida conversación con ella, tras la cual se declaró satisfecho.

Stefan se sentía entusiasmado.

—Tengo dos hijos con mucho talento, ¿verdad, maese Pearce? —Se estaba mostrando más cercano ante el hombre que iba a acoger a su familia bajo su protección.

—¿Dónde irás tú ahora? —preguntó Nathan, todavía incapaz de llamar «padre» a este hombre.

Stefan sonrió con tristeza.

—Mis amigos y yo desapareceremos en el campo, como siempre hemos hecho. Mi única pena es que ahora que nos hemos encontrado, no tengamos tiempo para conocernos. Eso tendrá que esperar hasta que regreséis de vuestra misión.

—¿Nos veremos entonces? ¿Lo prometes?

—Lo prometo. Vosotros y yo pasaremos muchos días juntos cuando regreséis.

Stefan besó con cariño a Marie y le dijo algo en un idioma que Nathan no comprendió. Entonces se marchó.

—¿Qué idioma hablaba? —preguntó Nathan a su hermana.

—Romaní, la lengua de nuestro pueblo —contestó Marie limpiándose una lágrima.

—Háblame de nuestra familia. —Nathan se mostraba insistente. Había muchas cosas que necesitaba saber—. Nunca me has contado nada.

Marie sabía que era algo que le debía a su hermano, así que hasta que la luz del amanecer se abrió un hueco por la pequeña ventana, reveló las partes que faltaban de la vida de Nathan. Y el chico, que aún no se había dado cuenta de cuán incompleto era, volvió a ser completo.

## Comienza la misión

—Así que esto es Venecia —murmuró Nathan con admiración al tiempo que los tres espías ponían los pies en el muelle, listos para su misión diplomática en nombre de la reina Isabel. Nathan nunca había visto tantos palacios, o lo que parecían serlo. Pearce sonrió, respirando profundamente el aire del mar, agradecido por tener tierra firme bajo sus pies.

Durante el viaje a través del Canal de la Mancha y el Cantábrico habían sufrido mala mar, y John Pearce se había tenido que quedarse en la cama, por el mareo. Marie se había encontrado en su salsa, rebuscando en su bolsa de hierbas secas y destilando una eficaz poción que sabía a demonios, pero que detuvo los vómitos y le granjeó la gratitud imperecedera de Pearce. A Nathan, con su perfecto sentido del equilibrio, no le afectó el vaivén del mar, y encontró ligeramente divertido el hecho de que su héroe sufriera de semejante debilidad tan inapropiada.

Antes de abandonar el barco, Pearce les había dicho a Nathan y a Marie que de ahora en adelante solo podrían hablar en italiano. Nathan pronto se encontró pensando en italiano. Sabía que cuando comenzara a soñar en esa lengua, se encontraría totalmente inmerso en ella.

El capitán se encontraba sobre el muelle junto a los tres compañeros. Estrechó la mano de Pearce.

—Estaré dos semanas en Venecia. Debéis enviarme un mensaje a través de vuestro contacto con respecto a si viajaréis de vuelta con nosotros a Inglaterra. Si no, otro barco estará aquí dentro de un mes. Acudiréis a vuestro contacto en busca de instrucciones.

El capitán fue a ocuparse de sus asuntos y Pearce se dirigió hacia sus compañeros.

—Primero tenemos que ir a nuestro alojamiento y luego necesitaremos comprar ropa. Me temo que no parecemos una próspera pareja italiana y su sirviente.

Nathan se mostró de acuerdo. Sus ropas, de hecho, se veían anodinas en comparación con las que llevaban los venecianos que se paseaban por la impresionante plaza frente a ellos. Nathan nunca había visto ropajes tan coloridos, ricos terciopelos de color rojo, seda dorada y extravagantes sombreros. Mientras recorrían la plaza de San Marcos y dejaban atrás las altas columnas que protegían los muelles, Nathan se quedó con la boca abierta al contemplar semejante grandeza y opulencia. Más allá de las imponentes arcadas de los edificios que rodeaban la plaza, podía ver cúpulas y torretas, algunas de las cuales eran doradas y brillaban a la luz del sol. La gente junto a la que pasaban era de todas las razas: venecianos, turcos, judíos,

negros, orientales. Marie no dejaba de exclamar a la vista de las mujeres, de sus vestidos, de los exóticos colores, los ricos tejidos y las joyas.

Nathan arrugó la nariz cuando cruzaron un pequeño puente y todo el olor del agua sucia a sus pies le penetró hasta las entrañas. Pensó que apestaba como el agua pantanosa. Pero junto con el podrido hedor a humedad, se entremezclaban otros olores: perfumes de oriente, comida especiada, especias dulzonas y el olor a velas encendidas que emanaba de las puertas abiertas de muchas iglesias. Era embriagador. Toda la ciudad despedía vida y risas. Pasaron junto a varias personas que vestían extrañas máscaras blancas y por todas partes Nathan vio carteles que se balanceaban sobre las puertas y que señalaban la casa de un *maschererá*. Un fabricante de máscaras, tal y como le explicó Pearce. Las máscaras se llevaban en carnaval, en las fiestas particulares o para ir a jugar a los *casini*. ¡Y había música por todos los lados! El sonido de los cantos llenaba el aire y a veces escuchaban un laúd que sonaba en la calle o una canción que salía de una ventana abierta. Nathan se sentía deslumbrado por todo ello y se habría sentido feliz de poder pasear por las calles durante todo el día, pero Pearce ya se había detenido delante de un impresionante y decadente edificio.

—Esta será nuestra casa —afirmó. Los hermanos se quedaron embobados al ver la altura de la casa.

—Por lo menos tiene tres pisos —dejó escapar Nathan.

—Estas columnas son de mármol —murmuró Marie acariciando la piedra dura y suave de varios colores.

—Pertenece al mercader judío Luzzatto. La mantiene para que otros mercaderes que lo visitan por negocios se alojen en ella. Vamos, entremos —dijo Pearce con determinación mientras abría las puertas y entraba con paso resuelto en el interior fresco y oscuro. Dentro los esperaban dos sirvientes, una mujer y un chico. Nathan recordó rápidamente su papel y se quedó detrás de su hermana y de Pearce.

Nathan vio que el chico era más o menos de su edad.

—Saludos, *signor* Cassio —dijo la mujer con una reverencia—. Soy Graziella. Este es mi hijo, Enrico. Vuestra habitación está preparada, pero el *signor* Luzzatto no dijo que también traíais a la *signorina*.

—Un inesperado giro de los acontecimientos —dijo Pearce rápidamente—. La *signorina* Bianca necesita que se le prepare una habitación cuanto antes. Además, la *signorina* necesita inmediatamente de los servicios de una buena modista. —Sin dilación, Pearce había asumido el aire confiado de un señor acostumbrado a dar instrucciones a los sirvientes. Nathan estaba impresionado.

Graziella examinó el atuendo de Marie con divertida consideración.

—Conozco a una mujer que vive cerca de la basílica de San Marcos. Enviaré a Enrico a buscarla. Si a la *signorina* no le importa descansar en vuestra habitación, *signor*, la modista estará aquí dentro de una hora.

Pearce asintió.

—Lo primero, Enrico, ayuda a mi chico a subir el equipaje. Yo también tengo que encontrar un sastre.

Nathan siguió a Enrico y subieron el equipaje por las escaleras de mármol. Dispusieron todo en una amplia y ventilada habitación con vistas al mar. Enrico le guiñó el ojo a Nathan.

—Tu señor tiene muchas damas, ¿verdad?

Nathan sonrió.

—Muchas. —No vio que hubiera nada de malo en aumentar un poco la reputación de John Pearce—. Yo soy Marco —añadió, y Enrico asintió contento.

—Tú dormirás en el piso de abajo. Cuando tu señor salga, ven a comer algo. Mi madre es una buena cocinera.

Pearce y Marie entraron en la habitación y Enrico inclinó levemente la cabeza y salió para realizar el encargo de buscar a la modista. Aunque ahora estaban solos, Pearce siguió hablando en italiano.

—Por ahora estupendo. Nathan, tienes que bajar a las habitaciones de los sirvientes y socializar con ellos. Averigua cualquier chisme que te sea posible. Cada detalle es importante. Marie, encarga tres vestidos y haz que la modista tenga uno listo para mañana por la mañana. Aquí tienes unas monedas de oro para pagarla. Yo me marcho a ver al sastre más cercano. Hoy descansaremos. Mañana, Nathan, tú me acompañarás cuando visite a su excelencia el dux.

—¿Y yo? ¿No puedo ir yo también? —interrumpió Marie.

—Mi reunión con el dux es cosa de hombres —replicó Pearce sin darle importancia. Marie frunció el ceño al oír su respuesta y Nathan no pudo evitar una sonrisita de suficiencia—. Pero —continuó Pearce—, cuando me integre en las actividades sociales de Venecia, me acompañarás como mi pareja. Convenientemente vestida, por supuesto.

Marie pareció apaciguarse, por lo menos de momento, ante la idea de llevar elegantes trajes y asistir a lujosas casas.

Cuando Pearce salió, Nathan bajó al piso de abajo guiado por el olor a comida. Graziella se encontraba inclinada sobre el fuego y revolvía un condimentado guiso de lentejas con salchichas. A Nathan se le hizo la boca agua. Como era capaz de reconocer una audiencia agradecida cuando la tenía delante, Graziella le ofreció un cuenco. El guiso estaba caliente y era muy denso, y Nathan lo comió con avidez.

—Es un caballero muy fino, tu señor —dijo Graziella—. Tiene que ser rico para ser amigo de Luzzatto. Solo se codea con lo mejor de la nobleza.

Nathan asintió con la boca demasiado llena como para hacer comentarios.

—¿Cuál es su profesión? —continuó ella.

—Es soldado —balbuceó Nathan a la vez que comía otro bocado de deliciosa salchicha.

Graziella asintió.

—El *signor* Luzzatto dijo que tu señor es de Florencia. ¿Tú también eres de allí?

Nathan presintió en su tono de voz que ella tenía dudas y negó con la cabeza.

—¡Ah! Por tu piel y tu acento, yo diría que eres como de Nápoles.

Nathan podía afirmar que Graziella estaba segura de tener razón.

—Más o menos —dijo.

Ella lo miró sonriendo.

—Acaba de comer. Un chico grande y fuerte como tú necesita comer. Así que dime, ¿habías estado en Venecia antes, Marco? —añadió.

—No, nunca.

Graziella suspiró.

—No es lo que era.

Nathan continuó comiendo y escuchando la charla de Graziella. La mayoría eran chismes locales: quién cortejaba a quién, quién era más rico y quién más pobre. Cuando comenzó a hablar de los «grupos de las calzas», Nathan se mostró más interesado. Al parecer, los jóvenes de Venecia se constituían en bandas y cada banda llevaba calzas de diferentes colores. Era tarea de los diferentes grupos preparar los entretenimientos para los diversos carnavales, pero recientemente se habían convertido en algo más que maestros de ceremonia. Habían comenzado a pelearse y a causar problemas.

—Ahora los Ortelani se pelean con la banda de los Cortesi. Ayer por la noche se produjo una gran conmoción en las calles. Mataron a un Cortesi, o eso dicen. El Gran Consejo tendrá que aprobar una ley para poner freno a todo esto, no les quedará otro remedio. Ya se habla de prohibir que la gente lleve máscaras por la calle a no ser que sea carnaval. Tendrían que azotar a esos jóvenes por todos los problemas que causan. —Al decir esto, Graziella puso los ojos en blanco mirando al cielo—. Se está poniendo todo de tal forma que ya no es seguro andar por las calles de noche.

Esa noche, Nathan escuchaba roncar a Enrico en la cama de al lado. Estaba demasiado nervioso como para dormir. Pearce había dispuesto ropas nuevas para él también y mañana comenzaría de verdad su trabajo como agente de *sir* Francis Walsingham.

Miró por la ventana hacia la calle. Por todos lados había antorchas encendidas en candeleros y las calles estaban bañadas de su tembloroso resplandor. La casa daba a uno de los muchos canales que atravesaban la ciudad como una tela de araña y el tráfico de góndolas era constante. Cada barca estaba iluminada por una antorcha y un hombre en pie remaba. Nathan pensó en los botes por el río de Londres, planos, anchos, de anodina madera marrón, en los que un remero sentado, con los brazos y los hombros como la grupa de un buey, te llevaba de un extremo al otro del Támesis.

Sonrió al ver a un grupo de jóvenes doblar la esquina con aire arrogante. Llevaban antifaces, sombreros con hermosas y ondulantes plumas y calzas multicolores. Nathan no era capaz de distinguir los colores a la luz de las antorchas,

pero le pareció que una de las piernas era roja y la otra verde. Su sonrisa se desvaneció cuando vio que los jóvenes llevaban guanteletes de cota de malla y en sus manos portaban relucientes estoques.

*Una banda de las calzas buscando pelea, pensó.*

—Enrico, Enrico, despierta —dijo en un susurro, sacudiendo al chico que dormía.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —bostezó Enrico.

—Va a haber pelea. Ven a ver.

Enrico se frotó los ojos para ahuyentar el sueño y se tambaleó para salir de la cama, sin ganas, y acercarse a la ventana a medio abrir. En ese momento la banda ya había comenzado a proferir insultos a gritos.

—¡Eh, Moscato! ¡Tú, zurullo! ¡Ven y enseña la cara!

—¡Vamos, Moscato! ¡Gallina!

—¿Dónde estás, Alimpato? ¡Cobarde!

Se estaban riendo, pero en sus rostros se veía la amenaza.

—¡Largaos, gamberros! —chilló una mujer mayor desde la ventana de un piso alto—. ¡Las personas decentes estamos intentando dormir! —A esto los jóvenes de la calle respondieron con un torrente de insultos—. ¡Dios os castigará! —gritó la mujer antes de cerrar la ventana de un golpe.

Justo en ese momento, otro grupo de jóvenes dobló la esquina. Estos llevaban calzas con flores bordadas.

—¡Han llegado los Ortelani para ocuparse de esa escoria de los Cortesi! —gritó un joven que parecía ser el jefe—. ¡Preparaos para defenderos, hijos de puta!

Los dos grupos se rodearon como animales. Los jóvenes sonreían, las dagas y los estoques en la mano. Nathan contuvo la respiración cuando los dos jefes comenzaron a luchar ante los silbidos del resto. Su escaramuza fue breve. El dirigente de los Ortelani era un espadachín superior y rápidamente desarmó a su oponente. Entonces los otros comenzaron a pelearse. Pronto toda la calle estuvo llena de jóvenes que pegaban saltos y se agachaban mientras las espadas y los puñales chocaban a la luz de las antorchas. Ahora todos los de la zona se habían despertado y miraban a la calle para ver qué ocurría. Era difícil observar con detenimiento la pelea de tantas parejas, así que Nathan decidió concentrar su atención en el duelo entre el jefe de los Ortelani y su oponente. El resto resultaban patéticos.

*Robey llamaría a esto una simple pelea callejera, no un duelo, pensó Nathan. Aquí hay muy poca pericia.*

Y entonces, como si surgiera de la nada, un cuchillo apareció como un rayo e hirió al jefe de los Ortelani entre los omoplatos. Cayó al canal, muerto. La lucha se detuvo. Se produjo un silencio expectante y todos miraron a un miembro del clan de los Cortesi, alto y con el rostro lleno de granos. Por la expresión triunfante de su rostro, no había duda de que él era el que había lanzado el cuchillo. De repente, se dio la vuelta y echó a correr y los de los Cortesi corrieron tras él dejando que los Ortelani rastrearán el agua para encontrar el cuerpo de su jefe.

Los espectadores contemplaron con tristeza cómo sacaban al joven del canal con la daga todavía clavada en la espalda. Dos de sus camaradas sollozaban mientras se lo llevaban.

Nathan se sentía horrorizado.

—¿Habías visto antes una lucha así? —preguntó.

Enrico se encogió de hombros.

—Sí —contestó somnoliento—, pero no a menudo. De todos modos, Giacomo Ortelani se lo ha buscado. Los Ortelani son escoria.

Nathan miró atónito a Enrico.

—¿Los conoces?

Enrico sonrió con suficiencia.

—Soy miembro de la banda de los Cortesi, claro que los conozco. —Mantení la cabeza alta, pero a Nathan le pareció ridículo: un chico en camisón que pretendía pasar por miembro de una banda.

—¿Qué piensa tu madre de que pertenezcas a la banda? —La pregunta de Nathan hizo que Enrico olvidara de golpe su arrogancia y pareció molestarse.

—Ella no tiene nada que ver con todo esto. Pronto seré un hombre y entonces haré lo que me plazca. —Se volvió y se metió en la cama dándole la espalda a Nathan.

Un momento más tarde, se oyó una débil voz en la oscuridad.

—No le dirás nada a mi madre, ¿verdad?

Nathan sonrió.

—No. No es asunto mío. —Por toda respuesta, Enrico emitió un gruñido de satisfacción y pronto su respiración acompasada indicó que estaba profundamente dormido.

Mientras yacía en su cama, Nathan sabía que no debía relajarse demasiado ante el hechizo del esplendor veneciano. Se trataba de un lugar peligroso y de ahora en adelante tendría que estar en guardia.

## El precio de la cooperación

Por la mañana no quedaba ni rastro del derramamiento de sangre ocurrido durante la noche. Habían lavado los adoquines y cada cual iba a lo suyo, como de costumbre. Graziella murmuraba algo sobre su sueño interrumpido y sobre la deshonra que constituía todo ello. Tal y como dijo, sentía vergüenza ajena por Venecia, por el hecho de que los visitantes fueran testigos de semejantes asuntos.

La llegada de su ropa nueva apartó del pensamiento de Nathan todo lo relativo a las bandas de las calzas. Tanto el sastre como la modista se habían pasado la noche trabajando y lo llamaron para que acudiera a cambiarse al piso de arriba. Pearce parecía enteramente un noble italiano, con su jubón negro y oro de cuello alto ribeteado de encaje y mangas con cortes que permitían que la camisa se extendiera por el brazo formando modernos frunces. Nathan vestiría completamente de rojo oscuro, con una gorra roja adornada con una pluma marrón. El sastre parecía complacido con su trabajo y le aseguró a Pearce que le entregarían dos atuendos completos más antes de finales de esa misma semana.

Nathan se quedó con la boca abierta al ver aparecer a Marie. Estaba espectacular. El vestido había sido confeccionado en seda color púrpura, y las enaguas y mangas eran blancas y doradas. Una rígida gorguera de color blanco se elevaba desde sus hombros y le rodeaba la nuca, y sus oscuros rizos lucían en un elaborado peinado.

—Pareces... Pareces... —dijo Nathan haciendo un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas.

—Una dama italiana de alta cuna —dijo Pearce sonriendo gustoso a la vez que le hacía el honor de inclinarse ante ella.

Marie se encontraba en estado de éxtasis. Le habían prometido más vestidos para el día siguiente, pero de momento tenía suficiente con este.

Hacía un tiempo cálido y húmedo al mismo tiempo cuando Nathan y Pearce salieron a la calle. Su admiración por Venecia empezaba a menguar después de lo ocurrido la noche anterior. Pero aun así, la vida que se respiraba en ese lugar lo llenaba de excitación.

Cuando llegaron al palacio ducal, se quedó admirado ante el conjunto de enormes edificios. Había estatuas por todos los sitios: caballeros, leones, criaturas mitológicas... Más tarde Nathan averiguó que pertenecían a botines traídos desde Constantinopla durante las Cruzadas. Junto al palacio ducal se encontraba la basílica de San Marcos, sobre cuya galería y, tan relucientes como si estuvieran cubiertas de gotas de sudor de oro, se erigían cuatro impresionantes estatuas de metal que

representaban a poderosos caballos. Estaban montadas sobre columnas, y cada uno tenía elevada una de las patas delanteras, como si estuvieran a punto de saltar sobre la ciudad a sus pies.

Pearce le tiró de la manga y, sin demasiadas ganas, Nathan lo siguió. Había guardias apostados en la entrada principal del palacio y Pearce explicó su misión antes de que lo dejaran entrar. Dentro del enorme vestíbulo abovedado se encontraban pinturas como nunca antes Nathan había visto. Se sonrojó levemente cuando se encontró mirando fijamente un panteón con pechos desnudos. Recordó los elegantes cuadros que había admirado en el palacio de Westminster. De alguna manera, no podía imaginarse que la reina de Inglaterra llenara su palacio con la decadencia que tenía ahora ante sus ojos.

Se abrieron las amplias puertas y entró un hombre. Parecía ser un sacerdote, y vestía una rica túnica dorada que llegaba hasta el suelo y un solideo rojo.

—¿El *signor* Cassio? —le preguntó a Pearce, el cual se descubrió e inclinó la cabeza—. Soy monseñor Stephano, el secretario particular del dux. Se reunirá con vos ahora mismo. —Nathan los siguió a una distancia respetuosa mientras avanzaban por un largo pasillo. Monseñor no decía nada, solo sonreía y señalaba con la mano si tenían que doblar una esquina o atravesar una puerta. Por fin, alcanzaron una serie de puertas flanqueadas por dos guardias, los cuales las abrieron a una señal de monseñor. Dentro estaba el dux. Se encontraba sentado en una silla grandiosa en el extremo de una enorme mesa sobre la cual había muchos papeles desperdigados. Era un hombre de negocios. El dux extendió la mano y Pearce se arrodilló para besar su anillo, como si se tratara del papa, mientras monseñor le indicaba a Nathan con un gesto que se sentara en una silla junto a la puerta.

Pasquale Cicogna había sido elegido dux dos años antes y, según Pearce, era notablemente tacaño. Durante la tradicional procesión que tenía lugar cuando se celebraba la elección, se suponía que el dux lanzaba ducados de oro a la multitud. En lugar de eso, Cicogna había elegido tirar pequeñas monedas de plata, a las que los venecianos se referían ahora con desprecio como *cicognini*.

La reunión la había organizado Luzzatto y el dux sabía que Michael Cassio no era quien decía ser. Pearce le entregó el regalo preparado por Walsingham y atrajo su atención hacia el poema especial y el pañuelo. El dux sonrió e hizo un gesto a monseñor para que leyera el mensaje.

—Monseñor Stephano constituye mis ojos —dijo para hacer que Pearce se sintiera más seguro—. Todos los asuntos se mantienen en secreto con él, no temáis.

Monseñor leyó el mensaje de la reina de Inglaterra y lo susurró al oído de su señor.

El dux miró a Pearce fijamente. Entonces se levantó y se puso a mirar por la ventana.

—Comprenderéis —comenzó— que en Venecia ocupamos una posición única. Con nuestras relaciones comerciales debemos andar con pies de plomo y nos las

arreglamos para mantener nuestra neutralidad. Pero no gustamos a nadie: el papa se enfada porque proporcionamos santuario a los herejes, y España muestra ambición por echar mano de nuestros territorios. Pero hemos sido aliados de los españoles en el pasado y nuestra independencia es el precio que pagan por la ayuda del pasado. Inglaterra, *signor* Cassio, tiene muy poco que ofrecer a Venecia. Es un gran país, pero pequeño. Grande pero pequeño.

Pearce no mostró emoción alguna en su rostro, aunque Nathan sabía que estaría desilusionado.

—Excelencia, vos tendríais nuestra ayuda si la necesitarais contra vuestros enemigos —refutó Pearce—. Sabéis que en los pasados años Inglaterra ha enviado tropas para ayudar a Flandes en su lucha contra España. Su majestad haría lo mismo por Venecia, de eso estoy seguro.

El dux se sentó y sonrió. Se mantuvo en silencio durante unos minutos.

—Quizás haya una manera —dijo, inclinándose hacia adelante—. Quizá podáis ayudarnos a solucionar un problema que hemos estado debatiendo en el Consejo toda la semana. —Pearce esperó a que el dux siguiera hablando—. Las islas de alrededor de Grecia pertenecieron a Venecia durante muchos años. Una isla en particular, Chipre, estaba especialmente bien situada. Nos gustaría recuperar esa isla. Propongo enviar una fuerza expedicionaria a las órdenes de Otelo, nuestro mejor general, y tratar de recuperar la isla para el imperio veneciano. Deseo enviaros como su segundo de a bordo. Si consiguiéramos desposeer a los turcos de la isla, entonces los ingleses podrían ayudarnos a defenderla de futuras invasiones. Vuestra reina podría enviar una pequeña fuerza militar a Chipre, soldados y buques, y proteger su seguridad para nosotros.

Pearce asintió y una incómoda sonrisa se dibujó en sus labios.

—Excelencia, si este asalto a Chipre prospera, ¿se supone que Inglaterra se ocuparía de los costes de mantener un destacamento inglés en la isla?

El dux sonrió abiertamente. He aquí a un hombre que entendía de economía.

Nathan veía que Pearce se encontraba en la difícil situación de representar a una reina a la que no le gustaba separarse del dinero y pedir ayuda a un hombre que era igualmente agarrado.

—Excelencia, estoy seguro de que sois consciente del hecho de que tendré que poner estos términos en conocimiento de su majestad —dijo Pearce con cautela—. Nos llevará algunas semanas obtener la respuesta. ¿Cuándo planeáis realizar la expedición?

El dux extendió las manos, disculpándose.

—Me temo que cuanto antes. El calor en el Egeo en verano es insoportable. Tenemos que atacar antes de fin de mes.

Pearce parecía estar tenso.

—Excelencia —replicó—, yo estaría dispuesto a colaborar en la expedición, pero entenderéis que no puedo hablar en nombre de mi país.

El dux lo miró a través de ojos entrecerrados.

—Por el momento es suficiente. Los refuerzos ingleses pueden ser enviados posteriormente si la misión tiene éxito. Hay algo más que deberíais saber... —Pearce esperó a que el astuto dux continuara—. El general Otelo no debe saber nada de esta posible alianza. Espera convertirse en gobernador de Chipre si el asalto prospera. Esto quizá no sea posible si vuestra reina acude en nuestra ayuda. Quizá lo correcto sea convertir a un inglés en gobernador, ¿no creéis? —Continuó hablando sin esperar una respuesta—. Y los venecianos no deben conocer nada sobre esta misión. No queremos dar información sobre nuestras intenciones a los muchos espías turcos de la ciudad. Para no levantar sospechas, la fuerza expedicionaria zarpará primero a la isla de Creta, al objeto de reconstruir de forma ostensible nuestras fortificaciones en la zona. ¿Entendido?

A Nathan le llamó mucho la atención el carácter taimado del dux. Incluso *sir Francis Walsingham* encontraría la horma de su zapato en este hombre.

Terminado el asunto, el dux devolvió los poemas y el pañuelo a Pearce.

—No los necesito. Que Dios os proteja en vuestros cometidos, *signor Cassio*. Os tendré presente en mis oraciones.

Mientras salían al brillante sol de mediodía, Pearce abrochó la hebilla del cinturón de la espada con gesto adusto y soltó un juramento por lo bajo.

—¿No han salido las cosas como esperabas? —inquirió Nathan. Veía que Pearce no parecía estar para nada satisfecho.

Pearce negó con la cabeza.

—Hablaremos más tarde. Ahora tenemos que ir a visitar a Luzzatto en el gueto judío.

Nathan siguió a Pearce por estrechos callejones y puentes mientras hacía preguntas continuamente sobre el gueto judío. La explicación de Pearce lo sorprendió.

—Desde el año 1516, los judíos de Venecia, viven en un lugar especialmente apartado para ellos. Es una ciudad amurallada en sí misma donde los judíos pueden dedicarse a sus negocios. Pueden salir a la ciudad durante el día, pero tienen que cruzar las puertas antes de la noche.

—Pero ¿por qué? —preguntó Nathan confundido.

Pearce se encogió de hombros.

—Porque no son cristianos, supongo.

Nathan se sentía horrorizado al pensar que alguien pudiera vivir confinado tras unos muros solo a causa de su religión. Entonces se acordó de cómo el alcalde de Londres había prohibido todos los teatros en el centro de la ciudad y había obligado a los actores a vivir y a trabajar fuera de las murallas de la misma. Y, ¿no se obligaba por ley a los curtidores a ejercer su asqueroso oficio fuera de los límites de la ciudad? Quizá no existiera tanta diferencia. Pero no parecía ser exactamente lo mismo.

Cuando cruzaron las verjas del gueto, Nathan vio que se trataba de una ciudad

dentro de otra. Abigarradas casas y tiendas flanqueaban ambos lados de la calle. La mayoría de los hombres de cabello y tez oscura tenían barba y el cabello peinado con tirabuzones. Vestían vaporosos ropajes negros y solideos. Se dio cuenta de que no había ninguna mujer a la vista. Por allí se paseaban también los venecianos vestidos de colores brillantes, comprando tejidos, comida, instrumentos musicales, medicinas y otros muchos artículos. Los sastres y los zapateros se sentaban con las piernas cruzadas en las ventanas abiertas, cosiendo pacientemente o tomando las medidas a sus clientes. En todos los lugares pudo ver Nathan evidencia del desprecio que los venecianos sentían por los judíos que realizaban sus ropas o les prestaban dinero.

Se estremeció al oír a un joven que hablaba a un zapatero con arrogancia.

—Quiero la mejor piel para estas botas, no intentes colarme otro material inferior. Ya sé que vosotros los judíos sois muy astutos.

Llegaron a una verja de hierro forjado en un muro bajo. Al otro lado de la verja había un precioso patio con una fuente. Pearce tiró de una cadena e hizo sonar una campana. Rápidamente apareció un criado.

—Por favor —dijo Pearce—, dile al *signor* Luzzatto que el *signor* Cassio ha venido a visitarlo.

El sirviente desapareció, regresó y condujo a Nathan y a Pearce a través del tranquilo patio.

La casa que se encontraba al otro lado era austera en comparación con el palacio del dux. No había estatuas o pinturas, pero los muebles eran de elegante madera oscura bellamente tallada. Los suelos estaban decorados con azulejos de mármol de intrincado diseño. Hicieron pasar a Nathan y a Pearce a una sala en la que, sentado a un escritorio y leyendo un libro, estaba Mordecai Luzzatto, el hombre al que habían venido a ver.

Levantó la vista de su libro y su rostro se plegó en cientos de arrugas de cariñoso saludo.

—Bienvenido, bienvenido, *signor* Cassio. Bienvenido a la casa de Luzzatto. —Se volvió hacia Nathan—. Y bienvenido, jovencito. ¿Cómo te llamas?

—Marco —replicó Nathan con una reverencia.

—Es casi mediodía —dijo Luzzatto—. Partiréis el pan conmigo y hablaremos en privado. Venid. —Los condujo a un comedor privado de reducido tamaño donde habían desplegado pequeños platillos con comida. Alrededor de la mesa había unos divanes y Luzzatto les pidió que se sentaran.

—Nos honra vuestra generosidad —dijo Pearce cuando comenzaban a comer. Mientras probaban los sabrosos platos con muchas especias, Pearce le explicó lo que había ocurrido durante su encuentro con el dux. Luzzatto asintió sabiamente.

—¿Pensáis que la reina Isabel se mostrará de acuerdo con pagar una guarnición inglesa permanente en Chipre? —inquirió.

Pearce se encogió de hombros.

—Lo dudo. Le corresponde a *sir* Francis Walsingham el convencer a la reina de

que semejante gasto podría merecer la pena. Es difícil ver en qué podría beneficiar a Inglaterra. A mí todo esto me parece una apuesta arriesgada.

Luzzatto sonrió.

—A los venecianos les encantan las apuestas. Pero creo que el dux está apostando con vuestra vida, amigo. Si os unís al ejército de Otelo y lucháis contra los turcos, entonces, sea lo que sea lo que decida vuestra reina, podríais ser el primero en perder.

Pearce desechó la idea de peligro.

—Estoy bien preparado, como sabéis. No me preocupa luchar; solo me preocupa la conspiración que se esconde tras todo esto. No me fío del dux.

—Hacéis bien en no fiaros de Cicogna o de cualquier hombre de esta ciudad. Venderían a sus mujeres si eso les reportara un beneficio. Entonces, ¿queréis enviar un mensaje al capitán holandés? —dijo Luzzatto haciendo que la conversación regresara al motivo de la visita.

—Sí, hoy mismo prepararé un mensaje cifrado para enviárselo a Walsingham. Deberéis decir al capitán Rombout que me encuentro retenido y que él debe zarpar tan pronto como le sea posible. Necesito una respuesta de Walsingham cuanto antes.

—Así se hará. Podéis escribir los mensajes en mi biblioteca. Nadie os molestará. El chico puede quedarse conmigo. Seguro que me agrada su compañía.

John se instaló en la biblioteca con plumas, tinta y papel y a Nathan lo condujeron a través de otro tranquilo patio. Luzzatto le señalaba orgulloso muchos de los detalles arquitectónicos de la casa.

Pero Nathan quería saber más cosas sobre el gueto.

—¿Puedo preguntaros una cosa? —dijo de repente. Luzzatto se mostró sorprendido ante la urgencia en el tono de Nathan, pero inclinó la cabeza para darle permiso—. Lo que he visto y he oído en las calles me ha preocupado.

—¿Y eso? —preguntó Luzzatto de manera informal.

Nathan lo miró con el ceño fruncido.

—La forma en la que he oído que los hombres hablaban a los judíos, el hecho de que estéis encerrados en este lugar por la noche. No lo entiendo.

Los ojos de Luzzatto mostraban destellos, pero su rostro no delató ninguna emoción.

—No intentes entenderlo —dijo simplemente—. Solo tienes que saber que en la mayoría de los países del mundo a los judíos se los desprecia por haber sido los que mataron a Cristo... y por mucho más. Nos odian porque somos buenos hombres de negocios; nos odian porque somos diferentes y no cambiaremos para ser como ellos... ¡Hay tantos motivos! Algunas veces nuestros hombres se enfadan mucho, pero no hay nada que puedan hacer. No tenemos los mismos derechos que los cristianos. Si hiciéramos daño a un cristiano en la ciudad de Venecia, la ley decreta que todas nuestras tierras y propiedades serán confiscadas y a nosotros se nos expulsará. Por eso ves que nuestros hombres se retiran cuando los insultan y se abusa de ellos. Por eso mantenemos a nuestras mujeres en las casas o las mandamos con

parientes que viven en el campo donde nadie puede hacerles daño.

Ahora Luzzatto estaba un poco sofocado, aunque había hablado con tranquilidad. Nathan se disculpó por su curiosidad.

—No, Marco, has demostrado tu interés. Has cuestionado el orden de las cosas. No pierdas nunca ese impulso, jovencito. —Luzzatto se detuvo un momento—. Siempre serás bienvenido en nuestra casa. —Miró a Nathan larga y profundamente—. Ahora dime —dijo pensativo—, ¿qué te parece Enrico?

Nathan se mostró confundido ante el cambio de tema.

—Apenas lo conozco, señor, pero parece que nos llevamos bien.

Luzzatto tomó aire.

—Hasta que murió mi mujer, Graziella fue mi ama de llaves. Tengo una gran deuda con ella... Enrico se crio en esta casa. Su padre los abandonó cuando era un bebé y no regresó nunca. Ahora me temo que el chico tiene problemas, o los tendrá pronto. He oído que sigue a los de la banda de los Cortesi como un perrito faldero. Lo malo de los perritos, Marco, es que sus dueños les enseñan pequeños trucos, ¿no es así?

Nathan se mostró de acuerdo.

—He visto cómo funcionan esas bandas, *signor* Luzzatto. Ayer por la noche... hubo una pelea... murió un hombre.

Luzzatto estaba serio.

—Por nada del mundo me gustaría que nada le ocurriera a Graziella, Marco. No quiero que una noche le lleven en andas a casa a su niño muerto porque ha sido tan tonto como para que lo maten en una pelea callejera. Enrico no escuchará a su madre, ni tampoco a mí, pero podría escuchar a un chico de su edad. ¿Qué piensas?

La mirada de Luzzatto tenía tal expresión de súplica que a Nathan le resultó imposible ignorarla.

—Lo intentaré, señor —contestó.

Luzzatto bajó la voz.

—Michael Cassio me ha dicho que tienes muy buena preparación y que puedes valerte por ti mismo. Si no puedes persuadir a Enrico, ¿estarías dispuesto a protegerlo? Sé que es pedir demasiado a alguien tan joven.

Nathan se sintió adulado de que alguien como Pearce le hubiera hablado a Luzzatto tan bien de él.

—Haré lo que pueda mientras esté en Venecia —dijo convencido. El rostro de Luzzatto mostró satisfacción.

—Dejemos que este sea de momento nuestro secreto, Marco —dijo estrechando su mano para sellar el trato. Nathan sonrió al tomar su mano. No le diría nada a John de esta tarea hasta que la hubiera llevado a cabo. Entonces Pearce vería que Nathan estaba de verdad preparado para cualquier trabajo que Walsingham pusiera en su camino.



## Una ciudad con doble moral

Cuando Pearce y Nathan regresaron a la casa, se encontraron con un revuelo terrible. Había llegado una invitación formal del dux para asistir a un banquete esa noche y Graziella se la había llevado directamente a Marie. Las dos mujeres se empleaban ahora en laboriosas preparaciones.

En la cocina, Enrico estaba atacando el pastel de pichón que había preparado su madre y Nathan y Pearce se le unieron con gusto. Entre bocado y bocado, Pearce le preguntó a Enrico por el general Otelo. A Enrico se le iluminó la mirada y se animó bastante.

—¡Es un guerrero increíble, señor! —dijo con admiración incondicional y, a continuación, pasó a describir las innumerables batallas en las que Otelo había luchado en nombre del estado veneciano. Les contó cómo Otelo una vez había desmontado de su caballo y con una sola mano había matado a treinta hombres con su espada y cómo había luchado y ganado otra batalla con un brazo casi amputado. Pearce y Nathan lo miraron y enarcaron las cejas, atónitos.

Enrico siguió parlotando con entusiasmo.

—... Y lo mejor es que se ha convertido en un general tan excepcional habiendo nacido en la esclavitud...

—¿Cómo? —lo interrumpió Pearce—. ¿Era un esclavo?

Enrico asintió y miró alternativamente a Nathan y a Pearce, sorprendido de que desconocieran los datos más básicos sobre el gran general.

—¿No sabíais que es negro, señor?

Nathan abrió los ojos como platos y miró a Pearce.

—No, Enrico, no lo sabía —dijo Pearce negando con la cabeza y sonriendo.

—¡Nunca entenderé esta ciudad! —exclamó Nathan—. A los judíos se los encierra en un apartado, pero todas las familias nobles de Venecia les piden dinero prestado. Y venden a los esclavos en la plaza del mercado, ¡pero uno de ellos se convierte en el general más importante del Estado!

—Es una ciudad con una doble moral —dijo Pearce con una sonrisa—. Los venecianos son hombres de negocios. Si alguien les resulta útil, carece de importancia si son hombres libres o esclavos, judíos o turcos.

—¿Y si no les sirven? —preguntó Nathan.

Pearce se encogió de hombros e hizo un gesto de resignación.

—Entonces probablemente no se molesten por ellos en absoluto. Así funcionan las cosas en el mundo, me temo.

Nathan arrugó la nariz en un gesto de repulsión.

El Sol comenzaba a ponerse y pronto sería hora de que salieran para dirigirse al palacio del dux.

Marie estaba preciosa. Vestía el mismo traje púrpura, pero llevaba el cabello peinado al estilo italiano, largo y suelto, decorado con perlas. Le brillaban los ojos por las gotas de belladona, y sus mejillas y labios lucían ligeramente sonrosados. Nathan se quedó mudo de asombro al verla. ¡Se la veía tan distinta! Pero cuando inclinó la cabeza hacia él graciosamente y le dio las buenas noches en un susurro, exageró el teatro y le hizo soltar una risilla.

Pearce hizo una profunda reverencia de genuina admiración.

—Estáis preciosa, mi señora. Pero Venecia es una ciudad peligrosa —dijo adoptando un tono más profesional— y juré a vuestro padre que os protegería...

Marie sonrió con desdén.

—A mi padre se le olvida que llevo cuidando de mí misma desde que tenía nueve años. No sois el único que lleva un arma escondida, ¿sabéis? —Y entonces, ante el asombro de Nathan, desenvainó un pequeño estilete que llevaba oculto en la parte delantera de su corpiño.

Pearce sonrió e inclinó la cabeza una vez más.

—Perdonadme por no haberos tenido en suficiente consideración, *signorina*.

Nathan movió la cabeza de un lado a otro sin poder creérselo. ¿Cuántas sorpresas más le depararía su hermana antes de que terminara la misión?

El grupo de tres bajó a la calle y subió a la góndola que aguardaba.

Tanto por delante como tras ellos había góndolas grandiosas y cada una llevaba como carga una serie de pasajeros exquisitamente vestidos.

*Quizá vayan al palacio, como nosotros*, pensó Nathan.

Las barcas giraron y se deslizaron lentamente bajo un puente y luego bajo un arco. Se encontraban ahora en una cola, ya que cada góndola se detenía frente a los amplios escalones ante ellos y los pasajeros desembarcaban y entraban al palacio del dux, profusamente iluminado. Las mejores y más poderosas familias de Venecia se reunían en la entrada y se saludaban los unos a los otros con entusiasmo. Nathan, Pearce y Marie se abrieron paso a través de la multitud y Nathan percibió que los ojos de muchos venecianos se posaban en ellos al registrar la presencia de forasteros en el banquete.

El gentío, dejando escapar felices murmullos, avanzaba hacia el vestíbulo y hacia la sala de recepciones. Jóvenes negros circulaban de un lado a otro con copas de vino en pesadas bandejas.

Justo en ese momento, se abrieron las grandes puertas de bronce en un extremo de la sala y apareció monseñor Stephano, el ayudante del dux.

—Damas y caballeros, prelados: el dux os recibirá ahora —anunció.

Mientras la muchedumbre de invitados entraba formando una fila en la sala contigua, John Pearce susurró algo al oído de Nathan.

—Espera hasta que estemos sentados y luego sitúate junto a nosotros. —Nathan asintió y comenzó a avanzar con cuidado entre el gentío. Había bancos para los sirvientes situados a lo largo de las paredes del comedor y se sentó en una esquina para observar la escena.

El dux estaba sentado sobre un estrado y todos los invitados le besaban la mano e intercambiaban unas palabras de saludo con él. Luego deambulaban por entre las mesas buscando las tarjetas con su nombre que les indicaban dónde tenían que sentarse.

Pronto fue el turno de Marie y Pearce para presentarse ante el dux, y el hecho de que la desconocida pareja se sentaran en la mesa presidencial cerca del anfitrión causó algún que otro comentario. Nathan se fijó en un invitado en particular, un hombre de complexión fuerte con el rostro lleno de cicatrices, que parecía estar lívido de ira.

Nathan posó la vista en una pareja que había tomado asiento a la izquierda de Pearce y de Marie. Parecían ser padre e hija. El hombre era viejo y tenía el pelo cano y ella, ante la cual a Nathan se le paralizó la respiración, era lo más parecido a un espíritu. Tenía el pelo del dorado más pálido que Nathan había visto nunca. Su piel era como el mármol blanco y llevaba un vestido blanco y dorado que la hacía parecer incluso más etérea. Parecía que los hombres admiraban mucho a esta dama, a juzgar por el número de ellos que se acercaron a presentarle sus respetos y besar su mano. Ella sonreía con dulzura y educación a cada uno de ellos, pero no les daba pie a nada más.

De repente, se oyó una voz que llegaba desde el otro extremo de la sala.

—¡Excelencia, mil perdones por mi retraso!

Todos los ojos se giraron hacia el poseedor de tan resonante voz. Había llegado el general Otelo, como una explosión de pólvora. La blanca dentadura relucía en su rostro negro y el ambiente que se respiraba en la estancia se animó demostrando el aprecio por su persona.

*Su tardanza ha sido deliberada, pensó Nathan. He aquí un hombre que sabe cómo ganarse a la audiencia.*

Otelo se movía con destreza por entre las mesas, estrechando manos a un lado y otro. Finalmente, se acercó al dux con los brazos extendidos como para saludar a un amigo. Nathan lo admiró al instante. El hombre tenía una personalidad magnética.

Otelo y el dux tomaron asiento, el uno junto al otro, en la mesa presidencial y Nathan observó cómo se realizaban inmediatamente las presentaciones entre Pearce y el general. Otelo parecía ser en verdad cordial y atento. En ese momento Nathan captó una mirada entre el general y la bella dama rubia. No cabía duda alguna sobre la intimidad existente en esa mirada, especialmente al ver cómo se ruborizaba la dama. Nathan sonrió con ironía. Al parecer, Otelo era también amante además de

guerrero.

Un momento más tarde, aparecieron los músicos en la balconada superior y comenzaron a tocar para los invitados. El banquete había comenzado.

Nathan, emocionado ante la perspectiva de ser parte de semejante noche majestuosa, fue avanzando poco a poco para poder sentarse más cerca de Otelo. Eso quería decir que ahora se encontraba exactamente tras el hombre que había mostrado un particular enfado cuando sentaron a Pearce y a Marie en la mesa principal.

A medida que avanzaba la cena Nathan pudo escuchar la amarga conversación del hombre. Su nerviosa mujer lo distraía continuamente para que se calmara.

—Yago, mi señor, eso no quiere decir nada. No importa dónde nos sentemos. Ya es suficiente con que hayamos sido invitados.

—Yo tendría que estar ahí —escupió—. Soy el alférez de Otelo. Se trata de un desaire deliberado hacia mi persona.

—No, mi señor, seguro que eso no es así.

Yago resopló con desagrado y apuró su vaso de vino mientras su esposa comía con desgana. Nathan percibió inmediatamente que este tal Yago no le agradaba en lo más mínimo.

Una vez hubieron terminado de comer, el dux se levantó y se dirigió a sus invitados.

—Amigos míos: gracias a todos por haber venido esta noche. Ha sido un placer, como siempre. No hay duda de que os habréis estado preguntando quién es el invitado que tengo a mi lado. Dejadme que os presente al *signor* Michael Cassio, de Florencia. Está aquí, invitado por mí, para contribuir con sus habilidades profesionales en ayuda de nuestro ilustre general Otelo. El *signor* Cassio será el segundo de a bordo del general en el futuro inmediato.

Se escuchó un fuerte estrépito cuando Yago, completamente borracho, se tambaleó y cayó al suelo rompiendo la silla al mismo tiempo. Yacía prácticamente a los pies de Nathan y, durante un instante, se quedó mirándolo fijamente a los ojos. Su esposa se sonrojó cuando el dux dirigió una torva mirada al borracho tendido en el suelo. Entonces continuó hablando.

—Y ahora, yo ya soy mayor y debo retirarme. Por favor, continuad divirtiándoos tanto como deseéis.

Los invitados rompieron a aplaudir agradecidos mientras el dux abandonaba la sala apoyado en el brazo de monseñor Stephano.

Con la intención de ahorrarle a la esposa de Yago una vergüenza aún mayor, Nathan decidió ayudarla a levantar a su marido del suelo. Estaba peleándose con semejante peso muerto cuando escuchó una voz profunda sobre su cabeza.

—Este soldado borracho es demasiado pesado para que un joven se ocupe de él.

Nathan levantó la vista. Un sonriente Otelo se agachó e hizo que Yago se incorporara.

—Te estás poniendo en ridículo, hombre —murmuró a su alférez.

Yago se dirigió a él y trató de enfocar la mirada.

—Essa tenía que haber sssido tarea mía, no la de un asqueroso florentino —dijo, arrastrando sus palabras cargadas de veneno.

La amplia sonrisa de Otelo se desvaneció por completo y Nathan vio cómo el poder del increíble general se manifestaba en todos y cada uno de sus músculos. Mostraba una expresión adusta.

—Emilia, lleva a tu marido a casa y échale encima un cubo de agua fría. Luego dile que quiero verlo por la mañana.

—Sí, señor. —Emilia arrugó el rostro y una lágrima se escapó rodando por una mejilla. La expresión de Otelo se suavizó.

—Es un buen soldado, señora mía. Todos los buenos soldados se deshonran de vez en cuando por culpa de la bebida.

Emilia asintió agradecida ante las amables palabras, al tiempo que los sirvientes aparecieron para retirar a su marido.

Entonces, Otelo dedicó toda la fuerza de su encanto a Nathan. Durante un momento, Nathan se sintió como si él fuera el mejor amigo del general, tal era la cercanía presente en su sonrisa.

—Gracias, jovencito, por intentar salvar el honor de la dama de mi alférez. ¿Puedo saber tu nombre?

—M-Marco... Marco Pignatti —dijo Nathan tartamudeando—. Estoy al servicio del *signor* Cassio.

—¡Ah! —dijo Otelo, asintiendo con satisfacción—. Bien hecho, chico —murmuró antes de regresar a la mesa presidencial.

Durante el camino de regreso a casa tras el banquete, mientras el agua golpeaba suavemente la góndola y los sonidos de Venecia se reducían a algún juerguista aislado que cantaba en las calles traseras, Nathan escuchó a Marie relatar sus conversaciones con la bella y pálida dama que había estado sentada junto a ella. Se llamaba Desdémona, tenía diecinueve años y era soltera, aunque tenía numerosos pretendientes. Su padre, Brabancio, había pertenecido al Gran Consejo y su mujer había muerto. Desdémona era hija única y eran muy ricos. Marie parecía estar satisfecha por haber conseguido tanta información en tan poco tiempo.

De vuelta a la casa, los tres espías meditaron sobre lo ocurrido esa noche.

—Me gusta ese Otelo —dijo Pearce—. Es un buen hombre y sin duda un gran soldado. Pero no estoy tranquilo. Me dio la sensación de que tenía algo que ver con la chica, con Desdémona...

—¡No seas tonto! —Marie estaba atónita—. Tiene veinte años más que ella... y es negro, un antiguo esclavo. ¡Ella es una noble veneciana!

Nathan no estuvo de acuerdo con su hermana.

—Los he visto intercambiar una mirada. Además, él es imponente.

Pearce suspiró.

—Nathan tiene razón. Otelo posee un gran atractivo. Pero eso no importa, no es asunto nuestro. Pero ¿qué ocurre con ese hombre que se ha emborrachado, con el alférez del general?

Nathan se mostró preocupado.

—Un indeseable llamado Yago. Estaba amargado porque no lo habían sentado en la mesa presidencial con el general. Y se ha puesto furioso cuando el dux ha anunciado tu nombramiento como segundo de a bordo. Su esposa lo teme, eso es obvio. Yo que tú tendría especial cuidado cuando él se encuentre cerca, John.

Pearce le dio a Nathan una palmada en el hombro.

—Gracias por el consejo, amigo mío. Y ahora, Otelo me ha convocado en el cuartel general del ejército mañana. Nathan, tú me acompañarás.

Marie puso cara de exasperación. No le hacía ninguna gracia que la dejaran fuera de la aventura con semejante frecuencia. Nathan no pudo resistir la tentación de lanzarle una irónica mirada de pena que sabía le molestaría incluso más.

Nathan se fue feliz a la cama, la cabeza llena a rebosar con las imágenes de la grandiosidad de la noche y las intrigas que pudieran tener ante ellos. Le gustaría volver a ver al general Otelo. Ahora entendía por qué Enrico parecía adorar a ese hombre. La tenue luz de la vela de Nathan centelleaba sobre las paredes y oscilaba delicadamente con la suave brisa que penetraba por la ventana abierta. Miró a Enrico, dormido y acurrucado bajo las mantas, y algo hizo que se fijara más atentamente. No se veía ningún movimiento. Ningún sonido de respiración, ningún ronquido. Nathan retiró las mantas. No había ningún Enrico: solo una especie de salchicha cuidadosamente ideada hecha con almohadas y mantas. Nathan dirigió la vista hacia la ventana abierta. ¿Habría ido Enrico a juntarse con los de la banda de los Cortesi? Nathan recordó la promesa que le había hecho a Luzzatto y supo que debería tratar de encontrar al chico.

Con la vela en la mano, subió silenciosamente desde las estancias de los sirvientes hasta el vestíbulo principal. En la sala junto a la puerta principal se encontraba el estuche con las armas de Pearce cerrado con llave. Nathan deslizó hacia él la caja de madera y piel y sacó uno de los puñales de su bota. Por lo bajo, dio las gracias a Nym, que le había enseñado durante una tarde ociosa en la escuela de Robey cómo abrir cerraduras con la punta de un cuchillo. Necesitó manipular durante un buen rato, pero por fin se abrió la caja y Nathan se quedó mirando el auténtico arsenal de espadas y dagas, cuidadosamente protegidos en hendiduras de terciopelo. Sin embargo, faltaba un arma, ya que Pearce dormía en todo momento con su mejor espada bajo la cama.

Nathan escogió el estoque más ligero y decidió llevarlo sin funda y esconderlo bajo una capa larga que cogió del vestíbulo. Rápidamente y en silencio salió por la puerta principal.

Corrió por las calles sin saber dónde buscar a Enrico. Venecia parecía un

laberinto. Afortunadamente, la luna casi llena iluminaba el camino de Nathan. De vez en cuando se paraba a escuchar. Si oía una voz más alta que otra o una carcajada, cambiaba de dirección y se dirigía hacia el lugar del que llegaba el sonido. Por fin, dobló una esquina que daba a una plaza y allí vio a la banda de los Cortesi, apiñados, bebiendo vino de una jarra e intercambiando insultos. Enrico merodeaba alrededor del grupo y parecía estar desesperado porque lo admitieran.

Nathan se mantuvo en las sombras y avanzó a hurtadillas hacia el grupo, sin perder de vista a Enrico.

—Es bueno este vino —dijo el jefe de la banda—. ¿Dónde lo has conseguido, gallina? Enrico se puso tenso mientras otro joven comenzaba a cacarear.

—Lo he robado —replicó de una forma que pretendía sonar arrogante. Nathan sabía que el vino probablemente procedía de la despensa de Graziella junto a la cocina.

—Y ¿qué quieres a cambio? —preguntó el jefe tomándole el pelo.

—¡El bebé quiere pertenecer a la banda de los Cortesi, Mercucio! —alardeó un joven despeinado de dientes irregulares.

Enrico echó la cabeza hacia atrás en un arrebato y sacó un puñal que guardaba bajo la manga.

—¡No me llares bebé! —gritó—. ¡Sé luchar igual que cualquiera de vosotros!

El estallido de Enrico provocó las risas y las bromas de la banda, que fingieron estar horrorizados. Nathan esperaba en la oscuridad, listo para la acción.

—Retira ese palillo, gallinita —dijo Mercucio—. Dejaremos que te unas a la banda si pasas la prueba.

—¿Qué prueba? —preguntó Enrico con voz temblorosa.

Mercucio miró a sus seguidores y sonrió.

—Si quieres unirse a la banda de los Cortesi, tendrás que robar algo de dinero de la caja de las ofrendas de la catedral.

El joven del pelo revuelto emitió un silbido de aprobación.

Enrico estaba en pie, como una estatua, en el centro de la plaza y la daga le temblaba en la mano. Todos sabían que robar de la iglesia era un crimen castigado con la muerte, ya tuvieras doce años o veinte. Nathan decidió que era hora de salir de las sombras.

—¡Dejadlo en paz! —Su voz firme y fuerte pilló a todos por sorpresa, incluido al mismo Nathan. La banda se movió, con instinto animal, y tomó una posición defensiva. Mercucio volvió a sonreír, esta vez no de placer, sino con malicia.

—Así que el pollito tiene a mamá gallina para protegerlo, ¿no?

Enrico parecía estar horrorizado.

—¡Vete, Marco! —bufó desafiante—. ¡Esto no es asunto tuyo!

—Pero estoy haciendo que lo sea. ¿Por qué quieres pasar el tiempo con escoria como esta? —Nathan no le quitaba a Mercucio los ojos de encima mientras hacía la pregunta. El insulto provocó un murmullo de advertencia por parte de la banda.

Enrico no dijo nada.

—¿Es esta la idea que tienes de ser un hombre? —continuó diciendo Nathan—. ¿Robar vino para comprar tu pertenencia a una banda de idiotas? —Enrico seguía sin responder y Mercucio comenzó a avanzar despacio.

—Y tú ¿quién eres? —preguntó a Nathan con desdén.

—Soy Marco Pignatti, de Nápoles.

Mercucio esbozó una mueca irrisoria.

—Pignatti de Nápoles. He oído que en Nápoles no se lavan. ¿Es eso cierto? ¿Que todos los napolitanos huelen peor que una pocilga?

Nathan sonrió con melancolía. Se imaginó que se encontraba de nuevo sobre el escenario en Shoreditch y que representaba el papel de un soldado. Sabía que si en su mente se aferraba a esa fantasía, no perdería valor.

—Nada apesta tanto como las bandas de las calzas de esta ciudad —respondió vengativo.

La sonrisa de Mercucio desapareció de su rostro.

—Me insultas, a mí y a mis primos, pero ¿sabes luchar?

—Mejor de lo que te puedas imaginar. —Nathan sintió que le invadía el nerviosismo.

—¡Entonces demuéstremelo! —Mercucio desenvainó su estoque y la hoja despidió destellos a la luz de la luna.

Los pensamientos se sucedían en la mente de Nathan a toda velocidad y recordó de nuevo algunos de los consejos que Robey le había dado durante su entrenamiento. «Antes de luchar con un oponente, tómale la medida. Observa el alcance que tiene. Mira cómo se mueve. Encuentra su punto débil y céntrate en él. El punto débil de un hombre podría no ser físico, sino que podría estar en su mente. Si es un bravucón, entonces haz lo posible para que se luzca y así quedará expuesto a tu espada. Si le falta confianza, acércate a él directamente para dañar aún más esa confianza. El arte del duelo radica en la inteligencia que se pone tras la espada. Cualquier hombre puede blandir un trozo de metal en torno a sí. El verdadero espadachín piensa tanto como actúa».

Mercucio tenía un alcance ciertamente superior al de Nathan, y era por lo menos más de diez centímetros más alto. Pero cuando una tenue nube dejó ver la Luna y el rostro de Mercucio se le apareció a plena luz, Nathan pudo ver el punto débil de su adversario. Era guapo. Nathan sonrió.

*Este hombre está prendado de sí mismo, pensó. Si le marco esa bonita cara, está acabado.*

Nathan se desprendió de la capa y dejó ver la espada: de acero castellano, afilada como una cuchilla, con la punta de aguja.

Se escuchó un murmullo de admiración proveniente de la banda y el rostro de Mercucio se ensombreció.

—¿Dónde has robado esa..., paleta? —Nathan detectó que un cierto tono de

preocupación se había colado en la voz de Mercucio.

Por el rabillo del ojo, Nathan vio que Enrico los miraba asombrado. Tendría que darle explicaciones más tarde.

—Adelante, señor, veamos ese quite. —Mercucio saludó de forma despectiva con su estoque y se puso en guardia, preparado. Nathan respondió y ambas hojas chocaron a la pálida luz de la luna.

Al instante, Mercucio se echó hacia atrás y cargó directo al pecho de su rival, pero el ataque fue velozmente rechazado por la reacción de Nathan, rápida como el rayo. Entonces comenzó la verdadera lucha. Las espadas azotaban el aire con el sonido de sogas mojadas. Saltaban chispas cuando las hojas chocaban. La espada de Mercucio era ligeramente más pesada y él poseía mayor alcance, pero esto no suponía una ventaja contra alguien tan diestro y rápido de reflejos. Nathan se agachaba y oscilaba de un lado a otro, y su arma, de superior categoría, esquivaba los lances. Varias veces lidiaron de forma que las espadas se quedaron enganchadas por la empuñadura. Mercucio trató de utilizar el hecho de ser más fuerte para empujar al chico al suelo, pero entonces Nathan ya estaba preparado para responder con algún truco sucio, tal como morderle una mano o golpearle con la rodilla en la entrepierna.

Tras uno de esos encontronazos, Mercucio se tambaleó furioso y sacó un puñal de una funda sujeta al cinturón. Nathan se rio. En ese momento supo que estaba superando a su oponente. Robey siempre decía que si un hombre recurría a sacar una segunda arma, es que presiente la derrota. Entonces se deben redoblar los esfuerzos con la espada y acabar con él. Nathan blandió la espada hacia un lado y otro, describiendo con la hoja un amplio arco dirigido a la mano que sostenía el puñal. La espada de Nathan produjo un profundo corte y Mercucio dejó caer el puñal con un grito de dolor. Mientras Mercucio se derrumbaba doblado por el pecho, Nathan recuperó velozmente la espada y pegó un tajo en la mejilla izquierda de su oponente. Mercucio se vio obligado a dejar caer la espada para llevarse la mano derecha a la herida. Estaba derrotado.

Nathan estaba de pie, con la espada apuntando al pecho de Mercucio, como si fuera a acabar con él.

Nadie hablaba ni se movía.

Nathan levantó la espada y señaló con ella a la banda de los Cortesi, los cuales dieron unos pasos hacia atrás.

—Estoy dispuesto a luchar contra cualquiera de vosotros, ahora que vuestro jefe ha caído.

Nadie se adelantó y Nathan se dirigió a Enrico sin quitar la vista del grupo que tenía delante.

—Enrico, es hora de que vayas a casa. En el futuro, dirige tu mirada a los hombres de verdad. —Levantó la voz y se dirigió a los Cortesi—. No penséis que podréis tendernos una emboscada a mi amigo o a mí en cualquier oscuro callejón. Estoy en Venecia trabajando para el dux, y seréis colgados de las vigas de su palacio

si nos hacéis daño a cualquiera de nosotros. ¿Entendido?

No obtuvo respuesta alguna, pero por sus caras, estaba claro que el grupo lo temía. Nathan se echó hacia atrás arrastrando a Enrico.

—¡Corre! —le urgió al doblar la esquina—. ¡Corre como no lo has hecho en tu vida! —Y los dos chicos corrieron a toda velocidad por las oscuras calles.

Cuando se acercaron a la casa, fueron como una flecha por la calle lateral y saltaron por la ventana abierta de su habitación. Una vez se derrumbaron exhaustos en sus camas, Nathan se dio cuenta de que las piernas le temblaban de forma incontrolable.

—Enrico —dijo, solemnemente cuando hubieron recuperado la respiración—, has sido un idiota al haber seguido a esa banda de rastros. Y le has robado a tu madre para ganarte sus favores.

Se produjo un silencio y entonces Nathan escuchó un sollozo ahogado en la oscuridad. Sintió una oleada de compasión. Era duro crecer sin un padre, Nathan lo sabía demasiado bien. Él podría haber sido como Enrico, callejeando y atraído por el peligro, si no hubiera sido por la mirada vigilante de su hermana y la compañía del teatro.

—Vale, no importa —dijo tratando de consolarlo—. Ya has aprendido la lección. Guardaremos nuestro secreto.

—Sí. —Esa fue la ahogada respuesta y los dos chicos permanecieron tumbados en silencio. Nathan sentía que le dolían todos los músculos como resultado del duelo. Anhelaba dormir, pero tenía que devolver la espada de Pearce a su estuche. Palpó en la oscuridad hasta llegar a la planta baja. Limpió el estoque lo mejor que pudo con la capa y la devolvió a su estuche. Dejó todo tal y como estaba. Excepto él mismo. Esa noche había luchado contra un hombre y había ganado. Era un magnífico logro, pero estaba demasiado cansado para estar orgulloso y, además, tuvo que tragar la amarga píldora del secreto, ya que si en algún momento llegara a decir algo a Pearce sobre lo ocurrido esa noche, se arriesgaba a que lo mandaran de vuelta a casa por poner en peligro la misión.

«Es la maldición del soldado: el ascenso se rige por el libro y el afecto»

Eso era exactamente lo que le gustaba a Nathan: él y Pearce, ocupándose de cosas de hombres. Se dirigían en góndola hacia el este de la ciudad, hacia el gran Arsenal, la sede del poder militar de Venecia.

Mientras la barca rodeaba el promontorio, el gondolero se esforzaba por mantener la embarcación estable. En el horizonte se vislumbraba el mar abierto, y estaba picado al acercarse al Arsenal. La góndola se detuvo frente a las enormes verjas para que Nathan y Pearce pudieran desembarcar.

Una vez traspasadas las verjas, la vista ante sus ojos hizo que se detuvieran en seco. El extenso recinto albergaba tres enormes muelles de gran calado, y filas y más filas de barracones militares y almacenes de la Armada, astilleros, forjas y carpinterías. Por todos los lados había hombres y barcos de guerra.

*Para ser un estado supuestamente en paz, Venecia mantiene una presencia militar impresionante,* pensó Nathan.

El despacho del general se encontraba escondido en una esquina y mientras se acercaban, Nathan escuchó el inconfundible timbre de voz de Otelo que se elevaba mostrando su enfado. Se abrió la puerta y Pearce y Nathan se encontraron cara a cara con el lívido rostro de Yago.

Se produjo una pausa antes de que el alférez de la cicatriz en el rostro realizara una forzada reverencia.

—Teniente Cassio, soy Yago, señor, alférez del general. A vuestro servicio. Permitidme que os felicite por vuestro nombramiento como segundo de a bordo.

—Gracias, Yago —respondió Pearce con frialdad.

Los ojos de Yago echaban chispas, pero continuó sonriendo indiferentemente mientras se retiraba con otra pequeña reverencia.

Otelo se sintió de mejor humor cuando vio a sus visitantes.

—Vaya, Michael. Sed bienvenido. Veo que habéis traído al joven Marco con vos.

—Perdonadme, señor —contestó Pearce—, pero el chico está loco por todo lo que tiene que ver con el Ejército y me suplicó que lo dejara acompañarme hoy.

Otelo sonrió abiertamente.

—Eso es bueno, muy bueno. Un hombre puede progresar sirviendo como soldado. Mírame. Una vez fui esclavo y ahora soy general. Todo es posible.

Mientras recorrían el Arsenal, Nathan vio que todos los hombres, ya fueran soldados, marineros o artesanos, amaban de verdad al general. Otelo tenía facilidad

para recordar el nombre de cada uno de los hombres y a menudo también los nombres de sus mujeres e hijos.

Pearce se hizo a un lado con Nathan mientras Otelo estaba ocupado hablando con un soldado.

—Voy a mandarte de vuelta a la casa. —Nathan abrió la boca para protestar, pero John levantó la mano—. El general quiere que lo acompañe a realizar algún asunto de tipo privado y necesito que hagas algo para mí.

La desilusión de Nathan al saber que se prescindía de él se evaporó cuando John mencionó que tenía trabajo.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó ansioso.

—Vete con Marie a visitar a la esposa de Yago. Quizá el hecho de que las mujeres conversen agradablemente haga que Yago se ablande.

Nathan puso mala cara. ¡Le estaba pidiendo que acompañara a su hermana a una sesión de chismorreo femenino!

—Y ahora escúchame —dijo John—. ¿Recuerdas el motivo por el que te contrataron? ¿No fue para que fueras mis ojos y mis oídos en los lugares a los que yo no puedo ir? —Nathan asintió sin ganas—. Cuando llegues a casa de Yago te enviarán a la cocina, como hacen con todos los criados. Allí averiguarás más sobre el amo y su señora. Indaga sobre qué tipo de hombre es Yago en realidad y así me serás de gran ayuda.

Nathan tuvo que admitir que tenía sentido.

Pearce continuó hablando.

—Cuando regreses, cuéntaselo todo a Marie. Ella le pedirá a Enrico que lleve una carta a la esposa de Yago. La casa está en el número veinte de la Via Pellegrino. En la carta Marie le pedirá permiso para visitarla y presentarla sus respetos esa misma tarde. Enrico esperará la respuesta. Si la respuesta es que sí, entonces tú acompañarás a tu hermana.

Nathan se sintió como un adulto mientras le daba instrucciones al gondolero para que lo llevara a casa. Mientras estaba sentado en la góndola agarrando fuertemente el dinero que Pearce le había dado para pagar el viaje, pensó que un barquero del Támesis, con la franqueza típica de los londinenses, no habría hecho ni caso a un chavalín que intentara alquilar una barca, a no ser que las monedas cambiaran antes de manos. El gondolero veneciano no había exigido nada de eso. Pensó satisfecho que aquí todo era mucho más sofisticado.

De regreso a la casa, puso en antecedentes a Marie, solicitaron una pluma, tinta y papel y enviaron a Enrico con la carta. Pronto regresó con una nota que decía que la *signora* Emilia estaría encantada de recibir a la *signorina* Bianca a las cuatro de la tarde.

Brillaba un sol pálido cuando Marie y Nathan salieron, con Enrico de guía. Tenía que hacer unos recados para su madre, pero regresaría a casa de Yago al cabo de una hora para volver a acompañarlos a casa.

Al doblar la esquina y entrar en la Via Pellegrino, Nathan sintió que el estómago le daba un vuelco al reconocer a Yago, el cual, con gesto adusto, se acercaba en la misma dirección que ellos. Le acompañaba un joven al que Nathan reconoció pero no pudo ubicar.

Los dos grupos llegaron a la vez a la puerta del número veinte y Yago miró a Marie con expresión interrogante y no demasiado respetuosa.

—¿Qué es lo que busca en mi casa una dama tan encantadora? —le dijo con una lasciva mirada mientras saludaba con una inclinación de cabeza.

Marie respondió en voz baja.

—Soy la dama del *signor* Michael Cassio, la *signorina* Bianca. He venido a visitar a la *signora* Emilia.

Yago abrió los ojos como platos y en sus labios jugueteó una fría sonrisa.

—El *signor* Cassio y su dama honran esta casa con su presencia. —A Nathan no se le escapó el toque de sarcasmo en las palabras de Yago—. Venid. No hay duda de que mi esposa estará ansiosa por conocer los últimos chismes de Florencia. —Empujó la puerta para abrirla y se retiró a un lado para dejar pasar a Marie. Nathan se mantuvo atrás del todo para permitir que los dos hombres pasaran antes que él. Al pasar, Yago se quedó mirando fijamente al chico. Nathan sabía que el hombre solo lo había visto un instante cuando yacía borracho en el suelo del palacio del dux. No se acordaba de él, y apartó su gélida mirada.

—¡Emilia! ¡Tienes una invitada! —gritó Yago de manera ordinaria.

Al instante apareció Emilia, aturullada.

—¡Mi señor! No os esperaba...

—Hoy el general no necesitaba mis servicios. —La interrupción resultó brusca y cortante. Yago miró a su amigo—. Rodrigo y yo tenemos asuntos que tratar. Os dejaremos con vuestros asuntos de mujeres. *Signorina*, os ruego me excuséis. —Inclinó la cabeza con sequedad y los dos hombres desaparecieron cruzando el vestíbulo.

Emilia recuperó la compostura lo suficiente como para convertirse en una gentil anfitriona.

—*Signorina* Bianca, es un placer teneros en nuestra casa. Por favor, venid por aquí y tomaremos un refrigerio. —Emilia le sonrió a Nathan y le señaló el pasillo—. Vete a la cocina, chico, y dile a mi cocinera que te dé algo de comer.

Nathan asintió y siguió la dirección que le indicaba su mano. Podía oler la cocina. No era el aroma a pan horneado de la cocina de Graziella, sino el agrio olor a repollo cocido que parecía un reflejo del ambiente en la casa. La cocinera era una mujer pálida de finos labios. Sentado a la mesa se encontraba un hombre viejo que Nathan supuso que sería su esposo. Tenía el aspecto de haber sido soldado, ese aspecto melancólico y desgastado por la batalla que Nathan ya había visto en Bardolph, Pistol y en Nym.

—Tu señora ha dicho que seas tan amable de darme algo de comer mientras

espero a la mía.

La cocinera gruñó, cortó un trozo de pan de una hogaza plana y redonda que había en el centro de la mesa y la dispuso sobre un plato de peltre junto con un trozo de queso de cabra. Nathan se sentó. El pan estaba bastante bueno, caliente y recién horneado, pero el queso apestaba y su madurez hacía que rezumara sobre el plato. Nathan cortó un trozo de pan y untó el queso con cautela. Sabía a demonios y decidió que comería únicamente el pan.

—Esta parece ser una buena casa para servir —dijo, desesperado por entablar conversación y averiguar cualquier tipo de información que pudiera resultarle útil a Pearce.

—Nos ocupamos de la casa de nuestro señor, pero de nuestros propios asuntos. — Esa fue la antipática respuesta del marido, el cual enseguida se levantó de la mesa, lanzó a Nathan una mirada furibunda y salió de la habitación. Nathan miró a la cocinera.

—No le hagas caso —dijo ella con gesto cansado—. Le duelen los huesos. Es esta casa, la humedad.

—¿Ha sido soldado? —preguntó Nathan—. Tiene pinta.

—Sí, durante veinte años. Y bueno, además.

—Mi señor es soldado.

—¿Sí? Y ¿quién es tu señor?

—El *signor* Michael Cassio.

—¿De veras? —En su rostro apareció algo parecido a una sonrisa.

—¿Lo conocéis?

—He oído hablar de él. Ayer por la noche no oí otra cosa que su nombre. Era lo que mi señor decía a gritos, además de unas cuantas maldiciones, cuando lo trajeron a casa. Lo cierto es que ese Michael Cassio tuyo tiene el don de hacer estallar en él un estado de ira.

Nathan se removió ligeramente en el banco.

—¿Qué dijo sobre mi señor?

—Nada, no podría decírtelo. Puede que lleve todos estos años casada con un soldado, pero sigo siendo una dama como para rebajarme a repetir el tipo de lenguaje que utilizó el *signor* Yago. —Se inclinó hacia Nathan y bajó la voz—. Cualquiera que haga enfadar a mi señor hace que monte en cólera. Pero no es esa furia lo que debe preocupar a los paisanos... —dijo mirándolo intencionadamente.

—¿Qué quiere decir? —susurró Nathan.

—Es cuando la furia se desvanece y la fría razón llega a su corazón cuando hay que vigilarlo de cerca. Es muy listo. —Se enderezó de repente como si hubiera oído un ruido—. He hablado demasiado. —Parecía tener miedo—. Ahora lárgate que me vas a meter en líos con todas esas preguntas. Sal al patio con el plato y come allí.

Nathan obedeció, contento de tener la oportunidad de desprenderse del espantoso queso. Afuera en el patio se dirigió a un murete y tras mirar con cuidado a su

alrededor, tiró el queso discretamente al canal. Al darse la vuelta escuchó voces de hombre procedentes de una ventana del piso de arriba. Eran Yago y su amigo, Rodrigo. Había un árbol que crecía junto al borde del canal y Nathan vio que si trepaba por él, podría balancearse y dejarse caer en el balcón de la habitación de Yago. Desde allí podría escuchar la conversación de los hombres.

Trepar al árbol le resultó fácil. Era firme y fuerte y las ramas no crujió cuando Nathan se columpió sobre ellas. Cuando llegó al punto en el que estas se combaban, se dio impulso balanceando la parte de abajo del cuerpo para lanzarse al balcón. En el momento en el que soltó la rama y voló hasta la barandilla de forja, se produjo un movimiento en la ventana. Nathan se quedó colgado, agarrado al enrejado mientras respiraba entrecortadamente y una voz de hombre hablaba por encima de su cabeza.

—He pensado que había oído un ruido. —Era Rodrigo el que hablaba.

—Son las palomas —dijo Yago—. La parte trasera de la casa está plagada de ellas. Voy a hacer que el criado corte ese maldito árbol. Vuelve aquí y bebe otra copa. Tenemos que hacer planes. —La voz de Yago sonaba como si ya hubiera tomado una gran cantidad de vino.

Los pasos se retiraron hacia el interior y Nathan pudo respirar con más tranquilidad. Ahora tenía que encontrar la forma de subir al balcón sin ser visto ni oído. Se balanceó hasta llegar a un extremo del enrejado y luego se dio impulso de forma que su barbilla estaba al mismo nivel que las manos. Había un gran tiesto con un laurel entre él y las ventanas. Nathan movió la pierna izquierda hacia arriba hasta que encontró el borde del balcón con el pie. Entonces, con gran dificultad, se dio impulso hasta que pudo saltar por encima de las barandillas y dejarse caer en cuclillas tras el tiesto. Se concentró en la conversación al tiempo que intentaba controlar la respiración.

—Siento la reciente desilusión que has sufrido, Yago, pero... —Rodrigo parecía estar impaciente.

Yago explotó y Nathan tuvo una cierta idea de la vida que debía de llevar su mujer.

—¿Qué lo sientes? ¡Sentirlo no es lo que vale! He servido a ese demonio negro de hombre y de chico. He probado mi valía como soldado. Ese puesto tendría que ser mío... era mío... hasta que apareció ese Cassio. Pero esa es la maldición del soldado: el ascenso se rige por recomendación y afecto. A Cassio lo recomiendan los de arriba y Otelo, para ascender él mismo, acepta a Cassio como su segundo de a bordo.

—Entonces, ¿por qué seguir a su servicio?

Yago murmuró un juramento.

—Yo no sirvo a nadie sino a mí mismo. Sigo al servicio de Otelo porque desde ese puesto puedo vengarme de él.

—Pero ¿y nuestro contrato? —insistía Rodrigo—. Te di el dinero para arreglar el matrimonio y ahora, ¿dónde está Desdémona? Tiene que ser mía.

De repente, Nathan recordó dónde había visto antes a Rodrigo. Era uno de los

jóvenes que habían cortejado a Desdémona en el banquete del dux. ¿Así que planeaba casarse con ella en secreto? ¿Estaría ella dispuesta?

—Tendrás a tu pálida moza —dijo Yago arrastrando las palabras—. He pagado al sacerdote y pactado la fecha. Todo lo que tienes que hacer es llevar a la mujer. Pero tendrás que saber que hay personas más poderosas que están interesadas en ella.

—¿Quiénes? —gritó Rodrigo alarmado.

Yago dejó escapar una maliciosa risa.

—¡Vaya! ¿No sabías que el mismísimo moro de los labios gruesos se gusta de ella?

—¿Otelo? Entonces tenemos que actuar rápidamente, Yago. —En la voz de Rodrigo se presentía el pánico.

—Sí, es cierto, porque dentro de dos días nos enviarán a Creta.

Nathan sintió que se le helaba la sangre. Yago, borracho como estaba, estaba a punto de revelar secretos militares a su amigo.

—¿A Creta? ¿Por qué a Creta? —preguntó Rodrigo.

—¡Bah! Para reconstruir un asqueroso fuerte. ¿Qué más da?

Nathan se relajó. Obviamente, Yago no sabía nada del verdadero propósito de la misión, lo cual era perfecto. Tal y como había dicho el dux, había demasiados espías en Venecia, y el plan para atacar a los turcos debía permanecer en secreto.

—El sacerdote os estará esperando mañana al mediodía en la iglesia de San Remigio. Consigue a la mujer y haz lo que tengas que hacer. Y ahora no me molestes más, amigo mío. Ocupate de tus asuntos y deja que yo me ocupe de los míos.

Nathan se dio cuenta de que también era el momento de que él se marchara, así que sin hacer ruido, dio un volatín sobre la barandilla, se colgó de ella con las manos y se dejó caer ágilmente en el suelo.

Llevó el plato vacío de regreso a la cocina y la cocinera se lo agradeció con un gruñido. Entonces se dirigió hacia el recibidor justo en el momento en el que Rodrigo abandonaba la casa por la puerta principal. Nathan llamó a la puerta de la sala en la que conversaban Emilia y Marie y entró.

—Mi señora, perdonadme, pero ha llegado nuestra escolta y tenemos que regresar a casa.

Marie pareció sorprendida.

—¿Ha pasado ya una hora? Ha sido una visita muy breve, Emilia. Perdonad mi partida, pero el *signor* Cassio volverá enseguida.

Emilia sonrió. Habían abandonado las formalidades de llamarse *signora* y *signorina* y abrazó a Marie como si de una vieja amiga se tratara.

Afuera en la calle, Enrico ya había acabado todos los recados y los esperaba junto a un muro. Comenzaron a andar en silencio. Marie y Nathan tenían muchas noticias, pero ambos sabían que tendrían que guardar sus noticias exclusivamente para John Pearce. Graziella se encontraba barriendo los escalones de la puerta principal cuando llegaron. Les informó que el señor había llegado a la casa hacía aproximadamente

diez minutos.

En el piso de arriba, Pearce andaba de un lado a otro de la habitación con una expresión extraña en el rostro. Marie y Nathan se pusieron a hablar a un tiempo con la intención de ser los primeros en dar las noticias. Pearce levantó una mano para que se callaran.

—¡Por favor, por favor, de uno en uno!

Nathan se hizo valer.

—Escuché a hurtadillas una conversación entre Yago y su amigo Rodrigo.

—¿Cómo lo hiciste? —dijo Pearce elevando una ceja.

Nathan explicó cómo había trepado hasta el balcón y le contó a Pearce lo que sabía sobre el odio envenenado que Yago sentía por Otelo y su juramento de venganza.

—Y ¿qué tiene que ver Rodrigo en todo esto? —preguntó Pearce.

—Nada. Parecía que solo le importaba Desdémona, y el hecho de que había pagado a Yago para que se ocupara de buscar un sacerdote y una iglesia. Rodrigo va a secuestrar a Desdémona y a casarse con ella mañana al mediodía.

—¡Nooo! —chilló Marie.

Pearce frunció el ceño y tomó aire.

—Me temo que ya es demasiado tarde —anunció con cautela—. Yo mismo he sido testigo del matrimonio entre Desdémona y el general Otelo esta misma tarde.

«Me la han robado... con encantamientos y pociones...»

Marie y Nathan se quedaron atónitos al conocer la noticia de que Otelo se había casado con Desdémona. ¿Afectaría eso a su misión? Pearce estaba convencido de que no los conduciría a nada bueno, y se negó a mostrarse optimista con respecto a la inminente expedición a Creta.

Al cabo de una hora, llegó un guardia del palacio ducal con una orden para que el teniente Cassio asistiera a una reunión de emergencia. Pearce mostraba un gesto adusto mientras se abrochaba las cinchas de la espada.

Nathan y Marie esperaron ansiosamente durante varias horas, pero Pearce no acababa de regresar. Al final, Marie sucumbió al sueño. Nathan la dejó dormir y bajó sigilosamente las escaleras para salir a la calle.

Eran las postrimerías de la noche: esas horas de la madrugada en las que las frágiles almas abandonan su lucha por la vida y únicamente las bestias rondan las calles. Nathan aliviaba su aburrimiento y su inquietud tirando piedras al canal. Se preguntaba si la noticia del matrimonio del general ya se habría extendido por la ciudad. Probablemente explotaría en la *piazza* cuando comenzara el trasiego matutino.

La luz de una única antorcha al acercarse y el chapoteo de una pértiga al golpear en el agua alertaron a Nathan sobre una góndola que se aproximaba. Se sobresaltó al darse cuenta de que a Pearce lo acompañaban el general Otelo y la señora Desdémona.

Al cabo de unos pocos instantes, las luces relucían en la casa. Se encendieron nuevas antorchas y velas, y Graziella corría apurada y desconcertada de un lado a otro.

—¡Semejante escándalo! ¡Menudo problema! —le susurró a Nathan cuando entró corriendo en la cocina—. ¡El general se ha casado con la señora Desdémona!

—Ya lo sé —susurró a su vez Nathan, pero Graziella solo tuvo tiempo de abrir los ojos como platos antes de volver a salir corriendo con un calentacamas ardiendo que sostenía con el brazo extendido.

El general había anunciado que regresaría al Arsenal, pero no antes de haber tomado una copa del vino especiado caliente de Graziella. Ella puso una copa en las manos de Nathan y le dijo que la llevara al piso de arriba.

—No hay duda de que el trajín de esta noche le ha granjeado muchos enemigos —masculló Graziella con gesto severo—. Necesitará hacer acopio de todas sus fuerzas.

Arriba en los aposentos de Pearce, Nathan se encontró con una llorosa Desdémona a la que Marie, que se había despertado con el tumulto, trataba de consolar. Otelo estaba en pie junto a la chimenea, con el rostro imperturbable y mirando al fuego fijamente. Bebió un largo trago del vino.

—Debo daros una vez más las gracias, Cassio, por la hospitalidad que habéis demostrado para con mi esposa.

—No es nada, señor —repuso Pearce.

—Sí, *signor* Cassio —dijo Desdémona entre sollozos—. Habéis sido muy amable al haberme ofrecido refugio cuando mi padre me ha cerrado sus puertas. —Se le quebró la voz y Nathan se dio cuenta de que esta era la primera consecuencia desgraciada de este matrimonio—. ¡Otelo! —gimió—. ¡No tengo ropa! ¡No tengo nada! ¿Qué voy a hacer?

—Te compraré todo lo que necesites —dijo Otelo lacónico.

—No hay tiempo, general. Os olvidáis de que zarparamos mañana —le recordó Pearce.

—¡Mañana! —exclamó Marie—. Pero, señor, pensaba que no zarparíais hasta por lo menos dentro de una semana.

Otelo esbozó una débil sonrisa.

—Mi querida señora Bianca, parece que los planes de los turcos son otros. Nos han convocado al palacio a Michael y a mí esta noche porque han llegado informes de los servicios secretos que afirman que la flota turca se ha reunido para atacar Creta. Nuestra flota debe zarpar mañana con la marea.

—¿Así que el hecho de que os llamara no tuvo nada que ver con vuestro matrimonio? —preguntó Marie sin pensarlo.

El comentario de su hermana hizo que Nathan se sonrojara y Pearce elevara la vista al cielo. Marie se dio cuenta de ambas reacciones y consiguió balbucear una rápida disculpa que Otelo silenció agitando la mano para quitarla importancia.

—No, *signorina*. No nos llamaron por causa de mi matrimonio, aunque el padre de mi esposa interrumpió la reunión y me acusó de brujería.

Desdémona comenzó de nuevo a sollozar discretamente.

—«Se ha abusado de mi hija...». Esas han sido las palabras de Brabancio. «Me la han robado y corrompido con hechizos y pociones...» —relató Otelo mostrando su enfado.

—Es ya mayor... —Desdémona intentaba encontrar excusas para su padre—. Lo ocurrido sobrepasa su entendimiento...

Pero Otelo no iba a admitir nada de todo eso.

—Me ha llamado animal, moro, y ha puesto en duda el porqué una doncella de naturaleza dulce y delicada tendría que enamorarse de mí.

Nathan pensó que debía de haber transcurrido mucho tiempo desde que alguien lo había insultado, tan acostumbrado como estaba a que lo festejaran como a un gran guerrero.

—Intenté explicárselo, mi señor —dijo Desdémona con dulzura—. Intenté que comprendiera nuestro amor...

Las palabras de Desdémona hicieron mella en la autocomplacencia de Otelo y este pareció al fin darse cuenta de su gran desazón. Cruzó la habitación, la levantó de la cama y la abrazó.

Pearce habló entonces con decisión.

—Iré a casa de Brabancio y recuperaré las posesiones de Desdémona.

Desdémona se liberó del abrazo de su marido y, agradecida, le tomó la mano a Pearce.

—Y también le llevareis a mi padre una nota de mi parte. —Otelo le acarició brevemente el brazo y ella salió a otra habitación para escribir.

Marie se aclaró la voz para hablar.

—General Otelo... ¿se quedará la señora Desdémona con nosotros mientras os encontréis fuera? Yo estaría encantada de disfrutar de su compañía.

—Ciertamente, señora Bianca, haréis compañía a mi esposa, ya que se ha dispuesto que tanto ella como vos nos acompañéis a Creta junto con la señora Emilia, la esposa de mi alférez. Seréis como hermanas en esta aventura.

Nathan sintió que el corazón se le hundía hasta el suelo. Miró a Pearce rogándole con la mirada que no fuera cierto, pero John respondió encogiéndose de hombros resignado. Marie parecía un niño con zapatos nuevos y Nathan la hubiera estrangulado por abrirse una vez más camino en esta aventura como si de una hormiguita se tratara.

—Pero ahora debo marcharme. Hay mucho que hacer en el Arsenal antes de la marea de la mañana. —Otelo se había reencontrado con su sentido de la determinación—. Una vez más, Michael, gracias por toda vuestra ayuda. Y gracias a vos, *signorina*. —Le dio a John una calurosa palmada en el brazo, besó la mano de Marie y acarició a Nathan en la cabeza al pasar. Se produjo una dilatada despedida de su esposa y salió envuelto en una oleada de recobrada confianza.

—No me entusiasma la perspectiva de lo que tengo que hacer ahora —murmuró John mientras bajaba las escaleras a grandes zancadas—. Si hubieras visto a Brabancio esta noche... Ese hombre estaba fuera de sí por la furia. No le habría dolido más si su hija hubiera muerto.

—¿Voy contigo? —preguntó Nathan.

Pearce asintió agradecido.

—Me alegrará tener compañía y poder disponer de la fuerza de otro par de brazos. Sospecho que Desdémona es dueña de un gran guardarropa.

Cuando llegaron al palacete de Brabancio, lo hicieron para enfrentarse a la triste imagen de un viejo rodeado de bolsas y baúles. Se había imaginado que su hija enviaría por ellos. No se mostró desagradable con Pearce y Nathan, simplemente se mostró vacilante. Nathan sintió como si el vigoroso hombre del banquete de la noche anterior se hubiera convertido de repente en un viejo encogido y frágil.

Mientras los criados sacaban el equipaje a la calle, se produjo un alboroto. Se oyó a alguien borracho que elevaba la voz y a Brabancio, que había llegado antes a la calle, que contestaba. Pearce echó mano de la espada y la desenfundó mientras corría en ayuda del hombre. Nathan le seguía de cerca e inmediatamente reconoció en el borracho al resentido Rodrigo.

—¡Vaya, viejo! ¡Tu blanca ovejita se ha casado con ese viejo carnero negro! — Rodrigo apenas se tenía en pie y Brabancio agarró al joven borracho por el cuello.

—¡Cuántas veces te he dicho que no me rondes, idiota! ¡Incluso si mi hija no estuviera casada, no te la concedería, borracho inútil!

Pearce intervino y separó a los dos hombres.

—Tened cuidado, señor —advirtió a Brabancio—. Este borracho está armado. — Y diciendo esto rápidamente dejó caer un puñal escondido bajo la manga de Rodrigo.

Rodrigo, demasiado ebrio como para resistirse, comenzó a reír histérico.

Brabancio se lanzó de nuevo a por él, pero Pearce lo retuvo.

—¡Tranquilo, señor! —advirtió al anciano—. No me preocupa esta escoria callejera, pero no debéis luchar contra él porque podríais haceros daño. Entrad en vuestra casa con vuestras penas, señor.

Brabancio emitió un gruñido y miró por última vez cómo cargaban las pertenencias de su hija en las góndolas. De nuevo pareció que le abandonaba el ánimo y entró en la casa arrastrando los pies.

Pearce zarandeó a Rodrigo.

—¿Quién eres, villano? ¡Habla! ¡Dime cómo te llamas!

—Es el capitán Rodrigo —se oyó una voz entre las sombras. Yago se dejó ver y agarró a su amigo borracho—. Es uno de nuestros soldados, teniente Cassio. No tiene malas intenciones. Lleva meses penando de amor por la señora Desdémona y la noticia de que se ha casado con el general le ha confundido el entendimiento.

Pearce soltó a Rodrigo y el borracho cayó a cuatro patas y vomitó en el canal.

—Lo dejo a vuestro cuidado. —Pearce hizo una mueca de disgusto—. Haced que esté sobrio antes de que zarpemos mañana.

—Sí, señor. —La voz de Yago tenía un cierto tono sarcástico que hizo que Pearce se volviera para mirarlo de nuevo.

—Tened cuidado, Yago. —Pearce bajó la voz amenazante—. Recordad vuestro sitio.

La insolente mirada de Yago echaba fuego, pero no dijo nada.

Pearce regresó al lugar donde se encontraban las góndolas y se llevó a Nathan a un lado.

—Síguelos —susurró—. No dejes que te vean y ten mucho cuidado. Venecia es peligrosa por la noche.

Nathan asintió y comenzó a seguir a los dos hombres. Rodrigo se encontraba algo más sobrio, pero aún andaba dando tumbos. Avanzaban despacio y había muchos portales y entrantes en los que Nathan se podía refugiar. Rodrigo hablaba en voz alta

a pesar de los intentos de Yago para que se callara.

—Me tiraré al canal... Mi vida es un tormento... —lloriqueó.

—¡Qué bobada! —le cortó impaciente Yago—. Vamos, sé un hombre. Este matrimonio no durará.

Rodrigo se detuvo en su tambaleo y se quedó mirando fijamente a su amigo.

—Entonces, ¿hay esperanza?

Yago soltó una carcajada. En la oscuridad sonó absolutamente malvada y Nathan se estremeció.

—Esos negros son como niños. Se encaprichan y luego cambian de opinión. —Nathan hizo un gesto de asco al percibir la intolerancia de Yago—. Cuando se haya cansado de ella, la dejará de lado.

Rodrigo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Desdémona debe de amarlo de verdad.

—¡Amarlo! —Yago escupió la palabra—. Cuando lleve un tiempo con él, se dará cuenta de que se ha equivocado. Anhelará un hombre como tú: un joven de buena planta perteneciente a su propia clase. Date tiempo. Tengo un plan que quizá funcione a tu favor.

Rodrigo comenzó a andar de nuevo.

—¿Cuál?

Nathan estiró el cuello para poder escuchar las palabras de Yago.

—El general está lleno de dudas. Piensa que, con su osadía y su bravuconería, puede engañar a todos, incluso a los del Consejo. Pero, en realidad, no es más que un antiguo esclavo que sabe que se mueve en arenas movedizas en lo que respecta a su aceptación por la sociedad veneciana.

Nathan se sorprendió ante la capacidad de percepción de Yago. Estaba claro que él no era el único en apreciar que una gran parte de la personalidad extrovertida y segura de sí misma de Otelo no era más que una pose. Nathan se dio cuenta entonces de que no debía minusvalorar la inteligencia de Yago.

—Ahora tiene una esposa perteneciente al más alto rango de la nobleza veneciana —continuó Yago—. Puede que el Consejo lo acepte porque necesitan que Otelo desarrolle bien su trabajo para ellos, pero nadie más en Venecia lo aprobará. A la aristocracia no le gusta que uno de los suyos se case con alguien inapropiado. —Al decir esto, Yago se rio satisfecho por lo bajo—. A Otelo le preocupará que Desdémona se vea persuadida para abandonarlo, o que se escape con alguien más apropiado...

—¿Como yo? —preguntó Rodrigo esperanzado.

—No —respondió Yago brutal en su franqueza—. Tú no eres un pez lo suficientemente gordo como para que el general se preocupe. Si puedo convencer a Otelo de que Desdémona se siente atraída por alguien importante y más apropiado para convertirse en su esposo, entonces Otelo se desmoronará.

—¿Harías eso por mí?

*Rodrigo sí que es un idiota, pensó Nathan, si es que piensa que Yago haría algo por alguien que no fuera él mismo.*

—¿Qué? —Yago se encontraba tan perdido en su propia conspiración que por un momento se había olvidado de su amigo—. Sí, sí, claro. Por ti, Rodrigo. Juntos haremos que el general pague por su arrogancia. Verá que los negros no deberían ser más de lo que les corresponde en la vida y no tratar a los blancos como seres inferiores. —El odio que Nathan sentía por el retorcido Yago se intensificaba a cada segundo.

Llevaron a Rodrigo a su alojamiento y Nathan vigiló desde la oscuridad cómo Yago se dirigía a buen paso hacia su casa. Una vez que estuvo seguro de que el hombre no tenía intención de aventurarse a salir una vez más esa noche, se fundió en las sombras de los callejones traseros y puso rumbo a su propia casa para informar a Pearce.

Nathan le contó la conversación entre los dos hombres y el plan de Yago para romper el matrimonio del general.

—Me temo que no será una tarea difícil para el alférez —suspiró Pearce—. Ese matrimonio está acuciado por la desaprobación desde todos los frentes. Sin embargo, ya vale de matrimonios precipitados: tengo noticias para ti. Para mi desgracia, debo dirigir la nave que conducirá a las damas a Creta. Mientras que tú, mi joven amigo, navegarás con el general Otelo en su buque insignia.

—¿Yo? —Nathan estaba atónito—. ¿Voy a entrar en batalla? —Se encontraba emocionado y aterrorizado a un tiempo ante la perspectiva.

Pearce estaba serio.

—El general se ha negado a aceptar cualquier otro arreglo, a pesar de mis protestas. No confía en ningún otro hombre más que en mí para cuidar de su preciosa y joven esposa, y recordaba que yo había dicho que a ti te apetecería ser soldado. Le has causado una buena impresión y te quiere como compañero.

Nathan asintió sin escuchar, ya que en su mente ya se veía agachado junto a un cañón, listo para disparar contra la flota turca.

—¡Nathan! —El apremiante susurro de John lo devolvió a la realidad—. Estar en un barco en mitad de la batalla es algo realmente peligroso.

—Otelo se ocupará de mí. Todos dicen que es un gran soldado. Además, puedo serte muy útil a la hora de conseguir información si estoy en el buque insignia.

Pearce asintió, no demasiado convencido.

—Necesitarás de todo tu ingenio y de tu inteligencia para la tarea que se avecina. Vete a la cama, jovencito. Has hecho un buen trabajo esta noche. Ahora descansa.

Nathan avanzó a través del largo pasillo y trepó a su cama. *¡Voy a estar en una batalla naval!* Su mente no descansaba y le resultaba imposible dormirse. Recordó su vista con Pistol al Ark Royal cuando había tratado de imaginarse cómo sería la vida

en un buque insignia, lleno a rebosar de marineros y de soldados, de cañones y de armas. El corazón le latía de forma desmedida mientras se imaginaba en el fragor de la batalla. Podía ver el cañón rugiendo y escupiendo humo. Podía oír los gritos de los heridos. Podía oler la pólvora y el olor de la madera al quemarse. Pero su último pensamiento antes de que el sueño viniera y le cerrara la puerta a todas las visiones fue para verse saltando al agua desde un barco que se hundía y tratando de nadar con tanta fuerza como le fuera posible.

## «¡Orgullo, pompa y circunstancia de la gloriosa guerra!»

A la mañana siguiente, Pearce, Nathan, Marie y Desdémona salieron en dirección al Arsenal. Graziella les había cogido un cierto cariño a sus huéspedes temporales y fue una despedida emotiva. Nathan estrechó la mano de Enrico y le prometió que le traería un recuerdo de la expedición.

Avanzaron lentamente por los serpenteantes canales y salieron a la bahía. Venecia estaba despierta y reinaba gran bullicio, y Nathan se dio cuenta de que pequeños grupos de gente miraban a Desdémona y susurraban con aire de conspiración. Obviamente, la noticia de su matrimonio con Otelo se había extendido. Un hombre escupió al agua mostrando su repugnancia y otro hizo un gesto para mantener alejado el mal de ojo. Nathan pensó que la vida nunca sería igual para ella.

Una vez que hubieron traspasado las verjas del Arsenal, apareció Otelo y, aparentemente, su esposa asumió un aire más confiado y una sonrisa por fin iluminó su rostro. Otelo se la llevó a toda prisa a sus aposentos y el resto se concentraron en el proceso de embarque.

El Arsenal estaba abarrotado de grandes barcos de guerra y la actividad era intensa. Estaba programado que todos los buques partieran en el plazo de una hora.

Pearce escoltó a Marie a bordo del barco y Nathan los siguió movido por la curiosidad. Era una galera, con veinte pares de remos que debían ser manejados por los marineros cuando no soplabla el viento suficiente.

Marie compartiría un amplio camarote con Desdémona y Emilia. Pearce dormiría en la cubierta de los cañones. No había ni rastro del resto, así que Pearce le dio unas últimas instrucciones.

—Habla poco y escucha todo. ¿Lo entiendes, mi señora? Y sé amable con Desdémona. Nada garantiza que su esposo sobreviva a la batalla, y ahora le quedan pocos amigos.

Marie prometió solamente que sería una verdadera amiga para la dama. Puso una botella con un jarabe de hierbas en las manos de Pearce.

—Te garantizo que mantendrá a raya el mareo —dijo y Pearce le besó la mano agradecido.

Entonces tomó aire y se dedicó a la desagradable tarea de comunicar a Marie que su hermano pequeño se uniría al general en el buque insignia. Nathan miraba fijamente al suelo mientras el rostro de Marie se tornaba ceniciento.

—¡Virgen Santa! —murmuró mientras interiorizaba todo el significado de la noticia—. ¡No puedes permitir que lo haga! —Hablabla en voz baja, consciente de

que se encontraban en medio del bullicio de un barco—. Mandar al chico al fragor de la batalla... ¡Es una locura!

Pearce intentó ser paciente.

—Me satisface tan poco como a ti este nuevo giro de los acontecimientos, pero el general ha ordenado que así sea. Tienes que respetar que Nathan ha sido adiestrado en este trabajo y tiene más habilidades que muchos hombres que lo doblan en edad. No puedo protegerlo contra la voluntad de Dios, pero sé que puede protegerse a sí mismo contra la de los hombres.

Nathan se balanceaba nervioso de un pie a otro.

—Ya soy casi un hombre, Marie —dijo con una nota de cabezonería en la voz—. Puedo hacerlo.

Marie miró a Nathan al tiempo que hacía un pequeño puchero.

—Cuídate, ¿me oyes? —susurró—. Si... si... si te pasara cualquier cosa... te mato.

Los tres soltaron una risa ahogada y Nathan, que se sentía culpable, acarició la mano de su hermana a modo de despedida.

—Rezaré por ti, hermano —susurró ella.

Pearce condujo a Nathan afuera del camarote y dejó que Marie recobrarla la compostura. Miró al chico solemnemente.

—No te arriesgues sin necesidad, amigo mío. Permanece junto al general, pero, si es posible, alejado de la acción. Necesito que vuelvas sano y salvo y me informes de todo lo que has podido escuchar.

—Confía en mí, John. —Nathan intentaba que su voz sonara tranquila y segura, pero los nervios le producían un cosquilleo continuo en el estómago—. Robey y tú me habéis preparado bien.

Satisfecho con la respuesta de Nathan, Pearce continuó hablando.

—Nuestro barco y dos de los barcos con los suministros se dirigirán directamente rumbo a Creta. Nos encontraremos allí con el resto de la flota cuando tú ya hayas plantado cara a los turcos.

Pearce acompañó entonces a Nathan hasta el buque insignia del general. Era un altísimo barco de guerra de cuatro mástiles equipado con formidable armamento. Se erigía imponente ante ellos, y en su mastelerillo de juanete ondeaba la bandera veneciana: el león alado de san Marcos con la pata posada sobre un libro abierto.

—Parece que el buque del general es un blanco bien visible para los cañones turcos —dijo Nathan impresionado por su grandiosidad.

Pearce sonrió y se mostró de acuerdo.

—Pero un buque insignia debe resultar también obvio para el resto de la flota. Cuando la batalla se recrudece, miran hacia él en busca de instrucciones. Si se retira de la batalla, entonces los otros deben seguirlo. Pero no tengas miedo. El buque se mantendrá alejado de la acción. Son las galeazas las que irán en la avanzadilla para atraer al enemigo. —Pearce señaló una fila de seis barcos planos de amplias baos—.

Son los barcos más poderosos de la flota —explicó— y son poco más que plataformas flotantes con cañones. —Nathan las estudió con interés. Comparadas con el buque insignia, las galeazas no impresionaban demasiado. Estaba deseando ver su comportamiento en el fragor de la batalla.

Pronto fue hora de que Pearce se despidiera y Nathan subió él solo por la pasarela del buque. Cuando se volvió para saludar, su amigo ya había desaparecido entre la multitud.

Lo que John había dicho era cierto: que un jovencito resultaba invisible ante los ojos de los adultos a su alrededor. Nathan entraba y salía a la deriva de cualquier lugar del barco, se sentía extraño y sentía la necesidad de hablar con alguien. Pero nadie se fijaba en él o le preguntaba qué era lo que hacía allí. Escuchó muchas conversaciones entre los marineros y los soldados sobre la inminente batalla con los turcos. Lo hizo sentirse mejor el escuchar que los turcos no eran rivales de su nivel y que todo acabaría muy rápido.

De repente, oyó que alguien gritaba y los hombres que se encontraban bajo la cubierta comenzaron a abrirse paso con dificultad por las escaleras. Nathan siguió su ejemplo. Una vez sobre la cubierta principal, vio cómo un enjambre humano se apiñaba sobre las cubiertas de los otros barcos y en el muelle. Algunos trepaban por los aparejos y se colgaban de los mástiles para poder ver. Nathan también trepó por el mástil más cercano para ver mejor.

En el muelle, Otelo se encontraba pronunciando un discurso con su atronadora voz. Hablaba de recuperar la gloria pasada de Venecia. Luego dijo que la poderosa flota turca llegaría al fondo del mar en menos tiempo que el que tardaban en cruzarlo. Los hombres lo aclamaban. Ciertamente, Otelo no había perdido el respeto de sus hombres, cualesquiera que fueran los chismes sobre su matrimonio. Nathan se sintió impresionado por la maestría del espectáculo que estaba dando Otelo. Azuzó a los hombres y los condujo a un frenesí de excitación con respecto a la inminente batalla y luego les presentó a su nueva esposa. Mientras hacía salir a la bella Desdémona, más de diez mil hombres expresaron su aprecio con murmullos. Otelo la condujo a bordo del barco que la llevaría a Creta, la besó con ternura ante la mirada de los demás y se separó de ella. Entonces regresó al muelle a grandes zancadas y se volvió hacia la flota de barcos.

—¡Zarpamos! —gritó—. ¡Que Dios os acompañe! —Se produjo un rugido ensordecedor y la multitud de barcos se convirtió en un bullicioso enjambre de actividad.

Nathan bajó del mástil deslizándose y fue a dar exactamente a los pies de un Yago de gesto adusto que inclinó levemente la cabeza a modo de saludo y se dirigió a la parte de abajo sin decir una sola palabra. Nathan se preguntó cómo Otelo podía estar tan ciego como para no darse cuenta del desprecio de su alférez. El general subió por la pasarela, seguido de varios ayudantes, y comenzó a dar órdenes a gritos y a lanzar palabras de ánimo.

El buque insignia se preparó para soltar amarras, ya que las verjas de los muelles se encontraban abiertas y la marea estaba alta.

Barco tras barco, salieron majestuosos de los muelles y Nathan pudo ver que seis de los barcos remolcaban las pesadas galeazas, posiblemente porque no podían maniobrar bien en mar abierto. El barco de Pearce remolcaba una pinaza pequeña que se utilizaría para revolotear entre los buques y llevar mensajes. Para ese momento, ya se había reunido en el Arsenal una multitud que agitaba las manos y gritaba.

Bajo las cubiertas, los hombres guardaban sus pertenencias personales y aparejaban sus hamacas sobre los grandes cañones. Nathan echó mano de una hamaca de lona y escogió la única esquina de la cubierta que nadie había reclamado. Un fornido soldado alemán confundió a Nathan con un joven criado acostumbrado a la vida en la ciudad, le quitó la hamaca y la aparejó, a pesar de las protestas de Nathan diciendo que ya se las podía arreglar. El hombre no hablaba italiano y no hacía más que asentir amablemente con la cabeza mientras ataba las cuerdas de forma experta.

—Gracias —dijo Nathan extendiendo su mano. El alemán pareció complacido y le estrechó la mano. Nathan miró a su alrededor y vio que Yago se estaba haciendo notar entre los hombres.

—Veremos acción de la buena esta vez, muchachos. ¡Qué pena que nuestro querido segundo de a bordo no esté con nosotros! —Dirigió a Nathan una furtiva mirada—. El *signor* Cassio tiene una tarea más importante que llevar a cabo: ¡amamantar a un puñado de mujeres! —Lanzó una seca carcajada y uno o dos de los hombres sonrieron. Nathan sintió que hervía de ira, pero hizo como que no había oído el insulto de Yago y se afanó en atar y volver a atar las cuerdas de la hamaca. Pronto toda la cubierta se encontró llena de hamacas que se mecían y en las que sobresalían los bultos de los hombres que roncaban, pero Nathan, demasiado alterado como para dormir, decidió llegarse hasta la cubierta.

Al salir al aire fresco y vigorizante, vio la solitaria figura del general que miraba con atención a los buques rezagados tras la estela del buque insignia.

Otelo se dio la vuelta, vio a Nathan y esbozó una sonrisa.

—¡Marco! Así que vas a ser soldado antes de lo que pensabas, ¿eh?

Nathan inclinó la cabeza ligeramente y asintió.

—Gracias señor por darme esta oportunidad de navegar con vos.

Otelo le rodeó los hombros con el brazo. Era un hombre fuerte, aunque no especialmente alto, y Nathan sintió que su mano abarcaba todo su hombro izquierdo. Le fascinaba la piel de Otelo, que brillaba de una forma como no lo hacía piel blanca alguna. Cuando hablaba, su rostro mostraba todos y cada uno de los movimientos de sus músculos y los definidos rizos de su cabello relucían cuando el agua de mar los salpicaba. Nathan se dio cuenta de que se sentía cautivado por Otelo, no solo por ser el primer negro que conocía, sino porque estaba lleno de una vitalidad que lo diferenciaba del resto.

—¿Estás contento de dormir en la cubierta de cañones? —preguntó Otelo.

—Oh, sí señor —contestó Nathan—. Me gusta estar con los soldados.

Otelo se echó a reír.

—Bien, bien. Pero ahora tienes que venir conmigo. Me gustaría tenerte a mi lado cuando me reúna con mis oficiales. De esa forma aprenderás mucho sobre estrategia militar. —Nathan se sintió honrado de recibir semejante trato de favor.

El camarote del general estaba lleno de mapas y gráficos que estaban siendo inspeccionados al detalle por el capitán. Yago apareció, con el ceño fruncido y una lámpara en la mano.

—Ah, Yago, bien hecho. Nos has traído algo de luz justo en el momento adecuado. Pon la lámpara aquí junto a los gráficos. Marco, siéntate a mi lado.

Nathan hizo lo que se le pedía e, ignorando la mirada glacial de Yago, tomó asiento.

—Los últimos informes que nos llegan dicen que los turcos estaban concentrando su flota en Chipre, pero que aún estaban a la espera de seis buques que llegarían desde el golfo de Persia. Cuando lleguen, nos dicen nuestros espías que tendrán una flota de cuarenta barcos, pero... —Otelo sonrió triunfante— no tendrán galeazas. Si conseguimos hacer la travesía sin incidencias, mi intención es concentrar nuestra flota en el mar Jónico y practicar durante un día con las galeazas en formación de batalla. ¿Ha llegado ya la pinaza? —pregunto refiriéndose al barco ligero y rápido remolcado por la nave de Pearce.

—El vigía ha informado que la ha avistado. Tendría que encontrarse aquí dentro de poco tiempo —contestó el capitán.

—Bien —dijo Otelo—, entonces dejadme que escriba las instrucciones. Nos juntaremos de nuevo mañana.

Yago y el capitán inclinaron la cabeza y se retiraron. Nathan se levantó y se dispuso también a salir. Entonces se detuvo y se volvió hacia el general.

—¿Puedo haceros una pregunta, señor?

Otelo levantó la vista de los mapas y asintió.

—¿Por qué es tan importante el hecho de que los turcos no tengan galeazas?

Otelo volvió a asentir satisfecho ante una pregunta semejante, tan inteligente.

—En la batalla de Lepanto, que fue nuestra última gran batalla contra los turcos —comenzó—, participamos en la lucha con seis galeazas. Ya las has visto. Son anchas, profundas, y muy estables sobre el agua. Cuando se disparan todos los cañones a un tiempo, el barco apenas se mueve. Y en la proa disponen de cañones giratorios que rotan para disparar al enemigo desde cualquier ángulo. El puntal de la proa se utiliza para embestir a los barcos y el poder de una galeaza es tal que puede reducir a astillas un barco grande, como en el que estamos ahora, en cuestión de minutos.

Nathan se sentía impresionado.

Otelo continuó hablando.

—Podrías pensar que los turcos, que perdieron en esa batalla por lo menos

veinticinco mil hombres, construirían algunas galeazas. Pero parece que la fortuna nos sonríe. Y ahora, retírate, chico. Tengo que escribir unas misivas y no hay duda de que tú necesitarás llenar esa tripa.

Los siguientes cuatro días le resultaron interesantes a Nathan, pero los hombres parecían estar aburridos. Comenzaron a rezongar sobre la inactividad y las incesantes revisiones a las que tenían que someter el armamento. Nathan se mantuvo ocupado y le asignaron la tarea de empapar trapos en aceite y brea, y envolver con ellos las puntas de las flechas. Estas se prenderían y dispararían contra los barcos del enemigo una vez comenzara la batalla.

Después de una semana, el barco dejó atrás la costa de Grecia y el gris del mar Adriático se convirtió en el azul del Jónico. Todavía tenían fuertes vientos, pero brillaba el sol e innumerables pequeñas islas parecían destellar sobre el agua como si de cristales verdes y amarillos se trataran. El resto de esa semana la pasaron ejercitándose para la batalla. Aunque no se disparó fuego real, los barcos se dedicaron a efectuar una silenciosa danza en la que remolcaron a las galeazas hasta la primera línea de una flota que luchaba por mantenerse en formación en medio de un viento que cada vez azotaba con más fuerza.

Cuando los navíos abandonaron la costa de Grecia y se lanzaron a mar abierto, las condiciones empeoraron. El mar se agitaba poderosamente al tiempo que el cielo se oscureció. Diluviaba con gran fuerza y la cubierta del buque se convirtió en una peligrosa balsa de agua. Los marineros se amarraban con correas a los mástiles para no ser arrastrados y a todos los soldados se les ordenó que se mantuvieran bajo cubierta. De repente, Yago agarró a Nathan por el cuello.

—¡Eh, chico! ¡El general Otelo ordena que vayas a su camarote!

Nathan obedeció, agradecido ante la posibilidad de abandonar el caos de la cubierta de cañones, que bullía de actividad, con los hombres achicando el exceso de agua que se había filtrado por los portillos a pesar de estar cerrados.

Cuando Nathan entró, Otelo se encontraba escribiendo cartas. La lámpara se balanceaba peligrosamente de un lado a otro en el techo del camarote y se oían siniestros crujidos en la madera. Cuando el barco cabeceó de mala manera y Nathan se vio arrojado contra la puerta del camarote, soltó un grito apurado.

Otelo sonrió y ayudó a Nathan a levantarse.

—No temas, Marco. ¡He sobrevivido a tormentas peores que esta! —El general pasó a contar a Nathan cosas sobre sus años como esclavo, cuando remaba en una galera encadenado a los remos—. Había veces en las que temía que el barco se hundiera y yo me moriría arrastrado por mis cadenas al fondo del mar. ¡Pero sobreviví! —Se rio con ganas y dio unas palmadas a Nathan en la espalda. Nathan se sentía maravillado ante el coraje de este antiguo esclavo que ahora era un poderoso general.

Mientras la tormenta arreciaba, Otelo le relató a Nathan historias de sus aventuras en la batalla.

*¡Qué envidia me tendría Enrico!*, pensó Nathan.

Antes de conocer a John Pearce y de ir a la escuela de Robey nunca había conocido a un hombre al que realmente admirara. Ahora conocía a varios y, aunque amaba y respetaba muchísimo a Pearce, ahora era Otelo su mayor héroe. El haber sobrevivido ante las adversidades ya era algo, pero alzarse hasta la gloria era extraordinario.

Por fin remitieron el balanceo del barco y el ruido de la tormenta y Nathan se aventuró a salir al exterior del camarote para ver qué tal se las habían arreglado.

Las cubiertas estaban completamente anegadas y Nathan avanzó chapoteando a través del agua a la vez que confiaba en que las botas de piel no se le encogieran demasiado. Decidió que más tarde revisaría y engrasaría los puñales que escondía en los tobillos. En las cubiertas, hombres exhaustos desplegaron las velas que habían sido recogidas durante la tormenta para poder enfrentarse a la situación. Al parecer, no se habían producido muchos daños. Nathan echó mano de un cubo cercano y comenzó a ayudar a achicar agua de la cubierta.

Durante los días siguientes, los hombres comenzaron a crispase los unos a los otros según se aproximaba la batalla y sentían que los nervios se tensaban ante la perspectiva. Varias veces los oficiales tuvieron que mediar en peleas que habían comenzado debido a causas triviales, como un trozo de pan o un comentario intrascendente.

El peor momento para Nathan llegó cuando le dijeron que subiera a cubierta para ver cómo azotaban a un hombre. Se trataba del corpulento soldado alemán que había aparejado su hamaca el primer día. Se había metido en una pelea, y solo su tamaño había sido suficiente para romper en dos el arco de un arquero al tambalearse hacia atrás y caer encima de él. Causar daños a un arma valiosa se castigaba con cincuenta latigazos y ataron al hombre al palo mayor, a pleno sol, para que recibiera su castigo. Pero parece ser que ese día el dios de los soldados torpes lo protegía, porque en cuanto hubo recibido el tercer latigazo se oyó un grito que venía desde las alturas.

—¡Barcos turcos a la vista!

Desataron al prisionero sin ningún tipo de contemplación para prepararse para la batalla. A Nathan se le secó la boca al mirar los puntitos en el horizonte. Los hombres gritaban y corrían de un lado a otro y, en medio de semejante maremagno, pronunció una pequeña plegaria.

—Por favor, Dios, deja que viva para ser un hombre. Dame valor en la batalla. No dejes que sea un cobarde.

No sabía qué era mayor: si el miedo a morir o el miedo a no poder desenvolverse con honor.

«... He matado hombres en la guerra...»

Los barcos turcos se hicieron más grandes sobre el horizonte y la frenética actividad de los hombres de la flota veneciana se había reducido hasta convertirse en un silencio fantasmagórico. Solo se oían los rítmicos redobles del tambor en la cubierta y los inmensos remos que se hincaban en el mar en un estallido de poder. Nathan apenas se había movido desde su posición junto al palo mayor. Tenía la mente embotada, y no podía sacudirse esa sensación.

Los galeones se abrían paso lentamente a través del mar, como enormes máquinas, para adoptar sus posiciones al frente de la flota. Silenciosos marineros recogían las velas y dejaban las justas para maniobrar, ni una más. Durante la batalla los remos dirigirían los buques.

De repente, Nathan pegó un bote al escuchar una voz profunda que le hablaba al oído.

—Marco, tengo trabajo para ti. —Otelo estaba en pie tras él sosteniendo la espada en una mano y respirando agitadamente.

—Estoy listo para hacer lo que pidáis, señor. —Nathan trató de demostrar seguridad en su voz.

Otelo sonrió.

—Tendrás el honor de comenzar la batalla. —Nathan se quedó con la boca abierta—. Dispararás la flecha en llamas que enciende la chispa de los cañones. Tu señor dice que eres un buen arquero. ¿Es cierto? —Nathan asintió y su nerviosismo hizo que el aire casi se le atascara en la garganta.

Otelo lo condujo al castillo, donde un grupo de arqueros se situaba de frente al enemigo con los arcos en la mano y un brasero con carbón incandescente tras ellos.

—¡Soldados! —gritó Otelo, y los hombres se pusieron en posición de firmes—. Me complace que sea este chico el que dispare la flecha que da la señal. Así que... —dijo volviéndose hacia Nathan— si también te complace a ti, tendrás el honor de descargar más flechas contra los barcos enemigos junto con estos hombres que están aquí. ¿Qué te parece? —Nathan asintió entusiasmado, incapaz de despegar la lengua del paladar para poder emitir una respuesta audible.

—Entonces coge un arco.

Nathan miró el soporte de madera que albergaba arcos con las cuerdas ya tensadas y escogió el más pequeño y ligero de todos. Cogió una flecha incendiaria de los barriles de madera y, con dedos temblorosos, posó la punta sobre el incandescente carbón. Acto seguido, el trapo comenzó a chisporrotear y al cabo de un instante ardía

a fuego vivo.

—Recuerda alejarte del viento, jovencito —dijo una voz entre risas, y Nathan se giró y vio un hombre calvo y desdentado que le sonreía—. Si no, ¡te chamuscarás las cejas al disparar!

—¿Estás listo, Marco? —Otelo estaba ronco debido a la emoción.

Nathan sacó la flecha en llamas de entre el carbón, la posó sobre la cuerda y, situándose de espaldas al viento, tensó la cuerda en dirección a su propio rostro. Aunque las llamas se disparaban en la otra dirección, podía sentir su calor.

—Sigue la dirección de mi mano —dijo Otelo levantando la mano y señalando un lugar en el mar—. Preparado... ¡fuego!

La flecha abandonó el arco de Nathan con un peculiar sonido sibilante y se elevó hacia el cielo describiendo un esbelto arco. A Nathan le dio un vuelco el corazón al pensar que las llamas podrían extenderse o que seguiría una trayectoria equivocada.

Pero no había necesidad de preocuparse. Cuando la flecha llegó al punto más alto de su trayectoria, pareció mantenerse en equilibrio en el aire durante unos instantes y luego comenzó su largo descenso hacia el mar abierto. A la señal, el infierno abrió sus puertas de par en par y la flota veneciana comenzó su concierto de cañonazos.

Nathan cerró los ojos ante el ensordecedor estruendo de los cañones. La cubierta sobre la que se encontraba temblaba mientras en la de abajo se disparaba un cañonazo tras otro.

La flota turca se había alineado en formación de media luna mientras que las galeras venecianas formaban una «v», el buque insignia en el vértice más alejado y las galeazas en línea al frente de la formación. Los cañones de la nave del general eran los de mayor alcance. Uno de los soldados le había contado a Nathan que eran de avancarga y que alcanzaban una distancia de casi dos mil metros. Se cargaban con pesadas balas de hierro que destrozaban el casco de los barcos enemigos. Los otros barcos de la flota veneciana llevaban cañones más ligeros, la mayoría de los cuales arrojaban metralla hecha con pequeños trocitos de hierro para echar abajo los aparejos. También existía un tipo de munición letal cuyo único propósito era mermar la tripulación del enemigo.

Los barcos turcos disparaban ahora sus propios cañones. Toda la formación en forma de media luna escupía fuego. Pronto el humo procedente de dos mil cañones fue tan espeso que parecía que el mar estaba cubierto por una densa niebla. Nathan solo podía ver los mástiles y los aparejos más altos de los buques turcos y apenas podía respirar debido al olor acre de la pólvora al quemarse que emanaba de la cubierta inferior.

—¿Cuándo disparamos? —gritó a un arquero, ya que aunque estaba junto a él, era imposible hacerse oír.

—¡Cuando el tamborilero del general dé la señal! —gritó a su vez su camarada—. Apunta al mastelerillo de juanete de cualquiera de las naves que están más adelantadas, al palo mayor o la sobremesana. —El arquero señaló la parte superior de

los tres mástiles frontales de las naves turcas donde ondeaban las banderas.

El desdentado se encontraba de pie junto al carbón al rojo vivo y sostenía las flechas en la mano. Su trabajo consistía en encender las puntas de la flecha y pasárselas a los arqueros. Todos los hombres se santiguaron y se volvieron para tocar la cabeza del desdentado.

—Debes tocar la cabeza de Zeno, porque ha sobrevivido a seis batallas navales y sobre él está la gracia de Dios. Tócalo y él salvará tu pellejo —le dijo uno de los hombres a Nathan. Este se santiguó rápidamente y tocó la calva cabeza de Zeno tal y como le habían dicho.

—¡Que Dios te bendiga, hijo! —gritó irreverente el viejo soldado, como si de un sacerdote se tratara.

Durante un segundo, los cañones del buque insignia callaron y todos los navíos de la flota veneciana siguieron su ejemplo. Entonces llegó de la cubierta principal el rítmico redoble de un tambor. Rataplán, plan, plan. Rataplán, plan, plan.

—¡Ahora! —gritó Zeno y lanzó las flechas a las llamas. Todos los arqueros tuvieron que entresacar el proyectil arrojadizo y lo colocaron en el arco. Al cabo de unos segundos, una descarga de seiscientas flechas incendiarias surcaba el aire hacia el enemigo y los cañones comenzaron a disparar de nuevo bajo sus pies.

—¡Abajo! —gritó el hombre junto a Nathan, arrastrándolo hacia el suelo y hacia la protección de los muros de madera del castillo. Los turcos habían contestado a la descarga de flechas incendiarias con la suya propia. Tres de las flechas aterrizaron a milímetros de Nathan. Se revolcó hacia atrás para evitar quemarse y su recompensa fue que Zeno, que ágilmente se había apropiado de uno de los cubos desperdigados por la cubierta, lo bañara completamente. Nathan tomó aire con dificultad y escupió el agua mientras los demás se reían.

—¡Mejor mojado que muerto! —gritó Zeno.

Lo ayudaron a levantarse y, una vez más, los arqueros cogieron cada uno una de las flechas preparadas. La siguiente media hora transcurrió disparando, protegiéndose y extinguiendo fuegos. Uno de los arqueros recibió un flechazo en el pecho, pero como la flecha estaba cerca del final de la trayectoria no hizo más que rebotar en su chaleco de cuero a la vez que incendiaba su camisa. Zeno le tiró un cubo de agua por encima y volvió a su tarea, pero Nathan vio que las llamas habían quemado el cuello del hombre.

Esa media hora de fuego de flechas pareció durar una eternidad. Finalmente, los cañones se detuvieron de repente y los tambores comenzaron a tocar el alto. Los arqueros se derrumbaron en el suelo, flexionando sus doloridas y anquilosadas manos y respirando pesadamente. Cuando los disparos comenzaron de nuevo, apareció un grupo de hombres para sustituir a los arqueros. Eran arcabuceros, disparaban un tipo de arma de fuego, y su llegada significaba que los arqueros ya habían hecho su trabajo. Las dos flotas enfrentadas se encontraban lo suficientemente cerca la una de la otra como para que las pistolas tomaran el relevo.

Zeno arrastró a Nathan fuera del castillo sin ceremonia alguna.

—Se nos necesita abajo, chico —dijo a voz en grito, mientras sacaba dos trozos de lino que sumergió en un cubo de agua cercano. Le pasó uno a Nathan y le hizo un gesto para que siguiera su ejemplo y se atara el trapo húmedo alrededor del rostro cubriendo la nariz y la boca. Nathan obedeció y cuando se adentraron en el agujero infernal en el que se había convertido la cubierta de cañones se dio cuenta de que sería imposible respirar sin esa máscara.

Dicha cubierta era un horror. En medio de la penumbra y del humo, los hombres se encontraban desnudos de cintura para arriba y sudaban y gritaban órdenes cubiertos de la mugre de los cañones al disparar. El ruido era ensordecedor y cuando Nathan sintió que sus pies resbalaban sobre el suelo, se dio cuenta de que se trataba de sangre y no de agua lo que hacía tan viscosos los listones. Había tres muertos, dos de los cuales yacían junto a un agujero abierto en el casco por uno de los cañones turcos que había acertado en el blanco. Zeno arrastró a Nathan hasta el centro de la cubierta en el momento justo de evitar el retroceso de un cañón que acababa de disparar. Le indicó que su tarea era retirar los cadáveres. Se les unieron otros dos arqueros que les ayudaron a sacar los cuerpos a rastras.

Nathan tenía un terrible dolor de cabeza debido al atronador ruido del cañón, pero mantuvo la cabeza baja y miró fijamente al cadáver que arrastraba por los pies. El hombre tenía una cavidad llena de sangre en el lugar donde había estado su pecho y llegó un momento en el que tuvieron que dejar de arrastrarlo porque su cuerpo casi se parte en dos. Zeno echó mano de una de las hamacas, las cuales habían sido desmontadas y apiladas de cualquier manera en una esquina, y juntos recogieron con las manos lo que quedaba del pobre hombre, lo pusieron sobre la lona e hicieron un paquete con él. A Nathan le resultó difícil agarrar el grueso paño debido a lo llenas de sangre que tenía las manos, pero por fin pudieron izar el cuerpo hasta la cubierta principal. Sobre sus cabezas podían escuchar el torpedeo de los mosquetes al disparar. El paso estaba intransitable, con tantas flechas turcas incrustadas en los tablones. Zeno dejó caer el cuerpo y comenzó a tirar de las flechas para extraerlas de la cubierta y poder tirarlas por la borda. Después de abrir paso hasta la baranda, colocaron el cadáver envuelto junto a una fila en la que ya había otros seis más y regresaron para recoger otro.

Para cuando volvieron a las entrañas del barco, había dos muertos más, esta vez a causa de las saetas de las ballestas turcas. A uno le habían perforado la cabeza y al otro el pecho. Una vez más, cumplieron con la lúgubre tarea de retirar sus cuerpos.

Más tarde, Nathan pensaría sorprendido que no se había mareado al ver semejante carnicería, pero no le había dado tiempo. Su reflejo más primario había sido el de seguir luchando y seguir vivo.

La segunda vez que aparecieron en la cubierta, Nathan sintió que el barco viraba. Horrorizado, se dio cuenta de que las banderas de los barcos turcos estaban a un tiro de piedra. Las dos flotas se encontraban la una casi encima de la otra y estaban a

punto de enzarzarse en un combate cuerpo a cuerpo.

El general apareció como de la nada, con una espada en cada mano y dos pistolas encajadas en el cinturón.

—¡Marco! —gritó al tiempo que mostraba una amplia sonrisa—. Hemos diezmado al enemigo. Ahora lucharemos cuerpo a cuerpo. ¡Ve a mi camarote y quédate allí!

—¡Pero yo sé luchar, señor! —protestó Nathan, pero Otelo no estaba por aceptar nada de eso.

—¡A mi camarote! —rugió—. ¡Es una orden! —Dicho esto, saltó como un resorte hacia un costado de la nave y hombres armados comenzaron a surgir sin cesar de debajo de la cubierta, entre ellos un Yago renegrido y cubierto de sangre que, espada en mano, se abría paso con ímpetu para poder estar junto al general. Los marineros lanzaban garfios hasta la cubierta del barco turco y tiraban de él. Se oyó el escalofriante sonido de algo que crujía cuando los dos navíos chocaron el uno contra el otro. Todos los hombres se tambalearon con el impacto y luego, acompañados de aterrorizadores gritos sedientos de sangre y de terror, los soldados venecianos saltaron de su barco al del enemigo y comenzó la lucha.

Nathan no podía hacerse a la idea de que tenía que esconderse en el camarote de Otelo como si de un cobarde se tratara, pero sabía que si desobedecía la orden e intentaba participar en la lucha, se arriesgaba a que lo azotaran. Decidió esconderse en algún lugar desde el que al menos pudiera ver la batalla.

Levantó la vista y vio que la cofa de vigía en el palo mayor permanecía aún intacta. Trepó con rapidez por los aparejos (no sin dificultad, ya que la mayor parte estaban hechos jirones) hasta que llegó a lo más alto. Estaba ocupado por un marinero muerto con la saeta de una ballesta que le penetraba por el estómago y le sobresalía por la espalda. Nathan musitó una breve plegaria y, con mucho esfuerzo, izó al hombre y lo lanzó por la baranda. Trató de no pensar en el ruido que hizo el cuerpo al caer sobre la cubierta. Ahora tenía una vista perfecta del tumulto que se desarrollaba en el barco turco.

El navío del enemigo se encontraba en malas condiciones. Dos de los mástiles habían sido cortados y derribados sobre la cubierta en medio de una maraña de velas y aparejos. El buque se estaba escorando, ya que le estaba entrando agua por un agujero en la proa. Otelo y sus hombres luchaban mano a mano sobre los desechos de la cubierta principal. Los turcos blandían sus extrañas espadas en forma de media luna y un solitario ballestero turco estaba creando una gran confusión entre los que luchaban en cubierta dejando escapar una saeta de vez en cuando, la cual siempre tenía a un veneciano como blanco.

Nathan sabía que había que detener al ballestero. Se agachó para echar mano de los puñales de sus botas. Tenía las manos cubiertas de sangre que estaba empezando a secarse. Se restregó los muslos con ellas y volvió a coger los puñales. Cada vez que el ballestero efectuaba un disparo, tenía que incorporarse para dejar libre la baranda

de madera del castillo. Calculando la distancia, Nathan levantó la mano derecha y, al tiempo que el turco se enderezaba, lanzó el cuchillo con tanta fuerza como fue capaz. El primer puñal pasó zumbando junto a la oreja del hombre y este, sorprendido, disparó la saeta y la envió inofensiva al mar. Levantó la vista hacia donde se encontraba Nathan y vio al chico con el segundo puñal en la mano. Comenzó a cargar la ballesta una vez más, esta vez encarándose con Nathan con intenciones asesinas. Durante un instante, el valor abandonó a Nathan. Pero, cuando vio que la ballesta se elevaba y que el hombre apuntaba hacia él, Nathan dejó que actuaran sus reflejos. Se puso en pie de un salto a la vez que el puñal abandonaba su mano con todas las fuerzas de las que hizo acopio para golpear al hombre en la garganta. El turco se desplomó sobre la cubierta con la ballesta cargada aún en las manos.

Nathan sintió arcadas, pero se obligó a no vomitar. En lugar de eso, se mantuvo donde estaba y allí se habría quedado si no hubiera captado la mirada de Otelo, el cual había sido testigo de todo lo ocurrido. Rápidamente, Nathan se agachó para no ser visto, pero no sin antes haberse dado cuenta de la atónita expresión en el rostro del general.

Se agachó en la cofa y escuchó el ruido del acero al golpear y los juramentos de los hombres decididos a matarse los unos a los otros. Eran los únicos sonidos que se escuchaban. El cañón había dejado de disparar en ambos bandos. En ese momento escuchó vítores. Comenzaron en un barco situado en un extremo de la flota y se extendieron como una ola hasta que todo el mundo parecía estar vitoreando al mismo tiempo. Se puso en pie de nuevo y vio que lo que quedaba de la flota turca se retiraba con el viento en dirección a casa. ¡Habían ganado la batalla!

Tal y como Nathan averiguó más tarde, la flota veneciana había tardado tres horas en cantar victoria. Habían capturado cinco barcos turcos, hundido once y el resto se habían escabullido. Otelo estaba particularmente orgulloso ante el hecho de abordar todos y cada uno de los barcos turcos que habían capturado y liberar a los remeros esclavos. Había quien decía que cuando abrieron la primera escotilla de los esclavos, el familiar hedor hizo que al gran general se le revolvieran las tripas.

Mientras tanto, Nathan trepó a bordo de la nave turca que estaba atada al buque insignia y recuperó sus puñales. El ballestero muerto, con los ojos abiertos como platos, lo miraba fijamente como si lo acusara, así que cogió el trapo lleno de mugre que llevaba al cuello y cubrió el rostro del muerto con él al tiempo que le cerraba los ojos. No olvidaría fácilmente el chasquido del cuchillo cuando lo sacó de la garganta del hombre. Recogió la ballesta y retiró la saeta con cuidado. Se la regalaría a Enrico como recuerdo.

Después de haber fregado la sangre de las cubiertas del buque insignia y de haber envuelto en sábanas los cuerpos de los hombres que se habían perdido en la batalla y haberlos tirado por la borda acompañados de una oración, el general hizo que todos los supervivientes oraran por todas las almas cristianas que se habían ido al fondo del mar en el interior de los buques turcos.

Las pérdidas de la flota veneciana no fueron significativas. Por lo menos, no según lo que un general consideraba como tal. Habían muerto trescientos tres hombres y ciento sesenta y dos habían resultado heridos. Tuvieron que reducir dos barcos a astillas, ya que estaban gravemente dañados: una galeaza y una galera. Otelo se consideraba vencedor con un coste muy pequeño.

No hicieron ningún prisionero entre los turcos. El dux había dejado claro que no quería el gasto de tener que mantenerlos. Así que juntaron a los pocos que quedaron vivos en los barcos capturados, los pusieron en la nave en peor estado y los dejaron a la deriva. Tardarían semanas en remar hasta su tierra, si es que sobrevivían en primer lugar.

A los esclavos de las galeras que habían sobrevivido los acomodaron en los barcos venecianos para reunirlos con sus familias cuando la flota regresara a Venecia.

Otelo convocó a Nathan a su presencia, y este recorrió temblando todo el camino hasta los aposentos del general. Se preguntaba si lo condenaría a ser azotado públicamente. Eso necesitaría de otro tipo de valor, uno del cual no estaba seguro podría surtirse. Pero cuando Otelo hubo acabado de gritarle lo descontento que estaba por el hecho de que hubiera ignorado sus órdenes, abrazó a Nathan y lo alabó por haber salvado las vidas de muchos hombres al haber matado al ballestero.

Esa noche, Nathan durmió en una hamaca cubierta de sangre en la machacada cubierta de cañones y por fin encontró tiempo para pensar en los memorables acontecimientos de ese día.

*Hoy he matado a un hombre, quizás a más de uno. ¿Quién sabe el daño que causaron mis flechas incendiarias? He sacado cadáveres a rastras de la cubierta de cañones y quizás haya salvado la vida del general. ¿Me hace eso un hombre?*

Sabía que matar a alguien en el fragor de la batalla era diferente de hacerlo a sangre fría. De pronto anheló tener las comodidades de su hogar. Olía al olor acre del sudor del miedo y le dolían todos los huesos, pero se sentía aliviado por haber sobrevivido. Quizá ser un hombre quería decir que sabías cuando te sonreían los dioses y cuándo te estaban dando otra oportunidad.

## «Que Cassio la quiere lo creo muy bien...»

La flota tardó aún varios días en llegar, a duras penas, a la isla de Creta. Durante la batalla se destruyeron muchos mástiles y velas, por lo cual aunque los marineros se esforzaron al máximo para efectuar las reparaciones lo antes posible, tuvieron que realizar la mayor parte del viaje con el impulso de los remos.

Desmontaron las hamacas y las dejaron extendidas sobre la cubierta donde las frotaron para limpiarlas y, al hacerlo, el agua teñida de sangre ensució de rojo la cubierta. Los soldados inspeccionaron y limpiaron los cañones, los arqueros repararon los arcos o tiraron por la borda los que no servían, los arcabuceros limpiaron y engrasaron sus mosquetes. Nathan tomó prestado un poco de aceite y de arena gruesa, se escondió en un oscuro rincón del barco y sacó los puñales de las botas. Primero los lavó, luego los afiló y suavizó con la arena y finalmente los engrasó ligeramente antes de volver a guardarlos en las botas. Una vez Yago lo había intentado provocar con el hecho de que nunca se quitaba las botas, ni siquiera para dormir. Nathan había conseguido articular algo sobre que una vez se las habían robado, pero estaba seguro de que Yago sospechaba algo.

Todos los días se realizaba un informe con el número de hombres que habían fallecido durante la noche a consecuencia de sus heridas. Con solo dos médicos en toda la flota, estos estaban al límite de sus capacidades y se trasladaban de barco a barco para ocuparse de las heridas, realizar amputaciones y tratar las diferentes enfermedades. Algunos de los esclavos de la galera habían padecido fiebres y todos sufrían de desnutrición. Incluso el simple rancho del buque era demasiado para algunos de esos estómagos y morían exhaustos después de haber pasado años manejando los remos. Nathan se dio cuenta de que la liberación les había llegado demasiado tarde.

Fue un momento emocionante cuando por fin bajaron a tierra en Creta. Los barcos atracaron y pronto los muelles hervían de camaradas que se reunían en tierra firme. Los hombres gritaban y se abrazaban a la vez que derramaban lágrimas por los muertos.

Cuando el buque insignia estuvo dispuesto en el punto de atraque, Nathan no esperó a que se bajara la pasarela, sino que dio una voltereta por encima de la barandilla y se deslizó por una de las sogas, tan ansioso estaba por encontrarse con John y Marie. Empujando a la multitud enfebrecida, finalmente distinguió a Pearce y a las damas, que se encontraban en pie hablando con un caballero.

Querría lanzarse a donde su amigo y contarle cómo había destacado en la batalla,

pero al recordar que se suponía que se trataba de un criado, se sintió satisfecho con realizar en su lugar una pequeña reverencia.

—Gracias a Dios que está vivo —dijo Pearce en voz baja.

—Alabado sea Dios —susurró Marie. Nathan le dedicó una tranquilizadora sonrisa y un movimiento con la cabeza.

—¿Este chico es vuestro sirviente? —inquirió el noble.

—Así es, duque Montano. El general Otelo solicitó que lo acompañara en la batalla, ya que el chico sueña con convertirse en soldado algún día.

Montano miró a Nathan con amabilidad.

—Tienes que contarnos todo sobre tus aventuras, jovencito. Más tarde, cuando hayas descansado. —En ese momento se volvió hacia Desdémona y le besó la mano—. Señora, estaréis contenta ahora que vuestro esposo ha regresado sano y salvo.

Fue entonces cuando Nathan vio a la pobre Emilia, impasible en pie sobre el muelle.

*Me pregunto si le importa que su esposo muera o viva, pensó.*

Yago acababa de aparecer después de haber bajado de un salto del barco atracado al igual que había hecho Nathan. Se encontraba en el muelle hablando con sus hombres y no intentó en ningún momento acercarse a su esposa. Nathan se dio cuenta de que Emilia bajaba la vista y se miraba los pies y que sus mejillas se ruborizaban un poco.

*Así que sí que le importa, pensó. Pero no por su esposo, solo por la vergüenza que le acarrea.*

Entonces Nathan fue consciente de que Yago lo miraba fijamente, o más bien miraba a algo junto a él, y desvió la mirada para ver que Pearce había tomado la mano de Desdémona y la sostenía tratando de reconfortarla mientras le hablaba en voz baja. Nathan vio que los ojos de Yago se posaban sobre las manos unidas y sintió una punzada de ansiedad. ¿Había sonreído el alférez antes de retirarse?

Cuando el buque insignia hubo atracado por completo, Otelo finalmente desembarcó y se apresuró a acercarse al lugar donde se encontraba Desdémona, a la que abrazó tan fuerte que Nathan se preguntaba si podría respirar. Permanecieron enlazados durante un tiempo hasta que Otelo se desprendió y retomó su autoridad como comandante en jefe.

—¡Montano! ¡Encantado de volver a veros, amigo mío! —Estrechó afectuosamente la mano del duque—. ¡Bien hecho, Cassio! ¡Habéis llegado sanos y salvos! Y has cuidado bien de Desdémona: habla muy bien de ti. —Otelo se mostraba feliz y con ganas de bromas—. Nos hemos deshecho de los turcos y se han marchado cojeando a lamerse las heridas. Y tu joven criado aquí presente no ha tenido poco que ver. —Hizo una ceremoniosa reverencia ante Nathan, el cual sintió que se ruborizaba al sentir el orgullo que lo invadía—. Estoy seguro que os contará sus aventuras a su debido tiempo.

Pearce sonrió a Nathan, pero enseguida regresó a lo que lo ocupaba.

—¿Atacaremos ahora Chipre, general, tal y como planeabais?

Otelo dudó.

—No lo creo... Los hombres han luchado bien y se merecen un descanso. Además, no he celebrado mi matrimonio como se merece. Tengo intención de dejar que los hombres se diviertan y festejen esta noche en honor de mi unión con la señora Desdémona.

Pearce se quedó estupefacto.

—Pero, señor, ¿no les dejará eso tiempo a los turcos para reagruparse y fortificar Chipre?

—Los golpearemos con el doble de fuerza antes del final de la semana, no temáis. Pero tengo que pasar algo de tiempo con mi señora.

*Nada lo desviará de su camino*, pensó Nathan.

Pearce sonrió incómodo. Era obvio que no se encontraba feliz.

—Y, Michael —añadió Otelo—, me ha agradado especialmente la compañía del joven Marco. Me gustaría tenerlo como mi criado personal mientras estamos aquí en Creta. El duque Montano os proporcionará un sirviente para lo que necesitéis. Marco, agénciate transporte al palacio y ve en mi busca a mis aposentos.

Antes de que Pearce o Nathan pudieran responder a semejante orden, Otelo y Desdémona ya se estaban dirigiendo al carruaje del duque Montano que los esperaba.

Pearce mostraba un gesto adusto y movía la cabeza de un lado a otro.

—¡Perderemos toda la ventaja militar mientras este loco enamorado se queda embobado por su esposa! —Se llevó aparte a Nathan—. Por lo que parece, van a volver a separarte de mí, pero puede que eso sea una ventaja para nosotros. Puedes mantenerme bien informado de los planes del general si eres el que le sirves. ¿Tienes la plantilla del código?

Nathan asintió y se dio unos golpecitos en el pecho, donde escondía el cuadro de Vigenère.

—Bien. Envíame mensajes si tienes algo de lo que informarme. Creo que es mejor que nos comuniquemos de esa manera en lugar de en persona.

Nathan se mostró de acuerdo.

—Yago me vigila. Me ha hecho algunas preguntas extrañas.

—En ese caso está bien que tengas la protección de Otelo. Recuerda que estaré siempre cerca si me necesitas. —Pearce se despidió y regresó al lugar en el que se encontraban Marie y Emilia.

Mientras observaba la frenética actividad que lo rodeaba, Nathan vio que Yago se reunía con su amigo Rodrigo y decidió espiarlos. Ahora los hombres salían en masa de los barcos y le resultó bastante fácil esconderse entre la multitud para poder abrirse paso hacia los conspiradores.

Yago y Rodrigo estaban sentados sobre unos barriles junto a un almacén. Nathan se arrodilló cerca de ellos, tras un montón de sacos. Era difícil escuchar la conversación completa.

—... No hay duda que Desdémona está enamorada de él... —insistía Yago. Nathan se esforzó por poder escuchar algo más.

—¡No es posible! ¡De él no! —dijo Rodrigo, visiblemente alterado.

Nathan se preguntaba de quién estarían hablando. Resultaba muy frustrante.

Rodrigo parecía estar al borde de las lágrimas.

—No puedo creer eso de ella. ¡Bendita dama!

Yago escupió en el suelo.

—¿Bendita? Si es tan bendita, ¿qué hace con el moro? ¡Abre los ojos, hombre! ¡Ella es igual que cualquier otra mujer! He visto como le cogía de la mano...

En ese momento supo Nathan, con una certeza aplastante, quién era el hombre al que Yago señalaba como el «amante» de Desdémona.

—Que Cassio la quiere lo creo muy bien... y ella lo ama, de eso estoy convencido —dijo Yago con astucia—. Pero, escucha, Rodrigo: tengo un plan. Cassio apenas te conoce. Lo que tienes que hacer esta noche es encontrarte con él e insultarlo a voz en grito. Yo estaré cerca. Cuando pierda los estribos y pelee contigo, tú lo vencerás y yo arruinaré su reputación delante del general. Nos encontraremos esta noche...

Justo en ese momento, el traqueteo de un carro que pasaba por su lado y las pezuñas del caballo sobre los adoquines ahogaron el sonido de la voz de Yago. Ahora Yago y Rodrigo se alejaban por el muelle, todavía inmersos en la conversación.

Nathan tenía que encontrar a Pearce, y hacerlo rápido, antes de que los planes de Yago pudieran ponerse en marcha. Desesperado, echó un vistazo a la gente que quedaba en el muelle, pero su socio ya se había marchado.

De repente, un carro de mercancías cargado con los baúles y las bolsas de los barcos rodó junto a él lenta y ruidosamente. Nathan echó a correr hasta alcanzarlo y subió a él dando una voltereta. El conductor era Zeno, el que había sacado los cadáveres de la cubierta de cañones con Nathan en el fragor de la batalla.

Zeno le guiñó un ojo y le mostró su desdentada sonrisa.

—Menudo golpe de suerte, ¿eh? Puedes sentarte a mi lado si quieres, señorito. Voy a llevar todo este equipaje al palacio del duque.

Nathan sonrió y se escabulló hasta el asiento de delante.

—¿Has estado antes en Creta? —preguntó Zeno.

—No, nunca —dijo Nathan.

—Ah..., es un sitio aterrador.

Nathan miró las amenazadoras cordilleras, plagadas y torturadas por serpenteantes barrancos y cañadas. Ya veía lo que Zeno quería decir. Esto no tenía nada que ver con las doradas islas que habían dejado atrás durante su viaje por mar.

—Nunca he sabido tu nombre, señorito —dijo Zeno amablemente.

—Marco —contestó Nathan. Se percató de que el par de caballos curtidos por el trabajo que tiraban del carro no podían ir más rápido. Para distraerse de las preocupaciones que le causaban la conspiración de Yago, decidió, en la medida de lo

posible, animar a Zeno a hablar—. Cuéntame más cosas sobre Creta.

Zeno sonrió y le concedió a Nathan el beneficio de su gran sabiduría.

—Toda la fuerza del imperio de Venecia recae en la posesión de Creta. Es como un cruce de caminos, ya verás: está situada justo en el centro de todo. Pero a estos cretenses... no les gustamos, no les gusta nuestra religión y hacen todo lo que pueden por causar problemas.

—Entonces, ¿qué religión practican?

—Arggg... Supuestamente son cristianos, como nosotros. Pero les gusta su iglesia griega. Hacen la señal de la cruz de forma diferente, no creen en el Credo y ese tipo de cosas... Paganos. —Zeno volvió a escupir, esta vez con asco. Nathan pensó que eso a él no le parecía tan distinto, pero es que él no era una persona demasiado religiosa.

Había una ciudad a la vista. Desde la distancia, parecía una versión en pequeño de Venecia. Nathan vio un campanario que sobresalía sobre las fortificadas murallas de la ciudad como el que había en la plaza de San Marcos.

—¿Qué ciudad es esta? —preguntó.

—Heraklion —replicó Zeno—. Como en nuestra propia casa. Mira, ahí están el palacio del duque y la basílica de San Marcos. Esa es la capilla privada del duque. Por ahí están el arsenal y la logia. Y ahí la catedral de San Tito, con su campanario, y los barracones de San Jorge, donde me alojaré, sin duda. Ahora estamos entrando por la puerta de Jesús. Santíguate, chico, y estarás seguro durante el tiempo que permanezcas aquí.

Nathan hizo la señal de la cruz obedientemente al tiempo que atravesaban la grandiosa puerta que daba a la calle principal de Heraklion. Mientras traqueteaba el carro, se dio cuenta de que había algunas verjas que conducían a lo que parecía ser una versión más pequeña del barrio judío de Venecia. Zeno notó qué era lo que Nathan pensaba y asintió.

—Sí, chico. Eso es el gueto: justo igual que en casa.

Zeno tiró de las riendas e hizo que el carro se detuviera.

—Un pregón —dijo a modo de explicación. Señaló un balcón en el que un heraldo había tomado posición. La gente se había detenido y comenzaban a agruparse formando una multitud.

El heraldo elevó la voz.

—Para el duque Montano y el general Otelo es un placer anunciar que todos los ciudadanos de Heraklion celebrarán una fiesta en honor de la derrota de la flota turca y para celebrar el matrimonio del general. Se encenderán hogueras desde las cinco hasta las once, y habrá baile y disfrute general.

Se produjeron algunos vítores por parte de los venecianos que se encontraban entre la multitud, pero los cretenses simplemente murmuraron.

—Nadie parece estar demasiado entusiasmado por lo de esta noche —observó Nathan.

Zeno escupió por el costado del carro.

—Arggg... es lo que te he dicho antes, chico, los cretenses nos odian. Te lo digo: odian a todo el mundo. Siempre han estado bajo el yugo de uno u otro imperio, ¿sabes? Roma, Bizancio, Grecia...

Nathan veía que el pertenecer a un pueblo que se encontraba permanentemente en estado de ocupación podía generar resentimiento.

—Hay una cosa buena en este maldito lugar... —Zeno soltó una risita mientras hacía que los caballos se movieran de nuevo—. ¡El vino! Y esta noche fluirá abundantemente. ¡El general se ocupará de ello! Bueno, chico, ya hemos llegado. El palacio del duque.

Aparecieron los criados y comenzaron a descargar las bolsas y a dejarlas en el patio. Nathan bajó de un salto del carro y se cuadró ante Zeno, el cual le guiñó un ojo antes de partir en dirección a los barracones.

Nathan subió a toda velocidad los escalones de mármol a la vez que preguntaba el camino. No podía perder tiempo: tenía que advertir a Pearce del complot de Yago. Pero no había llegado más allá de la mitad de la escalinata cuando se encontró con una preocupada Emilia.

—¡Oh, Marco, gracias a Dios que te he encontrado! El general insiste en que seas su asistente durante la bendición de su matrimonio. Le gustaría que fueras el paje. ¡Rápido! Tienes que lavarte y cambiarte. ¡No hay tiempo que perder!

—Pero tengo que... —Nathan comenzó a protestar, pero Emilia lo agarró de un brazo.

—¡Ssss! ¡Vamos, no tenemos tiempo!

Lo llevó en volandas por las escaleras y a través de un pasillo llegaron a la habitación del general. Otelo vestía una extraña túnica. Larga y vaporosa, era de color rojo oscuro y estaba ribeteada de oro. Nathan pensó que parecía el rey de un exótico país oriental. Otelo sonrió y desfiló ante él con los brazos extendidos.

—Me estás viendo con mis mejores galas, Marco. Listo para arrodillarme ante el obispo y decir mis votos... ¡y tú serás mi paje! —El general estaba entusiasmado, como si fuera un niño—. ¿Tienes ropa adecuada?

—Tengo un conjunto de vestir, señor. —Su mente funcionaba a toda velocidad y se preguntaba cómo podría escaparse y hablar con John Pearce.

—Entonces eso será suficiente. Emilia —siguió dando instrucciones Otelo—, lleva a Marco a su dormitorio, donde pueda lavarse para desprenderse de la suciedad del viaje y se pueda vestir. Pero ¡date prisa! El obispo y mi dama nos esperan.

Emilia condujo a Nathan a una pequeña habitación, como si fuera un armario, situada frente a la de Otelo. Había una cama y una mesa y, sobre ella, una jarra de agua y una palangana. Sobre la mesa había también velas, una palmatoria, pedernal, papel, plumas y un tintero. Su bolsa se encontraba ya sobre la cama.

—Estarás cerca del general, de forma que puedas atenderlo cuando te necesite —dijo ella—. Aquí tienes el agua. Haz como te dice tu amo, y date prisa.

—Emilia —preguntó Nathan al tiempo que ella se daba la vuelta para salir—, ¿asistirán el *signor* Cassio y la señora Bianca a la boda?

—Ciertamente.

—¿Y vos y vuestro esposo?

Emilia hizo un puchero y negó con la cabeza. Luego cerró la puerta tras ella. Nathan pensó que eso constituiría otro agravio que Yago esgrimiría contra Cassio. Nathan se desvistió deprisa y vertió agua en la palangana.

Tenía que advertir a Pearce sobre la conspiración de Yago. Palpó dentro de su chaleco y sacó el cuadro de Vigenère. Escribiría a John un mensaje cifrado y se lo metería en la mano discretamente durante el servicio. Pearce se daría cuenta de que se trataba de algo importante y se escabulliría para poder descifrarlo. Nathan se sentó frente a la mesa, cogió una pluma y un trozo de papel y se concentró. Utilizando su contraseña, «Nathan», comenzó a construir un mensaje en el que advertía a Pearce del hecho de que Yago y Rodrigo tenían la intención de luchar con él en la calle y de que no abandonara el palacio esa noche.

LAZV Y EBDKPG B DUBLRRA LNJHNE CHUTVTO XL LN PAESE AB AUHAQBNXY EY  
CAEHCVB ELAA ABCAL

Volvió a deslizar el cuadrado Vigenère en su bolsillo secreto y dejó que el mensaje se secara mientras se vestía con sus mejores ropas. Entonces dobló con cuidado el papel y lo puso dentro de la bota. Ahora ya estaba listo para cumplir con sus obligaciones como paje en la bendición del matrimonio de Otelo y Desdémona. Aunque Nathan sabía que si Yago se salía con la suya, ese matrimonio no resultaría bendecido, sino maldito.

## «La naturaleza de los hombres disputa por minucias...»

Había dos carruajes en el patio del palacio. Uno llevaba a los prometidos y el otro al duque Montano, a Marie y a Pearce. Nathan se quedó en suspenso un instante dudando sobre el carruaje al que debía subir.

Marie lo miró esperanzada, pero Otelo lo llamó alegremente.

—¡Desdémona! ¡Aquí llega nuestro paje! Vendrá con nosotros. ¡Vamos, Marco!

Nathan hizo lo que le dijeron y tomó asiento frente a la feliz pareja, frustrado al ver que perdía la oportunidad de hacerle llegar la nota a Pearce.

Los carruajes partieron sin problemas acompañados por el ruido de las pezuñas al repicar sobre los adoquines del patio. Con una sonrisa, Otelo se quitó la cadena que llevaba al cuello. De ella colgaban dos anillos, uno grande y el otro pequeño. Se la entregó a Nathan.

—Cuídalos con tu vida, chico.

—Lo haré, señor —dijo Nathan con voz firme mientras se colocaba la cadena alrededor del cuello.

—Cuando lleguemos a la catedral, ocupa tu lugar detrás de nosotros y presenta los anillos cuando el obispo proclame el intercambio de los votos.

—Entiendo, señor —replicó Nathan.

Los carruajes se detuvieron ante la catedral y allí, junto a la puerta, estaban el obispo y dos clérigos, los cuales hicieron una profunda reverencia cuando llegaron los contrayentes. Entraron todos en la fresca penumbra del templo y Nathan se percató de que eran las únicas personas que se encontraban allí. Todos los bancos estaban vacíos. Nathan miró hacia atrás y vio al duque Montano, que parecía estar tremendamente apurado. Seguro que esperaba que, para la ocasión, hubieran acudido algunos de los venecianos más importantes de la ciudad, pero la iglesia vacía hablaba en nombre de los habitantes de Heraklion.

Los contrayentes y sus acompañantes llegaron al altar y se produjo un extraño silencio.

El obispo carraspeó.

—General, ¿empezamos ya?

Otelo pareció dudar durante un instante y una serie de emociones encontradas surcaban su rostro. Se dirigió al duque con desprecio.

—¡Esperaba que acudirían a esta boda algunas de las personas cuyas vidas se han salvado gracias a la ausencia de una invasión turca! —Entonces se volvió hacia el obispo y le habló con desdén—. Eminencia, este matrimonio será bendecido les guste

o no a los hombres. ¡Proceded!

El obispo inclinó la cabeza y comenzó la ceremonia. Nathan la encontró larga y aburrida. El obispo entonaba sus oraciones e invocaciones con un monótono sonsonete y los dos clérigos balanceaban los incensarios. Nathan se encontró con que tenía que luchar por concentrarse. Una iglesia llena a reventar habría concedido un cierto brillo a la ceremonia, pero, dadas las circunstancias, las respuestas de los contrayentes resonaban en el vacío y el desencanto ensombrecía el ambiente.

Una vez que el general y Desdémona fueron declarados marido y mujer, la diminuta comitiva nupcial salió a la brillante luz del día. Los carruajes emprendieron su solitario viaje al palacio, dirigiéndose cada vez más directamente hacia la depresión que se había apoderado de Otelo. Nathan pensó que el general debía de estar conmocionado. En un solo día había pasado de ser el aclamado comandante de las victoriosas tropas venecianas a ser sujeto de desaprobación de las mentes intolerantes.

Yago esperaba dentro del vestíbulo y su expresión frustrada cambió a una de taimada satisfacción cuando vio el ánimo que reinaba en el grupo.

Sobresaltado, Nathan recordó el mensaje que aún no le había dado a Pearce. Se dio la vuelta para ver si podía entregárselo con disimulo en ese momento, pero Pearce y Marie se habían deslizado discretamente escaleras arriba y Nathan había perdido la oportunidad.

El duque Montano daba voces ante Otelo e intentaba excusar a sus súbditos. Otelo lo hizo callar con un desdeñoso gesto de la mano y le dijo que concentrara su atención en asegurarse que toda salía como estaba previsto en el banquete de bodas de la noche.

—Como los invitados serán mis oficiales, no debemos temer que no acudan —comentó el general con cinismo cuando ya se retiraba.

Desdémona se puso al cuidado de Emilia, después de recibir un beso de Otelo e instrucciones de que descansara. Con un chasquido de sus dedos, Otelo llamó a su alférez para que lo siguiera. Nathan fue tras ellos. Era un general con gesto adusto el que entró en su habitación a grandes zancadas.

En silencio, Nathan ayudó a Otelo a desvestirse mientras escuchaba con atención cómo el hombre descargaba su ira en Yago.

—Esta gente nos ha tratado con absoluto desprecio a mi esposa y a mí. No se lo perdonaré —rugió.

Yago murmuraba comentarios compasivos mientras Nathan pensaba en cuán diferentes eran el general y *sir* Francis Drake. Pensó que Drake habría hecho que sus hombres sacaran a los cretenses a rastras de sus casas y los llevaran a la catedral. Nunca habría soportado la humillación que había sufrido hoy Otelo. Nathan sintió pena por el general, pero se dio cuenta de que el hombre a quien tanto admiraba era demasiado blando. Quizá su falta de educación, sus años de esclavitud y el color de su piel hacían que estuviera demasiado necesitado de la aceptación de los demás. A

Otelo le vendría bien algo de la mano dura de Drake.

Yago estaba ocupado en adular al general.

—Los venecianos que viven en las colonias se consideran más importantes que lo que en realidad son —se atrevió a decir—. Si estuvieran en Venecia podrían ver la alta consideración en la que os tiene el Consejo.

Nathan vio que los halagos de Yago habían hecho que la seguridad en sí mismo de Otelo aumentara un poco. Como general se merecía respeto, incluso aunque como novio no recibiera ninguno.

—Apartad a esa gente de vuestra mente, señor —continuó Yago con suavidad—. Dentro de poco, os encontraréis entre vuestros hombres y os regocijareis con su aprobación y veréis que sois de veras un admirado general.

—Mi honrado Yago... —Otelo posó la mano agradecido sobre el brazo del alférez—. Ya sé que no decís más que la verdad, como siempre. Podéis dejarme y atender vuestros asuntos. —Nathan se preguntaba cómo podía estar tan ciego el general como para invertir en Yago semejante confianza. Recordó el odio que había mostrado el alférez hacia Otelo en aquella habitación de Venecia.

Yago se cuadró y se retiró. Nathan también se dirigió a la puerta, pero Otelo lo detuvo.

—Marco, ¿sabes leer?

—Sí, señor —dijo Nathan volviéndose hacia él.

—Entonces quédate conmigo y léeme la Biblia. Me duele la cabeza. Lee para que me distraiga.

Otelo sostenía una Biblia de gran tamaño y Nathan la cogió pesaroso. Esperaba haber podido escabullirse y deslizar el mensaje bajo la puerta de John, pero ¿qué podía hacer?

Él se tumbó en la cama y Nathan se sentó en una silla.

—¿Qué queréis que os lea, señor?

—Me gustaría que me leyeras del Libro de los Números el capítulo doce, cuando el Señor castigó a los que se manifestaron en contra del matrimonio de Moisés con una etíope. Léemelo. Me causará satisfacción.

Nathan sintió un escalofrío cuando el general cerró los ojos con una triste sonrisa mientras él leía la terrible historia de la hermana de Moisés que se convirtió en leprosa porque no aprobó su matrimonio.

Esa noche, en el salón principal de palacio, el duque Montano trataba de relajar los ánimos. Se servían exóticos manjares, los músicos tocaban dulcemente y los oficiales del ejército del general daban vueltas bebiendo libremente antes de tomar asiento. Desdémona, Marie y Emilia eran las únicas mujeres. Tendría que haber sido una ocasión alegre, pero los soldados se habían enterado de la humillación sufrida durante la boda, por lo cual la atmósfera era tensa y todos los ojos estaban puestos en el serio

rostro del general.

—¡Esta es una isla maldita! —declaraba a cualquiera que quisiera escucharlo—. ¿Sabíais que Creta es el lugar en el que el legendario Minotauro mató y devoró a cientos de jóvenes? ¿Y que toda la antigua civilización que poblaba esta árida roca en su totalidad fue destruida por un terrible desastre?

—¿Qué desastre pudo ser para hacer que todo un pueblo desapareciera? —preguntó Pearce en un intento por seguir la conversación.

Otelo se encogió de hombros y se sirvió una copa de vino.

—¡Quién sabe! Probablemente fue la justicia de los dioses la que visitó este espantoso lugar. Esta isla no me causa ningún interés. —Se volvió hacia Desdémona—. Sin embargo, Chipre... Esa sí que es una isla bonita, con una brisa ligera y cálida. Cuando tomemos Chipre y me nombren gobernador, viviremos en medio del esplendor, amor mío, lejos de los prejuicios de los venecianos.

Desdémona sonrió, pero Pearce parecía encontrarse algo incómodo. Nathan recordó que el dux tenía otros planes para Chipre: si era recuperada, la gobernaría un gobernador inglés, no Otelo. Sintió pena por Desdémona y se preguntó dónde encontrarían un hogar si no era en Chipre.

Otelo se encontró de mejor humor cuando empezó a hablar de la batalla contra los turcos. El duque pareció aliviado y participó en la conversación. Todo el mundo estaba fascinado y Nathan vio que esta era su oportunidad para hacer llegar el mensaje en clave a las manos de Pearce. *¡Por fin! ¡Menudo alivio!* Pearce abrió el mensaje bajo la mesa y frunció el ceño. Cruzó una mirada con Nathan, pero no tuvo ocasión de abandonar la sala para descifrarlo.

—Por supuesto —estaba diciendo Otelo en alta voz—, ¡el verdadero héroe de las últimas horas fue ese joven Marco que tenemos por aquí! —Todos se volvieron para mirar con interés a Nathan y este sintió que se ruborizaba—. Y ahí estábamos —continuó Otelo—, luchando cuerpo a cuerpo con los turcos a bordo del barco que habíamos capturado y un solitario balletero en el castillo nos estaba diezmado. De repente, se vio en el aire el resplandor de un puñal que llegaba de la cofa de vigía de nuestro buque insignia y el balletero turco cayó muerto, con la flecha todavía en la ballesta. Miré hacia arriba y vi que el joven Marco había lanzado el puñal. Os lo advierto, ¡desobedeció mis órdenes al estar en la cubierta!

Todos se rieron y los hombres se prestaron a beber a la salud del joven que había sido tan valiente. Marie se llevó la mano a la boca del susto, pero Pearce se puso en pie y levantó su cáliz en honor de su joven amigo. Nathan se sintió muy orgulloso, pero, consciente de que estaba en compañía de soldados curtidos en la batalla, también un poco incómodo. Dio las gracias balbuceando.

Mientras continuaba el banquete, Nathan no dejaba de vigilar a Pearce con la esperanza de que pudiera excusarse durante un momento para leer el mensaje, pero no fue así.

—Es hora de que nos retiremos a nuestra alcoba —anunció Otelo con una sonrisa

mientras ayudaba a Desdémona a levantarse—. ¡Cassio! Os quedáis a cargo de la guardia esta noche. Aseguraos de que los festejos no se desmandan.

—Podéis confiar en mí, señor —replicó Pearce.

—Bien, bien.

Todos aplaudieron a la pareja según abandonaba la sala y Nathan se abrió paso hasta Pearce poco a poco. Tenía que hablar con él. Pero Yago llegó antes.

—Teniente Cassio, ¿venís con nosotros a beber a la salud del general antes de comenzar la guardia?

Pearce negó con la cabeza.

—No, Yago. Lo siento pero tenemos trabajo.

Yago insistió.

—Pero aún es temprano, señor y a algunos de nuestros oficiales les gustaría conoceros mejor. —Con un gesto de la mano señaló a un grupo de hombres de pie en las cercanías—. Les he prometido que vendríais.

El duque Montano se unió a la petición.

—Debéis venir y brindar a la salud del general, Cassio.

Para frustración de Nathan, Pearce accedió sin demasiadas ganas a acompañar a los hombres, pero antes se excusó un momento para hablar con Marie. Nathan merodeó a su lado mientras se preguntaba si Pearce también se dirigiría a él, pero su amigo regresó derecho con los hombres y salieron.

Marie se le acercó y le susurró algo al oído.

—Pearce ha dicho que vayas tras él, pero que no te vean. Puede que te necesite. —Agradecido, Nathan inclinó la cabeza y salió corriendo tras su socio.

No fue difícil seguir al grupo de hombres. Nathan podía oír cómo Yago se reía y gastaba bromas continuamente. Las calles de Heraklion estaban llenas de gente, de soldados y marineros que se tomaban muy en serio el decreto del general sobre su diversión. Los borrachos salían tambaleándose de pequeñas tabernas, después de ser expulsados por hoscros cretenses que ya los habían aguantado lo suficiente.

Al pegarse a una pared para evitar que le cayera encima otro soldado al que habían lanzado a la calle, Nathan vio a un hombre que llevaba puesto uno de esos siniestros antifaces venecianos. Por la forma en la que andaba y por sus gestos, estaba seguro de que se trataba de Rodrigo. Vio que palpaba su espada y se separaba intencionadamente del grupo de juerguistas de Yago. Nathan sabía que era el momento acordado en el que Rodrigo retaría a John Pearce a duelo.

Aceleró el paso. No tenía sentido intentar esconderse. Rodrigo mostraba demasiada determinación como para darse cuenta de que lo seguían.

Al llegar a una pequeña plaza, Nathan vio que el grupo de Yago se había sentado alrededor de una mesa en una taberna grande que tenía el frente descubierto. Durante un momento, perdió de vista a Rodrigo y, nervioso, echó un vistazo a la multitud que andaba paseándose por allí. Varios de los venecianos lucían máscaras. Los ojos de Nathan se movían frenéticamente de figura en figura hasta que volvió a encontrarlo,

sentado solo en una taberna al otro lado de la plaza y bebiendo una copa de vino. Tenía los ojos fijos en Pearce.

Nathan tomó posiciones en un portal desde el que tenía una buena visión de ambos lados de la plaza. Esperó y respiró profundamente para ayudarse a permanecer tranquilo. En ese momento, una fuerte palmada en la espalda hizo que se tambaleara hacia adelante.

—¿Qué tal, chico? ¿Te lo estás pasando bien? —le gritaba junto al oído una fuerte voz de borracho. Era Zeno.

—Ah... Zeno... Bien... Bueno, ahora mismo estoy un poco ocupado... —tartamudeó Nathan, sorprendido por la fuerza del amistoso ataque.

El jovial borracho dio un fuerte abrazo al chico.

—¿Ocupado? ¡Es imposible que estés ocupado! ¡Esta noche no! Ven a tomar algo con tu viejo amigo Zeno. ¡Ven a tomar algo!

Nathan intentó zafarse del abrazo del hombre.

—Ahora no, amigo. Estoy haciendo algo urgente para mi señor. —Retiró a Zeno de un empujón con tanta fuerza como le fue posible. El hombre rebotó contra la pared con una expresión sorprendida en el rostro y se derrumbó en el suelo aturdido.

De repente, se oyó a alguien que gritaba y Nathan sintió que se le helaba la sangre. Rodrigo estaba en pie en medio de la plaza, llamando a John Pearce. Había desenvainado la espada y buscaba pelea.

—¡Michael Cassio! ¡Asqueroso florentino! ¡Sal aquí, escoria! Desdémona nunca volverá a mirar tu bonita cara cuando haya grabado en ella mis iniciales. ¡Sal aquí y lucha como un hombre!

En la plaza reinaba un silencio absoluto, excepto unos pocos gritos que animaban la pelea y unas pocas risas ante los insultos de Rodrigo. La expresión de Pearce era de ira contenida y Yago mostraba una media sonrisa expectante. Nathan se agachó, sacó ambas dagas de las botas y les dio la vuelta en la palma de las manos de forma que pudiera esconderlas en las mangas. Se juró a sí mismo que su primera daga sería para Rodrigo y la segunda para Yago.

Pearce se levantó y desenvainó la espada. Relucía a la luz de las antorchas y se produjeron murmullos de aprecio por parte de los que sabían distinguir una buena espada cuando la veían. Entonces comenzó a andar despacio para enfrentarse al que lo había retado.

—¿Quién es el que habla de forma tan malvada de la esposa del general? ¡Dadme un nombre para que sepa quién ha sido el que ha insultado a tan noble dama!

Rodrigo no dijo nada. Nathan vio que estaba bebido y que probablemente John lo vencería, pero se mantuvo alerta a la espera de la menor señal que solicitara su intervención. Le causaría un gran placer ver cómo Yago movía un solo dedo. Nathan sonrió al imaginarse su daga alcanzando rápidamente el pecho de Yago.

Pearce y Rodrigo se movían en círculos el uno frente al otro. Bajo la máscara de Rodrigo se veía cómo goteaba el sudor. De repente, lanzó un quite y Pearce, sin

moverse de su sitio, rechazó el lance con desdén.

Rodrigo lanzó un nuevo envite y una vez más Pearce apartó la espada con rápido movimiento de muñeca. Se produjeron algunos choques de metal más no demasiado impetuosos y, en ese momento, Rodrigo sacó una daga que llevaba oculta. Instintivamente, Nathan sacó de un tirón uno de sus puñales de debajo de la manga y lo sostuvo por la punta, listo para ser arrojado. Pearce, con un rápido movimiento de la mano izquierda, dejó caer la capa que llevaba sobre el hombro y la agarró del cuello, listo para utilizarla como protección contra la daga. Rodrigo atacó de nuevo, pero Pearce detuvo su lance con habilidad. Agitó la daga sin control alguno intentando atacar el costado de su oponente, pero Pearce lanzó su capa sobre la cabeza de Rodrigo y de una fuerte y atinada patada, hizo que la daga saliera volando de su mano. Entonces, casi como si de un baile se tratara, Pearce apretó uno de sus pies contra el suelo y levantó el otro para golpear con su bota a Rodrigo en el pecho y hacer que cayera hacia atrás tambaleándose.

En ese momento, el duque Montano, inconscientemente, decidió intervenir. Se acercó corriendo al lugar del duelo justo en el momento en el que Pearce echaba hacia atrás el brazo que empuñaba la espada. Los espectadores emitieron un unánime grito ahogado al ver cómo la afilada hoja efectuaba un profundo corte en el brazo extendido de Montano. Rodrigo se aprovechó de la confusión para escapar corriendo mientras Pearce dejaba caer la espada y utilizaba su capa para detener la hemorragia del duque.

Asustado, Nathan se deslizó hacia el interior del portal y volvió a colocar las dagas en las botas. Luego se acercó corriendo al lugar donde se encontraba Pearce, en pie y pálido, mientras contemplaba como un grupo de hombres intentaban levantar del suelo al duque herido.

—Ha sido un accidente, un estúpido accidente. —Pearce estaba visiblemente conmocionado—. ¿Qué es lo que lo ha poseído para echar a correr tras de mí como lo ha hecho? —Se recompuso y miró a Nathan—. Adelántate y despierta a tu hermana —susurró—. Tiene que cuidarle las heridas. —Nathan no las tenía todas consigo y no quería apartarse del lado de su amigo, pero sabía que Pearce tenía razón: Marie sabía cómo salvar al duque. Asintió y echó a correr tan rápido como le permitían sus piernas.

Cuando llegó al palacio, Nathan subió los escalones de tres en tres y voló por el pasillo hasta llegar a la habitación de Marie. Entró como una exhalación, sin llamar y se encontró a Marie jugando a las cartas tranquilamente con Emilia. Las dos levantaron la mirada sorprendidas.

—¡Ha habido un accidente! ¡Han herido al duque! ¡El señor dice que tenéis que ayudarlo, señora! Vienen hacia aquí.

Marie se levantó de un salto.

—Baja una palangana de agua al salón, Emilia. Marco, vete a las cocinas y trae trapos limpios, coñac y miel.

—¿Miel? —preguntó Nathan sorprendido.

—¡Hazlo, por favor! Tengo que buscar la aguja y el hilo. ¡Vete! ¡Vete!

Para cuando los hombres regresaron al palacio con el duque herido a cuestas, Emilia, Marie y Nathan ya estaban listos y esperando. Marie se abrió paso a través del grupo de hombres para acercarse al duque, pero Yago le cerró el paso.

—Esto no es asunto vuestro, señora —dijo cortante.

Marie le lanzó una mirada de desprecio.

—Sé lo que hago señor. Permitidme que me ocupe del duque. —Era obvio que no pensaba discutir sobre ello y los hombres dispusieron al duque Montano sobre una mesa y se echaron hacia atrás. Marie recortó la manga con un cuchillo y dejó a la vista la herida abierta hasta el hueso.

—Estoy acabado, me estoy desangrando... —se quejaba Montano.

—No, señor —dijo Marie con firmeza—. No moriréis. Pero tenemos que detener la hemorragia. Tenéis que ser valiente. Os dolerá.

Todos guardaban un respetuoso silencio mientras Marie vertía el coñac sobre la herida. Los quejidos del duque se hicieron más audibles al tiempo que el escozor del alcohol surtía efecto. Entonces, con dedos llenos de sangre y húmedos, Marie enhebró con destreza una gran aguja con hilo de tripa y procedió a coser las capas de carne y tendones. El duque se retorció de dolor y dos hombres tuvieron que sujetarlo. Marie siguió luchando despacio hasta que la herida estuvo cerrada. Entonces extendió abundante miel sobre su trabajo de artesanía antes de vendar el brazo.

—¿Qué es lo que hace la miel, Bianca? —susurró Emilia, su ayudante durante la tétrica tarea.

—Los antiguos griegos la utilizaban sobre las heridas. Evita que se forme pus. — Marie habló con firmeza al apenas consciente duque—. El brazo sanará, señor, pero tardará muchos meses. Habéis perdido mucha sangre y debéis descansar.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí esta noche? —tronó una voz familiar.

Los hombres que rodeaban la mesa se separaron y dejaron sitio a la formidable figura de Otelo. No le complacía verse molestado y Nathan, al ver que Yago estaba justo detrás, sospechó que el alférez había disfrutado al llamar a la puerta de su dormitorio.

Pearce dio un paso adelante.

—Un accidente, señor. El duque trató de intervenir en un duelo y mi espada lo hirió.

Los ojos de Otelo echaban fuego.

—¿Vos en un duelo?

Pearce asintió y emitió unas palabras casi inaudibles.

—Sí, señor.

—¿Mi segundo de a bordo en un duelo? ¿Así es como sois un ejemplo para mis hombres? —La furia de Otelo era como un volcán. Levantó tanto la voz que las vigas

parecían temblar.

—Si me dejáis que os explique...

—¡No! ¡No os dejes! —Otelo tenía su rostro a unos pocos centímetros del de Nathan—. Michael Cassio, os relevo de vuestro cometido. No voy a aguantar que me sirva un teniente que se dedica a las peleas callejeras. Regresareis a Venecia en el primer barco disponible.

*¡No! ¡Eso no es justo!* Nathan se sentía indignado y le hubiera gustado gritarle al general y decirle lo estúpido que había sido todo.

Otelo se volvió hacia su alférez.

—Yago, vete y haz que finalicen las festejos en la ciudad. Llévate a tus hombres y haz una redada para que los borrachos y pendencieros se recojan. Manda a la gente a dormir. Ya hemos tenido suficientes tonterías por esta noche.

Yago inclinó la cabeza y Otelo, con una última mirada en la dirección de Pearce, acompañó a los sirvientes que llevaban al duque a sus aposentos.

Pearce se dejó caer en una silla con la cabeza entre las manos.

—Bueno, he aquí mi reputación destruida —musitó en voz baja—. Si no puedo ser el segundo de a bordo de Otelo, el dux no cumplirá su promesa de una alianza. — Se sentía cansado y conmocionado por lo ocurrido.

Yago se acercó desde el otro extremo de la habitación, mostrando en su rostro su falsa preocupación.

—Teniente Cassio, no se lo tengáis en cuenta al general. Tiene un humor muy cambiante, y pasa del frío al calor con facilidad. Está de mal humor porque el día no le ha ido bien. Pero, escuchad lo que os digo: la señora Desdémona lo domina. Si ella le hablara bien de vos, la escucharía. Deberíais ir a verla y preguntarle si hablaría por vos.

—Lo pensaré. Gracias, alférez. —Nathan pudo percibir que Pearce se había cansado del calculador soldado.

Yago abandonó la habitación y Nathan se acercó a la ventana. Mientras miraba a la calle, vio una figura que salía de entre las sombras para encontrarse con Yago. Era Rodrigo, ahora sin el antifaz. Estaba nervioso y Yago parecía estar intentando tranquilizarlo.

Nathan se sintió profundamente frustrado por no haber sido capaz de hacerle llegar a tiempo a Pearce su mensaje cifrado para haber podido evitar el desastre de esa noche.

*Puede que Yago haya ganado una victoria esta noche, pensó, pero no dejará de conspirar. Ahora Pearce se encuentra en peligro mortal.*

«Cuidaos, señor, de los celos. Son un monstruo de ojos verdes...»

Los acontecimientos de la noche flotaban en el ambiente como un fétido hedor. Nathan se deslizó sin ser visto en el dormitorio de Pearce y lo encontró descifrando el mensaje. El hecho de que el duelo podía haberse evitado no hizo más que aumentar la frustración de Pearce.

Nathan observó a su amigo pasearse arriba y abajo por la habitación y lo escuchó pacientemente mientras echaba humo.

—Si no participo en la reconquista de Chipre, entonces el dux quizá no cumpla con el acuerdo. Quizá si hiciéramos saber a Otelo sobre la misión y el por qué estamos aquí... Podría mostrarle los versos de Shakespeare y podría mostrarle el paño para que pudiera descifrarlos...

Marie cosía en una esquina de la habitación.

—No puedes hacer eso —dijo nerviosa.

Pearce le lanzó una mirada inquisitiva y ella se ruborizó.

—He... he regalado el pañuelo... el que tiene las fresas... a Desdémona.

—¿Qué? —dijeron a un tiempo Nathan y Pearce.

—Bueno, pensé que habías acabado con él y... se lo enseñé... y a ella le gustó. ¡Me dijiste que fuera amable con ella!

—¡De todas las cosas absurdas...! —Pearce apenas encontraba palabras.

Nathan trató de tranquilizar a su amigo.

—No creo que la pérdida del pañuelo sea tan importante, John. Otelo se está volviendo terriblemente inseguro. Se sintió profundamente insultado cuando nadie asistió a la ceremonia de su boda y eso le está pasando factura. Yago le habla al oído con palabras llenas de maldad, lo cual lo estropea todo. Si le cuentas a Otelo que a sus espaldas tuvo lugar una conspiración entre Venecia e Inglaterra, lo único que conseguirás es enfadarlo más.

Pearce miró a Nathan admirado.

—Tienes razón, Nathan. Contarle todo esto ahora que está tan inquieto sería un error.

—Quizá merezca la pena pedirle a Desdémona que hable a su esposo a tu favor —comentó Marie—. Él haría cualquier cosa por ella.

—Puede —dijo Pearce de mala gana—. Nathan, mañana por la mañana ven y avísame cuando el general haya abandonado el palacio. Entonces iré y hablaré con Desdémona.

Pearce se acostó en la cama para intentar dormir en la medida de lo posible. Marie se retiró a su alcoba y Nathan comprobó que no había nadie por allí antes de salir sigilosamente y dirigirse a su propia cama. Si Nathan quería mantener la confianza de Otelo, no debía ser visto demasiado a menudo en compañía de Pearce.

Por la mañana, el desayuno fue sombrío.

—Hoy inspeccionaré las fortificaciones —anunció Otelo con sequedad. Dicho esto, salió a grandes zancadas del salón para ir al encuentro de los hombres que lo esperaban.

Nathan se escondió en el pasillo, desde donde aún podía oír y ver al general. Observó que Yago se separaba del grupo y se acercaba a su esposa. Tomó a Emilia por un brazo y la apartó a un lado. Ella parecía estar muy asustada. El rostro de Yago estaba junto a su oreja y hablaba a gran velocidad. Emilia asintió y su esposo la soltó. Nathan se preguntó si Yago estaba incorporando a su esposa a la conspiración y juró que la vigilaría de cerca a partir de ese momento.

Los caballos estaban preparados en el patio y Nathan se mantuvo junto a la ventana para ver cómo el general y sus hombres los montaban y se alejaban cabalgando. Entonces se apresuró a llevar a la habitación de Pearce la noticia de que el general había salido.

De inmediato, Pearce envió a Nathan a solicitar una audiencia con Desdémona. Fue Marie la que abrió la puerta.

Sonrió a Nathan.

—Desdémona está deseando ayudar. Dice que le digas a tu señor que puede venir a visitarla después del mediodía.

Nathan regresó para comunicar a Pearce la buena nueva. Su socio se encontraba inquieto.

—Estoy harto de estar encerrado en la habitación —dijo.

—¿Por qué no buscamos unos caballos y salimos a dar una vuelta? —sugirió Nathan. Pasar la mañana a caballo haría que se sintieran más animados.

Pearce y Nathan cabalgaron hacia los áridos campos y a la primera oportunidad, hicieron galopar a los caballos. Se convirtió en una carrera entre los dos y carcajadas de entusiasmo salían de sus bocas mientras el viento les golpeaba el rostro. Finalmente, pusieron los caballos a medio galope y se sonrieron: los demonios de la noche anterior habían sido exorcizados con el ejercicio.

Pero había un pensamiento que fastidiaba a Nathan. Otelo había dicho al segundo de a bordo caído en desgracia que tomara el primer barco de vuelta a Venecia.

—John, tú no abandonarías Creta sin nosotros, ¿verdad? —preguntó nervioso.

Pearce se rio.

—¡Dios mío, no! Me temo que aquí se incuba la locura. No, Nathan, de ahora en adelante donde yo vaya iréis Marie y tú.

Nathan se sintió aliviado. Hicieron girar los caballos hacia la línea de mástiles que se avistaban en el horizonte y trotaron en dirección al mar.

El muelle bullía de animación. Los hombres reían y gritaban. Ambos desmontaron y Nathan sostuvo los caballos mientras Pearce se abría camino a través de la muchedumbre para averiguar lo que ocurría.

Mientras esperaba, Nathan sintió un codazo en las costillas. Era de nuevo el desdentado Zeno.

—¡Marco, viejo amigo! —exclamó alegremente—. ¡Menuda noticia! ¡Menuda noticia!

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —Nathan se rio al ver el rostro alegre del viejo.

—¡Los españoles han sido humillados! ¡Eso es lo que ha ocurrido! —Zeno bailaba travieso—. ¡Ese pirata inglés, Drake, ha quemado todos sus barcos en el puerto de Cádiz! ¡Toda la flota! ¡Toda la bendita flota española ha ardido! ¿Puedes creértelo? ¡Apuesto a que el rey Felipe está escupiendo sangre en este momento! Le está bien empleado. No está bien que un país tenga semejante imperio. No está para nada bien.

Zeno se alejó bailando de contento. Nathan se preguntó cómo se habría celebrado en Londres la noticia de la hazaña de Drake. Con cierta pena, pensó en toda la jugra que se estaría perdiendo, en cómo el teatro de Shoreditch estaría preparando a toda prisa una obra sobre Drake y sus gloriosas gestas. Sonrió al pensar que él probablemente habría tenido el papel de alguna damisela española en apuros y decidió que, después de todo, casi prefería haberse perdido la experiencia.

Pearce se abrió paso de nuevo entre la multitud con una amplia sonrisa en el rostro.

—Drake ha saqueado Cádiz —dijo casi sin poder creérselo.

—Ya lo sé. Me lo acaba de decir uno de los soldados. ¿Cómo ha llegado la noticia hasta aquí?

—Un mercante de camino a Venecia pasaba junto a Cádiz cuando ocurrió. Lo vieron todo y llevaron la noticia al palacio del dux tan pronto como atracaron. El dux envió a ese barco en concreto con la noticia. —Señaló una pequeña pinaza algo más alejada en el muelle.

Mientras observaban, un hombre de una cierta categoría seguido por dos sirvientes desembarcó y montó en los caballos que esperaban.

—Sin duda, ese mensajero de Venecia va al encuentro del general para darle la noticia. Necesito hablar con la señora Desdémona cuanto antes, por si acaso Otelo vuelve temprano.

Cuando regresaron al palacio, Desdémona estaba lista para recibir a Pearce. Nathan esperó en el exterior de la habitación. ¿Sería cierto que Desdémona intentaría hacer entrar a su esposo en razón?

Se produjo una conmoción en el patio de afuera y Nathan corrió hasta la ventana más cercana. Otelo subía las escaleras dando brincos, seguido muy de cerca por

Yago. El general no parecía contento. Nathan recorrió corriendo el pasillo y llamó a la puerta con urgencia.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Ya ha regresado el general!

Se abrió la puerta y salió Pearce. Desdémona estaba en pie tras él.

—Quedaos y escuchad lo que le digo a mi esposo —le urgió ella, pero Pearce declinó la invitación y prefirió que el general lo llamara a su presencia cuando decidiera que quería verlo.

Nathan se agachó en el umbral de su propia habitación, un poco más adelante del pasillo, y Pearce se alejó a toda prisa. Pero Otelo había doblado la esquina un segundo antes, justo a tiempo para ver cómo Pearce abandonaba la habitación de Desdémona.

Nathan pudo oír la conmoción en su voz.

—Yago, acabo de ver a Michael Cassio salir de la habitación de mi esposa. Se ha alejado a toda prisa, como si supiera que yo llegaba.

Se produjo un extraño silencio y Nathan esperó para ver cómo el malvado Yago explotaba la situación.

—¿Cassio, señor? ¿Seguro? No puedo creer que se escabulla, así, como si fuera culpable...

Entonces Nathan escuchó que Desdémona hablaba.

—Mi señor, por un instante no os habéis cruzado con Michael Cassio. Vino a solicitar vuestro perdón y a pedirme que hablara con vos en su favor. Acaba de marchar. Os lo suplico, pedidle que regrese.

—Ahora no, Desdémona. En otro momento —replicó Otelo con sequedad.

Desdémona insistió.

—Pero ¿será eso pronto?

—Quizá.

—¿Quizá esta noche en la cena?

—No, esta noche no. —Nathan se dio cuenta de que las respuestas de Otelo se tornaban cada vez más frías, pero Desdémona continuó con sus súplicas.

—Por favor, basta ya. —La voz de Otelo sonaba brusca—. Lo llamaré cuando me venga bien.

Se cerró la puerta y Otelo continuó hablando.

—Venid, Yago. Tengo que hablar con vos. —Y sus pasos comenzaron a resonar en el pasillo.

Nathan echó un rápido vistazo a ambos lados de la puerta y vio que los dos hombres se dirigían a uno de los balcones que daban al patio. Entonces subió tan rápido como pudo al piso de arriba por las escaleras y salió a un balcón situado justo encima.

Ahora podía oír la conversación de Yago y Otelo.

—... Quiero que seáis honrado conmigo... —susurraba Otelo a su alférez—. Sospecháis de Cassio y de mi esposa, ¿no es cierto? ¿Sospecháis que se sienten

atraídos el uno por el otro?

—Yo no he dicho eso, señor. Cuidaos, señor, de los celos. Son un monstruo de ojos verdes que puede hacer que sospechéis de aquellos que amáis sin motivo alguno.

—Soy tan infeliz. —Otelo parecía estar derrotado, roto. A Nathan lo exasperaba la incapacidad del hombre para ver las cosas con sensatez—. Mi esposa es bella, le encanta tener compañía, tiene muchas virtudes, es de noble cuna... Necesito pruebas de que me es fiel.

—Sí, señor. Eso es cierto. —Yago hablaba en un tono tranquilizador, como si hablara con un niño disgustado—. Debéis vigilar a vuestra esposa y a Cassio. Ver cómo se comportan cuando están juntos.

—Sí, tenéis razón. —Otelo parecía estar agradecido—. Y si escucháis o veis algo más sobre este asunto, debéis comunicármelo. —Su voz se tornó dura—. Ahora, dejadme.

Nathan escuchó el golpe de los talones de Yago al despedirse de Otelo y mientras permanecía agachado en el balcón situado sobre la cabeza del general, le sorprendió escuchar el sonido de ahogados sollozos. Nathan sintió que se ruborizaba de vergüenza al oír llorar a semejante gran hombre. A esto le siguió la compasión por la desesperación de Otelo y, por último, Nathan sintió una gran repulsión por Yago, el cual parecía capaz de manipular a todos los de su alrededor.

Nathan sabía lo que tenía que hacer. Se apresuró en llegar a su habitación y comenzó a preparar un mensaje en el que advertía a Pearce que no intentara hablar o acercarse de nuevo a Desdémona. Intentó darse prisa, temeroso de que Otelo pudiera llamarlo en cualquier momento. Cometió algunos errores, pero al final lo completó completamente a su gusto.

QO GVT FCETR TB QELKEZBNT HG NVN BA WVYL HULL ZADL OGUSSO SHRBVUF

Sigilosamente, Nathan recorrió a toda prisa el pasillo e hizo pasar la nota por debajo de la puerta de John justo en el momento apropiado, ya que escuchó la puerta del general al abrirse.

—¡Marco! —llamó Otelo antes de que la puerta volviera a cerrarse de golpe.

Nathan corrió como una exhalación por el pasillo y llamó con los nudillos.

—Adelante —ordenaron desde dentro.

Nathan entró e inmediatamente se dio cuenta de que había algo extraño en el rostro de Otelo. Tenía en los ojos un brillo metálico y parecía estar distraído.

—Tengo malas noticias —dijo con voz ronca—. Debes llevar un mensaje de mi parte a tu antiguo señor, a Cassio. Ha llegado un buque de Venecia con un mensaje del dux. Este... mensajero... solicita la presencia del teniente Cassio en la cena de esta noche. Le dirás a Cassio que quiero que asista, ¿entendido?

Nathan asintió, con miedo ante el aspecto que presentaba Otelo. Se preguntó si se trataría de locura. Nunca antes había visto a alguien loco, pero el general parecía estar profundamente cambiado.

—Una cosa más —dijo Otelo con voz fría—. Dile a Michael Cassio que no deseo que su dama, Bianca, se ocupe más de mi esposa. No es apropiado.

Nathan sintió que se ruborizaba de la sorpresa.

—Este hombre ha perdido la razón por completo. ¿A qué se debe retirar a Marie? Desdémona no tendrá a nadie que le haga compañía excepto a Emilia. —Con este pensamiento, Nathan sintió miedo por la seguridad de Desdémona en manos de Yago y de su esposa.

—Lo entiendo, señor. ¿Queréis que yo también regrese con mi antiguo señor y deje de ser vuestro sirviente? —A pesar de estar convencido de que Otelo estaba al borde de una locura impredecible, Nathan presentía que el atrevimiento constituía la mejor baza.

—¡No! —dijo Otelo de forma que parecía estar genuinamente dolido—. Eres mi camarada, Marco. Serás mi protegido. Puedes quedarte conmigo tanto tiempo como desees.

Nathan se sintió aliviado al ver que Otelo no lo consideraba el enemigo, como a su hermana y a Pearce.

—Gracias, señor. Me quedaré siempre y cuando vos me necesitéis. —Con esta mentira en los labios, inclinó la cabeza y salió para entregar a Pearce el mensaje del general.

«Soy negro y me faltan los gentiles versos...»

Nathan se dirigió a los aposentos de Pearce.

—Vengo con un mensaje del general, señor —dijo en voz alta para que cualquiera que pasara supiera por qué estaba allí.

—Adelante. —Pearce abrió la puerta y Nathan vio que Marie también se encontraba en la habitación.

—Ya he recibido tu mensaje diciéndome que no vuelva a hablar con Desdémona —dijo Pearce en voz baja en cuanto hubo cerrado la puerta—. ¿Qué ha ocurrido?

—Creo que Otelo se ha vuelto loco. Te vio salir de la habitación de Desdémona y Yago lo ha convencido de que eres su amante.

—¿Qué? —exclamaron al unísono Marie y John.

Marie observaba a Pearce con una expresión extraña en el rostro. Entonces comenzó a hablar con voz vacilante.

—¿Es eso cierto, John? ¿Sientes algo por Desdémona?

John se mostró exasperado y Nathan resopló con desdén.

—¡Por todos los santos, Marie! ¿Te ha contagiado la plaga de celos que campa a sus anchas por este palacio? —Su tono era de amargura, y Marie se ruborizó en extremo.

—No estoy celosa —protestó. Pero Nathan sabía que sí que lo estaba.

—John, debemos evitar que Desdémona le hable a Otelo a tu favor —instó Nathan—. Cuanto más mencione ella tu nombre, peor se pondrá el general.

Pearce se mostró de acuerdo.

—Marie, eres la única que puede advertir a Desdémona de la situación. Tienes que hablar con ella de inmediato. Dile que tenga cuidado.

—No —interrumpió Nathan—, eso no es posible. Parte del mensaje del general para ti es que la señorita Bianca dejará de ocuparse de la señora Desdémona. Cree que no sería adecuado dada la situación.

Involuntariamente, Marie emitió un sonido que denotaba su sorpresa.

—Ya veo —dijo Pearce resignado.

—El resto del mensaje es que Otelo te ordena que asistas a la cena esta noche. El emisario de Venecia tiene un mensaje importante que no revelará a Otelo hasta ese momento, cuando tú también te encuentres presente.

Pearce enarcó la ceja.

—Ese mensaje de Venecia podría empeorar las cosas. Debemos prepararnos. —Habló con premura—. Marie, haz el equipaje con todas nuestras cosas. Quizá

tengamos que escaparnos corriendo después de esta cena. Bajaré a los establos y prepararé tres caballos para que estén listos si los necesitamos. Luego iré a los muelles y veré si puedo conseguir pasajes en un barco que zarpe esta noche. Estáis armados, supongo.

Marie se dio unas palmadas sobre el corpiño y Nathan palpó la bota. Marie parecía estar algo pálida.

—No te preocupes —dijo Pearce, intentando tranquilizarla—. Quizá veo peligro donde no lo hay. Pero debemos estar preparados ante cualquier eventualidad. Ya ha habido un intento de matarme y no me sorprendería que hubiera otro.

Abrochándose la espada, Pearce salió de la habitación y Marie se dispuso a empaquetar sus escasas pertenencias. Nathan regresó a su dormitorio para guardar sus cosas en la pequeña bolsa. El palacio estaba tranquilo y el calor se posaba en la pesada atmósfera. Si se estaban urdiendo más conspiraciones, entonces lo estaban haciendo al calor de los profundos sueños de la siesta en una bochornosa tarde.

Cuando oscureció, comenzaron a llegar los invitados a la cena. Pearce regresó, al parecer satisfecho, y saludó a Nathan con una breve inclinación de cabeza al pasar por su lado.

—Todo está dispuesto —murmuró antes de subir dando saltos las escaleras para cambiarse los polvorientos ropajes.

El duque Montano todavía se hallaba recuperándose de su herida y no asistiría, pero había enviado a sus sirvientes a las casas de las notables familias venecianas de Heraklion para que los instaran a acudir. Si lo hicieron movidos por la lealtad hacia el duque o por su deseo de escuchar las últimas noticias de Venecia de boca del mensajero del dux era difícil de saber, pero Nathan escuchó unos cuantos cuchicheos despectivos sobre Otelo y Desdémona por lo que esa gente sabía que esa gente no asistía a la cena con un espíritu particularmente amistoso.

Los camareros mostraban sus sitios a los invitados y fue evidente que Michael Cassio y su acompañante la señora Bianca se sentarían lo más alejados posible del general y de su esposa. El honor de sentarse en la mesa presidencial recayó en Yago y en Emilia.

Cuando entraron Otelo y Desdémona, los invitados reunidos se levantaron y los saludaron con un desganado aplauso. Nathan vio que la sonrisa en el rostro del general vacilaba un poco y en sus ojos aparecía un gélido brillo. Era como si Otelo acumulara afrentas como una urraca hace con los trozos de metal. Justo detrás de la pareja estaba el mensajero de Venecia, presentado a los allí reunidos como *signor Ludovico*.

Desgraciadamente, las conversaciones de los invitados giraron en torno a lo sucedido en Cádiz. El rumor de las charlas en las tres mesas se referían a las explosiones de *sir Francis Drake*, y nadie hizo ningún comentario sobre la victoriosa batalla naval de Otelo. El general hizo lo que pudo por llamar la atención, con su comportamiento llamativo y prepotente, y Nathan no sabía dónde meterse de la

vergüenza.

—Ese Drake es un pirata. Sin más —dijo Otelo con voz chillona—. No tiene ni técnica ni estrategia, no es más que un oportunista. Cuando ve una oportunidad, la toma. Demasiados civiles pagan su osadía.

Ludovico, el emisario veneciano, respondió con rapidez.

—Sin duda, aprovechar la oportunidad es algo bueno. Por ejemplo, general, si Drake hubiera estado en vuestro lugar cuando expulsasteis a la flota turca hace unos días, ¿creéis que se habría reagrupado en Creta o habría atacado Chipre mientras el enemigo se encontraba desorganizado?

Se hizo el silencio en la sala. El rostro de Otelo permanecía impasible, no se le movía ni un músculo, ni un tendón bajo la piel. Era como si un guante de malla le hubiera golpeado la cara.

Otelo se esforzó por recobrar la compostura.

—¡Los españoles no son los turcos! —exclamó con una voz demasiado alta—. No temáis: muy pronto reconquistaré Chipre. Debo hacerlo. Tengo intenciones de convertirlo en mi hogar. Mi esposa y yo viviremos allí, entre amigos, el resto de nuestros días.

La cena transcurrió vacilante hasta el final. Sobre el ambiente flotaba un aire de derrota esa noche. No todo iba bien entre Otelo y Desdémona. Varias veces ella intentó poner su mano sobre la de su esposo y, cada vez, Otelo había retirado su mano como si no pudiera soportar que ella lo tocara.

Mientras los invitados se marchaban poco a poco, Ludovico se acercó a Pearce dispuesto a estrecharle la mano. Nathan revoloteaba por allí haciendo como que recogía la mesa. Estaba ansioso por saber lo que tenía que decir el emisario.

—¿Sois vos Michael Cassio? —preguntó Ludovico.

—Soy yo, señor —contestó Pearce con una inclinación de cabeza.

—Debéis escuchar el mensaje que porto. Os solicito que permanezcáis en la sala mientras lo transmito.

—Por supuesto.

Otelo presidía la mesa y observaba la conversación entre los dos hombres. Su respiración era pesada y Nathan se percató de que sobre su frente comenzaban a aparecer gotas de sudor.

—Esposo, ¿no os encontráis bien? —preguntó Desdémona nerviosa.

—Me duele la frente —respondió secamente.

—Esperad, dejad que os calme. —Sacó el pañuelo bordado con las fresas empapado en colonia e intentó presionar con él la frente de su esposo, pero él la apartó sin miramientos.

—Dejadme —gruñó. La mirada de Nathan se dirigió hacia el rostro de Desdémona, el cual mostraba su aturdimiento y confusión.

Ludovico extrajo un pergamino con el sello del dux. Nathan siguió moviéndose en silencio junto a la mesa mientras seguía apilando los platos. Se sentía seguro al

saber que los sirvientes son invisibles.

—Este es mi mensaje —afirmó Ludovico con voz monótona.

Otelo rompió el sello y Nathan observó el temblor de sus manos al hacerlo. Después de echar un rápido vistazo a la página, el general soltó una carcajada de esas que hielan la sangre en el corazón de los hombres cuerdos.

—Mi señor, ¿de qué se trata? —susurró Desdémona temerosa.

Otelo la miró directamente con una expresión de desprecio.

—Nada, querida, no es nada. Por lo que parece, se me reclama en Venecia y Michael Cassio será el comandante en mi lugar.

Nathan casi dejó caer los platos que estaba recogiendo. Se produjo un silencio fruto de la conmoción y Otelo comenzó a reír de nuevo como un maníaco.

—Ya veis, querida —continuó con maldad—, el Consejo de Venecia, en mi ausencia, ha decidido que no soy apto para el mando. Quizá sea porque soy negro y porque me faltan los versos gentiles del galanteador, o puede que ya no sea tan joven como antaño, ¡o quizá la maldición del matrimonio! —Escupió a Desdémona estas últimas palabras y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Me alegro —dijo ella con voz entrecortada—. Este es un lugar maldito. Ahora podremos regresar a Venecia y ser felices.

En un violento arrebato de ira, Otelo se levantó de la silla cual caballo encabritado y le cruzó la cara de un puñetazo. Ella se tambaleó y cayó en los brazos de Yago. Marie chilló y Nathan dejó caer los platos. Pearce protestó con un grito y avanzó hacia Otelo, pero Desdémona levantó la mano para detenerlo.

Consiguió enderezarse.

—No me merezco esto, mi señor —dijo tranquila y dignamente. En ese momento se dio la vuelta y salió rechazando el brazo que le ofrecía Emilia.

Ludovico se quedó mirando fijamente a Otelo con frío desdén.

—Mi señor, nadie se creerá esto en Venecia. ¿Es este el noble moro que tiene el respeto del Consejo? ¿Estáis loco como para golpear a vuestra esposa de esa manera?

Otelo parecía estar desorientado y habló como si estuviera muy lejos.

—Señor, me envían a casa. Obedezco la orden y regresaré a Venecia. —Miró a Ludovico y luego a Pearce—. Cassio, bienvenido a Chipre, con sus cabras y monos...

De repente pareció como que la voz se le ahogara en la garganta y salió despedido hacia adelante formando un gran arco con el cuerpo y cayó al suelo haciendo que volaran por los aires varias de las sillas. Se quedó allí tumbado, pronunciando extraños sonidos y retorciéndose nerviosamente. Nathan echó a correr hacia él, pero Yago tomó el mando de la situación.

—¡Apartaos, por favor! Es epilepsia. Ya lo he visto antes. Es el segundo ataque que ha tenido en dos días. —Dicho esto, extrajo una tira de cuero del cinturón y la introdujo entre los dientes de Otelo.

—¿Se trata de una enfermedad reciente? —preguntó Ludovico preocupado.

—No, señor. —Yago se esforzaba por mantener a Otelo acostado—. El general

sufre ataques desde hace años. Pero hasta ahora, solo él y yo conocíamos su dolencia.

En ese instante Nathan comprendió por qué Otelo mantenía a Yago a su lado y se negaba a ver los defectos del hombre. El alférez debía de haber cuidado al general durante muchos de estos ataques y había guardado bien su secreto.

Llamaron a los sirvientes y una vez que el general hubo dejado de temblar y parecía estar tranquilo, lo llevaron a su dormitorio. Pearce y Marie salieron con Ludovico, y Nathan comenzó a recoger los platos rotos.

Se percató de que el pañuelo de Desdémona estaba caído en el suelo debajo de la mesa, pero Emilia lo recogió de inmediato. Nathan la observó mientras salía rápidamente detrás de su marido y se lo ponía en la mano furtivamente. La sonrisita de satisfacción de Yago le produjo un presentimiento. Se preguntó qué era lo que pretendía conseguir Yago con el pañuelo de Desdémona.

Cuando se hubo desprendido de la vajilla rota, subió a toda prisa a los aposentos del general. Cuando entró, el general vomitaba en una palangana que sostenía Yago.

—¿Puedo ayudar al general, señor? —preguntó Nathan preocupado.

—¡No! —le dijo Yago con aspereza—. Este ataque debe seguir su curso o se convertirá en salvaje locura.

El general vomitó una vez más y Yago cedió un poco.

—¡Trae un trapo húmedo, chico! ¡Necesito limpiarle la cara al general!

Nathan entró volando en la antesala, cogió una toalla pequeña y la sumergió en la palangana con agua del lavabo. Se la dio a Yago, el cual hizo que el general echara la cabeza hacia atrás y comenzó a frotarle la cara con el trapo.

—¡Deshazte del contenido de la palangana, muchacho! —Nathan la cogió y contuvo la respiración durante todo el trayecto hasta el excusado más cercano. Una vez consumada la acción, regresó al dormitorio de Otelo, pero al oír el sonido de voces que venían de dentro se detuvo a escuchar.

Otelo farfullaba algo con una extraña voz gutural.

—¿Habéis oído algo? ¡Decidme la verdad, honrado Yago!

—No, todavía nada. —La respuesta de Yago fue suave y tranquilizadora—. Pero pronto tendréis pruebas.

Nathan no tenía duda alguna sobre el hecho de que Yago había diseñado algo malvado contra John Pearce, así que se batió en apresurada retirada hacia la habitación de su socio para advertirlo.

Pearce andaba de nuevo de un lado a otro del dormitorio y Marie parecía estar afligida. Nathan les contó la conversación que acababa de escuchar.

—Y ahora ¿qué? —preguntó.

—No lo sé —respondió Pearce con sinceridad—. Ludovico me ha contado una triste noticia que ha contribuido a la decisión del dux de hacer llamar a Otelo. Parece que el padre de Desdémona ha muerto, dicen que con el corazón roto.

Nathan inclinó la cabeza y recordó la última vez que habían visto a Brabancio en el exterior de su casa. Se encontraba desolado por el matrimonio de su hija.

—Pero... —continuó Pearce—, debe permanecer en secreto. Ludovico no quiere disgustar aún más a Desdémona.

—Ahora que has sido nombrado para sustituir a Otelo, ¿tienes que tomar Chipre? —preguntó Marie nerviosa.

Pearce sonrió con pesar.

—Creo que no. Me quedaré aquí y esperaré órdenes. Parece que el entusiasmo causado por la acción de Drake en Cádiz ha hecho que el dux vuelva a pensarse lo de reconquistar Chipre. Presiente que aún no es el momento. Sospecho que sabe que ahora toda la furia de España se volcará contra Inglaterra y no tendremos el personal necesario para proteger Chipre para los venecianos. Nathan, mañana visitaré los barracones y hablaré con los hombres. Si el general se encuentra bien, pídele si puedes acompañarme.

—Me ofreceré como espía para informarle de tus actos. Eso hará que se sienta complacido —dijo Nathan con entusiasmo.

Pearce mostró su aprecio con una sonrisa.

—De verdad que comienzas a pensar como uno de los agentes de *sir* Francis Walsingham.

## «El pacto malvado»

A la mañana siguiente, Nathan llamó a la puerta de Otelo y una voz lúgubre le dijo que entrara. Otelo estaba sentado mirando por la ventana atentamente. Olía a sudor y a vómito y no se había afeitado esa mañana. Los acuosos ojos inyectados en sangre se volvieron con tristeza hacia Nathan.

—Señor, vengo a ofreceros un servicio.

—¿De qué se trata, Marco? ¿Qué servicio puedes ofrecer a alguien que ha caído tan bajo como yo?

Parecía que todo el espíritu de lucha había abandonado al que una vez había sido un majestuoso general.

—Dejadme que acompañe hoy al *signor* Cassio en su inspección de los barracones y seré vuestros fieles ojos y oídos en todos los sentidos. —Nathan intentó que su voz sonara como parte de una conspiración.

Los ojos de Otelo mostraron un destello de interés.

—¿Harías eso por mí? —dijo con voz ronca—. ¿Espiarías por mí a tu antiguo señor?

Nathan asintió.

—Me causa un gran dolor, señor, veros así y haría lo que fuera por ayudaros.

Otelo echó a andar de forma insegura hacia él y puso su mano sobre el hombro de Nathan.

—Nunca lo olvidaré.

Nathan hizo una reverencia y bajó corriendo al patio.

Mientras cabalgaba junto a Pearce pensó que estaba realmente harto de llorosas mujeres y generales locos y, en la neblina matinal, respiró profundamente como si quisiera desprenderse de la atmósfera sofocante del palacio.

Pearce había reunido un grupo de oficiales que lo acompañarían en su desplazamiento a los barracones. Los acontecimientos de la noche anterior habían llegado a oídos de los hombres y se encontraban confusos. Solo habían pasado dos días desde que el general había despedido a Cassio, pero ahora este era el hombre que sustituía a Otelo.

Pearce había previsto que los soldados se encontrarían en ese estado de ánimo y se dirigió a ellos con firmeza.

—Soldados: el general está enfermo y han llegado órdenes del dux que dicen que debe regresar a Venecia. Yo soy el que asumirá el mando en su lugar. El general no está grave: debe descansar y el Consejo necesita de sus servicios en Venecia.

Varios de los hombres asintieron y los jinetes salieron del patio con el sonido del repiqueteo de las pezuñas. Nathan levantó la vista hacia los balcones y vio a Yago, que mostraba en su rostro la expresión de la maldad absoluta. Mientras cabalgaban en dirección a las calles de la ciudad, Nathan pensó en cuál sería ahora el plan que incubaba.

No se tardaban más de diez minutos a caballo en llegar a los barracones y cuando llegaron apenas se veía a los centinelas. Un hombre estaba prácticamente dormido al calor de la mañana y otro charlaba con una chica que pasaba por allí. Nathan vio que en el interior del recinto, la mayoría de los hombres holgazaneaba sin hacer nada.

El rostro de Pearce se oscureció.

—¡Eh! ¡Vosotros! —gritó—. ¡Prepararos para una revista de mando! ¡Moveos!

Los centinelas parecían sorprendidos. Miraron a Pearce pestañeando, ya que apenas lo conocían.

—¡He dicho que os mováis! —rugió Pearce—. Ve y di a tu compañía que se reúnan en la plaza volando. —Un soldado salió a toda prisa para propagar la noticia.

Pearce subió los escalones que conducían a la capilla y se quedó allí en pie esperando.

Los hombres comenzaron a salir de los edificios, algunos a medio vestir y poniéndose las botas y los chalecos sobre la marcha. Una multitud de soldados se reunió delante de los escalones hasta que toda la plaza se convirtió en un mar de cabezas. Se produjo un silencio mientras el confuso ejército esperaba a que Pearce hablara.

Nathan se maravilló al ver la manera en la que Pearce había tomado el mando, como si lo hubiera hecho toda la vida. Primero alabó a los hombres por su acción contra los turcos y luego los recriminó por la forma en la que habían caído en una negligente decadencia. Lo expresó de una manera tan poderosa y persuasiva que cuando llegó al final de su discurso, la abarrotada plaza estaba llena de hombres que bajaban las cabezas avergonzados. Orgulloso de la actuación, Nathan pensó que le habría gustado ver a Pearce sobre el escenario.

El discurso terminó con la orden de Pearce de que todos los hombres deberían lavarse, afeitarse y limpiar los barracones. Él mismo los inspeccionaría dentro de una hora. Se produjo el golpe de las botas contra el suelo cuando todos se pusieron firmes a un tiempo y luego salieron de estampida en todas las direcciones intentando cumplir con las exigencias del nuevo comandante.

Una vez que los hombres se dispersaron, Pearce se permitió suspirar aliviado y sonreír tembloroso.

—Ha sido una tarea difícil, Nathan —susurró—. No me gustaría nada tener que volver a hacerlo. ¿Podrías ir a buscar algo de cerveza? Tengo una sed terrible.

Nathan obedeció gustoso y fue en busca de los almacenes. Asomó la cabeza por una puerta y sonrió con ganas al reconocer a su viejo amigo Zeno.

—¡Marco, amigo! —Seguía siendo el mismo Zeno alegre de siempre—. ¿En qué

puedo ayudarte?

—He venido a por cerveza para el teniente Cassio.

—¡Ah! —Zeno le guiñó el ojo—. No me extraña, después de tanto discursito. Un trabajo que da sed, eso de gritar a una plaza llena de hombres. —Fue de un lado a otro y sirvió cerveza de un barril a una jarra de peltre—. Así que ¿cómo es este nuevo comandante? —preguntó mirando hacia atrás por encima del hombro.

—Es un buen hombre. Un gran luchador. Muy justo. —Nathan hablaba con entusiasmo.

Zeno se rio socarronamente.

—Ya sabemos que era un poco mujeriego. De hecho... —dijo bajando la voz hasta alcanzar un susurro conspiratorio—, hemos oído que se le ha relacionado con la nueva esposa del general. He oído cómo ese capitán Rodrigo les contaba a otros oficiales que sabía que la mujer del general y tu señor engañaban a su marido. Parecía muy alterado.

—¡Bobadas, Zeno! —Nathan saltó en defensa de Pearce—. El teniente Cassio no tiene nada que ver con la esposa del general.

—Ah... —Zeno parecía desilusionado y cambió el rumbo de la conversación—. Y ¿qué es eso de que el general está enfermo? ¿De qué va todo eso?

—Tiene mal la cabeza, Zeno —susurró Nathan.

—Ah... —El viejo soldado no parecía estar demasiado sorprendido y le entregó la jarra de cerveza y dos copas de peltre—. Bueno, de todas formas, menuda historia. Más le vale a tu teniente estar atento. —El viejo escupió en los dos primeros dedos de su mano derecha para mantener alejado el mal de ojo—. Rezaré por él... si es que me acerco a una iglesia en algún momento. —Y volvió a reírse, socarrón.

Cuando completaron la revista a los barracones, hizo que se juntaran los oficiales y Pearce se dedicó a diseñar una serie de tareas rotatorias y a repartir los turnos. Nathan estaba sentado en silencio en un rincón de la sala, escuchando y aprendiendo, otra vez atónito ante la habilidad de Pearce para asumir el mando.

Le habló a John de su admiración mientras cabalgaban solos de vuelta al palacio. Pearce se echó a reír.

—Es teatro, Nathan. Solo es teatro del bueno. Pero eso ya lo sabías.

De regreso al palacio, Marie los esperaba nerviosa.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Pearce mientras desmontaba.

Marie le lanzó una mirada de advertencia.

—Vayamos arriba, mi señor. Hablaré con vos en privado.

Una vez en la habitación de John, Marie señaló la cama. Allí, de forma que todos lo vieran, se encontraba el pañuelo bordado que Marie había regalado a Desdémona.

—Lo he encontrado esta mañana —dijo Marie acusando a John con la mirada.

—No entiendo —dijo Pearce desconcertado.

—Estaba metido debajo de tu almohada. ¿Te ha estado visitando? —explotó Marie.

Nathan soltó un grito ahogado al oír la ridícula pregunta de su hermana.

—Pero ¿qué son esas bobadas? —dijo Pearce riéndose.

Pero Marie se negaba a que no la tomaran en serio.

—¿Has estado consolando a Desdémona?

—Eso es, ¿lo habéis hecho? —dijo una amenazadora voz tras ellos.

Todos se volvieron y ahí estaba Otelo con paso vacilante en pie en el umbral. No era posible interpretar la expresión de su rostro. Tenía los ojos en blanco y la mirada fija.

—¿Ha estado mi esposa en vuestro dormitorio? —Susurró las palabras con tal terror que Nathan sintió que él mismo estaba temblando.

Pearce se mantuvo firme en su posición.

—No, mi señor. No tengo conocimiento de cómo ha podido llegar hasta aquí este pañuelo.

—Mi señor... —Nathan quería decir a Otelo que él vio cómo Emilia daba el pañuelo a su esposo y que estaba seguro de que Yago tenía algo que ver, pero el general no iba a tolerar nada de eso.

—¡Silencio! —rugió.

—Pero, señor... —Nathan intentó protestar, pero Otelo lo agarró del brazo y lo hizo salir de la habitación.

—¡Esto no es asunto tuyo, Marco! ¡Vete!

Nathan se encontró repantingado a los pies del vil Yago, que sonreía malicioso junto a la puerta.

—¡Vos! —dijo Nathan acusador—. ¡Vos habéis puesto ahí el pañuelo! ¡Yo os vi con él! —Nathan intentó atacar a Yago, pero el hombre era demasiado fuerte. Yago cubrió con su áspera mano la boca de Nathan y le inmovilizó los brazos a un costado.

—¡Ten cuidado, rata asquerosa! —le dijo entre dientes al oído—. Puede que hayas engañado al general acercándote a él como un gusano, pero mi amistad con Otelo ha durado muchos años. No podrás calumniarme, porque el general no lo tolerará. Mantén la boca cerrada o será peor para ti.

Nathan intentó zafarse, pero Yago lo sujetó con más fuerza. De repente, Otelo salió de la habitación de Pearce y miró a su alférez. Su rostro hizo que a Nathan se le helara la sangre. Tenía gotitas de saliva en las comisuras de la boca y su mirada echaba fuego.

—Cumplamos con nuestros cometidos —le dijo a Yago con voz ronca—. Tú cumple con el tuyo que yo cumpliré con el mío. —En ese momento se dio la vuelta y se alejó por el pasillo como si estuviera en trance.

Yago dio un empujón a Nathan que lo lanzó de nuevo a la habitación de Pearce.

—Podéis quedaros con vuestra rata de alcantarilla, teniente Cassio. ¡No me apetece soportar su hedor, y el general ya no la necesita! —Se echó a reír y siguió al general dejando a Nathan, Pearce y Marie conmocionados.

—En verdad se trata de locura. Ya no estamos seguros —anunció Pearce—. Nos

marcharemos esta noche según lo dispuesto. El barco que he escogido sigue atracado en el muelle. Los caballos están en los establos. Nuestro equipaje está recogido. Dejaré instrucciones escritas para Ludovico y el duque Montano para que se las entreguen cuando hayamos marchado. Nathan, acompaña a Marie a su habitación. Marie, enciérrate con llave. Tenemos que estar listos para partir al anochecer.

Poco a poco, durante la tarde, Nathan transportó partes de su equipaje a los establos. No quería tener que andar llevando cosas cuando se escaparan. Quizá necesitara tener las manos libres para poder defenderse.

Pensaba continuamente en las amenazas de Yago. No tenía duda de que el hombre consideraría que la vida de un joven sirviente no valía nada y de que tanto él como Pearce se encontraban en serio peligro en ese momento. Por lo que respecta a Otelo, no había forma de saber lo que un hombre en su estado sería capaz de hacer.

Los edificios del palacio estaban silenciosos como una tumba. A Nathan lo irritaba la siesta mediterránea. En Inglaterra, la primera hora de la tarde siempre era la más animada, sobre todo en el teatro.

Una vez que comenzó a oscurecer, Nathan subió a la habitación de Pearce. John estaba afilando la espada y Nathan fue a recoger a Marie.

Sin una sola palabra, los tres bajaron al patio sin hacer ruido. Los sirvientes del palacio comenzaban a moverse y por las escaleras subían los mayordomos con velas encendidas para despertar a sus señores. No tenían tiempo que perder.

En los establos, estaba negro como una cueva, a no ser por un poco de luz que entraba por la puerta abierta. Era suficiente para que pudieran encontrar a tientas el camino hasta las cuadras donde esperaban los caballos. Nathan sacó todo el equipaje del lugar donde lo había escondido y comenzó a sujetar las cosas con correas a las sillas.

—Apartaos de los caballos. —La malévola orden llegaba de un hombre cuya silueta se recortaba contra el hueco de la puerta. Pearce desenvainó la espada despacio y empujó a Marie tras una de las cuadras. Nathan se agachó, listo para sacar los cuchillos.

—Haced lo que dice —susurró otra figura que apareció junto al primer hombre. Nathan vio en sus manos el brillo del metal.

—Están doblemente armados —advirtió a Pearce. Se oyó una carcajada proveniente de una de las figuras que tenían delante.

De repente, el primer hombre cargó contra Pearce, el cual lo pudo esquivar con éxito. En los establos había mucho espacio, pero estaba oscuro y al primer chasquido del metal los caballos se echaron hacia atrás en las cuadras.

Nathan tenía listos los dos cuchillos, pero en la oscuridad solo podía distinguir puntos de luz y siluetas. No podía arriesgarse a lanzarlos por si acaso hería a Pearce.

John luchaba una batalla desesperada con ambas manos contra cuatro armas. Había desenvainado la daga y estaba esquivando al segundo asaltante mientras intentaba todo el tiempo forzar a los dos hombres a echarse hacia atrás y a salir a la

luz del patio. Tenía algo de ventaja dado que la luz se situaba por detrás de ambos atacantes, por lo que cada vez que blandían las armas podía adivinar sus movimientos y tomar represalias. Centímetro a centímetro los fue empujando hacia atrás hasta que salieron afuera. Ahora Nathan pudo ver que ambos hombres llevaban puestos los siniestros antifaces venecianos. Estaba seguro de que uno de ellos era Rodrigo. Nathan levantó el puñal con la mano derecha, apuntó y lo dejó volar. Justo en el momento en el que el puñal hacía blanco en el pecho del primero de los hombres con un satisfactorio golpe seco, el otro hombre deslizó la espada justo en el muslo izquierdo de Pearce.

Marie chilló y Nathan comenzó a gritar al ver que Pearce caía de espaldas en el establo, maldiciendo de dolor. El hombre al que Nathan había herido se retorció de dolor en el patio, pero el segundo hombre se giró y echó a correr.

—¡Sácalo a la claridad! ¡Sácalo! —demandaba Marie hecha un mar de lágrimas, desesperada como estaba por ocuparse de la herida de Pearce. Nathan sacó a su amigo a rastras de los establos. Con cada movimiento, Pearce gritaba de dolor. Cuando consiguieron sacarlo afuera, vieron que tenía el muslo completamente abierto y que la sangre fluía con rapidez. Marie se desprendió de su capa y comenzó a vendar fuertemente la pierna, pero de repente alguien la apartó con fuerza. Yago acababa de aparecer de la nada.

—¡Dejadlo, señorita Bianca! —dijo fríamente—. Esta es tarea para un médico.

—¡No! —Marie se encontraba angustiada—. No dejaré que nadie lo toque. ¡Soltadme!

—¿Quiénes son los villanos que han hecho esto? —dijo Yago, sacudiéndola enfadado.

—¡Por allí! —Marie señaló un cuerpo derrumbado en el suelo del que sobresalía el cuchillo de Nathan en su pecho.

Yago se acercó al hombre a grandes zancadas y le retiró la máscara.

—Rodrigo —siseó y antes de que nadie pudiera detenerlo, extrajo el cuchillo y volvió a apuñalar al hombre salvajemente.

—Maldito seas, Yago —consiguió articular Rodrigo con esfuerzo antes de que los estertores de la muerte se acercaran a su garganta. Ante esto, Nathan retrocedió. Sintió que amarga bilis trepaba por su propia garganta y entró corriendo a la cuadra a vomitar en un oscuro rincón.

—¡Necesitamos luz! Id a buscar al médico —rugió Yago. Los sirvientes salieron del palacio correteando con llameantes antorchas.

—¿Qué ocurre? —gritó una voz desde uno de los balcones. Era Ludovico, el emisario veneciano.

—¡Unos maleantes han herido a Cassio! —respondió Yago. Nathan salió de los establos, pálido y tembloroso, pero se dio cuenta de que la manga y el chaleco de Yago estaban manchados de sangre. Y no se trataba de sangre fresca y húmeda procedente del apuñalamiento de Rodrigo. Esa sangre se había secado y parecía ser la

salpicadura de una herida de espada. ¿De dónde había salido tan de repente? Nathan miró a Yago con sospecha. Había llegado a la escena demasiado rápido. Tenía que haber sido el otro atacante. He aquí un hombre que había tratado de asesinar a John Pearce y luego había apuñalado a su propio cómplice. Probablemente para evitar que hablara, tal y como razonó Pearce.

—¡Dejad que me ocupe de él! —Marie estaba desesperada.

—¡No, señora! Que sepamos, habéis sido partícipe de este accidente. Podéis haberlo herido en un ataque de celos, o haber sobornado a Rodrigo para que realice la hazaña en vuestro lugar. —Yago gritaba para que todos pudieran oír sus acusaciones.

—¡No! —gritó Nathan de igual modo—. Han sido dos hombres los que han atacado a mi señor. ¡Dos hombres!

Yago no hizo ningún comentario, pero dirigió una mirada asesina a Nathan.

Llegaron los sirvientes con una silla y sentaron a Pearce con cuidado para subirlo a su habitación, donde el médico del ejército cumpliría con su trabajo. De hecho, antes de que hubieran completado el primer tramo de escaleras, se escuchó el traqueteo de un carro en el patio. Era el carro que transportaba al médico y sus herramientas.

Tumbaron a John sobre la cama. La capa que vendaba su pierna estaba tan sucia de sangre que se había convertido en un harapo empapado. Pearce estaba inconsciente y Nathan temía por su vida. El médico se abrió paso entre la multitud y despachó a todos inmediatamente.

—Demasiada gente. Marchaos, marchaos. —Los dos hombres que habían acompañado al médico estaban atando los brazos de Pearce a la cama con unas fuertes cuerdas.

—¿No le iréis a cortar la pierna? —chilló Marie, temerosa.

El médico retiró la capa llena de sangre e inspeccionó la herida. Entonces meneó la cabeza de un lado a otro.

—No, de momento podemos salvar la pierna. Siempre y cuando no se infecte después, tendrá dos piernas para andar.

Marie sonrió a través de las lágrimas que surcaban su rostro. Nathan sabía que utilizaría todos sus dones para cuidar a John hasta que se recuperara.

A Nathan y a Marie les permitieron quedarse mientras tenía lugar la operación. Nathan sostenía la antorcha mientras el cirujano cosía la herida con prontitud. Tras haber visto cómo trabajaba su hermana en la herida del duque Montano, sabía que ella era más habilidosa que este médico. Pero él no tenía ningún poder para intervenir.

Cuando hubo terminado el trabajo, el médico salió. La habitación parecía un matadero: había sangre por todos los sitios. Marie entró rápidamente en acción.

—Ayúdame, Nathan —susurró—. Tenemos que actuar inmediatamente.

Bajo sus instrucciones, Nathan corrió a buscar coñac, miel y tantos huesos de buey como pudiera conseguir del cocinero. Los que estaban en la cocina se mostraron

desconcertados, pero Nathan insistió tanto que se avinieron a su solicitud.

Cuando regresó a la habitación, se encontró horrorizado con que Marie había vuelto a abrir la herida.

—¿Estás loca? —gritó.

—¿Quieres que lo salve? —siseó Marie mientras derramaba coñac en la herida y la limpiaba de nuevo. Entonces comenzó a suturar con puntadas más juntas y cuidadosas que las del médico para que la piel se cerrara alrededor del hilo. Luego embadurnó el resultado con abundante miel antes de vendarlo fuertemente con un trapo limpio.

—Y ahora dame uno de tus cuchillos.

Nathan obedeció. Marie tomó el cuchillo y comenzó a raspar el tuétano de los huesos de buey.

—¿Qué haces? —Nathan estaba atónito.

—Ha perdido mucha sangre. Cuando se despierte, le daré de comer esta cañada. Le ayudará a recuperar las fuerzas.

Nathan se sentía maravillado ante el conocimiento sobre los poderes curativos que demostraba su hermana. Tomó el otro cuchillo y comenzó a ayudarla. Pronto tuvieron un recipiente lleno de la médula marrón.

Nathan se lavó las manos y limpió los cuchillos con un trapo antes de volver a meterlos en las botas.

—¿Se despertará pronto? —Nathan observaba nervioso el rostro de Marie.

—No. Pero el sueño es bueno. Su cuerpo se recuperará solo. Cuando esté despierto tendrá dolores y no sanará igual de bien. Más tarde le daré unas hierbas que le permitan dormir tanto como sea posible.

—Entonces estamos atrapados en este lugar. No podemos marchar.

Marie asintió y ambos hermanos se miraron con temor. Eran agentes inexpertos. ¿Cómo se las arreglarían sin la ayuda de su amigo? Se había producido un intento de asesinarlo y, por lo que ellos sabían, podría haber designios sobre sus propias vidas. No podían marcharse sin Pearce y estaban rodeados de enemigos. No tenían escapatoria.

«¿Has rezado esta noche, Desdémona?»

Nathan y Marie permanecieron sentados en silenciosa vigilia junto al cuerpo de su amigo. Nathan había cerrado la puerta con llave y se concentraba desesperadamente en intentar encontrar una manera de salir de la apremiante situación en la que se encontraban. De repente, se produjeron unos urgentes golpes en la puerta.

—¡Marco, ayúdame! —gritó la voz de Emilia—. ¡Tienes que ayudarme!

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —Por la rendija de la puerta entreabierta Nathan pudo ver que Emilia sufría una gran desazón.

—Desdémona... Temo por su seguridad. Se estaba preparando para ir a la cama cuando ha aparecido Otelo. Tenía un aspecto tan extraño... Daba tanto miedo... Me ha hablado muy cortante, y me ha dicho que me fuera, y luego le ha preguntado si ya había dicho sus oraciones. Antes de que me cerrara la puerta en las narices y de que girara la llave, he visto su dulce rostro. ¡Era la imagen misma del terror! ¡Tengo mucho miedo! No he hecho más que llamar, pero no me abre la puerta...

«Cumplamos con nuestros cometidos. Tú cumple con el tuyo que yo cumpliré con el mío». Así le había dicho Otelo a Yago. Nathan sintió que un terror helado le atrapaba el estómago. ¿Sería que Yago mataría a Cassio y que Otelo mataría a su esposa?

—¡Quiere asesinarla! —gritó Nathan aterrorizado mientras Emilia se llevaba la mano a la boca.

—¿Qué vamos a hacer? No encuentro ni a mi esposo ni a Ludovico. Puedo levantar a los criados, pero... —Emilia estaba desesperada.

—¡Hazlo! —dijo Nathan pensando con rapidez—. Coge a los sirvientes y trata de echar la puerta abajo. Yo encontraré otra forma de entrar en la habitación.

Emilia salió a toda prisa y Nathan echó mano de las cuerdas que habían utilizado para atar a Pearce a la cama. Le dijo a Marie que se encerrara con llave cuando él hubiera salido y se apresuró hasta la escalinata más cercana.

No paró de subir dando saltos con las cuerdas alrededor del hombro. Una vez que hubo llegado a las almenas del palacio, corrió por el tejado mientras miraba a las ventanas que tenía debajo e intentaba calcular cuál de ellas sería la de Desdémona. Una vez que se hubo decidido, ató la cuerda alrededor de una de las almenas y tiró de ella con todas sus fuerzas. Su plan era dejarse caer hasta la ventana y para hacerlo sabía que tendría que desprenderse de los cuchillos que llevaba dentro de las botas para permitir una cierta flexibilidad a los tobillos. Sostendría las armas entre los dientes.

Nathan soltó la cuerda por encima de las almenas y pegó un salto apoyándose en el borde, se dio la vuelta y agarró la soga con ambas manos. Mientras comenzaba a bajar de espaldas por la pared, maldijo el hecho de no llevar guantes. La cuerda le quemaba la palma de las manos. Decidió descender de otra manera para evitar soportar con las manos todo el peso del cuerpo y dobló las rodillas, de una patada se separó de la pared y se agarró a la cuerda con las botas. Mientras bajaba la pared de costado con un ruido sordo, se detuvo colgado de allí un momento para tomar aire y comenzó a avanzar hacia abajo poco a poco. Miró hacia abajo para calibrar cuánto le quedaba por recorrer. Sintió que se le encogía el estómago al ver la caída que había hasta el suelo. Se había olvidado de que este ala del palacio estaba construida sobre una escarpada pared rocosa. El barranco era despiadadamente profundo.

Nathan descendió despacio, respirando entrecortadamente entre los dientes, lo cual hacía que los cuchillos temblaran contra sus labios. Aunque había limpiado los cuchillos, sabían a grasa de buey y esa grasa hacía que se le resbalaran de la boca.

Por fin llegó al nivel de las ventanas, aunque se encontraba a medias entre dos y no estaba seguro de cuál era la que quería. Escuchó con cuidado y pensó que de la ventana de la derecha le llegaba el sonido de una puerta que estaba siendo derribada a golpes. Necesitaba avanzar por lo menos algo más de un metro.

Comenzó a mecer su cuerpo despacio, de manera que la cuerda se balanceó de lado a lado. Pero era obvio que no podría alcanzar la ventana. Entonces recordó cómo se escapó de la mazmorra en la escuela de Robey. Sujetó la cuerda entre los pies y se sostuvo con una mano. Con la otra mano, retiró con cuidado uno de los cuchillos que tenía en la boca y, estirándose lo más posible hacia la derecha, pinchó en la argamasa entre los ladrillos con la punta del cuchillo. Encontró una grieta y empujó el cuchillo hacia adentro hasta el mango. Se inclinó ligeramente y se colgó un poco de él para asegurarse de que aguantaría su peso. Entonces soltó la cuerda con los pies y quedó colgado, como crucificado, del muro del gran palacio: su mano izquierda sujetaba la cuerda y la derecha se agarraba con fuerza al cuchillo clavado en la pared. Entonces, con la vida pendiendo de la fortaleza de un cuchillo en la pared, Nathan se desprendió completamente de la cuerda, se dio la vuelta de forma que quedó de espaldas a la pared y, en una décima de segundo, estiró la mano izquierda y se agarró a las barras de hierro de la ventana. Según lo hacía el mango se desprendió del cuchillo y cayó en picado hacia las desconocidas profundidades del barranco a sus pies. Durante unos instantes luchó por no caerse, colgado de las barras de la ventana con una mano antes de volver a girarse y agarrarse a otra baranda de hierro con la mano derecha. Respiraba de forma entrecortada y costosa.

Le estaban flaqueando las fuerzas a gran velocidad y estaba al borde de las lágrimas cuando oyó un grito ahogado que llegaba desde el interior de la habitación. El sonido de semejante desazón le proporcionó el ímpetu necesario para darse un impulso e incorporarse al alfeizar de la ventana.

La ventana de cristal tras los barrotes estaba cerrada por dentro. Nathan podía ver

cómo Otelo sostenía brutalmente el rostro de Desdémona con una mano mientras le gritaba. Se afianzó sobre el alféizar y retiró el otro cuchillo de la boca. Empujó con la hoja del cuchillo entre las dos hojas de la ventana y comenzó a utilizarlo de palanca para abrir el pasador. Por dos veces estuvo a punto de conseguir que girara, y las dos veces volvió a su posición inicial. Todo el tiempo mantenía la vista fija en el enloquecido Otelo mientras este la emprendía con su aterrorizada esposa. Al tercer intento, el pasador se desplazó hacia atrás y Nathan abrió la ventana de par en par a través de los barrotes.

Desdémona chillaba.

—¡Matadme mañana! ¡Dejad que viva esta noche! ¡Dejadme que diga una oración!

—¡Demasiado tarde! —Fue la fría respuesta de su esposo mientras cerraba ambas manos alrededor de su cuello y comenzaba a apretar.

—¡No! —gritó Nathan horrorizado. Buscó su cuchillo. Otelo no había oído nada, ni el clamor en el exterior de su habitación, ni a Nathan que le gritaba que se detuviera desde la ventana, ni el silbido del cuchillo al girar en el aire para perforar, si no su carne, sí los ropajes de la cama junto a él.

Nathan chillaba de furia y frustración. El cuchillo, húmedo con su saliva y viscoso por la médula de buey, se le resbaló de entre los dedos una décima de segundo antes de lo previsto y no dio en el blanco. El cuerpo de Desdémona yacía inerte entre las manos de Otelo y en su garganta se oían los últimos estertores. Justo en ese momento, la puerta se partió en dos y dejó que hombres armados entraran en tropel en la habitación.

Nathan estaba sentado sobre el alféizar y los doloridos hombros temblaban con los sollozos. Su fallido lanzamiento de cuchillo no había salvado a Desdémona. Todos habían llegado demasiado tarde.

Emilia chilló y se lanzó sobre el cuerpo de Desdémona.

—¡Oh, señora! ¡Hablad! ¡Hablad! ¡Mi dulce Desdémona, mi dulce señora, hablad!

Los hombres se mantenían en silencio. Entonces Emilia se giró hacia Otelo y le escupió directamente en la cara.

—¡Tú, diablo negro! ¿Cómo has podido hacer algo así?

Otelo parecía destrozado, derrotado y viejo de repente.

—Ella rompió los votos matrimoniales. Cassio y ella eran amantes.

Emilia estaba iracunda.

—¡Nunca! ¡Esa es una mentira odiosa! ¡Habéis matado al alma más inocente que haya existido nunca!

Otelo montó en cólera.

—¡Es cierto! —despotricó—. ¡Pregunta a tu marido! ¡Fue él el que me informó del *affaire* entre Cassio y mi esposa!

Nathan vio cómo el rostro de Emilia se transformaba del grana de la ira al blanco

de la sorpresa. Se tambaleó un poco al darse cuenta del horror que todo ello suponía.

—¡Mi esposo! —Su voz era apenas audible, pero en su rostro se percibía una mueca de asco—. Mi esposo estaba mintiendo desde las profundidades de su alma podrida. —El rostro y la voz de Emilia se transformaron y mostraron una fría furia—. Vuestra esposa, la dulce Desdémona, os amaba sinceramente, aunque vos no os la merecierais y no le hayáis traído otra cosa que miserias. ¡Ignorante! ¡Estúpido!

Enfadado, Otelo agarró a Emilia del cuello. Los guardias armados despertaron del estado de sorpresa en el que se encontraban. Se produjo un repicar del metal de las armas al ser dirigidas contra el hombre loco, pero él no había apretado lo suficiente. Con toda seguridad, la expresión de completo desprecio de Emilia lo había detenido más que cualquier espada.

—Matadme también, si eso es lo que queréis. —Ella hablaba con un tono que rozaba la compasión—. Añadid mi asesinato al terrible asesinato de vuestra esposa. No me importa. —Su voz se elevó de repente hasta convertirse en un chillido que hizo que Nathan palideciera.

—¡Asesino! ¡Asesino repugnante!

Otelo la soltó y cubrió sus oídos con las manos para intentar detener las terribles palabras. El ruido había hecho que se acercara más gente. Nathan vio al duque Montano, a Ludovico y a Yago que trataban de abrirse paso entre los guardias.

—¿Qué ha ocurrido? Oh... no... no... —gritó Montano al ver el cadáver de Desdémona.

Cuando Emilia vio a Yago, se puso a temblar de ira y odio contra su marido. Se lanzó contra él y le arañó con las manos la piel del rostro, ocasionándole serios rasguños. Su sangre manaba para convertirse en lívidos rastros de vergüenza sobre sus mejillas.

—¡Villano! ¡Malvado! —La blanca saliva de la furia le rodeaba la comisura de los labios.

Yago la apartó con gran fuerza de forma que fue a golpear, sin respiración, contra uno de los pilares de la cama.

—¿Estás loca? ¡Vete a casa! —dijo Yago ferozmente, con los dientes apretados. Pero Emilia ya no le tenía miedo.

—Has dicho una mentira, una maldita y odiosa mentira. —Emilia hablaba con voz gutural, extraña, como poseída. Nathan se estremeció—. Lo que dijiste de Desdémona y Cassio es falso y tus malditas mentiras han causado este asesinato.

—No mentí. Todo lo que dije era cierto. —A pesar de su arrogancia, Nathan se dio cuenta de que Yago se estaba poniendo nervioso.

Otelo se puso a temblar, la enormidad del asesinato comenzaba a tomar cuerpo. Se dejó caer sobre el pálido cadáver de su esposa y sollozó.

—¡No, no! No puede ser. Era infiel. Lo era.

Emilia bajó la vista para mirarlo a la cara húmeda de lágrimas.

—¿Cuáles son vuestras pruebas, hombre? ¿Dónde está la prueba de que os era

infiel?

Otelo habló como si fuera un niño que suplicaba que lo creyeran.

—Yago sabe que fue infiel miles de veces. Yo mismo vi su pañuelo... Lo vi sobre la cama de Cassio...

—¡Dios! ¡Dios santo! —Emilia temblaba una vez más.

Yago desenvainó la espada y se dirigió a su mujer con un siseo.

—¡Mantén cerrada esa asquerosa boca!

—¡No lo haré! —Ya no había quién la detuviera. Los guardias se movieron ligeramente, listos para defenderla. Emilia se agachó en el lado contrario de la cama de forma que su rostro quedó a la misma altura que el de Otelo. Quería que él escuchara y entendiera hasta la última sílaba.

—Ese pañuelo del que habláis... Yo lo encontré en el suelo. Se le cayó a Desdémona cuando la golpeasteis ayer noche. —Otelo hizo una mueca de dolor al recordarlo—. Se lo di a Yago porque él me dijo que lo robara. Amenazó con golpearme si no lo hacía.

—¡Puta mentirosa! —gritó Yago furioso al tiempo que la atacaba con la espada. Varios hombres se dispusieron a desarmarlo, incluyendo el general, que se había puesto en pie de un salto.

Nathan se agarró fuertemente a los barrotes de la ventana.

—¡No! ¡Salvadla! —gritó lo más alto que pudo, pero los gritos de los hombres ahogaron su voz. Yago estaba tan enfurecido que hicieron falta tres personas para reducirlo, pero mientras lo hacían con rudeza, Emilia se deslizó en silencio y cayó al suelo. Nathan vio la sangre y escondió el rostro al darse cuenta de que la valiente Emilia había sido herida de muerte.

Yago rio en voz baja y eso hizo que los hombres reunidos volvieran de golpe a la realidad. Otelo contestó con un grito de ira.

—¡Eres el diablo encarnado! —chilló, al tiempo que abofeteaba a Yago y sus anillos le abrían una herida que dejaba ver el hueso.

—¡Ya es suficiente! —rugió Ludovico dando un paso adelante—. ¡No más derramamiento de sangre! Ya hemos visto suficiente maldad por hoy.

Mostró un trozo de papel.

—En el bolsillo del asesinado Rodrigo se ha encontrado esta carta para Yago. Habla de cuán insatisfecho estaba Rodrigo con su amigo. Cómo Yago le había prometido a Desdémona, pero que nunca se la entregó y cómo Yago esperaba que Rodrigo le ayudara a matar a Michael Cassio. Todo está aquí. Prueba de que Yago lleva largo tiempo planeando esta villanía. —Miró a Yago, con gesto hosco tras la derrota, y a Otelo, enfermo de desesperación—. Quedáis ambos arrestados.

Yago levantó la cabeza.

—No confesaré nada —dijo, con una sonrisa malvada.

Ludovico cerró los labios en un gesto adusto.

—Creedme, lo haréis bajo tortura. Lleváoslo. —Condujeron al exterior a Yago, el

cual dejaba tras de sí un leve rastro de gotas de sangre. Entonces Ludovico se giró hacia Otelo—. Vos, señor, seréis enviados de regreso a Venecia bajo arresto. El Consejo decidirá lo que se hace con vos.

Otelo se desplazó hacia un costado y todos vieron a Nathan agachado en el alfeizar de la ventana.

—¡Por todos los santos! —exclamó Ludovico—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí, chico?

—El suficiente, señor —replicó Nathan a través del castañeteo de los dientes. El susto y la utilización extrema de su fuerza habían hecho que se le helaran hasta los huesos.

—¡Muchachos, id a las almenas y rescatad a este chico!

Se produjo un frenesí de actividad cuando los guardias salieron para efectuar su misión. En la habitación permanecieron únicamente Ludovico y Otelo con los cuerpos de las dos mujeres muertas. Otelo miraba a Nathan fijamente.

—Marco... ¿estabas aquí cuando... cuando mi esposa estaba aún viva? —Otelo apenas podía articular la pregunta. Sin embargo, necesitaba saberlo.

Nathan desvió la mirada y Otelo cerró los ojos avergonzado.

Se oyó un grito que venía de arriba e hicieron descender un gran cesto junto al hombro izquierdo de Nathan.

Otelo se agarró a los barrotes de hierro.

—Una palabra antes de que te vayas... —imploró—. He sido de gran valor para el Estado veneciano. Espero que lo recuerden. Pero tú... que una vez fuiste mi camarada... —Miró en el interior de los ojos azules de Nathan—. Cuando relates estos terribles hechos, habla de mí como soy; no trates de excusarme ni me presentes como un monstruo. Habla de un hombre que no amó a una mujer de manera sensata, sino que la amó demasiado. Habla de un hombre que no era celoso normalmente, pero al que las circunstancias y la interferencia de otros lo llevaron a la locura. Habla de un hombre que, al igual que un salvaje ignorante, se desprendió de una perla que era más valiosa que toda la tribu, y ahora derrama por ella amargas lágrimas... ¿Lo harás?

Nathan contuvo las lágrimas. Sentía a la vez pena y repulsión por el hombre al que una vez tanto había admirado. Consiguió asentir y, satisfecho, Otelo se dirigió hacia la cama y al cadáver de su amada esposa. Se inclinó sobre ella y besó sus fríos labios. Entonces, mientras se incorporaba, pudo ver el cuchillo de Nathan que colgaba del dosel de la cama. Sus miradas se encontraron y los dos supieron lo que intentaba hacer. En el momento en el que Nathan estiraba los brazos entre los barrotes de hierro y su boca conseguía articular la palabra «¡¡¡Nooo!!!», el general ya había atrapado el cuchillo y lo había clavado en su propio pecho. Ludovico gritó y Nathan oyó que los hombres desde el tejado llamaban y preguntaban qué era lo que había ocurrido.

—¡El general se ha quitado la vida! —aulló Nathan antes de hundir desesperado

el rostro entre las manos.

Ludovico permanecía en pie, rodeado por tres cuerpos y un gran charco de sangre, y miraba a Nathan sin saber qué hacer.

—No pensaba que tendría un arma.

Nathan también parecía estar perdido, aturdido ante el horror que todo ello suponía.

—Mi puñal —dijo desolado—. Era mi puñal. —Pronunciaría estas palabras una y otra vez en las pesadillas que perseguirían su sueño durante los siguientes días y las siguientes semanas.

## Epílogo

### Esta cruda historia, con triste corazón narrada

La travesía de regreso a casa desde Creta fue un viaje sombrío y tranquilo. Muchos de los que estaban a bordo pasaban los días sumidos en sus pensamientos. Nathan no podía apartar de la mente las imágenes de esa maldita habitación en el palacio del duque. Pero, con mucho, la experiencia más descorazonadora había sido permanecer junto al pequeño grupo de gente que había dado sepultura a los cuerpos de Emilia y Desdémona en la cripta de la catedral. Algo frío y oscuro se había asentado en el fondo de las entrañas de Nathan, algo que no lo dejaba llorar ya más.

Incluso menos gente se había reunido fuera de las murallas de la ciudad para enterrar a Otelo. Habiéndosele privado de la posibilidad de ser enterrado en sagrado porque se había quitado la vida, dejaron caer su cuerpo sin ningún tipo de ceremonia en un profundo agujero en la ladera de la colina. Mientras la polvorienta tierra cretense caía con un ruido sordo sobre la lona con la que habían cubierto a Otelo, Nathan esperaba vengativo que Yago estuviera en algún lugar dentro de la prisión aullando de dolor y deseando estar muerto.

Como si sintiera la falta de ánimo en los barcos de la flota veneciana, el mar se mantuvo en calma durante todo el viaje. Eso quería decir que Pearce pudo dormir en la cubierta durante la mayoría del tiempo mientras Marie lo vigilaba como un halcón. Para cuando avistaron el magnífico Arsenal de Venecia, Pearce ya podía sentarse y la cenicienta palidez de su rostro se había convertido en un suave dorado. Incluso se quejaba de que le picaban los puntos de la pierna.

Nathan miró por la borda. Ese espacio frío y oscuro en su interior había aumentado durante el viaje y ahora las maravillas de Venecia ya no le parecieron tan extraordinarias. Ya no podía ver las cosas con los mismos ojos.

Ludovico fue a presentar sus informes al dux y al Consejo mientras que Pearce, Marie y Nathan cogieron una góndola hasta la casa de Graziella. Su conversación languideció cuando la barca pasó junto a la casa en la que una vez vivió Desdémona con su padre. Las contraventanas estaban cerradas y la casa parecía estar tan muerta como la familia que una vez la ocupó. Nathan miró hacia otro lado.

Esa noche, más tarde, Nathan comenzaba a relajarse y a sentir que aunque su misión hubiera fracasado espectacularmente y no se produjera una alianza entre Inglaterra y Venecia, él sería más sabio y más fuerte a la hora de afrontar su próxima aventura. Dos semanas antes, en Creta, había resuelto regresar al teatro en cuanto llegara a Inglaterra. Ahora comenzaba a cambiar de opinión. A pesar del desconcierto producido por las muertes en Creta, en Venecia resonaba la noticia del ataque de

Drake a la Armada española y eso le recordaba a Nathan que Inglaterra se enfrentaba a la guerra. Sus servicios serían ahora más necesarios que nunca.

*Es cierto, pensó Nathan durante el largo viaje de regreso a Inglaterra, que el corazón puede curarse.*

Sus pesadillas habían desaparecido y era un Nathan Fox más maduro y más sabio el que, agradecido, volvió a pisar suelo inglés cuando el barco atracó en Dover.

Stefan y los gitanos los esperaban en el puerto cuando desembarcaron. Llevaban allí varios días, ya que Walsingham los había alertado del inmediato regreso de su familia. Nathan abrazó a su padre con cariño. En su recuerdo seguía viendo la desolada expresión en el rostro del padre de Desdémona y ahora entendía que todos los padres dejaban a sus hijos una gran parte de su corazón. Esta vez a Nathan le resultó más duro despedirse.

—¿Volveré a verte? —preguntó, sacando la cabeza por la ventana del carruaje.

Stefan asintió.

—Pronto. Te avisaré. —Y se mezcló con la multitud.

Cuando llegaron a Londres, John Pearce acompañó a Nathan y a Marie a su casa antes de dirigirse al palacio de Westminster para reunirse con *sir* Francis.

Al despedirse, agarró con fuerza la mano de Nathan.

—He resuelto continuar, John. Además —añadió—, ¡ya no puedes estar sin mí!

John se rio y se acercó cojeando a Marie.

—Señora mía, gracias por salvarme la vida —le dijo con una inclinación de cabeza.

Marie se sonrojó y murmuró un comentario ininteligible. John le besó la mano y ella se dirigió a casa a toda prisa, confundida.

Paseando por Shoreditch para llegar al silencioso teatro, Nathan se sintió distante de todo ello. Sabía que las cosas nunca volverían a ser igual que antes. Había conocido el gran teatro del mundo. El drama del teatro nunca tendría ya el mismo atractivo.

Se sentía muy maduro. Mayor que su edad y endurecido por lo que había visto y había hecho. Solo más tarde se dio cuenta de que esto no era más que una ilusión. Sentado en su habitación, junto al fuego que se apagaba, le contó a William Shakespeare la tragedia completa del general Otelo, el hombre que fue esclavo y que por mérito propio había llegado a ser comandante en jefe del ejército del Véneto; el hombre junto al que había luchado en la batalla y que había sido su amigo; el hombre que, por su debilidad, había acabado con su vida y con la de la bella Desdémona. Las lágrimas surcaban en silencio sus mejillas.

Shakespeare garabateó la historia con una velocidad endiablada, demasiado absorto como para darse cuenta de que una silenciosa figura se deslizaba en la habitación.

—Maese Fox —dijo una voz profunda que hizo que ambos se sobresaltaran—, espero que no penséis que porque John Pearce se encuentra descansando en el campo,

vos vais a hacer lo mismo.

Robey se acercó al resplandor del fuego, con los ojos brillantes de diversión.

Nathan se levantó de un salto.

—¡Maese Robey! Yo... no esperaba...

Robey enarcó la ceja fingiendo desaprobación.

—Vaya, vaya. Ahora no es momento de dormirse en los laureles. ¡Tienes que completar tu formación! *Sir Francis* me dio muy poco tiempo antes de la misión en Venecia. Ahora a Bardolph, Pistol y Nym les gustaría ser tus tutores de... pasárselo bien. Tengo un caballo esperando afuera. Despidete y nos vemos abajo.

Robey hizo una cortés reverencia a un divertido Will Shakespeare, se giró sobre sus talones y dejó a Nathan Fox en pie junto al fuego con una amplia e ilusionada sonrisa en el rostro.



LYNN BRITTNEY (Londres, Inglaterra, 1953) posee una larga carrera como escritora de libros de no ficción para niños y adultos. También ha escrito numerosas obras de teatro que han sido interpretadas por todo el mundo. En el ámbito de la ficción, es autora de *Tiempos difíciles*, primer tomo de la trilogía histórica juvenil *Nathan Fox*, además de la novela histórica para adultos *Murder in Belgravia*.

Actualmente vive en Devon con su marido y sus dos hijos.